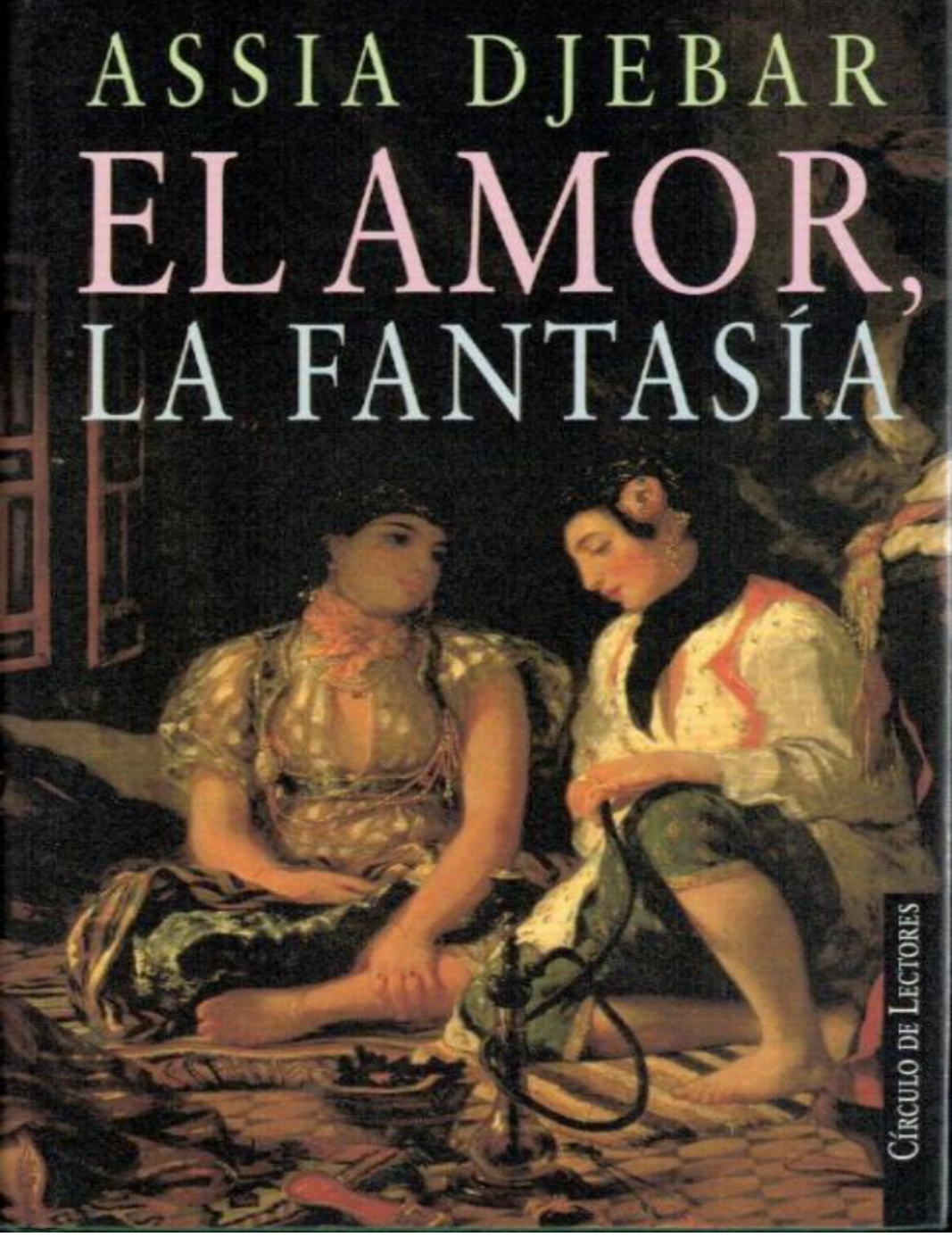
ASSIA DJEBAR

EL AMOR, LA FANTASÍA



CÍRCULO DE LECTORES

Annotation

Argelia, 1830. El ejército argelino, comandado por Abdelkader, el joven 'sultán de los árabes', defiende la libertad y la independencia de su pueblo ante el continuo asedio de las tropas francesas de Bourmont.

París, 1956. Una anónima mujer musulmana se rebela contra la situación de esclavitud social, sexual y religiosa que sufren las mujeres árabes de su misma condición.

A partir de esas dos situaciones, separadas por más de un siglo, pero unidas en su unívoca ideología, Assia Djebar construye una narración, a medio camino entre la crónica de guerra y la novela social, destinada a poner en evidencia la injusticia de una sociedad, la musulmana, que somete a las mujeres a la más cruel de las vejaciones: la pérdida absoluta de la libertad.

Djebar le quita el velo a su pueblo, ese velo detrás del cual todas las mujeres son obligadas a esconder su rostro, sus labios, sus palabras…; ese velo que les impide mostrarse tal como son y las encierra en una cárcel de la que no saldrán nunca más. También un velo que los propios argelinos quisieron sacarse ante los franceses, un siglo antes, luchando contra la colonización de su país.

Una novela realista, trágica, muchas veces desgarradora, escrita para que comprendamos mejor el mundo árabe y las injusticias que sufren sus mujeres en nombre de un supuesto orden moral.

ASSIA DJEBAR

El Amor

Traducción de Inmaculada Jiménez Morell

Ediciones del oriente y del mediterráneo

Sinopsis

Argelia, 1830. El ejército argelino, comandado por Abdelkader, el joven 'sultán de los árabes', defiende la libertad y la independencia de su pueblo ante el continuo asedio de las tropas francesas de Bourmont.

París, 1956. Una anónima mujer musulmana se rebela contra la situación de esclavitud social, sexual y religiosa que sufren las mujeres árabes de su misma condición.

A partir de esas dos situaciones, separadas por más de un siglo, pero unidas en su unívoca ideología, Assia Djebar construye una narración, a medio camino entre la crónica de guerra y la novela social, destinada a poner en evidencia la injusticia de una sociedad, la musulmana, que somete a las mujeres a la más cruel de las vejaciones: la pérdida absoluta de la libertad.

Djebar le quita el velo a su pueblo, ese velo detrás del cual todas las mujeres son obligadas a esconder su rostro, sus labios, sus palabras…; ese velo que les impide mostrarse tal como son y las encierra en una cárcel de la que no saldrán nunca más. También un velo que los propios argelinos quisieron sacarse ante los franceses, un siglo antes, luchando contra la colonización de su país.

Una novela realista, trágica, muchas veces desgarradora, escrita para que comprendamos mejor el mundo árabe y las injusticias que sufren sus mujeres en nombre de un supuesto orden moral.

Título Original: *L 'Amour, la fantasía*
Traductor: Jiménez Morell, Inmaculada
Autor: Djebar, Assia
©1997, Ediciones del oriente y del mediterráneo
ISBN: 9788422665717
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 05/10/2024

Assia Djebar

El Amor, la fantasía

TÍTULO de la edición original: *L 'Amour, la fantasía*
Traducción del francés: Inmaculada Jiménez Morell,
Ediciones del oriente y del mediterráneo.
ISBN 84-226-6571-9

Hubo un grito desgarrador
—todavía lo escucho mientras te escribo—,
y luego un clamor, un tumulto...

Eugéne Fromentin*
Une année dans le Sahel

Chiquilla árabe que va por primera vez a la escuela

CHIQUILLA árabe que va por primera vez a la escuela, una mañana de otoño, de la mano de su padre. Éste, cabeza tocada con un fez, la silueta alta y erguida dentro del traje europeo, lleva una cartera y es maestro en la escuela francesa. Chiquilla árabe en un pueblo del Sahel[1] argelino.

Ciudades o pueblos de callejas blancas y casas ciegas. Desde el primer día en que una chiquilla «sale» para aprender el alfabeto, los vecinos adoptan el mirar astuto de los que se compadecen, diez o quince años por adelantado: del padre osado y del hermano inconsecuente. La desgracia se abatirá indefectiblemente sobre ellos. Cualquier virgen instruida sabrá escribir, escribirá, con toda seguridad, «la» carta. Le llegará la hora en que el amor que se escribe es más peligroso que el amor secuestrado.

Poned el velo al cuerpo de la niña núbil. Volvedla invisible. Transformadla en un ser más ciego que los ciegos, matad en ella todo recuerdo del afuera. ¿Y si ella sabe escribir? El carcelero de un cuerpo sin palabras —y las palabras escritas son móviles— puede llegar a dormir tranquilo: le bastará con suprimir las ventanas, echar el candado a la única puerta y levantar hasta el cielo un muro ciego.

¿Y si la jovencita escribe? Su voz, a despecho del silencio, circula. Un papel. Un pedazo de papel arrugado. Una mano de sirvienta en la oscuridad. Un niño en el secreto. El guardián deberá vigilar día y noche. El escrito emprenderá el vuelo por el patio, será lanzado desde una terraza. Azur súbitamente demasiado ancho. Y vuelta a empezar.

A los diecisiete años, entro en la historia del amor por una carta. Un desconocido me escribió; y, por inconsciencia o audacia, lo hizo abiertamente. Mi padre, sacudido por una rabia contenida, rasgó la misiva delante de mí. No me la deja leer; la arroja a la papelera.

La adolescente, cuando sale del internado, pasa el verano enclaustrada en el piso que domina el patio de la escuela, en el pueblo; a la hora de la siesta recompuso la carta que suscitó la cólera paterna. El misterioso corresponsal recuerda la ceremonia de entrega de premios que tuvo lugar dos o tres días antes, en la cercana ciudad; me vio subir al estrado. Recuerdo que le desafié con la mirada a la salida, en los pasillos del instituto de chicos. Propone ceremoniosamente un intercambio de cartas «amistosas». Petición indecente a los ojos del padre, como si los preparativos de un rapto inevitable se esbozaran en aquel envite.

Las palabras convencionales y en lengua francesa del estudiante de vacaciones se inflamaron de un deseo imprevisto, hiperbólico, simplemente porque mi padre quiso destruirlas.

En los meses y años que siguieron, me sumergí en la historia de amor, o, más bien, en la prohibición del amor; la aventura se desarrolló por el hecho mismo de la censura paterna. En aquel esbozo de educación sentimental, la correspondencia secreta se hace en francés: de esta forma, aquella lengua que me dio mi padre se me convierte en celestina e iniciación; desde entonces, se sitúa bajo un signo doble, contradictorio...

A semejanza de una heroína de novela occidental, el desafío juvenil me liberó del círculo que los susurros de antepasadas invisibles trazaron a mi alrededor y dentro de mí... Luego, el amor, arcilla conyugal, en el túnel del placer se transmutó.

Purificación ritual de los sonidos de la infancia en el recuerdo; nos arropa hasta el descubrimiento de la sensualidad que, al sumergirnos en ella, termina por deslumbrarnos... Silenciosa, separada de las palabras de mi madre por una mutilación de la memoria, recorrí las oscuras aguas de la galería como resucitada milagrosamente, sin adivinar sus murallas. Oposición de las primeras palabras reveladas: la verdad surgió de una fractura de mi discurso balbuceante. ¿De qué roca nocturna del placer conseguí arrancarla?

Hice estallar el espacio en mí, un espacio agitado por gritos sin voz, petrificados desde hacía mucho en una prehistoria del amor. Una vez esclarecidas las palabras —esas mismas que el cuerpo sin velo descubre—, corté las amarras. Con mi hijita de la mano, me fui al amanecer.

I

Amanecer de aquel 13 de junio de 1830, en el preciso y breve instante en que el día rompe por encima de la profunda concha. Son las cinco de la mañana. Frente a la imponente flota que desgarra el horizonte, la Ciudad Inconquistable levanta su velo; blancura fantasmal, entre un polvo de azules y grises mezclados. Triángulo inclinado en la lejanía que, tras el centelleo de la última bruma nocturna, se inmoviliza suavizado, como un cuerpo que se abandona sobre una alfombra de verdor ensombrecido. La montaña parece una barrera bosquejada en un azur de acuarela.

Primer cara a cara. La ciudad, paisaje festoneado y de colores delicados, surge en el papel de oriental detenida en su misterio. La armada[2] francesa va a deslizarse lentamente ante ella como en una fastuosa danza, desde los primeros momentos de la aurora hasta las proximidades de un mediodía deslumbrado. Silencio del

afrontamiento, instante solemne, suspendido en una apnea de espera, como antes de una obertura de ópera. ¿Quién desde ese momento compone el espectáculo, de qué lado se encuentra verdaderamente el público?

Las cinco de la mañana. Es domingo; y lo que es más, el día del Señor en el calendario cristiano. Un primer vigía, en uniforme de capitán de fragata, está en el castillo de

popa de un navío de la flota de reserva que desfilará por delante de la escuadra de combate, precediendo a más de cien veleros de guerra. El hombre que mira se llama Amable Matterer. Mira y escribe, ese mismo día: «He sido el primero en ver la ciudad de Argel como un pequeño triángulo blanco recostado sobre la pendiente de una montaña».

Las cinco y media de la mañana. En tres filas, el inmenso cortejo de fragatas, bricbarcas y goletas empavesadas con pabellones multicolores ocupa sin interrupción la entrada de la bahía, despejada por completo en esos momentos de la noche y del riesgo de tormenta. El zafarrancho se decide desde el *Provenza*, el buque almirante.

Los cuerpos de marineros y soldados se alzan a millares sobre los puentes, suben desde las bodegas en racimos ruidosos, aglutinándose en los castillos de proa y alcázares de popa. Silencio desplegado de golpe en una inmensa sábana reverberada: como si la seda de luz, ya intensa, prodigada en charcos resplandecientes, fuera a crujir.

La ciudad berberisca no se mueve. Nada se estremece en ella ni viene a alterar el brillo lechoso de sus casas escalonadas que, poco a poco, comienzan a distinguirse: cara oblicua de la montaña, cuya masa se destaca nítidamente, en una sucesión de lomas suaves de un verde claro.

Apenas chocan con las espadas al costado oficiales y soldados rasos, erguidos unos al lado de otros sobre las batayolas, apenas se percibe una exclamación aquí, un juramento allá, una tos o el ruido de un escupitajo más lejos. En medio del desorden de las hamacas colgadas de cualquier forma, entre las piezas de artillería y las baterías en alerta continua, semejantes a las fieras del circo, preparadas para la ceremonia detrás de un halo de proyectores, la masa de futuros invasores mira. La ciudad se muestra en medio de una luz inmutable que absorbe los sonidos.

Amable Matterer, segundo de a bordo del *Ciudad de Marsella,* y sus compañeros permanecen inmóviles. La Ciudad Inconquistable les hace frente desde sus múltiples ojos invisibles. De ahí ese exceso mismo de blancura en la ciudad, como si el panorama de formas, no obstante, esperadas —ahí una cúpula de mezquita reflejada en el agua, allá arriba alguna cinceladura de un torreón o la punta de un alminar— se inmovilizara en una proximidad turbadora.

Miles de espectadores, allí, cuentan, sin duda, los navíos. ¿Quién lo dirá, quién lo escribirá? ¿Qué superviviente, y sólo una vez terminado el enfrentamiento? En la primera escuadra que se desliza insensiblemente hacia el oeste, Amable Matterer mira a la ciudad que mira. Ese mismo día describe la confrontación, con la monocorde sobriedad de un informe.

También yo escribo en su lengua, pero más de ciento cincuenta años después. Y me pregunto, como se lo pregunta el estado mayor de la flota, si el dey Husein ha subido a la terraza de su Alcazaba, catalejo en mano. ¿Contempla en persona la armada extranjera? ¿Juzga irrisoria esa amenaza? ¡Desde el emperador Carlos V, rey de España, tantos y tantos asaltantes se han dado la vuelta después de unos bombardeos simbólicos!... ¿Siente el dey perpleja el alma, serena quizá, o se convulsiona otra vez con cólera teatral? Su última respuesta al enviado del rey de Francia, que exigía unas excusas extravagantes, cuántos testigos la han repetido luego:

—¡Al rey de Francia sólo le queda pedirme mi mujer!

Yo me imagino que la mujer de Husein ha descuidado la oración del alba y ha subido a la terraza. Y que las otras mujeres, para quienes las terrazas siguen siendo el reino del final del día, también se han reunido allí para abarcar con una misma mirada la imponente, la deslumbradora flota francesa.

A la salida de Tolón, la escuadra se completó con el embarque de cuatro pintores, cinco dibujantes y una decena de grabadores... Todavía el conflicto no ha comenzado, la presa ni siquiera está próxima, cuando ya la preocupación de ilustrar aquella campaña es lo que importa más. Como si la guerra que se anuncia aspirase a ser una fiesta.

En aquella aurora del doble descubrimiento, ¿qué se cuentan las mujeres de la ciudad, qué sueños de amor se alumbran en ellas, o se apagan para siempre mientras contemplan la flota real, que diseña las figuras de una coreografía misteriosa?... Pienso en esa breve tregua de todos los comienzos; me insinúo, visitante inoportuna, en el vestíbulo de ese pasado cercano, quitándome las sandalias según el rito acostumbrado, reteniendo la respiración para tratar de volver a escuchar todo...

Aquel 13 de junio de 1830, el cara a cara dura dos, tres horas, y más, hasta los resplandores de antes del mediodía. ¡Como si los invasores fueran a ser los amantes! La marcha de los navíos que sigue la dirección del sol se hace tan lenta, tan sosegada que parece como si los ojos de la Ciudad Inconquistable los hubieran clavado allá, sobre el espejo de agua verde, en la ceguera de un flechazo mutuo.

Y el silencio de aquella mañana soberana precede al cortejo de gritos y muertes que van a llenar los decenios siguientes.

Tres muchachas enclaustradas...

Tres muchachas están enclaustradas en una casa luminosa, en medio de una aldea del Sahel* que rodean inmensos viñedos. Voy allí durante las vacaciones escolares de primavera y verano. Reencontrarme en aquel lugar, encerrada con aquellas tres hermanas, lo llamo «ir al campo». Debo de tener diez, once, doce años...

Juegos de verano con la menor de las chicas, uno o dos años mayor que yo. Juntas, pasamos horas y horas en el columpio, al fondo del huerto, cerca del corral. A ratos, interrumpimos nuestros juegos para espiar, a través del seto, a las aldeanas gritonas de las pequeñas alquerías vecinas. A la caída de la tarde, la puerta se abre a un rebaño de unas cuantas cabras; aprendo a ordeñar a las más dóciles. Y, al acabar, bebo del odre cuyo olor a brea me da náuseas. Apenas ansió poder vagar por las calles polvorientas del pueblo.

La vivienda es espaciosa. Con numerosas habitaciones frescas, umbrías, llenas de colchones apilados en el suelo, de tapices saharianos, y de alfombras tejidas en otro tiempo por la dueña de la casa —pariente política de mi madre, nacida en la vecina ciudad.

No entro nunca en el cuarto del fondo: una abuela, derrengada de senilidad, se pudre ahí en constante penumbra. La más pequeña y yo, a veces, nos quedamos quietas en el umbral: una voz árida unas veces gime y otras prorrumpe en oscuras acusaciones, en denuncias de conspiraciones imaginarias. ¿De qué drama enterrado y que renace, reinventado por el delirio de la abuela vuelta a la infancia, rozamos la frontera? La violencia de su voz de perseguida nos paraliza. Nosotras no sabemos, como los adultos, protegernos de ella con conjuros y fragmentos del Corán recitados en voz alta.

Aquella presencia, ya de ultratumba, empuja a las mujeres a no olvidar ninguna de las oraciones cotidianas. En la sala más amplia, cercana a la antecocina, una cose o borda mientras que otra, encorvada sobre el suelo, expurga enérgicamente lentejas o garbanzos, esparcidos sobre unas telas blancas extendidas. De pronto, cinco, seis mujeres se yerguen con la cabeza y los hombros totalmente cubiertos por el velo, estilizadas, silenciosas, con los párpados bajos, rígidas y, a la vez, debilitadas por la liturgia propiciatoria. Frágiles fantasmas, se inclinan varias veces, de arriba abajo, cadenciosamente... Mi madre forma parte, a veces, del grupo de devotas que se prosternan y rozan con sus labios el frío embaldosado.

Nosotras, chiquillas, escapábamos hacia los nísperos. Olvidar el soliloquio de la abuela y los susurros de fervor de las otras. Nos vamos a contar los pichones del granero, a aspirar en el cobertizo el olor de las algarrobas y del heno que ha aplastado la yegua al salir al campo.

Hacemos concursos de vuelo en el columpio. Embriaguez de sentirse, por destellos y con un ritmo alterno, suspendidas por encima de la casa y del pueblo. Planear con las piernas más arriba que la cabeza, y el ruido de los animales y las mujeres hundiéndose detrás de nosotras.

En un vacío de mi memoria detenida, surge el recuerdo de un verano tórrido, interminable. La abuela que deliraba debió de morir el invierno anterior. Las mujeres de la parentela son menos numerosas: la ciudad vecina ha multiplicado, en esa misma temporada, circuncisiones y matrimonios... —tantas recién casadas que reconfortar en esos momentos, felicitar y consolar por el grupo de acompañantes frustradas—. Encuentro a las muchachas de la aldea casi solas.

En el patinillo, a pesar de las cabras, las algarrobas y los pichones del granero, tengo nostalgia del instituto y del internado. Me agrada hablar de las horas de baloncesto a mis compañeras. Debo de tener doce o trece años. Aparento más; demasiado alta y delgada, probablemente. La mayor de las hermanas recuerda, a la menor ocasión, que en el transcurso de mi primera salida a una ceremonia en la ciudad, como llevaba el velo, una burguesa vino a dar vueltas como una abeja a mi alrededor:

—¡Su hijo se ha debido de enamorar de tu tipo y de tus ojos! ¡No va a tardar mucho tu primera petición de mano!

Pataleo, doy patadas en el suelo, un ambiguo malestar exagera mi cólera pueril. Me pongo de morros con ella varios días.

En el curso de ese mismo verano, la pequeña y yo pudimos abrir la biblioteca —la del hermano ausente, que hasta entonces había estado cerrada con llave—. Trabaja en calidad de intérprete en el Sahara, que nos parece tan lejano como las Americas. En un mes leemos todas las novelas amontonadas en un batiborrillo: Paul Borget, Colette y Agatha Christie. Descubrimos un álbum de fotografías eróticas y, en un sobre, postales de *Uled Nails* cargadas de joyas, con los senos desnudos. En otro tiempo, la severidad refunfuñona del hermano nos inspiraba un terror cotidiano; y he aquí que vuelve a estar extrañamente presente en esas horas opacas de la siesta. Cerramos discretamente el armario cuando las mujeres se levantan para la oración de la tarde. Nos imaginamos que salimos de una región prohibida; nos sentimos más viejas.

Aquel verano, las adolescentes me hicieron partícipe de su secreto. Grave, excepcional y extraño. No lo conté a ninguna otra mujer de la tribu, joven o vieja. Lo juré; y respeté escrupulosamente el juramento. Las muchachas enclaustradas escribían; escribían cartas; cartas a hombres; a hombres de todos los rincones del mundo; del mundo árabe, naturalmente.

Cartas de Irak, de Siria, del Líbano, de Libia, de Tunicia, de estudiantes árabes en París o en Londres. ¡Aquellas cartas llegaban de todas partes! Enviadas por corresponsales elegidos en los anuncios de una revista femenina ampliamente difundida, por aquel entonces, en los harenes; la suscripción permitía recibir con cada número un patrón de vestido o de bata, que utilizaban, incluso, las analfabetas.

Estas hermanas que vivían en la aldea eran las únicas musulmanas que habían asistido a la escuela primaria. Pues bien, su padre —un campesino robusto y piadoso, el más entendido en cultivos de hortalizas de la región— no sabía leer ni escribir en francés. Todos los años pedía consejo a una u otra de sus hijas, que verificaba las facturas que había que enviar al contable.

Únicamente el cartero, hijo de un artesano del pueblo, debía de haberse asombrado de aquellas cartas que afluían desde tan lejos a su oficina de correos, ignorada hasta entonces. Sin embargo, había guardado el secreto: «¡las tres hijas del xez;!», a las que no había visto nunca y que debían de parecerle princesas... Aquellos sobres llevaban al dorso apellidos de pseudorremitentes, nombres sofisticados de estrellas del cine oriental. Pero él no se había dejado engañar. Debía de soñar con los «amigos» de las muchachas, con los «enamorados», pensaba. Sabía que las chicas no salían nunca a no ser al baño moro más elegante de la ciudad vecina en la calesa conducida por el padre en persona... Aquella correspondencia a los cuatro vientos debía de atormentarlo; alimentaba en él una secreta frustración.

Sólo recuerdo el origen geográfico de aquellas cartas, y su proliferación. Durante las veladas, la más pequeña y yo ya no hablábamos de las novelas leídas durante las largas tardes, sino del atrevimiento que aquella correspondencia clandestina precisaba. Evocábamos los terribles peligros. Por mucho menos que eso, había habido en nuestros pueblos muchos padres o hermanos convertidos en «justicieros»; la sangre de una virgen, hija o hermana, había sido derramada por una misiva deslizada, por una palabra suspirada tras las persianas, por una maledicencia... Una sorda rebelión se había infiltrado en aquella casa, desde ese momento. La vivíamos con una insolencia de chiquillas.

La mayor de las chicas, conocida por su altivez, que la empujaba a rechazar a todos los pretendientes, había iniciado esa experiencia como un juego; un día, había leído en alto un anuncio del periódico a sus hermanas, mientras que, en el cuarto de al lado, las mujeres se disponían a rezar:

—«Tunecino, 22 años, ojos azules, gustándole Farid el Attrache, busca mantener correspondencia con chica de un país árabe, romántica»... ¿Y si le contestase?

Nunca supe lo que escribía a su primer, a su segundo, a su tercer

corresponsal: su vida de todos los días, lo exiguo de su espacio y de sus sueños, quizá aventuras inventadas, lo que leía. No se lo pregunté. Solamente sentía espanto por la rapidez con que se había encontrado cargando con unos diez amigos lejanos. La más joven de las hermanas tenía casi tantos. Pero la segunda —que, sigilosamente, desde hacía años preparaba con minuciosidad su ajuar—, la más bella, la más dulce y la más sensata, seguía diciendo que ella no escribiría nunca a un desconocido. Si eso llegara a ocurrir, querría decir que se enamoraría. Pues bien, ella prefería esperar, coser y bordar, para «amar» luego al novio esperado.

Y yo, con trece años —esta vez quizá fueran las vacaciones de invierno—, escuchaba en el transcurso de la velada, a la menor de las chicas casaderas contarme sus discusiones y sus diferentes concepciones de lo escrito. La mayor intercambiaba con sus múltiples amigos letras de canciones egipcias y libanesas, fotografías de estrellas del cine y del teatro árabes. Mi amiga guardaba una sibilina reserva sobre el contenido de sus propias cartas...

Todo, de aquella última estancia, se mezcla en mis recuerdos: el batiborrillo de novelas en la biblioteca prohibida del hermano y las misteriosas cartas que llegaban a puñados. Nos divertíamos imaginando la curiosidad estupefacta del cartero. ¡Debía de sentirse ofendido, además, por no poder pretender la mano de aquellas reinas de pueblo!

La más pequeña y yo continuábamos cuchicheando. En los intersticios del sueño que se aproximaba, imaginaba un torbellino de palabras escritas en secreto, a punto de aprisionar con trampas invisibles nuestros cuerpos de adolescentes acostadas de través una junto a otra en el viejo lecho familiar. El mismo lecho desde cuyas profundidades la abuela delirante recitaba antaño sus quejas, como corrosivas heridas, antífonas de un olvido blasfemo.

Me daba miedo y lo confesaba. ¡Seguro que una luz iba a brotar del techo y desvelar nuestro pecado, pues yo me incluía en aquel terrible secreto!

La más pequeña proseguía muy bajito su plática entrecortada. Una voluntad compulsiva la sacudía, mientras la noche se iba oscureciendo a nuestro alrededor, y los animales y la gente se habían dormido desde hacía un buen rato.

—¡No dejaré nunca, nunca, que un día me casen con un desconocido que, de repente, en una noche, pueda tocarme! ¡Por eso escribo! Alguno vendrá a este poblacho perdido para tomarme: por supuesto, será un desconocido para mi padre o mi hermano, ¡pero no para mí!

Todas las noches, la voz vehemente devanaba la misma promesa pueril. Yo presentía que, a espaldas del letargo de la aldea, se

preparaba, insospechado, un extraño combate de mujeres.

II

La batalla de Staoueli* tiene lugar el sábado 19 de junio. Antes, cinco días de escaramuzas habían sucedido al desembarco. Más que escaramuzas, es una verdadera guerra de *tiradores* la que enfrenta a los adversarios. Aprenden a medir sus fuerzas: jinetes e infantes árabes dispersos en grupos variables y caprichosos, cazadores franceses tanteando el terreno en columnas y masas compactas. Se cuentan unos ochenta muertos por día en el campo de los invasores.

La primera víctima francesa cayó la víspera del desembarco sobre el puente del *Breslau*, cuando la flota, tras desfilar ante la Ciudad Inconquistable y sobrepasar la Punta-Pescade, llegó a la altura de Sidi Ferruch* y su bahía. Un intento de desembarcar a las primeras tropas en chalanas botadas al mar abortó; de entre la maleza de la orilla africana no hollada todavía, salieron disparados unos obuses. Estallaron contra un navío de primera línea; un gaviero, con un muslo atravesado por un fragmento, murió en el acto.

Se dio la orden de retrasar el desembarco hasta el día siguiente. La diana despertará a los hombres a las tres de la madrugada. La noche transcurre ensordecedora, con ruidos de armas y gruñidos: cuarenta mil soldados y treinta mil marineros llenan aquellos navíos convertidos en prisiones móviles y superpobladas; un olor pestilente los envuelve desde hace días. Por todos los lados, y muy próxima, una naturaleza virgen, silenciosa, ni siquiera amenazante, casi purificadera, parece esperarlos.

A la mañana siguiente, apenas una hora después del desembarco de los primeros diez mil hombres, en medio del silencio y la soledad aparente del lugar, un jinete árabe caracolea sobre una colina en las proximidades de las vanguardias. Los cañones le apuntan, trata de evitar el fuego que llega, pero, alcanzado, cae boca arriba. Hombre y animal desaparecen por detrás de la colina; esta primera caída árabe desencadena un ¡hurra! de risas y gritos.

Las muertes se sucedieron con rapidez. Releo la relación de aquellas primeras acciones y retengo una oposición de estilos. Los argelinos luchan a la manera de los antiguos númidas, como los cronistas romanos relataron tantas veces: rapidez y caprichosas sinuosidades en el acercamiento; lentitud desdeñosa precediendo al ataque en un arranque enérgico. Táctica que tiene algo del vuelo zumbador del insecto en el aire, así como de la marcha fulgurante del felino en la espesura.

Los guerreros se observan de lejos, se utilizan mutuamente de señuelo y tratan de sincronizar su ritmo mortífero. Un momento

después, en la lucha cuerpo a cuerpo, se encuentran a sí mismos, tras una palpitación repentina, cadáveres sin cabeza y a veces mutilados.

Primer beso de la muerte en los campos antagonistas: desde la obertura se manifiesta una ruptura de tonos. Cada victoria del invasor imprime en cada víctima alcanzada su estilo de farsa discordante; el clan que afronta la invasión prefiere marcar la muerte que él impone con el sello de un silencio desgarrado. La carabina restalla a lo lejos; poco después, la hoja cercana de un rápido cuchillo corta la yugular. Turcos rutilantes y beduinos de blanco engalanan el cuerpo a cuerpo de la lidia con una ostentación de ferocidad; el júbilo del desafío viene a mezclarse y después culmina en un remate de gritos agudísimos.

Como si, realmente, desde el primer momento de aquella guerra que va a prolongarse, el árabe, montado en su caballo pequeño y vigoroso, buscara el abrazo: la muerte dada o recibida, pero siempre en carrera al galope, parece sublimarse en un abrazo petrificado.

El recién llegado, por su parte, propone una máscara caricaturesca de la muerte. Una pugnacidad trágica aguijonea al indígena que caracolea o se regocija y se adelanta hacia el proscenio, plenamente feliz de matar o morir en medio de la brillante luz. Y el sol lo sumerge de golpe en la ladera de la última sombra.

Dos son ahora los que relatan el choque y sus preliminares. El segundo de a bordo, Amable Matterer, seguirá desde el *Ciudad de Marsella* los combates que van adentrándose en tierra... —aun cuando él vuelva a ser actor la víspera de la rendición, en el momento en que el bombardeo se dirige desde el mar, y aun cuando repita mil veces «escribo con la espada al cinto»—. Un segundo testigo va a sumergirnos en el seno mismo de los combates: el ayudante de campo del general Berthezéne, responsable de los primeros regimientos que entran en acción. Se llama el barón Barchou de Penhoén. Se irá un mes después de la toma de la Ciudad; en el lazareto de Marsella, en agosto de 1830, redactará, casi en caliente, sus impresiones de combatiente, de observador e, incluso, en destellos inesperados, de enamorado de una tierra que entrevió por encima de sus márgenes en llamas.

De aquella colisión entre dos pueblos, surgió una suerte de aporía. ¿Acaso son la violación o el amor inconfesado, vagamente percibido como pulsión culpable, los que dejan vagar sus fantasmas en uno y en otro campo, por encima del encabalgamiento de cuerpos, todo aquel verano de 1830?

La fascinación por parte de los que escriben parece evidente —y escriben para París, rozado aquel mismo verano por otra conmoción: la hidra de la Revolución que se trata de yugular a cualquier precio—. Pero, ¿y si esa fascinación paralizara igualmente al campo

amenazado?

El agá Ibrahim, yerno del dey, ¿habría descuidado tan soberanamente la defensa precisamente para ver acercarse más a los asaltantes? ¿Se creía tan seguro de aplastarlos, como había sucedido en siglos anteriores ante las mismas amenazas (bien es cierto que la tempestad salvadora, que antaño contribuyó a que fracasaran españoles, ingleses, holandeses y tantos otros, tuvo lugar esta vez apenas dos días demasiado tarde)? ¿La motivación de Ibrahim no habría sido más bien escrutar más de cerca a los adversarios, tocarlos, combatirlos cuerpo a cuerpo y mezclar así la sangre derramada?

Las tribus beduinas llegaron como a una *fantasía* más, en la que el riesgo se engalana de despreocupación. Tampoco ellas creen que la Ciudad pueda ser tomada, pero el peligro les aguijonea: esperan que el poder militar de Argel sufra en la prueba de fuerza alguna conmoción...

De hecho, tras la derrota de la Ciudad, los contingentes de tropas aliadas, al mando de los beyes como voluntarios de una «guerra santa» casi gozosa, se volverán a sus tierras, preservado su sentimiento de autonomía. El desastroso final lo será, sobre todo, para los jenízaros, quienes, en aquel duelo, se erigirán siempre en primera fila, guerreros espléndidos, refulgiendo con vivos colores que destacan entre los albornoces blancos de los autóctonos inaprehensibles.

El comandante de batallón Langlois, pintor de batallas, al día siguiente del enfrentamiento decisivo de Staoueli, se detendrá para dibujar turcos muertos, «la furia del arrojo» impreso todavía en su rostro. Algunos son hallados con un puñal en la mano derecha hundido en el pecho. El domingo 20 de junio, a las diez de la mañana y con un tiempo espléndido, Langlois realiza varios dibujos de los orgullosos vencidos, luego bosqueja un cuadro destinado al museo: «Se harán litografías para el público aficionado», anota aquel mismo día Matterer.

Barchou describe el desarrollo de la batalla. Ibrahim la ha provocado y ha elegido su estrategia. Los primeros días lo probaron: los tiradores argelinos son más precisos y de una temible habilidad. La longitud de sus arcabuces parece asombrosa. Apuntan lentamente, disparan y, después, desaparecen.

El 18 de junio, el agá Ibrahim inspecciona el terreno: rocas, barreras de lentisco y zarzas, colinas cubiertas de espino o arenosas, un decorado en el que la caballería árabe dibujará sin dificultad su danza habitual, y los infantes sabrán pegarse como reptiles al suelo, invisibles. El número parece ser ligeramente favorable al campo indígena. Pero el agá descuida lo que pesará, a la postre, en el desenlace: la superioridad de la artillería occidental y, sobre todo, la unidad del mando y de la táctica de los franceses, frente a las

discordias de los jefes indígenas.

A las once de la mañana, tras siete horas ininterrumpidas de combates, encarnizados la mayoría de las veces, las baterías argelinas son rodeadas, arrolladas. Y llegamos a la última fase: los regimientos de Bourmont*, atrincherados hasta ese momento, rechazan definitivamente a los asaltantes y avanzan a continuación. Una vez alcanzado y tomado el primer desnivel, descubren el campamento del agá y de los beyes: trescientas tiendas suntuosas esperan intactas y abandonadas.

La derrota se extiende camino de Argel. Los beyes del Titteri*, de Orán* y de Constantina* se repliegan a las orillas del *nad* El Harrach*. Para las tropas victoriosas es la etapa decisiva de una posesión real. Iban a poder tenderse en los sofás y hacer que les sirvieran el café.

Los cadáveres tapizan la meseta de Staoueli. Se cuentan dos mil prisioneros. A pesar del parecer de los oficiales, ante la insistencia de los soldados, serán fusilados todos. «Los disparos del batallón han dejado tirada en el suelo esa canalla, de modo que se cuentan unos dos mil que han dejado de existir», escribe Matterer que permaneció en su navío durante la batalla.

Al día siguiente, pasea tranquilamente entre los cadáveres y el botín.

Del combate vivido y escrito por el barón Barchou, sólo guardo en mi memoria una breve escena, fosforescente, en la noche de aquel recuerdo.

Barchou la refiere en un tono helado, pero su mirada, que parece concentrarse en la terrible poesía así revelada, se descompone de horror: dos mujeres argelinas son entrevistas en una pelea.

Pues ciertas tribus del interior llegaron en su totalidad: mujeres, niños y ancianos. ¡Como si combatir fuera, más que atacar y exponerse en la cima, entregarse en bloque, todos juntos, sexos y riquezas confundidos! En particular los zuavos, cabileños aliados del bey del Titteri, forman una multitud abigarrada en medio de la efervescencia general.

Un mes después, Barchou lo recuerda y escribe:

«Las mujeres, a las que se encontraba siguiendo siempre en gran número a las tribus árabes, habían demostrado un mayor encarnizamiento en las mutilaciones. ¡Una de ellas yacía junto al cadáver de un francés al que había arrancado el corazón! Otra huía llevando a su hijo en brazos: al ser herida por un disparo, aplastó con una piedra la cabeza del niño para impedir que cayera vivo en nuestras manos; los soldados acabaron con ella a bayonetazos».

Aquellas dos argelinas —una agonizante, ya casi rígida, con el corazón de un francés en la mano ensangrentada, y la segunda, en un arranque de bravura desesperada, haciendo estallar el cráneo de su

hijo como una granada de primavera, antes de morir, consolada—, aquellas dos heroínas entran, de ese modo, en la historia nueva.

Escrupulosamente, recojo la imagen, dos guerreras entrevistas, de espaldas o de soslayo, en medio del tumulto, por el ayudante de campo de mirada incisiva. Anuncio de una fiebre alucinadora, herida de locura... Imagen inauguradora de las futuras *mater dolorosa* musulmanas que, necróforas de harén, parirán, durante la sumisión del siglo Venidero, generaciones de huérfanos sin rostro.

¡Desde aquel preludio, se atiza como un sol negro!... Pero, ¿por qué, por encima de los cadáveres que se pudrirán en sucesivos campos de batalla, aquella primera campaña de Argelia deja escuchar los sonidos de una cópula obscena?

La hija del guardia francés...

En la aldea de mis vacaciones infantiles, la familia del guardia francés —una borgoñona y sus dos hijas, Janine y Marie-Louise— iba a menudo a casa de las tres hermanas. La francesa, gruesa, blanca y con un tono burlón, se acuclillaba sin remilgos entre las mujeres árabes, las parientes llegadas de la ciudad, y las viudas o divorciadas a las que se albergaba ocasionalmente. La dueña de la casa, menuda e infatigable, daba órdenes, iba y venía de la cocina al patio y del patio al corral. Sólo consentía sentarse un momento a conversar durante las visitas de la francesa. Ésta se metía en las conversaciones: dos o tres palabras francesas, una palabra árabe, y su pronunciación hacía reventar de risa, tímidamente, a alguna invitada, con una pizca de malicia.

La madre de las muchachas enclaustradas y la esposa del guardia francés eran amigas; cuando se encontraban, ambas se sentían felices. Manifestaban su satisfacción en detalles imperceptibles: la seriedad con que se miraban, a pesar de la curiosidad de las demás, el intercambio de recetas de cocina, las pruebas de atención cuando la francesa se levantaba, sonrosada y rejuvenecida, dispuesta a marcharse. Se observaban de pie, cara a cara, la silueta ancha y voluminosa de la borgoñona frente a la menuda, seca y casi musculosa de la árabo-bereber... La francesa terminaba por alargar torpemente el brazo y ofrecer la mano, la otra se alzaba de un brinco en su amplio *santal*, con una agitación de las telas del corpiño y de los flecos del tocado, y, a pesar del brazo tendido, plantaba dos besos breves en cada hombro de la francesa. Ésta, sorprendida todas las veces y con el rostro sonrojado, pregonaba al corro:

—¡Adiós, hermanas!

En cuanto se escuchaba el golpe de la puerta de la casa, el corro de visitantes sentadas comentaba, invariablemente, el saludo de las dos amigas: ¡una que alargaba la mano y otra que quería besarla, como dos campesinos que se dan un abrazo en el mercado!

Aquellas charlas llenaban horas de conversación, mientras que la interesada, ama de casa muy atareada, volvía a sus quehaceres:

—¡Es mi amiga! ¡Es una francesa, pero es mi amiga!

Una parienta estallaba en carcajadas:

—Hace tanto tiempo que es tu amiga y aún no sabes alargar la mano para decir como ellos «¡Adiós, señora!». Yo, si fuera delante de un hombre no me atrevería, pero ¡delante de una mujer como yo! ¿Qué mal hay en ello? ¡Se pueden hacer cosas «a la francesa», vaya! Naturalmente, Dios nos asista, salir sin el velo no, ni llevar faldas cortas ni mostrarse desnuda delante de todos, pero saludar como ellas, sentarse como ellas en una silla, ¿por qué no?, también Dios nos ha creado, ¿no?...

Nosotras, las chicas, esperábamos por la tarde la visita de Janine, muy pocas veces la de Marie-Louise. Janine se parecía en el físico a su madre, pero sin su vigor ni su altura. Había ido a clase con la mayor de las hermanas. Desde que llegaba, ambas se encerraban en una habitación; se escuchaban sus voces mezcladas y ataques de risa que no acababan nunca, un silencio y, de nuevo, los conciliábulos. Janine hablaba el árabe sin acento, como una autóctona. Antes de irse, pasaba por la cocina y le preguntaba a la madre si necesitaba algo. Ésta le hacía múltiples encargos: comprar agujas, hilo y artículos de mercería que el padre no sabría comprar.

Janine iba y venía, durante toda la semana, a la casa árabe; si no fuera por su nombre habría podido pasar por la cuarta hija de la familia... Pero había algo excepcional: ¡entraba y salía cuando quería —de las habitaciones al patio, del patio a la calle— como un chico! Cuando al cerrar la pesada puerta de la calle, sonaba la aldaba, la mayor de las hermanas, su amiga, dejaba en suspenso un segundo un gesto de la mano, un movimiento del cuerpo. Luego, las cosas proseguían su marcha en el flujo del tiempo de un día inmovilizado en el interior de la casa, siempre en el interior, naturalmente.

La que nos fascinaba a la más pequeña y a mí era Marie— Louise. No la veíamos más que de tarde en tarde. Debía de trabajar en la vecina ciudad o, incluso, en la capital, sin duda, de empleada de correos o de secretaria en alguna oficina... Cuando el domingo venía a la aldea, nos visitaba en compañía de Janine.

Nos parecía tan hermosa como una modelo. Morena, de rasgos finos y silueta delgada; debía de ser bajita, porque me viene a la memoria encaramada sobre unos tacones muy altos. Llevaba peinados

muy sofisticados con moños muy elaborados, peinetas de formas diferentes, que destacaban, aquí y allí, entre las ondas y los bucles negros. Su maquillaje nos maravillaba: rosa en los pómulos y carmín rojo exagerando el contorno de los labios.

La recibíamos como a una turista, por su aspecto de chica de ciudad coqueta que se dignaba acompañar a su madre o a su hermana. Se sentaba en una silla; y cruzaba las piernas, a pesar de su falda corta. El corro de mujeres se ponía a examinar, sin el menor reparo, los mínimos detalles de su vestimenta, haciendo ligeros comentarios a media voz. Marie-Louise se dejaba mirar. Consciente de la curiosidad que despertaba, escuchaba y hacía como que no entendía:

—¡Se me ha olvidado el árabe! —se quejaba, aparentando indiferencia— ¡No tengo el don de lenguas de Janine!

Aquella última frase era lanzada como una concesión: para que se sobreentendiera que no despreciaba la lengua árabe, por supuesto que no, pero que en fin... Y no sabíamos demasiado bien, tras la insidiosa distancia creada, cuál de ellas, Janine o Marie-Louise, era la excepción. Por otra parte, cuando la borgoñona las acompañaba, envolvía a Marie-Louise con una mirada tal de deslumbrada vanidad que las mujeres no decían nada más... Marie-Louise gozaba así, en el transcurso de aquellas visitas, del placer de hacerse pasar por extranjera.

¿Fue dos o tres años antes cuando Marie-Louise tuvo un novio, un oficial de la «metrópoli», como se les llamaba? Es probable; yo debía de tener menos de diez años. La más joven de las hermanas, mi amiga, iba a la escuela primaria. Aún no la habían enclaustrado; aquel verano andábamos por las calles de la aldea para hacer recados: llevar la bandeja de dulces al horno, visitar a la mujer del guardia para transmitirle algún mensaje...

Aquellas idas y venidas por las callejas que bordeaban castaños altísimos, siguen presentes en mí. Un bosque de eucaliptos se extendía junto al pueblo, separándolo de las colinas de viñedos a lo lejos; a veces íbamos más allá de la casa del guardia, corríamos hasta la linde de los primeros árboles y nos echábamos en el suelo cubierto de hojas para atiborrarnos de olores penetrantes. El corazón nos latía bajo los efectos de la audacia que nos poseía.

Nuestra complicidad de fugitivas tenía un gusto acre; volvíamos después, lentamente, hacia la casa del guardia. Nos quedábamos en el patio del huerto, de pie delante de la ventana de la cocina.

—Mi madre dice que —comenzaba jadeante la pequeña— si quieres que te guarde leche de cabra para cuajar. ¡Vengo a por el bidón!

«Tengo un recado de mi hermana para Janine —continuaba

después—. ¡Qué le compre un par de agujas de hacer punto del número I en la mercería! ¡Mi padre ha traído unas, pero son demasiado gordas! ¡Nosotras no podemos ir a esa tienda, está justo enfrente del café moro!

—¡Estos hombres —reía burlona la borgoñona con los brazos metidos hasta los codos en el agua jabonosa—, todos son iguales!... ¡El mío no sabe traer una aguja a casa!

—¡Mi padre —replicaba la chiquilla— hace muy bien las compras! ¡Compra siempre las mejores frutas y la mejor carne! ¡Mi madre no lo quiere reconocer, pero nosotras bien que lo sabemos!

—¡Dile a tu hermana —decía la borgoñona— que ya le daré el recado a Janine! ¡Toma el bidón!...

A lo largo de aquella conversación, yo miraba, por el vano de la ventana, el pasillo que daba a otros cuartos. Adivinaba la madera brillante de los muebles en la penumbra; me perdía contemplando el embutido colgado al fondo de la cocina; los trapos a grandes cuadros rojos parecían, así colgados, puros adornos; escudriñaba la imagen de la Virgen encima de una puerta... El guardia y su familia me parecían súbitamente sombras de paso por aquel lugar, y, por el contrario, aquellas imágenes, aquellos objetos y aquella carne se convertían en los verdaderos ocupantes. Pues, para mí, las viviendas francesas exhalaban un olor diferente y reflejaban una luz secreta —mi mirada permanece, desde entonces, fascinada por el espacio de los «Otros».

Durante toda mi infancia, poco antes de la guerra que conducirá a la independencia, no franqueé ningún umbral francés, no entré en la casa de ninguna de mis condiscípulas francesas...

El verano de 1962: de repente, aquellos muebles ocultos —espejos rococó, dormitorios anticuados, adornos disparatados—, todo aquel decorado, antaño escondido en la oscuridad de las estancias abiertas e inaccesibles a la par, se vio derramado por las aceras... Trofeos harapientos, botín profanado que vi expuesto en las almonedas, en los escaparates atiborrados de los anticuarios, que se daban aires vanidosos de antiguos piratas turcos... «¡Son verdaderos pingajos de nómadas —pienso—, entrañas secándose al sol de una sociedad a su vez desposeída!»

Pero sigo parada allí, niña acodada en la ventana del guardia. No debí contemplar su comedor más que así, recibiendo la luz de la cocina, al fondo del pasillo. Para mí, como para mi amiga, seguía siendo evidente que la casa más bonita, por la profusión de alfombras y por la seda tornasolada de los cojines, era indiscutiblemente la «nuestra». Las mujeres de la ciudad vecina, célebre por sus bordados, se iniciaban en aquel arte en boga desde los tiempos de los turcos. ¡Y lo aprendían desde muy pequeñas! ¿De qué apartado rincón del campo francés sería la borgoñona? Era éste un tema frecuente de

conversación en el patinillo, en aquellas tardes iluminadas por la visita de Janine y su madre.

—No todas las francesas vienen de París —afirmaban las comadres—. ¡La mayoría de las que nuestro país sometido ha tentado, cuando llegaron sólo sabían ordeñar vacas! Si después se civilizan, es porque aquí encuentran poder y riqueza. ¡Las leyes están hechas para ellas, para sus hombres y para sus hijos!

—¡No hay más que ver a Janine y su forma de vestir, la pobre! Como su madre: ¡muy buen corazón, pero, del arte que se aprende con las manos, nada!

—¿Y Marie-Louise?

—¡Marie-Louise es una excepción! Posee el gusto innato de las parisienses y la finura y la gracia picante de las morenas de nuestra tierra... ¡Os habéis fijado en el negro azabache de la melena y en el brillo marfileño de la tez! ¡Con nuestro traje de boda, hasta un sultán la desearía!

Y una de las que están hablando, ríe a carcajadas:

—¡A lo mejor, la mujer del guardia la tuvo con un jefe árabe desconocido, un señor de las tierras altas, cuando el guardia estaba destinado en el Sur!... ¿Qué hombre bien nacido no habría hecho avances a una francesa joven y vigorosa cómo debía de serlo ella? ¡A lo mejor, después de todo, entre ellos eso no es pecado!

La mayor de las hermanas protestaba; acusaba a la pariente de maledicente o, por lo menos, de ignorante. Ella quería a Janine, y aseguraba que en la familia del guardia no podían existir más que costumbres de pureza «árabe».

Las suposiciones se entrecruzaban; todos los meandros de la conversación volvían al postulado inicial: a saber, que, a pesar de las apariencias, nuestro clan, incluso si había sido provisionalmente derrotado, era, por su refinamiento, superior al extranjero con sus mujeres libres. Pues ellas eran libres, y, si no las envidiábamos, al menos hablábamos de ellas como de gente extraña, de costumbres exóticas y poco vistas hasta entonces.

Seguimos acodadas, la pequeña y yo, en la misma ventana de aquella casa francesa; es otro día soleado. Aquella vez, de verdad, nos sentimos casi trastornadas. La madre, delante de la cubeta, termina la colada; el padre, un hombre grueso y bajo que, fuera, en uniforme, hace huir al menor campesino, en mangas de camisa y con aire bonachón, está sentado allí con un periódico local abierto y fumando una pipa. Exactamente frente a nosotras, en el pasillo que sale de la soleada cocina, un poco retirada, Marie-Louise está de pie frente a un hombre joven de tez roja y mostachos rubios. ¡Es él, el novio, el oficial del que todo el mundo habla!

El espectáculo nos parecía apenas verosímil. Primero la pareja casi abrazada: silueta delgada de Marie-Louise, semiinelinada hacia el hombre muy tieso... Sus risas ahogadas, el cuchicheo de sus voces confundidas eran, para nosotras, signos de una intimidad inconveniente. La madre seguía hablando con nosotras, con aspecto tranquilo, echando de vez en cuando una mirada sobre la pareja; el padre, sin embargo, se había sumido totalmente en el periódico.

Recuerdo a Marie-Louise provocadora, así como dos de sus expresiones, «pichoncito mío», unas veces, otras, «cariño mío». Se me debió de abrir la boca de estupefacción. Después, empezó a balancearse rítmicamente, hacia delante, hasta rozar al joven, y hacia atrás, repitiendo el juego dos o tres veces... ¡Todo ello acompañado de gritos melindrosos y repetidos de «cariño mío»! Por último, como corría peligro de caerse, enlazó al novio envarado dentro de su uniforme. Éste parecía estar tranquilo; apenas se oía el murmullo de su voz; debía pedirle que se mostrara menos ruidosa delante de testigos: el padre, que no levantaba la cabeza, y aquellas dos niñas petrificadas en la ventana...

Una hora después, reproducíamos la escena en nuestro patinillo, delante de las mujeres que degustaban el café alrededor de la mesa baja.

—¿Y el padre ni siquiera levantó la cabeza?

—No, Marie-Louise decía con dulzura palabras tiernas al oficial; lo abrazó y, a continuación, hasta se puso de puntillas.

—¿Les habéis visto besarse? —preguntaba boquiabierta la segunda de las hermanas, sin abandonar la máquina de coser.

—¡Anda, claro!... ¡Echando hacia delante uno y otro los labios, se besaron como pajaritos!

¡No podíamos salir de nuestro asombro de que el guardia, tan terrorífico en las calles del pueblo, ni siquiera se hubiera atrevido a levantar la mirada! Debía de estar rojo de vergüenza; nos lo suponíamos y lo comentábamos.

—¡Los franceses son así! —exclamaba la que bordaba, mientras terminaba el adorno de las sábanas de su ajuar.

—¡Marie-Louise se pasa! —señaló la hermana mayor, que se sentía obligada a defender a la hermana de su amiga.

Luego, Marie-Louise vino a visitarnos antes de marcharse. Había prometido traer a su novio. Las muchachas se sentían incómodas; temían la reacción del padre: para él, la presencia en nuestra casa de un hombre, aunque fuera francés y novio de Marie-Louise, estaba completamente fuera de lugar...

¿Lograron explicárselo a Marie-Louise o, por lo menos, a Janine? De hecho, yo no recuerdo la intrusión del oficial francés ni siquiera por algunos instantes; le debieron de pedir que pasara lentamente por

delante de la puerta, de forma que las amigas enclaustradas pudieran verlo por los resquicios de las persianas, y felicitar a Marie— Louise por la prestancia del prometido...

Me acuerdo, con más nitidez todavía, de una de las últimas visitas de la damisela. Estaba cerca del brocal del pozo bajo la parra, la melena recogida en forma de cono por encima de la frente, con una trenza negra redondeándose como una suave colina por detrás, los rasgos finos, los ojos y pómulos maquillados. De aquel brillo de felicidad, de su belleza, realzada por su vanidad de prometida, me queda una imagen persistente. Había estado zalamera; entre risas, había evocado a su pretendiente, a su familia de Francia, su matrimonio previsto para dentro de algunos años... Todas las veces que pronunciaba las palabras «Pilou querido», una u otra de las espectadoras sentadas en la estera esbozaba una sonrisa de indulgencia. «Pilou querido», repetía Marie-Louise designando así al oficial. Las chiquillas corríamos hasta el huerto para poder reír a carcajadas y burlarnos.

«Pilou» era Paul, y el «querido» que añadía debía de ser un vocablo reservado, pensábamos, a la alcoba y a los secretos de las parejas.

«Pilou querido», me basta deletrear esas palabras para dar nueva vida al cuadro: la vanidosa joven europea delante del patio de butacas del auditorio de mujeres acuclilladas, y nuestra excitación de chiquillas puritanas, que, a partir del año siguiente, permaneceríamos, también, encerradas en el espacio de la casa y del huerto...

«Pilou querido», seguido de rimeros de risas sarcásticas; ¿qué decir de la destrucción que aquella forma de llamar operó más tarde en mí? De entrada, creí, muy pronto, demasiado pronto, que los amoríos y los amores no se deben mostrar como si fueran un espectáculo, con palabras de relumbrón y de una chillona ternura de hojalata ni suscitar la envidia de las que se frustrarán por eso... Decidí que el amor debía residir, necesariamente, en otro lugar, más allá de las palabras y los gestos en público.

Anodina escena de la infancia: se instala una aridez de expresión y la sensibilidad en su período romántico se encuentra afásica. Más tarde, a pesar del hervidero de mis sueños de adolescente, un nudo, por culpa de aquel «Pilou querido», resistió: la lengua francesa podía ofrecerme todos sus tesoros inagotables, pero ni una, ni la más mínima palabra de amor me estaría reservada... Un día u otro, pues aquel estado autista haría de capa protectora de mis impulsos de mujer, sobrevendría a contrapelo una repentina explosión.

III

Explosión del fuerte El Emperador, el 4 de julio de 1830, a las diez de la mañana. La formidable detonación llenó de terror a todos los habitantes de Argel, y de triunfante alegría al ejército francés que se escalona desde Sidi Ferruch hasta las fortificaciones de la capital.

Ahora son tres los que escriben sobre los preliminares de la caída: el tercero no es un marino uniformado ni un asistente de campo que circula en plena batalla, sino, simplemente, un hombre de letras, enrolado en la expedición en calidad de secretario del general en jefe. Llegó allí como a un espectáculo: también es verdad que dirige, en París, el Teatro de la Puerta de San Martín, en el que la primera figura es su esposa, la célebre actriz Marie Dorval, amada en aquel entonces por Alfred de Vigny.

J. T. Merle —ése es su nombre— publicará a su vez una relación de la toma de Argel, pero como testigo situado en la retaguardia del enfrentamiento. No se disfraza de «corresponsal de guerra»; le gusta, por costumbre, la atmósfera de los bastidores. Todos los días señala dónde se encuentra, lo que ve (unos heridos en la enfermería, la primera palmera o las flores de la pita, que observa a falta de enemigos en combate...). No le atormenta ningún sentimiento de culpabilidad de emboscado. Mira, anota y descubre; cuando su impaciencia se manifiesta, no es por la actualidad guerrera, sino porque espera una imprenta, una compra que él mismo propuso al marcharse de Tolón.

¿Cuándo desembarcarán el material, cuándo podrá redactar, publicar y distribuir el primer diario francés en tierra argelina?

Explosión, pues, del «fuerte Napoleón»: los soldados franceses, que no conocían a más emperador que el suyo, bautizan así el fuerte El Emperador, también llamado «fuerte Español» o, más exactamente, «*Borch* Hasan». Se trata de la fortificación turca más importante del siglo XVI, piedra angular del sistema defensivo de Argel en la retaguardia. En Sidi Ferruch, en donde se encuentra desde el desembarco, escribe J. T. Merle:

«El 4, a las diez de la mañana, oímos una explosión espantosa, a continuación de los cañonazos que duraban desde el despuntar del día. Al mismo tiempo, el horizonte se cubrió de una densa humareda negra, que se elevaba a una altura prodigiosa; el viento, que venía de la región del este, nos trajo olor a pólvora, a polvo y a lana quemada, por lo que no tuvimos ninguna duda de que el fuerte El Emperador había saltado, ya fuera por el efecto de una mina, ya por el incendio de los depósitos de pólvora.

»La alegría se hizo general y, desde aquel momento, dimos por terminada la campaña».

Exactamente veinticuatro horas después el ejército francés entra en la ciudad.

La confrontación de Staoueli del 19 de junio había señalado, sobre todo, la derrota del agá Ibrahim y el fracaso de su estrategia. Habían intervenido los modernos proyectiles Congreve*: los franceses hicieron que explotaran sin estar verdaderamente seguros de su puntería; su ruido y rareza habían causado pánico en el campo de los argelinos ya en desbandada...

No obstante, al día siguiente, De Bourmont, falto de apoyo logístico, no se movió. Faltan la artillería de asalto y los caballos de atalaje necesarios; el almirante Duperré los hizo transportar en el último convoy: pues bien, éste está fondeado en Palma. De manera que el ejército francés no avanza. Algunos se impacientan y otros acusan al estado mayor; De Bourmont espera a Duperré que, a su vez, desde el 22 y 23 de junio, espera un viento favorable.

La soldadesca, en el campamento fortificado que se extiende por la meseta de Staoueli, se entregó a la euforia y al pillaje desenfrenado del botín, en los días siguientes a la victoria.

Las tropas argelinas se batieron en retirada, algunos hasta cerca de El Harrach. Ponen en entredicho ante el dey Husein la competencia de su yerno, el generalísimo. El 24 de junio, quince mil combatientes reagrupados atacan un destacamento francés, que se aventuró un poco lejos; entre los heridos graves de esta escaramuza se encuentra uno de los hijos de De Bourmont, Amadeo, que morirá poco después.

En los días siguientes, el acoso argelino se reanuda, intensificado.

Los franceses deducen que sus enemigos se han dotado de un nuevo jefe: una inteligencia metódica gobierna desde entonces los ataques de los árabes. Se trata de Mustafá Bumezrag, bey del Titteri; su competencia le asegura el apoyo unánime de los jenízaros y de las tropas auxiliares.

Del 24 al 28 de junio, el barón Barchou cuenta, todos los días, más de doscientas cincuenta víctimas francesas. Algunos se preguntan si Staoueli no fue una victoria ilusoria. Al final, después de aquellas peripecias, De Bourmont dispone de la imponente artillería; da la orden de avanzar

El 28 de junio, la refriega es casi tan intensa como en Staoueli. La ofensiva argelina se revela cada vez más eficaz: un batallón del cuarto ligero está a punto de ser totalmente destruido en una sucesión de sangrientos combates cuerpo a cuerpo. Al día siguiente, una nueva batalla igualmente vigorosa; los franceses consiguen atravesar la barrera. El 30 de junio, a pesar de un error de dirección y la división de sus lugartenientes, De Bourmont, tras una difícil marcha, se coloca frente al fuerte El Emperador. Se necesitan tres días para cavar las trincheras y disponer las enormes baterías, pese a los ataques dispersos, pero constantes, de los argelinos. Duperré bombardea dos

veces Argel por mar; bien es cierto que con poca eficacia. Changarnier, que entonces tan sólo mandaba una compañía, consignará para sus futuras Memorias:

«Estrepitoso y ridículo cañoneo de la flota que, fuera de la línea de tiro, consume municiones que cuestan una enorme suma y produce seis francos de destrozos en las fortificaciones de la ciudad».

El 4 de julio, a las tres de la madrugada, comienza el último acto. En el borch Hasan, una guarnición de elite de dos mil hombres —ochocientos turcos y mil doscientos kuluglis— resiste el fuego de las baterías francesas durante cinco horas. A la derecha de las trincheras, De Bourmont y su estado mayor supervisan el cañoneo intensivo desde la terraza del consulado de España. El dey Husein y sus dignatarios asisten al duelo desde lo alto de la Alcazaba. «La milicia, los árabes encerrados en la ciudad y los que se hallaban fuera están atentos al combate», anota el barón Barchou, que se encontraba en las cuestas de la Bouzareah*.

Ante «aquel inmenso circo lleno de miles de espectadores», transcurren dos horas, durante las cuales la artillería argelina es reducida poco a poco al silencio. Entonces, los soldados supervivientes que resistían se baten en retirada hacia la ciudad.

Una terrible explosión estremece el fuerte El Emperador, que se derrumba poco después, en medio de una gigantesca erupción de llamas y humo. En aquel amasijo de piedras, cañones partidos y semienterrados, y cadáveres destrozados —los de los últimos defensores— desaparece la última esperanza de defensa de la ciudad. Argel, «la bien guardada», conoce la desesperación.

Por tres veces, unas deflagraciones estrepitosas pero inútiles, como tosiqueo agónico, señalaron la retirada argelina. Ni siquiera enterraron a la masa de asaltantes esperada. En Staoueli, justo antes de abandonar el campamento del agá y los beyes, saltó un polvorín. El 25 de junio, en Sidi Jalef, delante de una brigada que se detuvo en el último momento, explotó un barreno y la detonación llegó hasta la flota; sin embargo, se cobró pocas víctimas. Por fin, el 4 de julio, cuando el fuerte más imponente se derrumba, y a pesar de que el fuerte Bab Azun y el fuerte de los Ingleses continúan resistiendo, la apoteosis de aquella impotencia culmina en postreras convulsiones.

¿Es que acaso la estrategia turca necesitó demostrarse a sí misma su inferioridad técnica, de por sí tan evidente: decadencia de la marina y vetustez de la artillería? Además, la imprevisión del primer comandante en jefe, y la despreocupación o el aislamiento del dey dispersaron las energías que habría sido necesario activar.

Los jefes beduinos, los beyes casi independientes y las turbulentas tropas auxiliares acampan fuera de la ciudad. En los momentos

finales, miran, con una expectación cada vez más conmovida a la Ciudad —anclada hasta entonces en su secular irredentismo— que está a punto de doblegarse irremisiblemente.

La voz que debería unir aquellas fuerzas dispersas no se eleva. La alzará dos años después, más al oeste, por encima de la llanura de Eghris*, un hombre joven de veinticinco años, ojos verdes y frente mística, Abdelkader*. Por el momento, el poder se siente doblemente asediado: por los invasores que pisotean los escombros del fuerte El Emperador, pero también por aquellos vasallos demasiado orgullosos que ven al turco vacilar.

El 4 de julio, a las diez de la mañana, el *Borch* Hasan hace explosión, se destruye sin destruir al enemigo. Dos horas después, un emisario del dey Husein se presenta furtivamente para bosquejar los primeros pasos de la rendición.

J. T. Merle, nuestro director de teatro que nunca se encuentra en el teatro de las operaciones, nos refiere su emoción, su asombro y su compasión desde el día del desembarco (la única vez que está en primera línea) hasta el fin de las hostilidades, aquel 4 de julio.

Compasión ante los heridos que se amontonan en la enfermería; emoción a la vista de una vegetación variopinta, a veces tan extraña y a veces tan parecida al boscaje francés; asombro de Merle ante la invisibilidad del enemigo. Hasta la batalla de Staoueli, en efecto, mientras que los árabes mataron y mutilaron a tantos soldados imprudentes o desafortunados, no cayó en sus manos ni un muerto ni un herido de su campo. Nos da abundantes pormenores, que recubren una admiración no disimulada, sobre la forma en que los jinetes árabes, gracias a un ingenio de madera hábilmente manejado, se llevan al amigo herido o arrastran, a pesar de los matorrales, los cadáveres de los muertos. Una superioridad secreta se manifiesta ahí, entre esos salvajes «cortadores de cabezas»: en efecto, mutilar el cuerpo del enemigo pero no ceder nada, ni vivo ni muerto, del de los suyos... La tierra, que, por el momento, apenas consigue morder el ejército francés, le parece sólo una parte de lo que estará en juego de inmediato.

De ahí la facundia de Merle al describirnos, después de Staoueli, a tres heridos recogidos en el campo de batalla: un turco, un moro y un joven posiblemente cabileño. Merle se detiene en sus rostros, su porte, su resignación o su valor. Los colma de atenciones, va a visitarlos a la enfermería, les ofrece —como a animales heridos de un zoo— terrones de azúcar. Luego, anécdota nueva, el más joven de los heridos recibe la visita de un anciano, su padre. A partir de ese momento nos hallamos en pleno teatro, el que Merle acostumbra producir en París: «padre e hijo árabes, objeto de la solicitud francesa»; «padre

confundido por la generosidad francesa»; «padre árabe abiertamente hostil a la amputación de su hijo que aconseja la medicina francesa»; «fanatismo musulmán que acarrea la muerte del hijo, a pesar de la ciencia francesa». Este último cuadro pone fin a la ficción de Merle, así esbozada ante nuestros ojos.

Antes del episodio del hospital, J. T. Merle, igual que Matterer y el barón Barchou, evocó la brusca llegada de un viejo indígena. El hombre llegó al campamento francés por propia iniciativa, si tenemos que creerle: probablemente un espía, calculan algunos, un parlamentario aislado o curioso, suponen otros.

En cualquier caso, Merle nos comunica el acceso de curiosidad que suscita aquel primer árabe visto de cerca. De Bourmont, que había instalado su lecho en donde se erige el catafalco del santo *Sidi* Fredj, quiere recibir a aquel inesperado visitante, pero no en aquel lugar, en el que la sepultura musulmana parecería profanada. Toma café con el viejo un poco más lejos, pero no le saca ninguna información útil. Decide que le traigan unas declaraciones redactadas en árabe que dan cuenta de sus intenciones pseudopacíficas.

Al poco de alejarse del campo francés, el paseante será muerto por los suyos, por culpa, precisamente, de aquellas hojas que hacen que le tomen por un espía del invasor. Así, las primeras palabras escritas, aunque prometen una paz engañosa, convierten a su portador en un condenado a muerte. Cualquier escrito del Otro, transportado, se convierte en algo fatal, puesto que es signo de compromiso. «Esas proclamas ni siquiera se leerán», precisa Merle que acusa al «fanatismo» religioso de ser la causa de una muerte inútil.

El francés relata otro acontecimiento significativo: ¡no le ha podido ser amputada una pierna a un herido en el hospital por culpa de la negativa de su padre, que vino a visitarlo! Pero nuestro autor no confiesa lo que, por otra parte, nosotros comprendemos: la multitud de intérpretes militares del próximo oriente que el ejército francés trajo consigo se revela incapaz de traducir los primeros diálogos —¿sería, acaso, hermético el árabe dialectal de aquellas regiones?—.

Fuera de combate, todas las palabras parecen congeladas y un desierto de ambigüedad se instala.

J. T. Merle pone en marcha la imprenta, que desembarcó, por fin, el 25 de junio, y escribe:

«En pocas horas, la máquina infernal de Gutenberg, esa formidable palanca de civilización, fue instalada en suelo africano. Gritos unánimes de "¡Viva Francia!" y "¡Viva el rey!" estallaron cuando se distribuyeron a todo el mundo los primeros ejemplares de una crónica de nuestro desembarco y de nuestras primeras victorias».

Sean quienes sean los escritores ocasionales que le siguieron, J. T.

Merle es el único que imprimió sus textos entre dos batallas, en el trauma de aquel prólogo. Estos escritos parecen adelantarse un instante a la victoria.,.

Sin embargo, aquel publicista —en nuestros días se le consideraría un «gran reportero»— se consagra únicamente a describir su papel sin importancia. Está, siempre, a la zaga del combate decisivo; nunca es testigo de los acontecimientos. Parecido a aquel pintor de marinas, Gudin, que, al día siguiente de la acción de Staoueli, en broma, se travistió con unas ropas del botín que estaban en una tienda árabe y fue arrestado por un oficial puntilloso que lo tomó por un ladrón.

El escriba profesional, cuando vaga inoportunamente sobre el terreno en donde la muerte se ha erigido, vive un destino repentinamente mezquino: ni guerrero notable en la algarabía del combate ni carroñero precipitándose sobre los restos del botín... El escritor o pintor de batallas merodea por una zona confusa, habitado por un malestar que lo aleja del sufrimiento en vivo, pero que no le evita el miedo que empequeñece...

J. T. Merle tiembla a todo lo largo de la ruta que sigue desde Sidi Ferruch hasta Argel, ¡y eso que camina dos días después de la rendición de la ciudad! Para él, la muerte se agazapa en el más mínimo bosquecillo; amenaza con presentarse sin el lujo de una puesta en escena y sin la amenaza de un brusco empalamiento.

Mi padre escribe a mi madre

Mi madre, como todas las mujeres de su ciudad, no nombraba nunca a mi padre más que por el pronombre árabe que corresponde a «él». Así, todas las frases en que el verbo, conjugado en la tercera persona del masculino singular, no llevaba sujeto especialmente designado, se referían de forma natural al esposo. Esa forma de hablar caracterizaba a todas las mujeres casadas de quince a sesenta años, aunque, en el ocaso de la vida, si el marido había ido en peregrinación a La Meca, podía ser evocado con el vocablo *Hach.*

Desde muy temprano, pequeños y grandes, y muy especialmente las chiquillas y las mujeres, ya que las conversaciones importantes eran femeninas, se adaptaban a aquella regla de la doble omisión nominal de los cónyuges.

Tras varios años de matrimonio, mi madre comenzó a aprender el francés. Frases vacilantes con las esposas de compañeros de mi padre; aquellas parejas, en su mayoría, habían venido de Francia y vivían, como nosotros, en el pequeño edificio reservado a los maestros del

pueblo.

No sé exactamente desde cuando mi madre empezó a decir «mi marido ha venido, se ha ido... se lo preguntaré a mi marido», etc. Recupero, sin dificultad, el tono, la tensión en la voz de mi madre; el cariz escolar de sus frases, la lentitud aplicada de su expresión son patentes; aun aprendiendo el francés así, a edad avanzada, mi madre hizo rápidos progresos. Me doy cuenta, sin embargo, de cuánto debió de costar a su pudor designar, así, directamente, a mi padre.

Quizá se abrió una esclusa en sus relaciones conyugales. Años más tarde, cuando volvíamos, todos los veranos, a la ciudad donde nació, mi madre, charlando en árabe con sus hermanas o sus primas, evocaba casi con naturalidad, incluso con una pizca de superioridad, a su marido: ¡lo llamaba, audaz novedad, por su nombre! Sí, sin más, abruptamente me atrevería a decir, abandonando en todo caso cualquier eufemismo verbal. Con sus tías o parientes mayores, volvía al purismo tradicional, por pura concesión en ese caso: una libertad tal de lenguaje hubiera parecido, al oído de las ancianas devotas, una insolencia o una incongruencia.

Pasaron los años. En la medida en que la forma de hablar de mi madre evolucionaba, se me hacía patente, a mis diez o doce años, la evidencia: mis padres, ante el conjunto de mujeres, formaban una pareja, ¡extraordinaria realidad! Otro hecho me procuraba una vanidad aún más viva: cuando mi madre evocaba los pequeños incidentes de nuestra vida aldeana —que a ojos de nuestra parentela de la ciudad, era un retroceso—, mi padre, mi héroe de entonces, parecía erguirse con su alta silueta en medio de aquellos conciliábulos de mujeres enclaustradas en los patios envejecidos.

Mi padre, y únicamente mi padre; las otras mujeres no se dignaban nombrar nunca a los varones, a los amos que pasaban todo el día fuera y que volvían por la noche, taciturnos y con la cabeza gacha. Aquellos tíos, primos y parientes políticos se hallaban confundidos en el anonimato del género masculino, neutralidad reductora que les reservaba el hablar alusivo de sus esposas...

Mi padre solo... Mi madre, voz pausada y cuello inclinado, pronunciaba «Tahar» —que, lo supe desde muy pronto, significaba «el puro»—, y yo pensaba, incluso cuando sus interlocutoras sonreían a medias, o parecían a medias molestas y medio indulgentes, que una distinción nueva iluminaba el rostro maternal.

Revoluciones imperceptibles de aquellas conversaciones de harén: mis oídos no se percataban más que de lo que adornaba a mi madre de una soberana originalidad. Mi padre, gracias a ella, que aseguraba su presencia en el curso de aquellos murmullos, se hacía más puro todavía de lo que su nombre presagiaba.

Un día, sobrevino un pródromo de crisis. El hecho, banal en otro

medio, se convertía entre nosotros por lo menos en algo extraño: mi padre, durante un viaje excepcionalmente lejano (de un departamento a otro, creo), escribió a mi madre —¡sí, a mi madre!—.

Envió una tarjeta postal con una fórmula breve, escrita en diagonal con su alargada escritura aplicada, algo así como «mis mejores recuerdos desde esta lejana región», o bien «estoy haciendo un hermoso viaje y descubro una región desconocida para mí», y, de firma, añadió simplemente su nombre. Estoy segura de que en aquel tiempo, incluso él no se hubiera atrevido a terminar, antes de firmar, con una fórmula un poco más íntima como «pienso en vosotros», o, con mucha más razón, «besos». Pero en la parte de la tarjeta reservada para la dirección había escrito «señora», seguido del nombre de casada y añadiendo —pero de eso no estoy segura— «e hijos», es decir, nosotros tres, entre los cuales yo, la mayor, con unos diez años...

La revolución era evidente: mi padre, de su puño y letra, y en una tarjeta que iba a viajar de ciudad en ciudad, que iba a pasar por tantas miradas masculinas, incluida la del cartero de nuestro pueblo, un cartero musulmán por añadidura, había osado escribir el nombre de su mujer, designada a la manera occidental de «señora de tal...»; pues bien, todo autóctono, pobre *o* rico, evocaba a la mujer y a los hijos con el giro de esta vaga perífrasis: «la casa».

Mi padre había «escrito», pues, a mi madre. Ésta, de vuelta a la tribu, habló de aquella tarjeta postal con un tono y unas palabras de gran simplicidad. Quería continuar, describir la ausencia del marido en aquel pueblo durante cuatro o cinco largos días, explicar los problemas prácticos que se producían (los tenderos nos enviaban todas las mañanas las provisiones encargadas por mi padre la víspera de su marcha). Quería proseguir, lamentarse de que una mujer de la ciudad, aislada en un pueblo con unos hijos demasiado pequeños, pudiera encontrarse bloqueada... Pero las mujeres, ante aquella nueva realidad, ante aquel detalle casi increíble, habían exclamado:

—¿Él te ha escrito a ti?

"¿Así que ha puesto el nombre de su mujer y el cartero ha tenido que leerlo? ¡Qué vergüenza!...

—¡Por lo menos, podía haber dirigido la postal a tu hijo, según la costumbre, aunque tenga sólo siete u ocho años! Mi madre se calló, sin duda satisfecha y halagada, pero sin decir nada. Quizá molesta de repente, o ruborizada por la confusión; ¡sí, su marido le había escrito a ella en persona!... La mayor de sus hijos, la única que hubiera podido leer la postal era su hija: entonces, que el nombre del destinatario sea el de la hija o el de la esposa, ¿en dónde está la diferencia?

—¡Os recuerdo que ya he aprendido a leer el francés!

Aquélla era, de hecho, la manifestación más audaz de amor. Su pudor sufría por ello en aquel momento. Sin embargo, apenas

rivalizaba con su vanidad de esposa secretamente halagada.

A mí, chiquilla de mirada atenta, aquellos murmullos de mujeres relegadas, me impresionaron. Fue entonces, me parece, cuando se esbozó mi primera intuición de la felicidad posible, del misterio que une a un hombre y a una mujer.

Mi padre había osado «escribir» a mi madre. Uno y otra, mi padre por escrito y mi madre en sus recientes conversaciones, en las que citaba, sin falsa vergüenza, a su esposo, se nombraban recíprocamente, o, lo que es lo mismo, se amaban abiertamente.

IV

Ciudad abierta más que conquistada. Capital vendida al precio de su tesoro legendario. Oro de Argel, embarcado en arcas hacia Francia, en donde un rey nuevo inaugura su reinado resignándose a la bandera republicana y aceptando los lingotes berberiscos.

Argel —o El Yezair, así conocida por sus dos islas— fue despojada de su pasado y su altivez. Aquellas islas habían sido liberadas de las garras españolas por Barbarroja*, que hizo de ellas un nido de corsarios que levantaron espuma en el Mediterráneo durante más de tres siglos...

Ciudad abierta, murallas derribadas, almenas y merlo— nes echados por tierra; su envilecimiento oscurece el futuro cercano.

Un cuarto escribano-forense de la derrota colma con su paletada de palabras la fosa común del olvido; lo elijo entre los nativos de la ciudad. *Hach* Ahmed Efendi, mufti *hanefí* de Argel y máxima autoridad moral después del dey. Ante la inminente caída, numerosos argelinos se vuelven hacia él. Nos refiere el asedio en lengua turca, más de veinte años después, desde el extranjero, ya que se exiliará. El sultán otomano le nombrará gobernador de una ciudad de Anatolia. En su exilio recuerda aquel 4 de julio y publica su relación:

«La explosión hizo temblar la ciudad y llenó de espanto a todo el mundo. Entonces, Husein Bajá convocó a los notables de la ciudad para celebrar consejo. Toda la población vociferaba en contra suya...».

Luego, evoca sucintamente a los primeros negociadores en las conversaciones, que los cronistas franceses describen con todo detalle.

La discusión se abre al son del cañoneo entre los representantes de los dos clanes: entre los escombros del fuerte El Emperador, los franceses han instalado las baterías para bombardear la fortaleza de la Alcazaba, sede del poder. El asedio se detiene cuando un turco «cuyo atuendo, elegante y simple a la vez, revelaba a un personaje distinguido», aparece por un camino secreto con una bandera blanca

en la mano. En realidad, es el secretario del dey. Tiene la esperanza de evitar la entrada de los franceses en la ciudad, y ofrece pagar un tributo en nombre de la milicia, dispuesta probablemente a renegar del bajá. Al no ofrecer la sumisión, no le queda más que retirarse.

Continúan los trabajos de cavar las trincheras; las baterías francesas y las argelinas del fuerte *Bab* Azun rivalizan entre sí con estruendo. Dos moros, Hamdan y Buderba, llegan también, pero siguen sin título oficial. Tras el primer paso de apertura, es ahora cuando se inician las conversaciones: Hamdan ha viajado por Europa y habla con soltura el francés. Cuando la artillería de ambas partes haya cesado su estrépito, se volverán convencidos de que la penetración extranjera ya no puede evitarse, de no ser por una resistencia a la desesperada.

Ahora bien, en el Diván de la Alcazaba, Husein, más decidido que los dignatarios de la milicia —los tres beyes que están fuera de la ciudad no son ni siquiera consultados para la decisión final—, por un momento parece resuelto a resistir hasta la muerte... Al final, se toma la decisión de enviar a dos dignatarios oficiales, así como al único diplomático europeo que permanece en Argel después de los acontecimientos, el cónsul de Inglaterra, acompañado por su agregado.

El estado mayor francés en pleno recibió a aquella delegación, «en una pequeña pradera a la sombra»; se sientan sobre los troncos de tres o cuatro árboles talados recientemente. El inglés, en calidad de intermediario y amigo del dey, habla, nos refiere Barchou, que asiste a la negociación, «del carácter altivo e intrépido de Husein, que puede llevarle a los últimos extremos».

Así comienza la conferencia: De Bourmont dicta los términos exactos de la capitulación exigida —ciudad abierta «a discreción» a las tropas, la Alcazaba y fuertes incluidos; garantía sobre los bienes personales del dey y de los jenízaros, quienes deberán abandonar el país; respeto al ejercicio de la religión de sus habitantes, de sus bienes y de sus mujeres—.

«Esta convención fue dictada por el general en jefe y escrita por el general Desprez y por el intendente jefe Deumier; se determinó que el dey la firmaría con su sello en señal de adhesión, y que el intercambio de la convención se debería llevar a cabo aquella noche», referirá dos años más tarde otro ayudante de campo, E. d'Ault-Dumesnil.

Son alrededor de las dos de la tarde de aquel domingo de verano. Por el oeste, del lado de *Bab* El Uad, salen ya de la ciudad los primeros grupos de argelinos que emigran.

Se ha abierto, pues, el diálogo con los dos moros, Buderba y Hamdan: conversaciones y un texto escrito establecido durante la

conferencia para la abdicación. Pero las palabras se resisten; quiero decir, las palabras francesas.

Una hora más tarde el dey Husein devuelve la convención: no comprende lo que se sobreentiende en la expresión, empleada por el aristócrata De Bourmont y consignada en la minuta del jefe del estado mayor, «rendirse a discreción».

Se propone que un intérprete vaya a explicarle el texto al dey, y que de este modo se presente como garante de la lealtad francesa. Es designado un hombre mayor, Brasewitz —el mismo que Bonaparte había enviado en Egipto a Murad Bey—. Brasewitz será, pues, el primero en entrar en la ciudad.

Tenemos a la vez, de lo que él vivió como una expedición arriesgada, su relato escrito (una carta al ministro Polignac) y oral (su relación a J. T. Merle, algunos días después). Aquel 4 de julio por la tarde, se adelanta a caballo, tras el secretario turco, y entra por la Puerta Nueva: es objeto de las amenazas lanzadas, a lo largo de todo el recorrido, por los argelinos que querrían seguir luchando. Pues para ellos, el que desfila por las calles no es otro que el que anuncia la servidumbre que se avecina.

Finalmente lo encontramos frente al dey, sentado en el diván y rodeado de dignatarios. Brasewitz da la espalda a un verdadero auditorio de jenízaros. Con cada uno de los artículos que traduce en voz alta asciende la cólera a su espalda. Los oficiales jóvenes prefieren que se elija la muerte. «¡La muerte!», repetían... En más de una ocasión, el intérprete se siente en peligro. Una vez expuestos los detalles de la convención (que debe ser firmada al día siguiente, antes de las diez), bebe una limonada que prueba antes el dey, todavía atento a los buenos modales en vísperas del sometimiento. Brasewitz se irá sano y salvo.

Pero, como consecuencia del riesgo afrontado y de su avanzada edad, contraerá, añade J. T. Merle, quien se encuentra con él el día 7 u 8 de julio, una enfermedad nerviosa de la que morirá unos días después. ¡Cómo si el esclarecimiento de aquella altanera expresión «a discreción», ocurrencia espontánea del jefe francés, debiera cobrarse al menos una víctima: la del propio portador de la misiva!

Al asegurar a la palabra el tránsito a la lengua contraria (lengua turca del vacilante poder o lengua árabe de la ciudad mora, no lo sé), parecía como si Brasewitz debiera pagar aquello con su vida.

Por el momento, aquí está de vuelta al anochecer, en los puestos franceses. Su misión ha terminado. El dey abdicará por escrito a la mañana siguiente.

Argel se dispone a vivir su última noche de ciudad libre.

Otros narrarán aquellos últimos momentos: un secretario general, *bax-kateb*, del bey Ahmed* de Constantina (que reagrupará a los

resistentes del este durante cerca de veinte años), redactará su relato en árabe. Un cautivo alemán, que será liberado al día siguiente, evocará en su lengua aquella noche; y dos prisioneros rescatados del naufragio de sus barcos, acaecido unos meses antes, harán la descripción en francés. Sumemos a ellos el cónsul de Inglaterra, que anota aquel momento crucial en su diario... Yo pienso en los que, en aquellos instantes, duermen en la ciudad... ¿Quién cantará más tarde esa agonía de la libertad, qué poeta, animado por una terca esperanza, podrá mirar hasta el final aquella deriva?...

El mufti *Hack* Ahmed Efendi describe con todo lujo de detalles —unos decenios después— la rebelión de sus conciudadanos:

«En cuanto a mí, no pudiendo decidirme, reuní a los piadosos musulmanes... Les exhorté para que me siguieran contra el enemigo. Efectivamente, hicieron penitencia y, tras despedirse recíprocamente por última vez, se pusieron en marcha detrás de mí, entonando el grito de *tekbir*. En ese momento, las mujeres se abalanzaron delante de nosotros, arrojando a sus hijos a nuestros pies y exclamando: "¡Está bien si sois los vencedores, pero si no lo sois, tened en cuenta que los infieles vendrán a deshonrarnos! ¡Vamos, marchad, pero antes de iros, inmoladnos!"».

Si la escena está sobrecargada de elocuencia, sugiere, al menos, el torbellino de la transición. La multitud, a millares, llena el camino de Constantina. Otros, iluminados por el claro de luna de verano, se precipitan hacia la playa e invaden las barcas que los conducen a Cabo Matifu. Familias enteras que cargan con sus petates. Son más los del pueblo llano que se marchan que los ricos o los comerciantes. ¿Qué burgueses se quedarán para salvar su fortuna y sus casas? ¿Qué ciudadanos preferirán guardar sus últimos *efectos y sus* pocas joyas, y —con los niños y las mujeres montados en mulas— alcanzar precipitadamente, ya sea el ejército del bey de Constantina, ya el del bey del Titteri, que regresa a la Mitidja*?

La ciudad pierde en una noche alrededor de los dos tercios de su población. Entre los soldados que se niegan a la abdicación, por considerarla un deshonor, dos mil quinientos en armas se agrupan en torno al bey Ahmed.

En cuanto al mufti Ahmed Efendi, éste recibe del dey la promesa de que los franceses se han comprometido a no entrar en las mezquitas y a respetar la vida de los civiles. *Él* apacigua la efervescencia.

«Toda la población, hombres y mujeres, se apiñaban en el umbral de mi morada gritando en tono lastimero: ¡Ya que vamos a morir, más vale morir a la puerta de un *alim*!*

El ejército victorioso prepara su puesta en escena del día siguiente: De Bourmont organiza metódicamente la parada de entrada

del 5 de julio —en honor a la artillería y a los zapadores que abrirán el desfile—. Quiere entrar en la ciudad precedido del 6.° regimiento y de sus tambores.

La toma de posesión viene acompañada de nombramientos que tienen efecto inmediato: el jefe de policía, el de marina, los responsables de las cuentas son designados... Cada división de los tres tenientes generales ocupará unos lugares precisos.

Con dos horas de retraso, pero, como estaba previsto, al son de los tambores del 6.° regimiento, los franceses entran por la mañana en la Ciudad. En la Alcazaba, Husein, atento a su dignidad hasta el último momento, se contenta con recibir al contingente de vanguardia que había llegado dos horas antes. El responsable, el coronel De Bartillat, será autor también de una publicación que describe aquel instante. A través de sus ojos, descubrimos el primer patio del palacio y su limonero, y la ofrenda de la limonada en señal de hospitalidad. Después, el dey y su séquito desaparecen, mientras que un funcionario turco espera imperturbable en el vestíbulo de palacio la llegada del jefe francés.

Aquel turco era el *Jasnayi* —el ministro de finanzas—. El que dirigió, la víspera, la resistencia del fuerte El Emperador. Ante De Bourmont y sus allegados, efectúa protocolariamente el traspaso de poderes: acompaña a los franceses hasta el Tesoro del Estado argelino. Allí se encuentra el corazón de la toma: un montón de oro que permitirá reembolsar los gastos de la gigantesca expedición y, por añadidura, alimentará el Tesoro de Francia e, incluso, algunas rentas privadas.

Treinta y siete testigos, quizá algunos más, relatarán, en caliente o poco después, el desarrollo de aquel mes de julio de 1830. Treinta y siete descripciones se publicarán, de las cuales sólo tres del bando de los asediados: la del mufti, futuro gobernador en Anatolia; la del secretario del bey Ahmed, que vivirá más tarde la sumisión, y la tercera la del cautivo alemán.

Si excluimos de este cúmulo el diario del cónsul inglés, el único en posición de verdadera neutralidad (su estatuto de diplomático retrasará, no obstante, la publicación de su testimonio), y si dejamos aparte la relación de un príncipe austríaco, llegado como observador con De Bourmont, quedan, a pesar de todo, treinta y dos escritos en lengua francesa sobre aquel primer acto de la ocupación.

Una fiebre escrituraria se adueñó en particular de los oficiales superiores. Publican sus recuerdos a partir del año siguiente; el jefe del estado mayor es el primero; otros, poco después, harán como él. Hasta más o menos el año 1835, diecinueve oficiales del ejército de tierra y unos cuatro o cinco de la marina contribuirán a esta literatura.

Aquella prisa se contagia a los comparsas: un capellán y tres médicos, uno de ellos cirujano jefe, y otro, un cirujano auxiliar del capitán médico. Hasta el pintor Gudin (que redactará sus recuerdos bastante más tarde), sin olvidar a nuestro publicista J. T. Merle, el rival en amores de Alfred de Vigny.

Un prurito de escritura semejante me recuerda la graforrea epistolar de las muchachas enclaustradas de mi infancia: escribir a lo desconocido era para ellas una manera de respirar un oxígeno nuevo. Encontraban en ello una salida provisional a su encierro...

¿Pero qué significan los escritos de tantos guerreros que reviven aquel mes de julio de 1830? ¿Les permite saborear la gloria del seductor, el vértigo del violador? Esos textos se difunden por el París de Luis Felipe, lejos de una tierra argelina en donde la rendición legitimó enseguida todas las usurpaciones, tanto de cuerpos como de símbolos. Sus palabras, surgidas de un seísmo semejante del pasado, me parecen cola de cometa que ilumina un cielo definitivamente agujereado.

Pues aquella conquista ya no se vivió como descubrimiento del otro, ni siquiera como nueva cruzada de un Occidente que aspirara a revivir su historia como una ópera. La invasión se convirtió en una empresa de rapiña: el ejército precediendo a los comerciantes, seguidos de sus empleados en acción; sus maquinarias de liquidación y ejecución están ya a punto.

Las mismas palabras, adornos para los oficiales que las blanden como llevarían un clavel en la solapa, se convertirán en el arma por excelencia. Cohortes de intérpretes, geógrafos, etnógrafos, lingüistas, botánicos, doctores varios y escritores profesionales se abatirán sobre la nueva presa. Toda una pirámide de escritos amontonados como protuberancias redundantes ocultará la violencia inicial.

Mis amigas, mis cómplices de la aldea de vacaciones, escribían la misma lengua inútil y opaca, de asediadas y prisioneras; estampaban su marasmo para superar, más o menos, lo trágico de la situación. Los informes de aquella intrusión de ayer revelan *a contrario* una idéntica naturaleza: invasores que creen conquistar la Ciudad Inconquistable, pero que dan vueltas en medio de la espesura de su malestar.

Tachadura

La conquista de la Inconquistable,.. Imágenes erosionadas y disgregadas de la roca del Tiempo. Letras de palabras francesas se perfilan, alargadas o ensanchadas en su extra— ñera, sobre las paredes de las cavernas y en la aureola de las llamas de sucesivos incendios, tatuando los rostros

desaparecidos con matices rojizos...

Y la inscripción del texto extranjero se invierte en el espejo del sufrimiento proponiéndome su doble evanescente en letras árabes, otra vez devanadas de derecha a izquierda a continuación, se decoloran como dibujos de un Hoggar prehistórico...*

Para leer este escrito necesito invertir mi cuerpo, sumergir mi rostro en las sombras, escrutar la bóveda de rocallas o de creta, dejar ascender los susurros inmemoriales, sanguinolenta geología. ¿Qué magma de son idos se pudre allí, qué olor de putrefacción se escapa! Busco a tientas, el olfato perturbado, las orejas abiertas como ostras, en la crecida del dolor antiguo. Sola, despojada, sin velo, hago frente a las imágenes de la oscuridad...

Fuera del pozo de los siglos pasados, ¿cómo afrontar los sonidos del pasado!... Qué amor se busca, qué porvenir se esboza a pesar de la llamada de los muertos, y mi cuerpo tintinea por el lento derrumbamiento de las generaciones antepasadas.

SEGUNDA PARTE

LOS GRITOS DE LA FANTASÍA

Tuve que dirigir una expedición contra las tribus berebere» de las regiones montañosas de Bugía*, que se negaban desde hacía años a pagar el impuesto... Después de haber penetrado en su país y vencido su resistencia, cogí rehenes, como garantía de obediencia...

Ibn Jaldún*-*Taarif*—
(Autobiografía)

La razzia dal capitán Bosquet desde Orán,,

ORAN, octubre de 1840, desde que se reanudara la guerra contra el Emir, el año anterior, la guarnición francesa vive a la defensiva.

Bajo control está un modesto espacio de dos o tres leguas alrededor de la plaza fuerte, entre los dos campamentos de Misscrghin* y de la Higuera; aquí uno» eventos huerto» para los cantineros, allí tres miserables cabarets; lo justo para mantener y distraer a los puestos aislados en medio del campo abandonado. Al este, en las proximidades de la ribera, se extiende la granja del único colono, un tal Dandrieu, que se instaló allí durante la tregua de Alocate, empieza el territorio de los Duairs y de los Smelas, tribus aliadas de Francia —también lo eran del anterior poder turco, al que servían de policía» para la recaudaron de impuestos—.

El resto del país forma una extensión inmensa y llana, recorrida por las fracciones que reconocen la autoridad de Abdelkader, que acaba de llamar, una vez más, a la unión sagrada contra el ocupante. La fase final de la guerra comienza; durará aún ocho años.

Por las carreteras de Tremecén*, Mostagancm* y Arzew*, pasan, de vez en cuando y bien escoltado», los convoyes franceses. Ningún europeo se aventuraría por lo» senderos de los alrededores.

En la primavera del mismo año, las hostilidades franco—argelinas se avivaron en el centro del país: el mariscal Valee, acompañado de unos príncipes, los duques de Orleans y de Aumale, trató de contener, desde Cherchell* hasta Blida* y Medea*, la presión belicosa de las tribus del Atlas. Éstas aportaban a los regulares de Abdelkader y de sus lugartenientes, miles de elementos alistados temporalmente. Valée creyó que organizaba un paseo militar; tuvo que guerrear una vez más en las gargantas de la Chiffa*, y, luego, volvió a Argel multiplicando comunicados y balances pomposos. La llanura de la Mitidja* fue despejada, pero la efervescencia subsiste.

Al oeste, un general de treinta y tres años, antiguo comandante de zuavos, Lamoriciére, es designado el 20 de agosto a la cabeza de la plaza de Oran. Durante dos meses tasca el freno: ¿cómo pasar de la defensiva a la ofensiva lo más rápido posible? ¿No acaba Bu Hamedi, el lugarteniente del Emir, de atacar a los Duairs en su territorio? ¿Acaso no impide también el avituallamiento de los franceses?

Lamoriciére, al que los árabes apodan «el hombre de la xexia», utiliza al máximo el servicio de información de Daumas, los mapas y las relaciones detalladas de lugares de Martimprey; ese trabajo de localización fue asegurado durante semanas por los espías de Mustafá ben Ismail, el jefe de los Duairs.

Más allá de Tlelat (un *uad* que desemboca en el inmenso lago salado situado al sur de Orán) se anotan los desplazamientos de la tribu de los Gharabas y la de los Beni Ali. Se sabe que sus jefes son incondicionales del Emir. Doce leguas —es decir, unos sesenta kilómetros— separan el emplazamiento de sus fronteras de los primeros puestos franceses: la etapa parece demasiado larga para un eventual ataque...

Lamoriciére, no obstante, siente la tentación: si consiguiera hacerse con los rebaños y, por qué no, con los silos de aquellos ricos enemigos, eso haría cambiar la atmósfera de la guarnición y la moral de las tropas. Aquella victoria aseguraría, además, un beneficio no desdeñable: el aprovisionamiento de la plaza para el invierno.

El joven general salta de impaciencia, pero Oran esta atiborrada de espías. La operación, la primera razzia que se pondrá en marcha desde Orán tras la reanudación del conflicto, debería prepararse en secreto; ahora bien, parece difícil engañar a los batidores enemigos. Con todo, el ataque se fija para el 20 de octubre.

Dos hombres escribirán el relato de aquella *expedición*: el capitán Bosquet, a quien Lamoriciére ha hecho venir desde Argel para nombrarle su ayudante de campo, y el capitán Montagnac. El regimiento de este último acaba de llegar de Cherchell por mar, el 14 de aquel mes.

Los dos oficiales, ambos desconociéndolo todo el uno sobre el otro, mantienen una correspondencia familiar, gracias a la cual los seguimos como testigos-actores de aquella operación. Con ellos revivimos todas las marchas guerreras de aquel otoño de 1840: cartas que recibe la madre del futuro mariscal Bosquet (será un héroe de la guerra de Crimea veinte años después) y epístolas al tío o a la hermana de Montagnac (al que la derrota de *Sidi* Brahim convertirá en mártir cinco años después). La publicación póstuma de estos escritos, que describen la danza de la conquista sobre nuestro territorio, prestigia a sus autores.

¿Qué territorio? ¿El de nuestra memoria que fermenta? ¿Qué fantasmas se yerguen por detrás de los hombros de aquellos oficiales que, una vez quitadas las botas y arrojadas en el dormitorio de tropa, continúan su correspondencia cotidiana?

El 21 de octubre, al mediodía, se da la orden a la infantería, a los espahís de Yusuf y a los de caballería de Mustafá ben Ismail, el *kuluglt*, de que se reúnan en el campamento de la Higuera, en la carretera del sudeste. A las seis de la tarde, el general y su estado mayor pasan revista a unos asombrados soldados y oficiales: dos mil quinientos infantes y setecientos de caballería, a los que hay que sumar un

número equivalente de jinetes indígenas (trescientos cincuenta espahís y otro tanto de Duairs), así como dos compañías de zapadores y seis obuses.

Lamoriciére, a pesar del escepticismo de Mustafá ben Ismail, da la orden de salida: aquellas tropas sin curtir, poco familiarizadas con el terreno, tienen que recorrer de noche por lo menos cincuenta kilómetros para poder sorprender al enemigo al amanecer.

El convoy de mulas, cargado con la impedimenta y las artolas previstas para recoger a los heridos, avanza. Va rodeado por la infantería. En los últimos meses, ésta recibió un equipo ligero en previsión de la nueva táctica, fundada, a semejanza de la de los indígenas, en la rapidez ofensiva.

Desde el *uad* Tetlat al punto de referencia elegido, un arroyo que antecede a la localidad de Makedra, la tropa va a buen paso. La caballería cubre a los hombres por la izquierda, sin adelantar a la cabeza de la silenciosa columna. Los batidores de Mustafá ben Ismail se destacan continuamente como vanguardia, verificando que no se enciendan hogueras en las colinas vecinas para prevenir a los Gharabas y los Uled Ali. Aquellos *sahab ez zerda* o «compañeros de botín» son bandidos-espías y, en su mayoría, ladrones de caballos. Sus informaciones se pagaron a precio de oro. Les prometieron una buena parte del pillaje.

Cuando llegan al arroyo de Makedra, tres «compañeros de botín» se adelantan. Al cabo de una hora todavía no han regresado. Bosquet, que va y viene de la cabeza a la retaguardia de la columna, adivina la inquietud del general. ¿Han sorprendido quizás a los espías y los han matado?

Un cuarto batidor, el ayudante del agá Mustafá, desaparece en medio de la noche.

Disminución de la velocidad de la marcha; la caballería sigue en retaguardia. Al fin, el Duair vuelve montado en un caballo que humea, mancha blanca en la oscuridad que palidece:

—Los Gharabas están allí. ¡No han dado la alerta! Las tiendas siguen de pie. ¡Todos duermen!

Murmullos precipitados alrededor del agá y el general. Éste da las últimas órdenes. A dos horas del blanco, mientras el alba va despuntando, el efecto sorpresa está asegurado. La razzia se presagia propicia: raptos, pillajes y, a lo mejor, hasta una matanza de enemigos que, sin despertar todavía, no podrán combatir. «La noche es nuestra», sueñan ambos capitanes... Bosquet anota los colores del alba que despunta.

A una señal de Lamoriciére, la caballería se abalanza: en el centro, formando una masa compacta, van los cazadores de túnica

negra; a su derecha, con las banderas desplegadas, el *gum* de los Duairs, y, en cabeza, el agá Mustafá. Este vigoroso anciano, barba blanca hacia delante y fornido cuerpo erguido sobre los estribos de oro, estalla en alegría guerrera, a pesar de sus setenta años:

—*Etlag el gum*—exclama en un tono casi juvenil.

«Risas burlonas, gritos de muerte contra las víctimas que iban a despojar», relata Bosquet, que admira el arranque de la salida como si de una *fantasía*, se tratase. A la izquierda los espahís en uniforme escarlata, con el «renegado» Yusuf en cabeza, alcanzaron la cima de una crestería. El día ilumina sus siluetas «como una banda infernal y fantástica»...

Tres kilómetros más adelante se produce el ataque. Aparece un círculo de múltiples tiendas; las más bellas, de lana blanca bordada, se encuentran en el centro. El viejo Mustafá, temblando de impaciencia, se precipita hacia ellas. Espera sorprender dentro a su enemigo, Ben Yacub, el agá de los Gharabas: pero en vano. En la agitada aurora los asaltantes no encuentran más que mujeres; la víspera, Ben Yacub, con el grueso de su contingente, fue a Mascara* a reunirse con el Emir. Algunos guerreros medio desnudos montan a pelo en sus caballos; otros, unos adolescentes, yatagán en mano, se dejan matar defendiendo a sus madres y hermanas.

Desmoronamiento de cuerpos mezclados. Se acurrucan en medio de la sangre vertida; se deslizan en medio del desorden de las colgaduras maculadas. Sordos gruñidos que se elevan por encima de las quejas y los chillidos de triunfo o de espanto. El incendio lame, con sus móviles resplandores, cofres entreabiertos, alhajas y cobres diseminados por entre los primeros cadáveres. Caída de mujeres que se desmayan. Los espahís de Yusuf participan con todas sus fuerzas en el pillaje que comienza aun antes del fin de los combates.

Los cazadores, sin detenerse, han pasado a espada, trazando una larga diagonal que atraviesa aquella multitud inmensa que parece muy atareada y que se dispersa. En medio del halo de teas en el suelo y de la humareda del incendio, los rebaños también son alcanzados; los balidos del ganado en el redil se elevan, como bramido de tormenta por encima del horizonte todavía oscuro.

Dos leguas más allá, los cazadores no han podido sorprender al segundo campamento: todos los guerreros de los Uled Ali, y hasta las mujeres de los notables, han desaparecido. Únicamente los rebaños son conducidos en masa hacia el centro del valle. Los Duairs y los espahís, que llegan también, hurgan en aquellas tiendas abandonadas; el botín parece allí menos importante.

Circulan rumores. Los oficiales de Lamoriciére ordenan formar; unos testigos hablan de uno de los batidores de los Duairs que habría atravesado el campamento, en su caballo, llevando a la mujer del agá

de los Gharabas. Le habría permitido escapar a cambio de las alhajas que llevaba; seguramente no lo volverán a ver más.

Sin una palabra, Lamoriciére hace que le lleven ante la tienda más hermosa: un adolescente de quince años yace de espaldas, con el rostro sobre el suelo, los ojos abiertos de par en par, el pecho atravesado y los miembros rígidos:

—¡Ha defendido a su hermana contra cinco soldados! —aclara una voz por detrás.

Yusuf se acerca a caballo, y su sombra triunfante se alarga por delante del general. Un grupo de prisioneras permanece acuclillado sobre montones de tejidos de terciopelo, espera con calma ostensible. La más vieja, con el rostro descubierto, mira de hito en hito a los franceses que miran. Bosquet se la imagina dispuesta a insultar a la mínima palabra. Al acercarse a su jefe, escruta a las silenciosas mujeres: la vieja no baja la mirada.

—¡Son la hija del agá, sus dos nueras y una o dos parientes! —aclara Daumas, que ha debido de interrogar a las criadas que están en segundo plano.

—¡La hija es verdaderamente hermosa! ¡No quiere llorar por su hermano, está orgullosa de él! —susurra mi admirador al oído de Bosquet.

Lamoriciére pregunta lacónicamente por qué han dado muerte, sin embargo, a unas mujeres un poco más allá.

—Nuestros soldados han ejecutado a siete en total —aclara alguien— ¡Nos han recibido insultándonos!

—«¡Perros, hijos de perros!» gritaban las muy arpías —exclama, uno de los espahís junto a Yusuf. Éste permanece en un tranquilo mutismo, tal vez irónico, ante los escrúpulos de Lamoriciére, pues todos conocen las ideas saintsimonianas de su jefe.

Con el bastón en la mano temblorosa, Lamoriciére se da la vuelta en su montura. Con los rasgos crispados, se aleja; impasible, su ayudante de campo le sigue.

Entretanto, el pillaje se intensifica, acompasado de murmullos aislados. Mueren algunos focos del incendio. Y el chal de gritos se deshilacha, mientras las brumas nocturnas se disipan del todo. El alba que se despliega araña el cielo de rasguños rosas o malvas; matices fugaces y brillos persistentes desaparecen de golpe. La pureza del límpido día pone de relieve las siluetas de los soldados que se agitan en la llanura.

«Nuestro pequeño ejército está contento y lo festeja —escribe Bosquet el I de noviembre de 1840—. En toda la ciudad se respira un delicioso olor a cordero asado y a pollo en pepitoria...»

Y añade en la misma carta:

«Voy a contártelo todo; hubo de todo en esa razzia: marcha militar y sabias maniobras, energía digna de elogio en la infantería, que estaba agotada porque no se paró ni un instante, conjunción perfecta de nuestra hermosa caballería y, además, toda la poesía posible en los detalles de la escena, que es el fondo de la razzia».

Trece días más tarde, Montagnac se dirige también desde Orán a su tío:

«Aquel combate sin importancia ofrecía un aspecto encantador. Aquellas bandadas de jinetes ligeros como pájaros, entrecruzándose, revoloteando por todas partes, aquellos hurras, aquellos disparos dominados, de vez en cuando, por la voz majestuosa del cañón, todo aquello presentaba un delicioso panorama y una escena embriagadora...».

Joseph Bosquet, que de ordinario escribe a su madre residente en Pau, se dirige, esta vez, a un amigo, su «querido Gagner». Su descripción del ataque se ve realzada por reflexiones y por la admiración retrospectiva del genio de Lamoriciere, el jefe que, gracias a su entusiasmo, sabe centuplicar el esfuerzo del cuerpo de ejército y la furia de los «bandidos» de Mustafá ben Ismail.

El viento de la conquista se levanta, por fin, para nuestro autor bearnés, que se cree en la proa... ¿Y el enemigo? Por el momento, ni el Emir ni ninguno de sus célebres caballeros rojos ni uno solo de sus lugartenientes audaces en demasía ni ninguno de sus «fanáticos» aliados se dejan ver. El decorado desplegado de esta manera acentúa la sorpresa y el pasmo de las víctimas. Paisajes que se atraviesan durante horas, que la narración inmoviliza a continuación, y hombres que caracolean en plena carga del amanecer. Sinfonía exacerbada del ataque; pisoteo de las furiosas oleadas, espesura de estertores entremezclados hasta el pie de las yeguas. Mientras que la sangre a chorros salpica las tiendas tiradas por tierra, Bosquet se demora en la violencia de los colores. El impulso de las arrancadas le fascina, pero la embriaguez de una guerra tan remota gira en el vacío. Nuestro capitán se entrega a la ilusión de aquel divertimiento viril: confundirse con la rebelde África, ¿y de qué manera sino en el vértigo de la violación y de la sorpresa asesina?... Bosquet, al igual que Montagnac, permanecerá soltero: ninguna necesidad de esposa ni aspiración alguna de vida ordenada cuando el placer guerrero se reaviva, aterrajado por las palabras. Revivir, en la reminiscencia, el jadeo del peligro; las frases armoniosas de las epístolas conservan esa acritud insospechada por las mujeres de la familia, que sueñan en la espera.

En medio de esas febriles narraciones, flotan escorias: como aquel pie de mujer que alguien cortó para adueñarse de la ajorca de oro o de plata que adornaba su tobillo. Bosquet señala este «detalle» con un tono indiferente. Así como aquellos siete cadáveres de mujeres (¿por

qué habían elegido, en la sorpresa a cámara lenta, mostrarse insultantes?), que, a pesar del autor del relato, se convierten en escrófulas de su estilo. ¡Como si el amor de y en la guerra no dejase de apestar, lo que deplora nuestro bearnés! ¿No sería acaso el decorado el que, por su barbarie natural, contaminase a aquellos nobles asaltantes?...

Imposible abrazar al enemigo en la batalla. Restan esas escapadas: por mujeres mutiladas, por contados bueyes y rebaños o por el brillo del oro pillado. Convencerse de que el Otro se escurre, se esconde y huye. Ahora bien, el enemigo vuelve a la retaguardia. Su guerra se manifiesta muda, sin escritura y sin tiempo de escritura. Las mujeres, con su fúnebre ulular, improvisan una extraña jerigonza de la guerra, dirigida al otro sexo. Gritos inhumanos, canto chirriante que hiere, jeroglíficos de la voz colectiva y salvaje: rumor que inquieta a nuestros escritores. Bosquet piensa en el adolescente muerto defendiendo a su hermana en la lujosa tienda; evoca ese pie de mujer anónima cortado por culpa del *jaljal.,*. De pronto, las palabras de toda la carta no pueden secarse, debido a ese inciso: indecencia de aquellos jirones de carne que la descripción no pudo silenciar. ¿Escribir sobre la guerra de África —como antaño César, cuya elegancia de estilo anestesiaba *a posteriori* la brutalidad del jefe— es acaso pretender llenar de nuevo un teatro abandonado? Las mujeres prisioneras no pueden ser espectadoras ni objetos de espectáculo en el pseudotriunfo. Más grave aún, ellas no miran. El conde de Castellane —que, tras haber participado en parecidas galopadas, colabora en París en la *Revue des Deux Mondes*— lo señala casi con desdén: esas argelinas se embadurnan la cara con barro y excrementos cuando las llevan en el cortejo del vencedor. El elegante cronista no se engaña: se protegen no sólo del enemigo sino también del cristiano, conquistador, extranjero y tabú, a la vez. Todas se enmascaran como pueden, y lo harían con su sangre si fuera necesario... El indígena, incluso cuando parece sometido, no está vencido. No levanta la vista para mirar al vencedor. No lo «reconoce». No lo nombra. ¿Qué clase de victoria es esa si no se la nombra? Las palabras disimulan. Las palabras levantan un pedestal, a la espera del triunfo que reservan todas las Romas.

Aquella correspondencia al día, que sale de los vivaques, tiene analogías con las cartas de amor; la destinataria, de repente, es un pretexto para mirarse detenidamente en la oscuridad de la emoción... Huellas semejantes de la guerra y del amor: baile de indecisión frente a la imagen del que se evade. Ahora bien, esa huida da miedo: se escribe para yugularla. Las cartas de aquellos olvidados capitanes, que afirman inquietarse por sus problemas de intendencia y de carrera,

que, a veces, exponen su filosofía personal, hablan, en el fondo, de una Argelia mujer imposible de domesticar. Fantasma de una Argelia domada: el fin de la revuelta se aleja aún más con cada combate. Aquellos guerreros, que se pavonean en medio de los gritos que su estilo elegante no puede atenuar, se tornan para mí en los amantes fúnebres de mi Argelia. La violación o el sufrimiento de seres anónimos avivados así deberían conmoverme ante todo; pero permanezco extrañamente atormentada por la propia emoción de los asesinos y por su desconcierto obsesivo.

Sus palabras, anotadas en volúmenes hoy perdidos en las bibliotecas, muestran la trama de una realidad «monstruo», es decir, literalmente ofrecida. Aquel mundo ajeno, al que penetraban casi de modo sexual, aquél mundo gritó sin parar durante veinte o veinticinco años después de la conquista de la Ciudad Inconquistable... Y aquellos modernos oficiales, aquellos caballeros aristócratas tan eficazmente armados, a la cabeza de millares de infantes de todas las procedencias, aquellos cruzados del siglo colonial inundado por tantos clamores, se alimentan de esa espesura sonora. La penetran como si de una desfloración se tratara. África es seducida, a pesar del rechazo que no puede reprimir.

Inútil remontarse a la muerte de san Luis delante de Túnez, al fracaso de Carlos V en Argel, finalmente reparados; innecesario invocar a los antepasados apareados en cruzadas y *yihads*... Las mujeres francesas recorren la correspondencia de los vencedores casi con las manos juntas: y esa devoción familiar aureola el movimiento de seducción que se desarrolla al otro lado del Mediterráneo.

I

Primeras cartas de amor, escritas durante mi adolescencia. La escritura se despliega en forma de diario de una soñadora enclaustrada. Pensaba que eran páginas de «amor» porque el destinatario era un enamorado clandestino; sólo eran cartas de peligro.

Hablo del tiempo que pasa, de los calores veraniegos en el piso cerrado, de las siestas que vivo como escapadas. Mis mutismos de encerrada pasajera ahondan en aquel monólogo disfrazado de conversación prohibida. Escribo para cercar los días bloqueados... Aquellos meses de verano que paso como una cautiva no engendran en mí ninguna rebeldía. El encierro en vacaciones lo vivo como un alto. La vuelta a clase se anuncia próxima, y el tiempo de estudio es para mí una promesa de libertad que titubea.

Entretanto, mis misivas en lengua francesa marchan a un lugar lejano. Tratan de restringir el encierro. Esas cartas llamadas «de amor», pero en sentido contrario, parecen persianas que filtran la luz

solar.

Expresiones primorosas, palabras dulces que la mano escribe, que la voz murmuraría en la reja de hierro forjado. ¿Qué nostalgia confesar al amigo cuya lejanía únicamente permite este aparente abandono?...

La emoción no traspasa ninguna de mis frases. Aquellas cartas, me doy cuenta de ello veinte años después, más que expresar el amor lo disimulaban, y casi por una viva coacción: pues la sombra del padre está presente. La muchacha, liberada a medias, se imagina que toma como testigo aquella presencia:

—Lo ves, escribo, ¡y no es «para mal» ni por «indecencia»! ¡Sólo para decir que existo y palpitar por ello! ¿Escribir, acaso no es decirme?

Leo las respuestas del joven en una alcoba o en la terraza, pero siempre con los dedos febriles y los latidos del corazón atropellados. El vértigo de la transgresión se inicia. Noto mi cuerpo dispuesto a abalanzarse fuera del umbral a la inflexión de la menor llamada. El mensaje del otro a veces se hincha de un deseo que me alcanza, pero expurgado de cualquier contagio. La pasión, una vez escrita, se alejaba de mí definitivamente.

Un día —tenía dieciocho años y hacía tiempo que había dejado de frecuentar la escuela coránica— abrí una carta que reproducía el texto de un largo poema de Imriu el Uais. El que me lo enviaba me pedía con insistencia que me aprendiera las estrofas. Descifré la caligrafía árabe; me esforcé por recordar los primeros versos de aquella *moallakat*, poesía «colgada», como la llaman. Ni la música ni el fervor del bardo ante-islámico encontraron eco en mí. El brillo de la obra maestra apenas me hizo cerrar un segundo los párpados: ¡tristeza abstracta!

En consecuencia, ¿qué palabras de intimidad encontrar en la antecámara de mi juventud? No escribía para desnudarme, ni siquiera para acercarme al escalofrío, ni, con más razón, para revelarlo; más bien, para darle la espalda, en una negación del cuerpo cuyo orgullo e ingenua sublimación me sorprenden hoy.

La fiebre que me acosa se traba en aquel desierto de la expresión. Mi voz, que se busca, busca la oralidad de una ternura que tarda. Y tanteo, manos abiertas y ojos cerrados, para indagar qué posible revelación... Mi secreto, enterrado en la caverna, anida; su canto de ciego busca el ojo de aguja por donde saldrá volando como un clamor.

Dos o tres años más tarde, recibo, durante una separación del amado, una carta anhelante. Estamos casados desde hace poco, me parece. El ausente, en un arranque de dolor, la escribió como un

sonámbulo. Sus palabras van detallando mi cuerpo-recuerdo.

Leo una vez, sólo una, aquella carta de alucinado. Me siento embargada por una súbita frialdad. Me resulta difícil convencerme de que aquel escrito tiene que ver conmigo y meto el papel en mi cartera. No vuelvo a leer el texto. ¿Aquel exacerbado amor se reflejará en mí? La carta, oscuro talismán, aguarda. Deseo proferido como con arañazos desde un lugar lejano, y sin el tono de la voz que acaricia.

De repente, aquellas hojas comienzan a exhalar un extraño poder. Se produce una intercesión: aquel haz de estertores detenidos se dirige, por qué no, a todas las mujeres a las que palabra alguna alcanzó. Aquellas que, unas generaciones antes, me legaron el lugar de su reclusión, las que jamás recibieron nada: ninguna voz así tensada como una curva de deseo, ningún mensaje que súplica alguna atravesara. Ellas no se liberarían sino a través de la salmodia de su canto de asedio.

La carta que guardaba se ha convertido para mí en la primera carta: para las esperas anónimas que me precedieron y que yo llevaba en mí sin saberlo.

El episodio pasa por diversas peripecias. La separación se prolonga. Vivo en casa de unos amigos en el campo normando, descansando. Una disputa me enfrenta con un pretendiente al que he dado calabazas; primero sonrío con indulgencia; se le pasará el extravío, y las palabras de su pasión indiscreta no me han rozado siquiera. Interrumpo su fluir: reanudar una camaradería revigorizada, compartir lecturas, pasear por lugares tan nuevos. Me siento privada de amistades masculinas, de diálogos que hay que restablecer... Ahora bien, el impaciente, forzado a callarse, se introduce en mi habitación, durante mi ausencia. Lo confiesa poco después. La cólera me hace tomar una decisión:

—¡Acabemos con esta amistad, puesto que se ha convertido en un callejón sin salida!

El extraño ríe burlonamente y con un tono de pueril venganza:

—¡He registrado su bolso!

—¿Y?

—¡He leído una carta, la del hombre a causa del cual usted me rechaza!

—¿Y bien?

Mi frialdad es fingida: la indiscreción del hombre me ha turbado.

Me endurezco y me excluyo. Él añade, soñador:

—¡Qué palabras! ¡No imaginaba que la quisiese hasta ese extremo!

—¿Y a usted qué le importa? —grité.

¿Las palabras escritas las he recibido realmente? ¿No están, a partir de entonces, a la deriva?... Había metido aquella carta en mi

cartera, como la reliquia de una creencia desaparecida.

En las semanas que siguen, no vuelvo a leer la misiva. La mirada de ese mirón me ha comunicado un malestar. Aquel hombre, fascinado por las palabras desnudas del otro, que hablan de mi cuerpo, se me aparece como un ladrón; peor, como un enemigo. ¿No he dado pruebas de descuido y de negligencia grave? Me atormenta un sentimiento de culpabilidad: ¿el mal de ojo, entonces, es eso, el ojo del mirón?...

Un mes más tarde, me encuentro en un mercado de una ciudad marroquí. Una mendiga de ojos grandes me sigue

—lleva a un niño de pecho dormido, cuya cabeza se apoya indolentemente sobre el hombro materno—. Me pide una moneda, que le doy excusándome. Se aleja. Poco después, me doy cuenta de que me ha quitado la cartera, sacándola del bolso que estaba entreabierto.

—¡Me ha robado la carta! —constaté de inmediato.

No siento ninguna pena; una pregunta vaga se adueña de mí ante el símbolo: ¿aquellas palabras, que no sabrá leer, acaso no le estaban destinadas? En realidad, ¡ha acabado convirtiéndose en objeto mismo del deseo desgranado en palabras indescifrables para ella!

Unos días más tarde, otra mendiga me dirá alegremente, hablando en la calle.

—¡Tú al menos, hermana, sabes que comerás pronto! ¡Cada día para mí es distinto en eso!

Se rió, pero una vibración agria alteró el tono de su voz. Volví a pensar en la carta que la primera desconocida me birló, no sin cierta justicia.

Palabras de amor recibidas que la mirada de un extraño había alterado. No las merecía, me dije, pues había dejado aflorar el secreto. Aquellas palabras encontraban su verdadero sitio. Su travesía las había conducido hasta los dedos de aquella analfabeta desaparecida. Habrá arrugado la carta, o la habrá hecho pedazos antes de tirarla al arroyo...

Recuerdo, pues, aquella carta de amor, su navegación —y su naufragio—. La evocación de la mendiga se asocia, inopinadamente, a la imagen de mi padre destruyendo, ante mis ojos, la primera esquela —banal envite— cuyos pedazos recogí de la papelera. Reconstituí el texto con una cabezonería insolente. Como si, a partir de ese momento, fuera preciso que me consagrara a reparar todo lo que los dedos del padre hiriesen...

Cada palabra de amor, a mí destinada, sólo encontraría la imposición paterna. Cada carta, incluso la más inocente, supondría la mirada perseverante del padre antes de que me llegara. Mi escritura,

manteniendo ese diálogo sometido a su influencia, devenía una tentativa —o una tentación— de delimitar mi propio silencio... Pero el recuerdo de los verdugos del harén resucita; ¡me recuerda que todo papel escrito en la penumbra vuelve a amotinar a la inquisición más vulgar!

Después del incidente de la mendiga, me reuní con el autor de la carta. Reanudé la llamada vida «conyugal». Ahora bien, nuestra historia, felicidad en peligro, en una aceleración repentina, llegó a su fin. La mendiga, que me birló la carta mientras su hijo dormía apoyado en su hombro, y el intruso, que, antes que ella, puso su mirada sobre aquellas palabras íntimas, se convirtieron ambos en los augures de aquella muerte.

Escribir *delante* del amor. Iluminar el cuerpo, para ayudar a levantar la prohibición, para descorrer el velo... Descorrerlo y, simultáneamente, mantener en secreto lo que debe seguir estándolo, en tanto no intervenga el fulgor de la revelación.

La palabra es antorcha; blandiría delante del muro de la separación o de la retirada... Describir el rostro del otro, para conservar su imagen; perseverar en la creencia de su presencia y en su milagro. Rechazar la fotografía o cualquier otra huella visual. La palabra sola, una vez escrita, nos arma con una atención profunda.

En consecuencia, el escrito se inscribe en una dialéctica de silencio delante del amado. Cuanto más envara el pudor los cuerpos en presencia, tanto más busca la palabra ponerse al desnudo. La natural reserva frena un gesto o una mirada, exacerba el roce de la mano, de la piel; por rechazo orgulloso de adornarse, la neutralidad del vestido se afirma como elección al mismo tiempo, y en un mismo impulso, la voz se desnuda y se entrega con palabras claras, precisas, puras*-*. Se precipita, se da, irrupción dé azucenas en una alameda tenebrosa.»*

Prolegómenos de la seducción en los que la carta de amor exige no la efusión del corazón o del alma, sino la precisión de la mirada. Una única angustia me atormenta en esta comunicación: la de no decir lo suficiente, o más bien, no decir lo justo. Superar el lirismo, dar la espalda al énfasis; cualquier metáfora me parece una trampa miserable, una imprecisa debilidad. Antaño, mis antepasadas, mis semejantes, mientras vigilaban en las terrazas abiertas al cielo, se entregaban a las adivinanzas, al azar de los refranes y a la suerte de las cuartetas amorosas...

De hecho, busco, como una leche de la que en otro tiempo me hubieran separado, la plétora amorosa de la lengua de mi madre. Contra la segregación de mi herencia, la palabra llena del amor-en-presente se me hace parada— nupcial-golondrina.

Cuando la adolescente se dirige a su padre, su lengua se enmascara de mojigatería... ¿Acaso por eso para ella la pasión no se podrá expresar sobre el papel? ¡Como si la palabra extranjera se hiciera nube en la córnea del ojo que quiere descubrir!

El amor, si pudiera escribirlo, se asemejaría a un punto nodal: en eso reside el riesgo de exhumar los gritos, los de ayer como los del siglo pasado. Pero yo sólo aspiro a una escritura de trashumancia, mientras que, viajera, voy rellenando mis odres de un silencio inagotable.

Mujeres, niños, bueyes yacientes en las cuevas...

La primavera de 1845 está marcada por la efervescencia de todas las tribus bereberes del centro-oeste del país.

El Emir Abdelkader recompone sus fuerzas en la frontera marroquí. Tras cinco años de incesantes persecuciones, sus enemigos —Lamoriciére y Cavaignac*, en el oeste, Saint-Arnaud y Yusuf, en el centro, y Bugeaud* en Argel— creen que está acabado. Empiezan a tener esperanzas: ¿será el fin de la resistencia argelina? Pues bien, es la explosión.

Bastaron las prédicas de un nuevo jefe, un joven aureolado de profecías y leyendas milagrosas, Bu Maza, «el hombre de la cabra», para que las tribus de las montañas y de la llanura se levantaran a su llamada. Entre Tenes* y Mostaganem, en el litoral, y entre Miliana* y Orléansville*, en el interior, en esta región del Dahra* se reanuda la guerra.

En abril, el jerife Bu Maza hace frente a dos ejércitos llegados de Mostaganem y de Orléansville. ¿Creen tenerlo copado en el centro del macizo? Él ataca Ténés, enviando allí a un lugarteniente. ¿Acude Saint-Arnaud para salvar a Ténés? Bu Maza aparece y amenaza con tomar Orléansville. Refuerzos llegados con toda urgencia protegen la ciudad. El Jerife amenaza entonces Mostaganem. Ni el propio Emir mostró tanta rapidez en la ofensiva... ¿Será acaso aquel nuevo predicador un vicario de Abdelkader o bien, rodeado ya por una jerarquía de fieles, Bu Maza pretenderá ser autónomo? Nada es seguro, salvo su estilo de ataque, veloz como el rayo.

En el Dahra, que recorre con sus estandartes y su música en cabeza, la gente lo aclama como «el señor del momento». Lo que aprovecha para castigar, a veces con crueldad, a caídes y agás designados por el poder francés.

En mayo, tres ejércitos franceses recorren los campos: reprimen a

los rebeldes, incendian sus pueblos y bienes y les obligan, tribu tras tribu, a pedir el aman. Saint-Arnaud hace aún más, y se enorgullece de ello en su correspondencia: obliga a los guerreros de los *Beni Hinyes* a entregar los fusiles. Jamás en quince años se había conseguido un resultado así.

Bosquet, ascendido a jefe de la Oficina árabe de Mostaganem, lo valora. Los ayudantes de Saint-Arnaud, Canrobert y Richard, siguen de cerca las operaciones; se recuperan, incluso, antiguas armas que datan del éxodo andaluz del siglo XVI... En la cárcel de la «Torre de las cigüeñas» de Mostaganem, así como en las cisternas romanas, transformadas en prisión, de Ténés, se pudren los irredentistas, cogidos como rehenes cada vez en mayor cantidad.

Son los comienzos del mes de junio. El mariscal Bugeaud, duque de Isly, supervisó los resultados de la represión: habiendo salido de Miliana con más de cinco mil infantes, quinientos jinetes y mil mulas de carga, recorrió el Dahra en todos los sentidos. El 12 de junio se embarca en Ténés para Argel. Deja al coronel de su estado mayor Pélissier que dé los últimos toques al trabajo: es preciso reducir a las tribus todavía insumisas del interior.

Las columnas que salen de nuevo de Mostaganem y Orléansville, aún coordinando sus esfuerzos, no consiguieron cercar al Jerife inalcanzable. No dejan más que tierra quemada tras ellas, para obligar al jefe rebelde a desaparecer o esconderse.

El 11 de junio, en vísperas de embarcarse, Bugeaud envía una orden escrita a Pélissier, que va camino del territorio de los Uled Riah. Casseigne, el ayudante de campo del coronel, evocará los términos más tarde:

«Si esos bribones se retiran a sus cuevas —ordena Bugeaud—, imite a Cavaignac con los *Sbeah*, ¡asfíxielos con humazos, como a los zorros!».

El ejército de Pélissier está formado por la mitad de los efectivos del mariscal: cuatro batallones de infantería, uno de los cuales de cazadores a pie, a los que se suman la caballería, una sección de artillería y un *gum* de árabes incorporados, el *majzén*.

Los cuatro primeros días, Pélissier ataca a las tribus de los Beni Zenual y los Uled Keluf, de los que consigue, tras varios combates, la sumisión. Quedan los montañeses Uled Riah que reculan, en las orillas del Chelif*, dejando avanzar a los dos mil quinientos soldados de la columna francesa.

El 16 de junio, Pélissier emplaza su campamento en el lugar llamado Uled el Amria, en el territorio de uno de los lugartenientes del Jerife. Huertos y viviendas son totalmente destruidos, las casas de los jefes de las *fracciones* incendiadas y sus rebaños sometidos a

pillaje.

Al día siguiente, los Uled Riah de la orilla derecha del río inician las negociaciones. Estarían dispuestos a solicitar el amán. Pélissier da a conocer la cifra de la contribución exigida, y el número de caballos y fusiles que han de entregar.

Al final del día, los Uled Riah, que dudaban, tras deliberar en asamblea, se resisten a entregar las armas. Los demás Uled Riah, que sólo han participado en algunas escaramuzas, alcanzan la retaguardia: unas cuevas consideradas inexpugnables y que les servían de refugio ya en tiempo de los turcos. Se hallan situadas encima de un contrafuerte del *yébel* Nacmaria, en un promontorio a 3 50 metros de altura, entre dos valles. Allí, en las profundidades subterráneas de más de 200 metros de longitud, abiertas a unas gargantas casi inaccesibles, se refugian las tribus en caso de necesidad, con mujeres y niños, rebaños y municiones. Los silos les permiten resistir mucho tiempo y desafiar al enemigo.

La noche anterior al 18 de junio transcurre agitada. A pesar de que Pélissier ha hecho talar los vergeles próximos al vivaque, guerreros indígenas llegan reptando muy cerca; hay numerosas alertas nocturnas. Los cazadores de Orleans, en estado de alerta, intervienen, y todas las veces los rechazan.

Al amanecer del 18 de junio, Pélissier se decide a cortar por lo sano: deja una parte del campamento bajo la vigilancia del coronel Renaud; y hace avanzar por la montaña a dos batallones de infantería sin macutos, más la caballería y el *majzén*, así como una pieza de artillería y unas artolas.

Por delante de esta última columna, los jinetes árabes de el *Hach* el Kaim caracolean; no se resisten a una *fantasía* de obertura. Frente a aquellas alturas amenazantes que saben habitadas en su interior, ¿no será más bien que quieren enmascarar su angustia? Algunos efectivos de «incorporados» (¿acaso es el presentimiento del drama que va a suceder?) aprovecharon la noche para desertar. Pélissier está resuelto a actuar con rapidez.

El jefe del *gum* permanece impasible. Los últimos días se mantuvo en su papel de guía sin desfallecer, señalando incansablemente todos los lugares y los bienes.

—¡Allí están las cuevas de Frachich! —exclama, señalando a Pélissier, que está acompañado por el joven Cassaigne y el intérprete Goetz, una meseta colgada como proscenio del árido paisaje.

—¡Si todos están escondidos en las cuevas, vamos a andar pronto por encima de sus cabezas! —precisa, en un arranque de humor.

El coronel Pélissier vive la proximidad del amanecer casi solemnemente, como una obertura de drama. Una escena trágica parece haberse adelantado; en el austero decorado de creta así

desplegado, él, el jefe, debe, según la fatalidad, presentarse con solemnidad el primero.

«Todo huía al acercarme —escribirá en su informe detallado—. La dirección tomada por una parte de la población indicaba bien a las claras el emplazamiento de las cuevas donde me guiaba el *Hach* El Kaim.»

Pélissier es un experto en estrategia. Tras haber participado en el desembarco de Argel, había reunido sus observaciones en un tratado de teoría militar. Abandonó después Argelia, a donde volvió, en 1841, instalándose inicialmente en Orán. Le precede su reputación: debe merecerla.

En cuanto se instala en la meseta de El Kantara, que domina las cuevas, Pélissier envía a sus oficiales a reconocer la entrada que da al barranco: la principal se encuentra río arriba. Emplazan delante de ella un obús. Localizan otra, menos importante, río abajo. Cada una se pone bajo la responsabilidad de un capitán y algunos soldados con carabinas; la caballería está puesta a cubierto para perseguir a los posibles fugitivos, el 6.° ligero en vanguardia, y los cazadores de Orléans junto al coronel.

Estos movimientos no se hacen sin dificultades: los Uled Riah estaban al acecho, apostados en los árboles y las rocas, para cubrir la entrada a las cuevas o como maniobra de divertimiento. Sus disparos cuestan seis heridos a los franceses, de los cuales, tres son suboficiales; el séptimo herido muere en el acto: se trata de un jinete del *majzén* que echaba pie a tierra y quería acercarse al barranco para pedir su rendición.

Pélissier replica con el lanzamiento de varios obuses. Los centinelas desaparecen. El cerco se cierra sobre los refugiados. El coronel ordena amontonar haces de leña seca y cargas de hierbas a los que prenden fuego; los soldados los hacen rodar desde el escarpe hasta la entrada de río arriba. Pero la cueva está más abajo: durante todo el día aquella tarea se revela poco eficaz. En cuanto la hoguera disminuye de intensidad, los defensores, próximos a la entrada, disparan.

El resto del campamento subió a reunirse con los sitiadores antes de la noche... Pélissier corre el riesgo de encontrarse en una posición crítica: los Uled Riah, con ganado y provisiones, pueden aguantar mucho tiempo; por contra, los franceses no disponen de víveres más que para tres o cuatro días... Si las tribus vecinas, ya sometidas, toman conciencia de la creciente impotencia de Pélissier, podrían volver de nuevo a las hostilidades, y entonces, ¿cómo emprender la retirada en aquella escarpada región? Algunos árabes de las tropas auxiliares sonríen; entre ellos evocan las amplias cámaras interiores en donde los Uled Riah, bien instalados, estarán burlándose.

A lo largo de la noche —una noche de luna clara— «un árabe, que había salido con una *guerba* para alcanzar una reserva de agua por una salida que una espesura de tuyas nos había ocultado hasta entonces, fue herido»... Ello hace concluir que los refugiados carecen de agua. Pélissier cobra ánimos: espera conducirlos a la conciliación por medio de las negociaciones que abre de nuevo, en la mañana del 19 de junio; al mismo tiempo, manifiesta una voluntad deliberada de pasar a la mano dura, si es la única solución.

Descubren otra salida: comunica con la cueva que se abre sobre la entrada, río arriba. Pueden utilizarla, pues, como una chimenea complementaria. Se prenderán hogueras más grandes en las aberturas, esta vez el humo penetrará en las cavernas.

Mientras se multiplican las faenas para cortar la leña, talar los árboles de los alrededores, juntar los haces y la paja, Pélissier no ordena que se vuelvan a prender las hogueras: prefiere entablar la última fase de las negociaciones.

Los refugiados parecen dispuestos a rendirse: a las nueve, un primer emisario; un segundo, después de que se mantuviera un consejo *deyemaa* entre ellos, y, por fin, un tercero pide el aman. Aceptan pagar la contribución de guerra y salir; lo único que temen es que se los lleven cautivos a la «cárcel de las Cigüeñas» de Mostagancm. Pélitsier, sorprendido (como viene de la comandancia general de Argel, ignora la triste reputación de aquellos calabozos), promete evitarles aquella suerte; en vano. Los Uled Riah, dispuestos a pagar hasta 75 000 francos de indemnización, dudan confiar en él sobre este último punto.

Envían a Goetz, el intérprete, para que les traduzca el mensaje de Pélissier. Les asegura de nuevo la libertad. Las deliberaciones duran todavía tres horas. Los asediados no quieren entregarse desarmados a los franceses; piden que éstos se retiren de los accesos a las cuevas. Condición inadmisible, juzga Pélissier, preocupado por su prestigio.

Goetz vuelve a la carga:

—¡Tenéis un cuarto de hora para salir!... ¡Ningún hombre, ninguna mujer ni ningún niño irán prisioneros a Mostaganem!... Un cuarto de hora más y el trabajo que se estaba haciendo por encima de vuestras cabezas se reanudará; ¡entonces será demasiado tarde!

Pélissier insistirá en su informe sobre las prórrogas del plazo y las vacilaciones de los asediados. «Estaba al límite de la indulgencia», anotará.

Es la una del mediodía. El acarreo de leña no había cesado durante las negociaciones. Se vuelve a prender, pues, el fuego, y la hoguera será alimentada sin descanso durante todo el día 19 de junio y toda la noche siguiente.

La tropa arroja las haces desde lo alto del contrafuerte de El Kantara. Al principio, el fuego se eleva moderada— mente, como la víspera; la orientación dada a las materias combustibles es errónea. La precisión meticulosa de Pélitsier, que, desde por la mañana temprano, había hecho preparar unas plataformas en lo alto de las rocas para arrojar mejor los haces, se revela útil. Una hora después de la reanudación de las operaciones, los soldado» lanzan los haces «con eficacia». Además, el viento que se levanta orienta las llamas; el humo entra casi por completo en el interior.

La tropa está contenta; la tropa se apresura. Atizará el fuego hasta las seis de la mañana del 20 de junio, es decir, durante dieciocho horas seguidas. Un testigo del lado francés precisará:

«No sería fácil describir la violencia del fuego. Las llamas subían a lo alto de El Kantara, a más de sesenta metros, y densas columnas de humo giraban como torbellinos a la entrada de la caverna».

En medio de la noche, se oyeron algunas detonaciones en el interior de las cuevas y explosiones bastante claras. Después, nada. El silencio se prolongó hasta la mañana. Y cesó el fuego.

Preocupaciones de orden político empujan a Bugeaud, de vuelta a Argel. Después de todo, no es malo que se reanude la insurrección; los Ministerios de París tendrán necesidad de él, del «salvador» que, el año anterior, había declarado que Abdelkader estaba aniquilado definitivamente. Pues bien, están surgiendo varios Abdelkader. Se levantan en todas las regiones, el segundo, el tercero, más «fanatizados» todavía, más rústicos, por supuesto, y cada vez hay menos jefes con los que el poder francés pueda tratar de firmar acuerdos.

«¡A humazos con ellos, como si fueran zorros!» Bugeaud lo escribió; Pélissier obedeció, pero, ante el escándalo que estallará en París, no divulgará la orden. Es un verdadero oficial: posee el espíritu de cuerpo, el sentido del deber y respeta la ley del silencio.

Pero rindió cuentas. «Tuve que reanudar las faenas de acarreo de haces de leña», escribe. Tres días después, cuando, metódico, redacta el informe de rutina, precisa todas las fases: las múltiples etapas de la negociación, la calidad de cada uno de los emisarios, la reanudación de la última negociación, en el acceso inferior esta vez. No fue un cuarto de hora sino «cinco veces un cuarto de hora» los que afirma haber concedido... Los escondidos —desconfiados, circunspectos y desabridos— no tuvieron fe en la palabra francesa.

La amenaza fue ejecutada: «Todas las salidas fueron taponadas». Al redactar el informe, Pélissier revivirá, gracias a la escritura, aquella noche del 19 de junio, iluminada por las llamas de sesenta metros que envolvían las murallas de Nacmaria.

A mi vez, reconstruyo aquella noche —«una escena de caníbales»—, dirá un tal P. Christian, un médico que vagabundeó del campo francés al campo argelino durante la tregua de 1837 a 1839. Pero prefiero dirigirme a dos testigos presenciales: un oficial español combatiente en el ejército francés, que formaba parte de la vanguardia. El periódico español *El Heraldo* publicará su relación; el segundo, un anónimo soldado, describirá el drama a su familia en una carta que hará pública el doctor Christian.

El español nos habla de la altura de las llamas —sesenta metros— que rodean el promontorio de El Kantara. La hoguera, afirma, se mantuvo toda la noche: los soldados empujaban los haces de leña por las aberturas de la caverna, «como por un horno». El soldado anónimo nos transmite su visión con una emoción más violenta aún:

«¿Qué pluma sería capaz de reproducir aquel cuadro? ¡Ver, en plena noche, gracias a la luz de la luna, a un cuerpo de tropas francesas atareado en mantener un fuego infernal ¡Escuchar los sordos gemidos de hombres, mujeres, niños y animales, el crujido de las rocas calcinadas desplomándose y las continuas detonaciones de armas!».

Algunas detonaciones turban, efectivamente, el silencio de la noche; Pélissier y sus allegados ven en ellas un signo de luchas intestinas. Pues bien, aquella hoguera, admirada por el ejército como una escultura viva y necrófaga, aísla a mil quinientas personas y su ganado. Aquel testigo español, ¿está solo, con la oreja apoyada en la roca abrasada, escuchando las convulsiones de la muerte que avanza?...

Imagino los detalles del cuadro nocturno: dos mil quinientos soldados, en lugar de dormir, contemplan la victoria progresiva sobre los montañeses... ¡Algunos de los espectadores se sienten, sin duda, vengados de tantas otras noches en vela! ¡Las noches de África! Además del frío y de la naturaleza, que la oscuridad petrifica aún más, les sobresaltan los aullidos de los chacales; el enemigo invisible parece no dormir nunca; los ladrones de caballos, cuerpos desnudos embadurnados en aceite, se deslizan en medio del campamento, deslían las trabas de los animales y siembran bruscos terrores en el curso de los cuales los que dormían y los centinelas se matan entre ellos. ¡Se produce tantas veces la alerta nocturna! En el idioma de este país, la palabra que la designa significa también «cola de león» —así confiesan los indígenas su temor por el animal rey, el Innombrable—.

Las llamas siguen lamiendo los rebordes del promontorio de El Kantara. El silencio sucede a las detonaciones, oleaje mudado en lejano martilleo, que socava el corazón de la montaña. En las miradas de los soldados, dirigidas a lo alto, no se lee más que la espera del secreto violento de las piedras.

Nacmaria, seis de la mañana del 20 de junio de 1845.

Contra el brillo del alba, una silueta titubeante, hombre o mujer, consigue salir, a pesar de las últimas pavesas. Da algunos pasos, vacila y se desploma para morir al sol.

En las horas que siguen, tres o cuatro supervivientes, respirarán a su vez una bocanada de aire, antes de sucumbir... Durante toda la mañana, la tropa no puede acercarse: el calor asfixiante, la humareda y una especie de religioso silencio rodean los accesos a las cuevas. Todos se preguntan qué drama ha tenido lugar detrás de aquellos escarpes cuya cara calcárea está apenas alterada por la mancha de las últimas humaredas: «El problema —añade el español en su relación— estaba resuelto».

Pélissier ordena el envío de un emisario; según el informe, «volvió con unos hombres jadeantes que nos hicieron valorar la amplitud del mal que se había hecho».

Aquellos mensajeros confirman el hecho a Pélissier: la tribu de los Uled Riah —mil quinientos hombres, mujeres, niños y ancianos, más centenares de reses y los caballos— ha sido enteramente aniquilada por «humazos».

Un día después del fatal desenlace, Pélissier, antes de entrar en las cuevas, envía a los zapadores y a la artillería: dos oficiales de ingenieros, otros dos de artillería, más un destacamento de unos cincuenta hombres de ambos cuerpos con su material. Entre ellos se encuentra el oficial español.

A la entrada yacían los animales muertos, en estado de putrefacción ya, envueltos en mantas de lana; trastos y bultos de los refugiados seguían ardiendo aún... Desde allí, siguiendo un reguero de cenizas y polvo, los hombres, linterna en mano, desembocaron en la primera cavidad. «Espectáculo horrible», escribe el español:

«Todos los cadáveres estaban desnudos, en posturas que indicaban las convulsiones que habían debido de sufrir antes de expirar. Les salía sangre por la boca; pero lo que producía mayor horror era ver a los niños de pecho yaciendo en medio de los restos de corderos, sacos de judías, etc.».

Los espeleólogos de aquella muerte enterrada van de una a otra cueva; un espectáculo idéntico los espera. «¡Este drama es horroroso —concluye el español— y nunca en Sagunto o en Numancia se desplegó tanto valor bárbaro!».

A pesar de los esfuerzos de los oficiales, algunos soldados se entregaron al pillaje: despojan a los cadáveres de alhajas, albornoces y yataganes, de los que se apoderan.

El grupo de reconocimiento vuelve a continuación donde el coronel, que no quiere dar crédito a la amplitud de la catástrofe.

Se envía a otros soldados —estamos en la tarde del 21 de junio,

primer día del verano de 1845— Entre ellos se encuentra el anónimo escritor de la carta publicada por P. Christian:

«Visité las tres cuevas; esto es lo que vi», comienza. También él descubre, tirados en el suelo de la entrada, los bueyes, los burros y los corderos; su instinto los empujó a respirar hasta el final el aire del exterior que aún podía penetrar. Entre los animales, a menudo incluso sobre ellos, yacen cuerpos de mujeres y de niños: algunos aplastados por los animales enloquecidos... El escritor anónimo se fija particularmente en un detalle:

«Vi a un hombre muerto con la rodilla en el suelo y la mano crispada en torno al cuerno de un buey. Delante de él estaba una mujer con su hijo en brazos. Aquel hombre, era fácil darse cuenta, se había asfixiado, como la mujer, el niño y el buey, en el momento en que trataba de proteger a su familia de la furia del animal».

Este segundo testigo hace el mismo balance: más de un millar de muertos, sin contar a todos los que, amontonados unos encima de otros, forman un revoltijo; y sin tener en cuenta a los niños de pecho, envueltos casi todos en las túnicas de sus madres...

Sesenta supervivientes salieron de aquel cementerio, medio muertos. Cuarenta sobrevivirán; se atiende a algunos en la ambulancia.. ¡Diez de ellos fueron puestos, incluso, en libertad!

Pélissier precisa que «por una casualidad providencial, los más empecinados del partido del Jerife sucumbieron». De entre los supervivientes retuvo a la mujer, a la hija y al hijo de Ben Naká, un jalifa de Bu Maza en aquella región. ¡Son los únicos prisioneros de los que acepta presumir!

Aquella tarde del 21 de junio de 1845, la humareda se disipa alrededor del promontorio. Yo me demoro en la orden de Pélissier:

—¡Sáquenlos al sol! ¡Cuéntenlos!

Quizá, perdiendo el control, podría haber añadido, con la brusquedad del encarnizamiento: «¡Saquemos a esos salvajes, aunque estén tiesos y en estado de putrefacción, y entonces habremos ganado, habremos llegado al límite!...». No sé, conjeturo sobre los términos de las órdenes: la ficción, mi ficción ¿será tal vez imaginar inútilmente la motivación de los verdugos?

Más que los pasos de los primeros agrimensores cuando, a la luz de las linternas, descubren a los asfixiados de la oscuridad, me fascina mucho más el instante de la exposición de los cadáveres:

«Sacaron de la cueva a unos seiscientos», anota el oficial español, y subraya el desconcierto del coronel, rodeado por su estado mayor, todos envarados por un frío estupor.

Seiscientos Uled Riah tendidos al aire libre, colocados unos junto a otros, sin distinción de sexo o de rango: los notables con los más

pobres, los huérfanos de padre, las viudas, las repudiadas, los niños de pecho en pañales al cuello de sus madres o aferrados a sus hombros... Cadáveres despojados de alhajas y albornoces, con el rostro ennegrecido, duermen en un silencio que los desnuda. No serán lavados ni amortajados; ninguna ceremonia de una hora o de un día tendrá lugar...

Los árabes del *gum* de El Kaim —los que tres días antes iniciaron esta tragedia en medio de la inconsciencia de una *fantasía* indigna— se alejan circunspectos: los cadáveres, alineados en montones miserables, parecen mirarlos para dejarlos clavados en el escarpe, y esa maldición los atraviesa, porque esos cuerpos no han sido enterrados.

El grueso de la tropa francesa no se acercó. Salvo los de la ambulancia y el grupo de reconocimiento, los soldados no ven del extenso cementerio más que una mancha... Los objetos del botín, vendidos de unos a otros, circulan. Luego, se intercambian las palabras: las de los testigos que han penetrado en los subterráneos describen los cuerpos que no se han podido sacar y que se confunden en un revoltijo informe. Aquellos franceses piensan, de súbito, en el osario de debajo de sus pies...

¿Entró personalmente Pélissier en las cuevas? Algunos se lo preguntan. El tercer día del drama es el 22 de junio, fecha del informe del coronel. Al salir, habría dicho:

—¡Es horrible!

Otros cuentan que suspiró:

—¡Es terrible!

En todo caso, hace constar en su informe reglamentario:

«Éstas son operaciones, señor mariscal, que uno acomete cuando no tiene más remedio, pero que ¡ruega a Dios no tener que volver a hacer jamás!».

De modo que Pélissier sufre, dirigiéndose sin duda a Dios por medio de una oración... La tropa comenta el desenlace. Aquel 22 de junio, saborea los resultados tangibles de la operación: numerosas tribus de los alrededores, incluso los Uled Riah que se habían retirado del otro lado del Chelif*, los Beni Zeltum, los Tazgart, los Mediuna y los Axax, todas envían a sus representantes. Traen los fusiles y ofrecen el caballo de *gada*, símbolo de la sumisión.

Algunos soldados olvidarían con gusto los seiscientos cadáveres expuestos que los alistados del *majzén* entierran finalmente en una fosa común. Se congratulan con fanfarronería: ¡durante tres siglos de dominación turca, aquellas cuevas no habían podido ser nunca violadas!

Parece como si la victoria lo hubiera sido sobre los escarpes. Pues bien, al día siguiente, el 23 de junio, esa misma naturaleza se venga:

el olor de la muerte es tal (¡la afluencia de cuervos y buitres que sobrevuelan el barranco no cesa, los soldados ven, incluso, cómo las aves se llevan restos humanos!) que Pélissier da la orden, aquel mismo día, de transportar el campamento media legua más allá...

Como si el sol y el verano, que se hace opresivo, y el decorado expulsaran al ejército francés.

Hay que marcharse, el olor es demasiado fuerte. Pero cómo desembarazarse del recuerdo. Los cuerpos expuestos al sol; aquí están convertidos en palabras. Y las palabras viajan. Palabras, entre otras, del informe demasiado largo de Pélissier; cuando llegan a París y se leen en sesión parlamentaria, desencadenan la polémica: insultos de la oposición, malestar del gobierno, furia de los belicistas y vergüenza diseminada por un París donde germinan los pródromos de la revolución del 48...

Canrobert, teniente coronel acuartelado en Dahra, dará a conocer su juicio más tarde:

«Pélissier sólo cometió un error; como escribía tan bien y lo sabía, hizo en su informe una descripción elocuente y realista, demasiado realista, de los sufrimientos de los árabes...*.

Dejemos aquí la controversia: ¿El escándalo en París en torno a los muertos del informe no sería una simple peripecia política? Pélissier, gracias a su escritura «demasiado realista», resucita, súbitamente, ante mis ojos a los muertos de aquella noche del 19 al 20 de junio de 1845, en las cuevas de los Uled Riah.

Cuerpo de la mujer hallada bajo el hombre que la protegía del buey que bramaba. Pélissier, preso de remordimientos, impide que esta muerte se seque al sol, y sus palabras, las de un parte rutinario, salvan del olvido a aquellos muertos islámicos, desposeídos de las ceremonias rituales. Un siglo de silencio no ha hecho más que congelarlos.

Asfixiados de Dahra que las palabras exhiben, que la memoria desentierra. La escritura del informe de Pélissier, del testimonio de denuncia del oficial español y de la carta del consternado anónimo, ha devenido grafía de hierro y acero escrita en los escarpes de Nacmaria.

Menos de dos meses después, a veinte leguas de allí, el coronel Saint-Arnaud, por su parte, asfixia a la tribu de los Sbeah. Tapona todas las salidas y, «una vez hecho el trabajo», no trata de desenterrar a ningún rebelde. No penetra en las cuevas. No permite que nadie haga la cuenta. Ni contabilidad. Ni conclusión.

Se envía un informe confidencial a Bugeaud que, esta vez, se abstiene de hacerlo llegar a París. Y se marchan. En Argel, el informe será destruido... En 1913, sesenta y ocho años más tarde, un honorable universitario llamado Gauthier busca sus huellas y, al no

encontrarlas, se pregunta si Saint-Arnaud, por jactancia, no habría fantaseado. ¡No habría «imaginado» aquellos nuevos humazos, para no ser menos que Pélissier y para dárselas de más hábil!... Pero no, el investigador encuentra su recuerdo en las narraciones de los descendientes de la tribu.

Saint-Arnaud, menos de dos meses después de Pélissier, asfixió también con humazos por lo menos a ochocientos Sbeah. Pero él simplemente se rodeó del mutismo del triunfo implacable. La verdadera muerte. ¡Los enterrados nunca desenterrados de las cuevas de Saint-Arnaud!

Pues bien, incluso él, el guapo, el astuto, al que todo sale bien, al que elegirán, entre todos los mandos del ejército de África, para controlar el futuro golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, el que, en plena guerra, domina hasta sus palabras, y, por tanto, sus zozobras, incluso él no puede pasar sin escribir a su hermano:

«Ordené taponar herméticamente todas las salidas e hice un inmenso cementerio. La tierra cubrirá para siempre los cadáveres de esos fanáticos. ¡Nadie bajó a las cavernas!... Un informe confidencial explicó al mariscal todo, sencillamente, sin poesía terrible ni imágenes».

Y concluye, con una fórmula emocionada que pretende ser conmovedora:

«¡Hermano, nadie es por voluntad y naturaleza tan bueno como yo!... Del 8 al 12 de agosto he estado enfermo, pero mi conciencia no me reprocha nada. ¡He cumplido con mi deber de jefe, y lo volvería a hacer mañana, pero le he tomado asco a África!».

Uno de los lugartenientes de Bu Maza, El Gobbi, redactó también una relación —en árabe o en francés, no lo sé, pues no ha podido ser encontrada— Veinte años después de aquellos acontecimientos, algunos tuvieron noticias de ese documento y escribieron a su vez.

Saint-Arnaud, una vez cumplida su obra macabra, se retira lejos de Ain-Merian, y acampa con su ejército durante diez días. Los indígenas no se atreven a emprender una última tentativa de salvamento de los emparedados. No obstante, uno de los ayudantes de Bu Maza, cuya fama de héroe de amor y de aventuras se ha mantenido en la región, un tal *Aisa ben Yinn* (apodo que podríamos traducir por «Jesús, hijo del Diablo»), llega allí y se dirige a los demás Sbeah:

—¡Ahí debajo hay una mujer a la que he amado mucho! ¡Tratemos de saber si está viva o muerta!

A su exhortación, las demás fracciones de la tribu destaponaron los pozos. Unas diez víctimas salieron tambaleándose, pero con vida. Se habían situado en la parte río arriba de las grutas, «que es un dédalo vertical de asperezas», constatará Gauthier cuando inspeccione el lugar.

En las otras galerías, allí donde los gases deletéreos de la humareda habían permanecido, se caminaba sobre los cadáveres como sobre «una alfombra de paja», nos dice El Gobbi. Los dejaron allí enterrados.

En el lugar del antiguo campamento de Ain-Merian se creó luego un poblado de colonos, «Rabelais*. Gauthier, en 1913, encontró en él a un superviviente de los humazos, un octogenario que, entonces un niño de menos de diez años, había figurado entre los supervivientes que habían salido de allí porque Aisa, «hijo del Diablo», trataba de salvar a «una mujer que había amado mucho».

Y el universitario de la tranquila Argelia colonial —que duerme, trabaja y se enriquece sobre una turba fertilizada con cadáveres— escribe, al final de su investigación:

«Pocas cosas hay tan alejadas de la experiencia corriente que unos humazos... Soy consciente de mi imparcialidad —de mi indiferencia, puedo decir— por lo que no veo por qué renunciar a la espeleología».

Cerca de un siglo después de Pélissier y Saint-Arnaud, me adiestro en una espeleología muy particular, puesto que me agarro a las aristas de las palabras francesas —informes, narraciones y testimonios del pasado—. ¿Será, acaso, al contrario que la gestión «científica» de E. F. Gauthier, apresada en la trampa de una parcialidad tardía?

La memoria exhumada de aquel doble osario vive en mí y me anima, aunque me parezca estar abriendo un obituario para ciegos, en los alrededores de aquellas cavernas olvidadas.

Sí, me sacude un impulso semejante a una sorda otalgia; agradecer a Pélissier su informe, que desencadenó en París una tempestad política, pero que también me devuelve a nuestros muertos, para los que erijo hoy mi entramado de palabras francesas. Saint-Arnaud, también, cuando rompe por su hermano un silencio acordado, me delimita el Jugar de las cuevas-tumba. SÍ parece demasiado tarde para volver a abrirlas, mucho después de que el «hijo del Diablo» buscara a la mujer amada, aquellas palabras, color rojo cinabrio, se hincan en mí como una cuchilla de arado funerario.

Me aventuro a revelar mi reconocimiento incongruente. No hacia Cavaignac, que fue el primero en recurrir a los humazos, forzado, por oposición republicana, a arreglar las cosas discretamente, ni con respecto a Saint-Arnaud, el único verdadero fanático, sino hacia Pélissier. Después de haber matado con la ostentación de la brutal ingenuidad, invadido por los remordimientos, escribe sobre la muerte que organizó. Me atrevería casi a agradecerle que hiciera frente a los cadáveres, que cediera al deseo de inmortalizarlos en las imágenes de sus cuerpos rígidos, de sus abrazos paralizados, de su última contorsión. Que mirase al enemigo no como a una multitud fanatizada sino como a un ejército de sombras omnipresentes.

¡Pélissier, «el bárbaro», el jefe guerrero tan desprestigiado luego, se me transforma en el primer escritor de la primera guerra de Argelia! Porque se acerca a las víctimas cuando acaban apenas de estremecerse, no de odio, sino de furia y de deseo de morir... Pélissier, verdugo-escriba— no, lleva en sus manos la antorcha de la muerte, y con ella ilumina a aquellos mártires. Aquellas mujeres, aquellos hombres, aquellos niños por los que las plañideras no pudieron oficiar (ningún rostro lacerado, ningún himno lancinante lentamente desgranado), pues las plañideras se hallaban confundidas en la hoguera.. ¡Una tribu entera! Los supervivientes, andando a tientas por las orillas de la aurora, no son ni siquiera resucitados; antes bien, sombras vacías, para las que no existe, en pleno mediodía, más que una luz de matadero.

Escribir la guerra; Pélissier, que redacta su informe el 22 de junio de I 845, debió de presentirlo, es rozar muy de cerca la muerte y su exigencia de ceremonia, es encontrar la huella de sus pasos de danzante... El paisaje en su conjunto, las montañas del Dahra, los escarpes cretáceos, las ondulaciones de huertos quemados se invierten para recomponerse en los antros fúnebres. Las víctimas petrificadas se convierten, a su vez, en montañas y valles. Las mujeres tendidas en medio de los animales, en líricos abrazos, dan a conocer su aspiración a ser las hermanas-esposas de sus hombres que no se rinden.

Pélissier, testigo silencioso, cuando recorrió aquellas cuevas pobladas para siempre, debió de sentirse embargado por una presciencia de paleógrafo: ¿En qué estrato del magma de cadáveres y gritos *se* entremezclan y confunden vencedores y vencidos?

Al salir de aquella promiscuidad con los asfixiados como jirones de ceniza, Pélissier redacta su informe, que habría deseado convencional. Pero no puede, es ya para siempre el siniestro, el conmovedor agrimensor de aquellas medinas subterráneas, el embalsamador casi fraternal de aquella tribu definitivamente insumisa...

Pélissier, el intercesor de aquella larga muerte, de mil quinientos cadáveres bajo El Kantara, con sus rebaños balando indefinidamente en el tránsito de la muerte, me tiende su informe y yo recibo este palimpsesto para escribir también en él la pasión calcinada de mis antepasados.

II

Mi hermano, al que habría podido servir de confidente en el momento de su primera fuga hacia las montañas que ardían, no fue ni mi amigo ni mi cómplice cuando era necesario. Pero, cuando estaba ausente, yo

me encerraba ya en un romanticismo egoísta que ardía también, con más incongruencia, sin duda, que el incendio del monte... Mi hermano, cuya adolescencia navegó hacia horizontes móviles... Después del tiempo de las cárceles y las escuchas en la oscuridad, y del ritmo de los vagabundeos atravesados de fiebre, una sola palabra, en una confidencia inesperada, hizo surgir el encuentro: *h annum*.

Mi hermano, que sigue siendo adolescente por su sonrisa contrariada —talante distraído, ternura disfrazada—, evoca delante de mí el dialecto de las montañas de nuestra infancia. Las expresiones de ternura, los diminutivos específicos de nuestra tribu —a medio camino entre el bereber de las cumbres y el árabe de la ciudad cercana (antigua capital, arruinada y luego repoblada por el éxodo andaluz):

—Una sola palabra, si te la dirige una amiga cuando se abandona...

Espero, titubea y añade dulcemente:

—Basta que pronuncie *hannuni* a media voz, y tú piensas, seguro de no equivocarte: «¡es de mi tierra!».

Me río, le interrumpo:

—¡Eso calienta el corazón!... Te acuerdas, de la tía, tan dulce...

Desvío el tema, evoco a las tías, a las primas afectuosas de la tribu, la que acaricia a los niños chicos y repite hasta la saciedad: «higadito mío... *hannuni*», y a la abuela, que sólo se lo dice a los niños, porque no quiere a las niñas (fuentes de serias preocupaciones), que...

¿Cómo traducir ese *hannum*? ¿Por un «mimoso», por un «mimosón»? Ni «cariño mío» ni «corazón mío». Para decir «corazón mío», a las mujeres nos gusta más «higadito mío» o «niña de mis ojos»... Este «mimoso» se asemeja a un corazón de lechuga oculto y fresco, palabra escarchada de infancia, que florece entre nosotros y que, por decirlo de alguna forma, nos comemos...

Paseábamos, creo, por una calle desierta de la capital Nos habíamos encontrado por casualidad, en un mediodía de verano, y nos habíamos reído como dos desconocidos que se reconocen cuando se cruzan igualmente ociosos. Al lado de este único hermano —delgado, erguido y unos dos años más joven que yo— solía hacer alarde de una coquetería maliciosa presentándolo como «mi hermano mayor», por sus cabellos precozmente canosos, a pesar de su tipo de hombre joven... Sólo habrá abierto en mí esa brecha: una sola palabra que revela sus amores. Experimenté un azotamiento agridulce.

Derivé. Recordé el pasado y a las ancianas tías, las abuelas, las primas. Aquella palabra sola habría podido vivir en mis noches de enamorada... Al hermano que no fue nunca mi cómplice, al amigo que no estuvo presente en mi laberinto... —esa palabra, nenúfar agrandado en plena luz de agosto, blanco de una lánguida conversación, diminutivo haciendo pedazos la barrera de qué mudez—

yo habría podido...

Decir que pueden sucederse mil noches en la cresta del placer y de sus aguas nocturnas, mil veces cada vez, y que en las nieves de la revulsión, la palabra de infancia-fantasma surge —ora son mis labios los que, componiéndola en silencio, la despiertan, ora uno de mis miembros, acariciado, la exhuma y el vocablo aflora, esculpido, estoy a punto de deletrearlo, una sola vez, de suspirarlo y liberarme de él, pero lo dejo en suspenso—.

¿Pues el otro, qué otro, qué rostro repetido de la vacilación o de la pregunta recibirá esa palabra del amor inabordado?

Me detengo. Cada noche. Todas las noches del placer que mi cuerpo de nadadora de oscuridad escala.

En una avenida polvorienta de nuestra capital, mi hermano adulto me devolvió el calificativo lacerado de misterio o nostalgia. ¿Rompe así el dique? Un relámpago en el que entreveo, por encima del hombro fraterno, perfiles de mujeres inclinadas hacia delante, labios que murmuran, otra voz o mi voz que califica. Sombra de ala, esa palabra— *chott*.

Silueta erguida del hermano que determina, a pesar suyo, la frontera incestuosa, la unidad atormentada, la oscuridad de qué breñas de la memoria, desde donde sólo perdurará ese rumor de labios y una brisa de colinas quemadas de otro tiempo en las que me entierro. En las que se asfixian de humo los que esperaban, mientras su carne se va pudriendo, el amor cruel o tierno, pero gritado.

La novia desnuda de Mazuna

El-Yezair, desde hacía quince años, había caído entre las manos del Infiel. Orán la había seguido, entregada a traición por su bey. Al pie del Atlas, Blida, demasiado cercana, no había podido resistir el asalto enemigo y, por dos veces, se había quedado sin sus moros, que huían del ejército francés, así como Medea-la-alta, en donde el Emir más de una vez se había reunido con sus lugartenientes, convocando allí, además, a los jefes de las montañas vecinas. A lo lejos, «la ciudad de las pasiones», Constantino, en el segundo ataque se había defendido casa por casa y luego había sido entregada a un frenético pillaje, cuando se fue a resistir a los Aurés* el bey Ahmed.

En la costa este, Bona* se había plegado desde hacía mucho tiempo; lo mismo que Bugía, después de varias vicisitudes, aunque los jefes cabileños independientes siguieran viniendo a guerrear al pie de sus murallas, con sus mujeres cabalgando entre ellos y, como ellos, dejándose matar por desafío o por embriaguez de guerra santa. En el

litoral oeste, Mostaganem se había sometido, puesto que en el interior la gloriosa Tremecén no había podido resistir, ni la misma Mascara, capital caprichosa de Abdelkader, que acababa de perder, por añadidura, su *smala*. Antes, Cherchell las había precedido en la servidumbre, cuando los franceses, al entrar en las ruinas de la antigua Cesárea, no encontraron más que a un loco y a una paralítica abandonados.

Quedaban las ciudades y villas del interior de los macizos montañosos. Los invasores sólo hacían allí breves incursiones; y llegaban hasta las altas mesetas que se abren sobre el desierto y los oasis umbríos... Algunas montañas del norte se elevaban inconquistadas: la Cabilia*, por mucho tiempo todavía inexpugnable, los Babors* en el extremo oriental e, igualmente, el Atlas, barrera tortuosa donde los franceses se habían enfrentado con los regulares de Ben Al-lal y del anciano Berkani.

En el centro del Dahra, un promontorio del Norte, una ciudad recóndita se mantenía al margen. A veinte leguas de Mostaganem y de Miliana, no lejos de Ténés, en donde, desde hacía un año, se estaban instalando colonos en casuchas de tablas, y de Cherchell, repoblada por sus ciudadanos a partir de entonces sometidos, Mazuna, la venerable, se acurrucaba tras de sus murallas. Antaño, había sido sede del *beylik* turco del oeste, pero, desde hacía por lo menos cincuenta años, se había adormecido en un polvo de crepúsculo. Seguía siendo una ciudad autónoma, a semejanza de los centros preservados del extremo sur...

Habían pasado quince años desde la caída de El Yezair.

El año de la toma de Argel, nació la hija única del caíd *kulugli* de la ciudad, *Si* Muhamad Ben Kadruma. La llamaron Badra, el nombre de la luna llena. En Mazuna se hablaba ahora de la belleza de Badra —sus ojos verdes, su tez como la leche, su pecho exuberante, su esbelto talle de palma joven, sus cabellos de azabache que le caen hasta la cintura— como una prueba del pasado esplendor.

La madre de Badra, muerta al nacer su hija, había sido traída desde Tremecén en medio de una pompa legendaria. Era la hija del *Jasnayi* de aquella orgullosa ciudad; éste había muerto en combate poco después, cuando los jenízaros del Mechuar se habían declarado en contra del Emir, y éste se había tomado la revancha deportando a las familias turcas.

Nadie había evocado nunca ante la pequeña Badra las desgracias de su familia materna: ¡pero, no se lo dijeron, quien en la cuna no goza de la sonrisa del tío paterno no empieza su vida bajo buenos auspicios! Badra, de todas formas, había conservado a su nodriza venida del oeste, una mulata; esclava libre que había alimentado la

imaginación de la niña con oscuras leyendas, relatos mágicos... Decían que venía del centro de Marruecos; las dos esposas del caíd, ambas hijas de jefes de la región, o lo que es lo mismo, dos campesinas, la temían.

Badra, princesa aislada en el corazón de la ciudad destronada. Desde hace un año, corre una insidiosa efervescencia por la ciudad todavía envarada en el orgullo de su pasado. El caíd Ben Kadruma envejece, aunque apenas se acerca a los sesenta. A los veinte años, en tiempos del poder turco —los ancianos de la ciudad lo cuentan todavía— se distinguió en los disturbios que marcaron la terrible insurrección del campo contra el bey de Orán. ¡Pero eso era mucho antes de 1830! ¡Dio prueba de valentía y de inteligencia!... El bey, al salir de Mazuna de vuelta a Orán, había sido sorprendido en un desfiladero; pudo huir, pero toda su guardia había sido diezmada por los terribles Sbeah y los Uled Junes. Cuando, a la primavera siguiente volvió con el doble de fuerzas —de las que la mitad, recién convertidos, no hablaban turco ni árabe— el bey se entregó a una despiadada represión. El caíd, entonces joven heredero del cargo, hubo de ponerse a la cabeza de la embajada que había tratado de suavizar el rigor otomano.

En aquel abril de 1845, el caíd Ben Kadruma volvía a encontrarse en una situación semejante: una delegación de notables mazunis recibía en la puerta de la ciudad (aquella puerta que, dos años atrás, no habían querido abrir a Abdelkader, a pesar de sus jinetes rojos y su artillería) a la columna de franceses que se aproximaba. Duros combates acababan de enfrentarla con las excitadas tropas del jerife Bu Maza, el nuevo héroe de las montañas, al que saludaban las tribus con una peligrosa alegría. Los detalles del combate en la llanura de Eghris* se habían conocido en Mazuna a lo largo del día: ¡habían cargado los franceses, pero tuvieron veinte muertos! El Jerife, montado en su veloz caballo, había desaparecido como un huracán.

El caíd se presentó, pues, ante el jefe de los franceses, que llegaban extenuados; una vez pronunciado su discurso, seguido del de su colaborador *hadri*, con los rasgos impasibles, escuchó las amenazas del coronel, un tal Saint— Arnaud, que venía de Miliana...

Desde lo alto de su montura, Saint-Arnaud declaraba con el rostro enrojecido y la voz cada vez más chillona, que Mazuna, por culpa de la doblez de su gente, no sería bien pronto más que ruinas; que Francia no se dejaba engañar, que el comercio más floreciente de la ciudad era el robo y el bandolerismo, o, por lo menos, el encubrimiento y la venta de objetos robados, que los rebaños demasiado numerosos que se oía balar en los huertos eran de los refugiados y de las tribus rebeldes... Mientras se desarrollaba este discurso, el oficial de la Oficina árabe, un tal Richard, en la cabeza

una ancha venda porque lo acababan de herir en el combate anterior, traducía lentamente para los diez notables, que se mantenían de pie, con la cabeza baja y cubiertos con sus amplias togas.

El caíd, al final, respondió brevemente, con la mirada seca:

—¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Mazuna es una ciudad neutral, una ciudad libre!... ¡Ella sola resistió al Emir y no le abrió las puertas; sola resistirá a los amos igual que a los bandidos!

—¡El Jerife estuvo aquí hace menos de cuarenta y ocho horas! ¡Reclutó entre vosotros a trescientos infantes y dos *jochas'*. ¡Lo sabemos, tenemos pruebas! —replicó con su voz colérica el coronel, y Richard traducía con tono uniforme las vehementes palabras.

—¡No me lo he topado nunca de frente! —respondió en francés el caíd.

Envolviéndose la cabeza con el faldón de su albornoz de sarga parda, dio un paso atrás y desapareció en la masa de los delegados.

Saint-Arnaud estaba bien informado, pero el caíd había dicho la verdad. Bu Maza se había contentado, días atrás, con estacionarse al pie de las murallas, y allí había recibido a sus adeptos y a sus nuevos fíeles; pero él, el caíd, nunca se desplazaba: ni por un jefe de la región, ni, como antaño, por el Emir... Astucia, decían sus enemigos, orgullo de sus antepasados *kuluglis*, replicaba su grey.

El caíd, sin embargo, envejecía. Aquel día de insultos y de amenazas de Saint-Arnaud, un *gum* sitiaba la ciudad, teniendo a su cabeza al agá del Ouarsenis*, *Si* M'hamed. Éste, una vez que los franceses se fueron, había ido a visitar a Ben Kadruma. Se había inclinado en el umbral.

Los dos hombres se habían observado durante unos minutos: el jefe de la ciudad, ataviado como por la mañana, pero con el rostro endurecido, a pesar del descanso de la oración pública en la mezquita principal, donde se había dejado ver, y el bereber, perfil aquilino, toga rojiza de nuevo feudal, investido por los franceses. Él, al que todos sabían temible, venía —con qué segundas intenciones— a asegurar al caíd su amistad:

—Perseguiré sin descanso al Jerife. ¡Si no hubiera matado a mi amigo el agá Bel Kasem, después de haberlo torturado, quizá habría creído en su misión divina! Los hijos de la ciudad y de las montañas vecinas acuden a él como con el seso sorbido... A pesar de su juventud, y de, según parece, su austeridad, de la que dudo, ¡para mí es un impostor!

—¿Cómo adivinar la impostura en nuestros días? —replicó el caíd —, ¡La libertad nos dejó, y los días de miseria apenas acaban de empezar!

El agá del Ouarsenis cambia bruscamente de tema, habla de su hijo mayor:

—¡Después de la *zagiiía* de Mazuna, en la que fue el mejor, ha estudiado en Túnez y Kairuán!

Alababa su saber y su valor; pensaba en que fuera su sucesor en el cargo. El caíd no respondió nada. «No le daré nunca a mi hija», se decía detectando el acercamiento. Se saludaron y el agá se fue.

Ese mismo día el *gum* abandonó la ciudad desvalijada y saqueada que cerraba sus puertas.

Era entonces abril mediado; la primavera se desplegó en escaramuzas, combates breves y numerosos, y persecuciones interminables. Los días de mercado, sólo se hablaba del joven Jerife, de su hermosura —la señal dibujada en su frente, su cuerpo invulnerable a las balas, su caballo veloz, sus palabras proféticas—. Se evocaba a sus lugartenientes; un día, el más prestigioso de ellos, Aisa ben Yinn, se presentó en persona en una plaza.

La nodriza, que había salido aquella mañana para traer yerbas frescas y frascos de perfumes raros, volvió deslumbrada. Se lo describió a Badra:

—¡El «hijo del Diablo», como se le llama, sirve al Jerife bien amado! Tiene una cicatriz en la mandíbula, pero su rostro, anguloso y huesudo, parece tan hermoso: ¡un verdadero héroe de la libertad! ¡A comienzos del Islam, *Sid* Alí debía de aparecer así a los ojos de Fátima, la hija de nuestro Profeta bien amado!...

Así que Aisa ben Yinn era cruel, pero también poeta, añadía la nodriza, que a continuación se puso a soñar en voz alta; «cuentan que en todas las tribus, quizá incluso en todas las viejas casas de Mazuna, todas las mujeres hermosas sueñan con él. Porque tiene que dar gusto a todas, a pesar de los peligros, ¡pues ama el amor como ama la libertad!...».

Badra, sentada, escuchaba la descripción del héroe.

—Si el Jerife —replicó— viniera a pedir mi mano a mi padre, tal como estoy ahora, diría que estoy dispuesta: ¡dispuesta a casarme en el acto!

Pues bien, aquella misma tarde, las dos mujeres del caíd entraron en la habitación de azulejos azules.

—Tu padre nos encarga que te digamos... —anunció la primera.

—¡Que el agá del Ouarsenis, *Si* M'hamed, ha pedido hoy tu mano para su hijo mayor!

—Tu padre se la ha concedido. Vendrán el próximo viernes para la *atiha* y para llevarte al día siguiente.

—¡Pobrecita mía! —suspiró la nodriza tomando a Badra, estupefacta, y yerta luego, entre sus brazos.

Sobre el lecho de seda perfumada con almizcle, no se supo cuál de las dos mujeres sollozaba.. Las madrastras salieron a la vez, con sus

tafetanes de colores que crujían en el silencio.

El agá del Ouarsenis, en aquel principio de julio, triunfaba. Entraba en Mazuna a la cabeza de un séquito imponente, seguido de calesas llenas de las mujeres más hermosas de su tribu. Miró atentamente desde lo alto de su montura al portero que entreabría las pesadas puertas; le alargó su taza de cobre:

—¡Te la doy para que te acuerdes de este día!

El portero cogió la *setla* cincelada. Durante todo el día habían circulado rumores sobre la victoria —pretendida o no— del agá sobre el Jerife. Así que era cierto, Bu Maza había tenido que huir y el agá había matado a muchos de sus fieles y dispersado a los demás; incluso se había apropiado de sus tesoros y estandartes.

No osó llevarlos allí, a aquella ciudad que sabía llena de rumores sobre las hazañas del Jerife y de sus lugartenientes. Si se hubiera arriesgado a mostrar uno solo de los estandartes robados, el portero quizá le habría escupido a la cara:

—¡Sois sólo unos chacales y él un león escondido por ahora en su guarida!

«La taza de cobre —se dijo el mazuni—, me la da para recalcar que, a partir de ahora, es doblemente rico: por el botín de nuestro héroe y por la más bella de nuestras jóvenes que va a llevarse mañana en su séquito.»

El agá del Ouarsenis atravesó por el centro de la vieja ciudad, bajo las miradas hostiles —algunos notables, no obstante, saludaban prudentemente con la cabeza— El cortejo de más de un centenar de jinetes desfilaba, siguiendo la orilla verdeante de la torrentera que cortaba la ciudad en diagonal. El desfile duró dos largas horas, mientras que en los aposentos del caíd, al oeste, junto a un bosque— cilio de olivos centenarios, las albórbolas de las mujeres ascendían como agudas barrenas.

La fantasía de los jinetes árabes empezó en la plaza del mercado, y se prolongó durante la noche calurosa. En medio de las invitadas, mezclada con las burguesas de la ciudad, se instaló a Badra como un ídolo con el rostro cubierto, sólo las manos y los pies sobresalían bajo el atuendo de moaré que la cubría. Las letanías, entrecortadas de bendiciones, se elevaban como surtidores, mientras que la mulata, con el rostro inundado por el llanto, extendía la pasta de alheña que habían amasado en una taza de Medina.

Los ruidos de los galopes y de la pólvora sacudían la ciudad, el coro de mujeres invocaba al Profeta y a los santos familiares para la boda del día siguiente... Mazuna vivía su última noche de ciudad libre, y la virgen, sometida a la espera escrutadora de las invitadas engalanadas, dejó al fin correr las lágrimas.

El cortejo nupcial abandonó Mazuna en los primeros instantes del

alba; va el palanquín de la novia en cabeza, precedido de cinco o seis jinetes, elegidos entre los primos hermanos más jóvenes del novio ausente.

De pie, a la puerta de su morada, el caíd Ben Kadruma fue el único que descubrió el rostro de Badra. Algunos afirmaron, más tarde, que le habló de su madre muerta y que, en términos sibilinos, le pidió abruptamente perdón.

El centenar de jinetes que había llegado la víspera desfilaba de nuevo con la misma altivez. A las calesas que llevaban a las mujeres de las familias aliadas del agá, se habían unido otros coches en los que las madrastras de la novia, sus dos tías paternas y una docena de mujeres de la ciudad habían tomado asiento. Iban hasta Miliana donde decían que se preparaba una fiesta de siete días.

En el palanquín levantado, frente a Badra, dorada y maquillada, la mulata estaba con un vestido azul brillante de lentejuelas y un pañuelo de seda escarlata envolviendo su cabello crespo. A su lado estaba sentada la hija del agá, apenas algo más joven que Badra y casi tan hermosa.

En primera fila del imponente cortejo, cabalgaba el agá, *Si* M'hamed, sin apartar los ojos del palanquín. La próxima fiesta sería, pensaba, por la boda de su hija, quizá con el hijo de su nuevo aliado, el agá de los Sbeah, *Si* Muhamad, que acababa de sustituir a Bel Kasem, muerto por Bu Maza.

De los jóvenes de la vanguardia, uno de repente se separa y se dirige rápidamente al agá:

—¡Se ve un grupo de jinetes con túnicas rojas más allá de los primeros vallecillos, por el oeste!

—¡Túnicas rojas de espahís! —respondió el agá.

Detuvo su caballo y miró en la dirección indicada. No vio más que una mancha lejana, que apenas se movía. Levantó el brazo haciendo señas al cortejo para que parase. Los cuatro caballos que tiraban del palanquín hicieron uno o dos movimientos bruscos, de suerte que el *attatix* se inclinó un segundo, hacia la izquierda... Un grito de mujer se abrió paso débilmente, pero el palanquín recobró el equilibrio.

—¡Es la escolta de mi amigo, el agá Muhamad! —exclamó con voz estentórea el agá M'hamed— ¡Me lo había prometido!... Se une a nosotros con sus guardias y sus caballeros. ¡Viene para la *fantasía*! ¡Recibámoslo dignamente!

Los jinetes de la vanguardia volvieron poco a poco; las filas del cortejo se iban juntando y esperaban las órdenes.

—¡Colocaos en dos filas! —ordenó el agá.

Mientras los hombres se agrupaban y solamente se mantenía la guardia alrededor del palanquín, el agá del Ouarsenis iba de unos a

otros, sonriendo, enorgullecido por aquel encuentro que le recordaba las festividades de su juventud, quizá las de su propia boda.

—¡Se acercan! —observa alguien.

Una nube de polvo, cada vez más densa, cubrió el horizonte. En medio de la polvareda difusa, unas masas altas, cabeza inclinada sobre las monturas cortas y manchas escarlatas —túnicas de espahís, en efecto, levantándose en el viento de la velocidad—, se distinguen con nitidez. De pronto, el ritmo regular, brusco, parece aún más cercano y, como una mecánica invisible pero ya presente, que antecede a los hombres... Apenas algunos testigos circunspectos, se asombraron del número de los que llegaban: veinte, treinta jinetes o más, probablemente una vanguardia. Poco después, se empiezan a distinguir mejor, a adivinar sus cuerpos replegados, con las piernas a medio doblar y los largos fusiles en bandolera.

—¡No distingo bien a mi amigo! —murmuró el agá, erguido entre sus compañeros, que se habían quedado inmóviles a un centenar de metros.

En las calesas, las mujeres, observadoras invisibles, se agitaban. Puesto que se hablaba de *una fantasía* inminente, dejaron oír un primer y largo grito colectivo, albórbola multiplicada, como prólogo de la fiesta. Casi al mismo tiempo, el chasquido de un fusil se perdió en el bosque estriado de clamores. Alguien grita que por detrás venían muchos. El agá M'hamed, que seguía aislado, hizo dar a su caballo unos pasos de costado; instintivamente se acercaba al palanquín. Seguía buscando con la mirada al agá de los Sbeah que, si estaba confundido entre los espahís, bien podía, a aquella distancia, dar una voz a su amigo. Súbitamente, *Si* M'hamed se inquietó a la vez por su hija y por su nuera.

Disparos, cortina tenaz de polvo y destellos en la niebla levantada. Una voz de hombre exhaló un gemido y un grito de rabia:

—¡Traición! ¡Traición!

De la ola de los que llegan, un clamor, confuso e informe, se escindió como una exclamación diez veces desgarrada, luego la muchedumbre tembló como un campo de trigo tumbado por la tormenta.

—¡Muhamad ben Abdalá!

—¡Muhamad ben Abdalá!

El agá *Si* M'hamed por fin comprendió: a su lado un primer hombre y un segundo caían ya bajo el chasquido ahora ininterrumpido de las carabinas.

—¡Traición! ¡Traición! —repitieron unas voces descompuestas en medio de la algarabía y el desorden.

¡Era, por desgracia, el jerife Bu Maza y sus hombres! Algunos de los que venían, con una risotada salvaje, se despojaron teatralmente

de la casaca de espahís con la que se habían medio cubierto, como un truco de guerra.

«¡Han matado a mi amigo Muhamad y a su guardia! Se han disfrazado con sus despojos para acercarse a nosotros. ¡De los tres, Bel Kasem, Muhamad y yo, sólo quedo yo y voy a morir!», pensó rápidamente el agá, que sólo llevaba encima su fusil cargado.

A su alrededor, la barabúnda huye hacia La retaguardia. Todos los hombres tenían cargadas las armas de salvas. Más de diez cayeron al primer encontronazo, algunos otros tuvieron tiempo de utilizar sus puñales.,. El agá luchaba cuerpo a cuerpo con un hombre del Jerife —un Sbeah en el que reconoció el tipo físico de la región—, Al mismo tiempo, sus pensamientos se atropellaban: no abandonar el palanquín para proteger a las dos jóvenes, defenderse hasta el final para matarlos a todos o a casi todos, ningún odio lo animaba, como si lo envolviera una sorpresa inocente. Su primer rival, herido, se alejó; el agá se encontró frente a dos y, luego, frente a tres enemigos unidos contra él. No veía más que sus ojos brillantes:

—¿Cómo ese diablo de Jerife ha podido volver de donde los *Filttas* tan rápido y tan en secreto?

Se preguntaba maquinalmente mientras se defendía con una agilidad que, a la larga, sabía inútil... Cuando recibió la primera herida, en el costado derecho, bajo la axila, en el sobresalto del torso entero, Levantó La cabeza y vio por fin a su rival sobre una colina, silueta clara con una nueva bandera escarlata bien derecha por encima de él. Como águila dominadora, Bu Maza vigilaba la justa.

A la segunda herida, el agá supo que iba a morir en aquella refriega. Desde hacía un rato, lo acosaban cuatro enemigos; uno de ellos, algo más atrás, observaba la herida abierta. El agá mató a uno e hirió al segundo, que reculó pero que volvió; el tercero titubeó.

—¡Alá es grande! —gritó *Si* M'hamed, dirigiéndose al palanquín. Entre los resquicios de las sedas, el rostro moreno de la nodriza espiaba el terrible enfrentamiento.

Privada de su *jefe*, la masa del *gum* derivaba a la retaguardia. Algunos heridos huían, perseguidos por Aisa ben Yinn y sus soldados. Alrededor del agá ensangrentado y vacilante, varios cadáveres de hombres y animales formaban ya un montículo.

El agá aún podía echar píe a tierra y tratar de buscar una salida. No pensó en ello. «¡Mi hija! ¡Mi Miera!», se repetía. Oía, como desde muy lejos, gritar a las mujeres, con espasmos que entrecortaban los alaridos de los hombres de uno y otro bando. En el palanquín, la mulata, con me— dio cuerpo fuera de las telas entreabiertas, gemía:

—¡Oh Alá! ¡Oh Alá! ¡Oh *Sub* Yahia, *Sub* Abdelkader!

A la tercera herida —un puñal clavado por encima del vientre—, el agá sintió que un frío lo penetraba. *Es el fin», pensó sin tristeza,

con una repentina somnolencia, mientras el cielo se ensanchaba delante de él, *moj* lejos, como una inmensa grisalla azulada.

A un lado, *siempre* alejada, la imagen del Jerife inmóvil le pareció cercana. Bu Maza reta.

—¡Alá es grande! —repitió el agá, al que derribaron al fin, y que cayó de golpe, del lado del palanquín, cuyas cortinas se abrieron.

—¡Padre mío! —gritó la hija del agá que, de un brinco, se lanzó encima de la víctima.

Apoyada en el suelo y toda ella envuelta en seda verde, la joven cree proteger al padre en la agonía: cuatro jinetes del Jerife la contemplan fascinados. Un poco más atrás, Aisa ben Yinn levantó el brazo armado hacia el cielo, con un gesto grandilocuente.

—¡La novia de Mazuna es libre! —exclamó en tono de parodia.

Bu Maza, que había permanecido mucho tiempo erguido por encima del campo de la refriega, se acercó con el rostro impasible. Antes, incluso, de examinar a las mujeres, preguntó a Aisa con voz afable:

—¿Cuántos de esos perros han muerto?

—Han caído veinte o treinta de los suyos. Las mujeres están en nuestras manos; ¡y los demás soldados han huido! —terció alguien muy cerca.

—El traidor del agá ha luchado hasta el final ¡Hay que

reconocerle el valor! —declaró Aisa ben Yinn y señaló el cuerpo a sus pies.

Hizo como que se acercaba a la hija agarrada al cadáver y que, con los cabellos en desorden, sollozaba.

El Jerife lo detuvo con un gesto.

—¡Ésta será para mí! —iba a decir.

Levantó entonces la cabeza: Badra, deslumbrante en su atavío de novia, bajaba majestuosamente del palanquín.

Muhamad ben Abdalá, conocido por Bu Maza, *Muí es Saa* o «el señor del momento», por las tribus *Axax, Me diuna, Beni Haches, Sbeah* y otras igual de belicosas del Dahra, Bu Maza, el nuevo ídolo de aquellas montañas, pero también el terror de los burgueses de Mazuna, estaba erguido sobre un alazán; los Flittas del oeste le habían regalado el caballo, después de habérselo quitado, dos años antes, al viejo Mustafá en persona, el célebre jefe de los Duairs, al que habían sorprendido en un desfiladero, matándolo. Bu Maza, sobre aquel caballo de un botín glorioso, admiraba a Badra sin confesarse que aquella presa lo deslumbraba.

Descendió con lentitud, mientras que la mulata, que se mantenía

detrás, petrificada y con los ojos desorbitados, levantaba el terciopelo de la litera. El rostro de Badra bajo la diadema que domina el tocado de moaré violeta apenas ha empalidecido; sus cabellos, en dos largas trenzas entretejidas de cordeles de seda, adornan su cuello descubierto y caen por el escote del cuerpo del vestido que cubren hileras de cequíes... Tras dos o tres pasos de un andar tranquilo, Badra se acerca a los cadáveres: apenas baja la mirada para que el Jerife pueda verla mejor.

Las babuchas bordadas, el vestido de terciopelo esmeralda, el cinturón de oro ciñéndole alto el talle, los brazos que apenas levantan un velo de gasa plateada que flota hasta las caderas, cada detalle del traje hacía de ella una

aparición irreal: los jinetes, detrás de Bu Maza, parecían contener la respiración.

Aisa ben Yinn, a un lado, cerca de la hija del agá, aferrada aún al cuerpo del padre, ironizó solo, a media voz:

—¡Después de la hiena, ahí está la joven leona!

El jefe, silencioso, con su blanca mano de clérigo en la empuñadura de cuero damasquinado, fingió no escucharlo. Pasó un rato, un caballo relinchó a lo lejos; otro dio un respingo. Los hombres parecieron inquietarse, pero todos permanecían mudos y respetuosos. Aisa ben Yinn se acercó a Bu Maza y, esta vez en voz alta:

—¡Te llevamos enseguida a tu tienda a las dos jóvenes y a la criada, Señor! —dijo.

Los ojos alargados y brillantes del Jerife no se apartaban de la silueta de Badra. Al final, giró a medias la cabeza hacia su lugarteniente. No sonrió. Apenas un ligero movimiento de cabeza en señal de aquiescencia.

Con un movimiento seco, volvió grupas y se fue a controlar, dos leguas más allá, si la otra trampa había tenido éxito: los soldados del *gum*, que habían huido por las gargantas del *uad*, se habían encontrado apostados allí a infantes Sbeah... El chasquido de las balas había continuado hasta allí. Un mensajero acababa de comunicar que los hombres del agá habían sido diezmados en aquella segunda emboscada.

Una hora después, Bu Maza se retiró a su tienda levantada para pasar la noche.

Nadie supo, al día siguiente, si las vírgenes desdeñaron al Jerife cuando tomó asiento frente a ellas, o si fue a él, ante aquellas prisioneras rebeldes o fascinadas, a quien repugnó utilizar la fuerza.

La hija del agá muerto, por odio o por venganza, guardó, el resto del día y toda la noche siguiente, el puñal de su padre en la mano. «¡Me mataré o te mataré!», repetía, con fiebre de alucinada, pero no se mató ni cuándo Bu Maza hizo como que se acercaba. Apenas los ojos

del joven se crisparon, apenas manifestó un mudo asombro frente a aquellas dos hembras que, a despecho o por culpa del brillo de su victoria, no se plegaban.

La sirviente, ante el odio convulsivo de la hija, recibió la orden de sacarla fuera de la tienda. Pasaron el resto de la noche a la intemperie: era a principios de julio, unos días después del plenilunio. La luz azulada de la leña de olivo las calentó.

Así fue como Badra se quedó sola, aquella noche que debería haber sido su noche de bodas, sola con el Jerife. De vez en cuando, un chacal aullaba en los pequeños valles cercanos. Detrás de las tuyas, un batidor se sobresaltaba. La guardia había sido reforzada... Pero la luz de las antorchas iluminó sin desmayo la tienda del jefe. Mientras tenía abrazada a la hija del agá dormida, la mulata aguzaba el oído. ¡Ni una sola voz, ni un ruido ahí al lado! «¿Cómo puede un hombre resistirse a la belleza deslumbradora de mi pequeña Badra?...» Recitó maquinalmente fragmentos del Corán. «¿Es un hombre el Jerife?»

Al alba, el colgadizo de la tienda blanca se abrió. Bu Maza apareció bajo la luz del día naciente, pero el halo de la vela se mantenía en el interior... El Jerife parpadeó. La mulata, sin darse cuenta siquiera, se encontró a su lado. Él hizo un gesto con la cabeza y después se alejó. La criada entró.

Badra parecía que no hubiera cambiado de postura desde la víspera. Estatua sentada, ojos cerrados, párpados azulados aún bajo el maquillaje y una fina transparencia perlando las sienes, en la atmósfera húmeda... «El peso de la diadema», se dijo la criada, que se deslizó de rodillas.

Sólo entonces, loca de ternura y emoción, empezó a quitar las alhajas de la cabeza, de las orejas y del cuello de la novia: la *cegaba*, con colgantes, los *xengals* triangulares de las orejas, los múltiples collares de la *besitta* de Fez, los broches cargados de esmeraldas, las rosas «temblorosas» del tocado. «Todas estas alhajas la han protegido —piensa— de la concupiscencia del deseo demasiado humano... El Jerife, ¡que Alá guarde!, no ha tocado a la joven por no tocar el oro, y ella...»

Badra, la cabeza y los hombros aliviados, se arrebujó en los brazos de la nodriza.

—¡Estoy muerta! —suspiró—, ¡estoy muerta!

La sierva, tras acostar a la doncella, pensó que Badra, mortificada, había llorado... «¡Ha desdeñado la perla más extraordinaria de Mazuna!», se repitió.

Por la mañana, un allegado del «hijo del Diablo» vino a anunciar que una delegación de mazunis, con el caíd *kiilugli* a su cabeza, había

llegado, y que el Jerife los había recibido.

—¿Cuánto te dio de dote por tu hija ese perro, hijo de perro y lacayo de los cristianos, a ti que serviste a amos más gloriosos?

El caíd Ben Kadruma, cabeza gacha en gesto de súplica, había tenido que confesar la cifra.

—¡Pagarás el doble para recuperar a tu hija y recobrar tu honor!

Cada uno de los nobles había discutido, a continuación, sobre el rescate de cada una de las mujeres, que esperaban un poco más lejos. Desdeñoso, el Jerife había dejado a sus lugartenientes las negociaciones.

—¡Todos esos son unos pérfidos que mañana, en nuestra primera caída, volverán para mordemos y suplicarán al coronel francés!

—¿Pero cómo estar resentidos —dijo alguien— contra unos moros que de padre a hijos, generación tras generación, se mueven sólo por miedo?

Todas las prisioneras, excepto Badra y la hija del agá, agrupadas junto al morabito de Sidi Ben Daud, en donde, desde la víspera, flotaba la bandera escarlata del Jerife, se enteraron de que el rescate se pagaría en menos de una hora: iban a ser liberadas...

Algunas se habían herido la cara y el cuello, señalándolos con arañazos sanguinolentos: sus esposos o sus hijos permanecían insepultos en el campo de batalla. Otras, que resultaban ser parientes de la novia, no manifestaban miedo ni dolor. Esperaban impasibles, suspirando, a lo sumo, de cansancio. De vez en cuando, alguna de ellas susurraba; la curiosidad las tenía sin respiración: ¿cómo adivinar si el Jerife, o alguno de sus terribles acólitos, no iba a quedarse con las dos vírgenes, o, al menos, con Badra, la más hermosa?

Pronto, la cifra por el rescate que había desembolsado el caíd corrió de boca en boca. Y las burguesas, apenas cansadas —el *uali* del morabito había hecho que prepararan un cuzcuz aceptable, con pedazos de carne de ave—, se habían puesto a pavonearse ¡como si la virtud y la belleza salvaguardadas, más que las alhajas, pudieran valorarse por su peso en oro!

La acampada se mantuvo una segunda noche. El Jerife decidió que abandonarían el campamento al amanecer del día siguiente. Los batidores habían vuelto poco antes del crepúsculo: la noticia de su victoria había aterrorizado, contaron, a las guarniciones de El Asnam, Miliana, Ténés... El coronel ya había enviado mensajeros al general de Bourjolly y al jefe de la columna de Ténés. Los franceses se pondrían en movimiento al día siguiente, o dentro de dos días a más tardar.

—Atravesaremos los *Beni Hinyes* y, desde allí, volveremos donde los *Flittas* —manifestó Bu Maza.

El oro de los burgueses de Mazuna había llegado. Habían permitido a los de la ciudad pasar la noche esperando, con su tesoro.

—¡No somos saqueadores ni bandoleros y la justicia de Dios puede esperar!

El lugarteniente Ben Henni, jefe de las tribus vecinas de Ténés, llegó, confirmando que los moros de la vieja Ténés sólo hablaban, como en Mazuna, de la reaparición del Jerife. ¡Las dos mezquitas más importantes habían resonado de vibrantes oraciones! Ora el miedo, ora el entusiasmo de la fe recuperado sacudía a aquellas dos ciudades abatidas.

—¡Cuánta razón tenía el santo *Sidi* Ahmed ben Yusef* al burlarse de ellas en sus célebres dichos! —murmuró alguien junto al Jerife, que permanecía impasible.

Aisa ben Yinn se inclinó hacia él:

—Señor, ha llegado la hora de entregar a las mujeres. Mis hombres han contado los duros[1] del rescate. ¡Está todo!... Con esto tienes para reclutar el doble de tropas en las tribus fieles, hasta Mostaganem; ¡tal vez puedas incluso unirte con el Emir!

El Jerife, en voz baja, intervino:

—¡Precisamente, dicen que un mensajero, portador de una carta, se acerca!... ¡Hazte cargo de las mujeres! —luego, y tras un silencio—. ¡Quedémonos con la hija del agá! ¡No para de insultar! ¡Que la sangre de la doncella siga a la del padre!... ¡Te la doy!

Aisa inclinó la cabeza, sin otra manifestación ante el presente que se le había hecho. Y:

—Una sugerencia-comenzó—. ¡Devuelve a las mujeres y a las hijas de los mazunis sin joyas!... ¡Valen tanto como el dinero entregado!

Y estalló en carcajadas.

—Por algo te llaman «hijo del Diablo» —replicó, sonriendo, el Jerife—. ¡Haz con ellas lo que mejor te parezca. Te dejo ese botín también! [3]

Las prisioneras salieron una tras otra, envueltas en sus velos blancos deslucido» o de color. Se presentaron ante Aísa ben Ymn, rodeado de cuatro de sus hombres. Un *chaux*, vestido de gala, esperaba sin armas.

—¡Cada una de vosotras ha de despojarse de todas sus alhajas y entregárselas al *chaux*! ¡Si alguna titubea, o se hace la avara, le arrancaré el vestido con mis manos! —anunció con voz estentórea Aisa.

Hubo gritos, una conmoción apenas dominada, un griterío de cotorras. Se hizo de pronto el silencio, cuando uno de los hombres de Aisa ben Yinn, levantó su fusil y disparó varias veces al aire.

El *chaux*, turbante escarlata cayéndole sobre la frente, venerables bigotes encuadrando su sonrisa, se sentó a la turca y, en aquella postura caricaturesca de cadí, esperó.

—¡Bandidos, salteadores! —abucheó una de las mujeres.

Y las demás, al punto, protestaron:

—Desgraciada, tente la lengua, ¿o quieres asesinarnos?

Las damas, rostro y cuerpo disimulados, forma lenta y solemne, se acercaban. Por debajo del faldón coloreado, surgía una mano y dejaba caer una diadema, unos broches, un par de ajorcas, tres, cuatro o cinco sortijas... Una segunda la seguía poco después; la contabilidad estaba organizada. Un *jocha* escribía en una tablilla el número y la naturaleza de las alhajas.

La operación de despojo duró más de una hora. El Jerife, montado en su alazán, iba y venía un poco más allá...

De pronto, tuvo lugar una pausa, una brusca suspensión: de la tienda del jefe, salía la novia con el rostro descubierto. Lucía con ostentación todas sus alhajas. Sus manos juntas ofrecían la diadema. Llegaba la última con paso arrogante. Parecía que ella sola llevaba todas las joyas de la ciudad: «¡Ella, la fuente de nuestras desgracias!», exclamó una de las madrastras.

Badra se acercó con la mirada baja, como «I conociera el trayecto. Su nodriza, que la seguía, lloraba. ¿Nunca habría boda para la muchacha?... El Jerife, que iba a alejarte, se detuvo, dominando la abigarrada escena, mientras que, tras el seto de cactos, el alba se disipaba.

Badra vaciló delante de Aisa ben Yinn, que no osó hacer ningún comentario; con la mirada llena de admiración se convertía, a su vez, en espectador impasible.

Con un gesto amplío, como hubiera hecho en la cámara nupcial, depositó la diadema, después las arracadas demasiado pesadas, los cuatro, cinco, seis collares de perlas, los broches, una docena por lo menos, y... «¡Alá! ¡Alá!», suspiraba el *chaux*, que pidió otra caja. El escribano, deslumbrada la mirada tanto por el esplendor de las alhajas como por el resplandor de la novia, olvidaba escribir la cuenta.

La muchacha se quedó únicamente con el vestido ligero de pliegues sueltos y el chaleco de amplias mangas de gasa. Con un gesto breve, se quitó, para colocarlo con las otras joyas, el casquete de forma cónica bordado en oro —liberada, la abundante melena color caoba se derramó por su espalda—. Luego, agachándose con presteza, se quitó las babuchas de terciopelo verde, bordadas igualmente en oro. Con el mismo movimiento de bailarina, más leve si cabe, deslizó el cinturón de pesados cequíes sobre sus caderas. Después, inclinándose de nuevo, cogió los aros de los tobillos para entregarlos, casi furtivamente, al atónito *chaux*. Se oyó entonces un ruido de cascos, Bu Maza se alejaba a caballo.

—¡Ya basta, Alá es grande! —exclamó Aisa, los ojos brillantes, pues no se hartaba del espectáculo.

—¡Ya basta! —gritó una voz de mujer perdida en el grupo de prisioneras.

—¿Va a desnudarse acaso? —añadió otra de las primeras filas. Y estalló hostil el piar colectivo.

En dos zancadas estuvo allí la nodriza. Rodeó con sus brazos a la frágil adolescente, que, envuelta en el vestido esmeralda, los cabellos al viento y el rostro mirando al cielo, repetía, en voz baja, como para ella sola:

—¡Estoy desnuda! ¡Alabado sea Dios, estoy desnuda! ¡Alabado...!

La mulata, con gestos de dulzura maternal, poco a poco hizo que su agotada niña entrara en el grupo murmurante de prisioneras.

Ninguna preguntó por la segunda virgen, la hija del agá muerto. Habían levantado la tienda del Jerife. Su columna partió la primera, con la bandera en cabeza, y la orquesta de flautas y tambores desgranando una música chillona. Los hombres de Aisa ben Yinn, con sus mulas cargadas con las alhajas y el dinero del rescate, cerraban la marcha.

Quince días más tarde, el coronel Saint-Arnaud, tras haber asfixiado con humazos a una fracción de los Sbeah, no lejos de las cuevas de Nacmaria, acabó encontrándose con la tropa de Bu Maza, que trataba de evitar, por un tiempo, el combate.

Se adueñaron del tesoro y de la *smala*, y Canrobert, ayudante de Saint-Arnaud, dispersó a los guerrilleros... La hija del agá, prisionera del Jerife (nadie sabe si compartía su tienda para seguir provocándolo e insultándolo), desapareció en el zafarrancho de la refriega. Dos días después, su hermano, que guiaba a los espahís de Canrobert, pasó por debajo de un árbol.

—¡Hermano mío, Alí, hermano mío! —suspiró una voz temerosa.

El hijo del agá se detuvo bajo un roble. Una forma menuda saltó del árbol y vino a caer directamente sobre la silla del estupefacto joven.

—¡Estoy escondida aquí desde hace dos días! —murmuró la joven, tras los abrazos.

La columna francesa, cuando volvió a Tenes, relató el milagro del encuentro del hermano y la hermana... Pero, en el mercado de Mazuna los *meddahs* contaban al pueblo cómo el Sultán, anunciado por los profetas, había devuelto «desnudas» a las mujeres y a las hijas de los pérfidos y de sus aliados.

Muhamad Ben Kadruma, después de vender sus bienes y repudiar a sus dos esposas, decidió emprender la peregrinación a La Meca, en compañía de su hija.

—¡Al regresar —anunció a alguno de sus allegados—, no volveré a esta ciudad que ya no será libre! Me exiliaré, como tantos otros, en Túnez, en Damasco o, incluso, en Estambul.

El año que precedió a estos acontecimientos, un antiguo teniente de Napoleón I, convertido más tarde en agricultor, y arruinado, hacia 1840, por dos crecidas consecutivas del Ródano, llegó a Argelia. Bérard —ése es su nombre— eligió instalarse de colono en Ténés. El ejército de Bugeaud construía las casas de aquel pueblo con tablas, reemplazadas más tarde por piedras de las imponentes ruinas romanas.

Bérard renuncia rápidamente a la agricultura. Se pone a vender papel, lápices y cuadernos; abre, incluso, una biblioteca. Estalla la insurrección de Dahra, con todas sus peripecias, entre ellas la boda de Mazuna que Bu Maza transforma en emboscada.

El librero Bérard, gracias a su experiencia de antiguo militar del Imperio, pero gracias también a su instrucción y a sus cabellos canosos, se convirtió en un notable de la vieja Ténés europea, turbada por aquella agitación tan próxima. Dirige una de las milicias organizadas... Veinte años más tarde, escribirá el relato de aquella revuelta: pero no irá nunca a Mazuna. Ningún europeo se aventura por allí todavía; la neutralidad de la vieja ciudad se congeló como en un sueño definitivo.

Uno de los lugartenientes de Bu Maza, El Gobbi, también escribió su relación de los acontecimientos. ¿Estuvo en el ataque al convoy de la boda? ¿Admiró, junto a su jefe, el cuerpo «desnudo» de Badra? Es lícito suponerlo.

Bérard, al redactar sus recuerdos, afirma haber tenido noticia del relato de El Gobbi. ¿Habría leído una traducción del texto árabe o habría tenido en sus manos una copia del original? Éste, por el momento, está perdido.

Todo acaba durmiéndose; los cuerpos de las mujeres abrumadas de alhajas, las ciudades con un pasado demasiado denso, y los escritos de los testigos a los que se olvida.

III

La pareja se instaló en París, en el pisito de un modesto librero, para celebrar la boda.

Días algo irreales de preparativos. Parecía que la fiesta se aproximaba al corazón de un insidioso desastre, y uno se preguntaba si a los invitados y a los novios mismos no se les impediría en el último momento...

La futura esposa iba y venía por las habitaciones oscuras, con múltiples librerías. Recibía a su madre, una mujer de menos de cuarenta años, esbelta y con una pesada trenza de cabellos negros

balanceándose a su espalda; había llegado por la noche, en avión, acompañada por su hija pequeña, recién salida de la infancia. Las tres mujeres habían hecho una limpieza metódica; luego, la madre y la novia se fueron a comprar, de una vez, un remedo de ajuar en unos grandes almacenes; ropa interior, un conjunto de pata de gallo azul celeste y un par de zapatos.

La fecha de la boda la había fijado un mes antes el novio, que, obligado a vivir clandestinamente, se mudaba de habitación en habitación; la joven, instalada en una residencia de estudiantes, era informada cada vez del nuevo alojamiento; la seguridad estaba así provisionalmente a salvo. Este tejemaneje duró alrededor de un año.

Una de sus anteriores viviendas daba a una residencia de sordomudos. Hubo que abandonarla sin pensarlo dos veces. La portera era una rechoncha desgreñada; todas las noches prorrumpía en el patio en un rosario de obscenidades de impotencia ante la diaria borrachera de su marido. Un día, recibió con genio desabrido a los policías que se presentaron a investigar sobre el joven estudiante. Los echó con cajas destempladas:

—¡Pues no hace tiempo que ya no está aquí ese pájaro!

Cuando los agentes se fueron, subió a toda prisa a prevenir a la pareja porque «¡por naturaleza —afirmaba— no me gusta la bofia!».

La investigación policial sobre el joven se había iniciado por una razón banal. La prórroga del servicio militar, de la que gozaba hasta entonces, le había sido suprimida. Sus ancianos padres, desde su aldea de montaña sacudida por los frecuentes atentados y las operaciones de limpieza que se sucedían, alertaron a su hijo: debían de haber dado la dirección de París, suponiendo que ya no valdría.

—¡Ya no me escribe! —había dicho el padre a quienes le preguntaron—. Tiene que trabajar en Francia para seguir con sus estudios. Somos pobres. ¡No puedo enviarle nada de dinero!

A continuación había dictado a su hija de doce años:

—Escribe: «¡Van a por ti! ¡Cámbiate de casa!».

El hijo no había podido abandonar el sitio con suficiente rapidez. De ahí la alarma. Aquel verano, una facción nacionalista rival[4], que disputaba a la organización unificada la adhesión de antiguos militantes (obreros que se reunían en cafés norteafricanos de antes de la guerra), había multiplicado sus amenazas de *'vendetta*. El primer choque entre organizaciones rivales e igualmente clandestinas, se había saldado con cinco o seis muertos en un restaurante del centro de París. Los diarios de gran tirada habían hablado como si se tratase de un ajuste de cuentas entre malhechores.

En los paseos que todavía se permitían —vagabundeos conversadores fuera del tiempo de los otros y de la «Revolución», como sí, no teniendo derecho a la historia con mayúsculas cuando se

abrazaban bajo los porches, su felicidad, sin embargo, participara de la fiebre colectiva—, la pareja tomaba precauciones contra la vigilancia de la policía. Pero este último riesgo no parecía el más peligroso.

Ante una silueta persistente o, al contrario, demasiado huidiza, había que desbaratar la vigilancia, descubrir y disuadir al acechante: la pareja sabía que la lucha fratricida apuntaba allí, chirriante, sin referencias... Aquellas redes rivales se enviaban por correo cartas de amenaza en términos paroxísticos, con condenas definitivas, en nombre de un derecho fantasma, como lo haría con su rival, por desesperación amorosa, una mujer abandonada.

La joven, en aquel París, en donde sus ojos evitaban, instintivamente, en cada esquina el rojo de la bandera tricolor (que le recordaba la sangre de sus compatriotas guillotinados últimamente en una prisión de Lyon), se imaginaba que navegaba. Le parecía que la pareja que formaban desaparecía a los ojos de los demás, súbitamente invisible, a pesar de los destellos luminosos de aquel comienzo de primavera.

Había que marcharse: sus conversaciones *se* alimentaban de ese tema. ¡Irse juntos! Volver a su país para reunirse, en la montaña familiar, con los guerrilleros despreocupados como ellos. Pues bien, el joven refunfuñaba: «¡Eso no es real, tú sueñas! ¡No habrá estudiantes, como tú te crees! No podremos luchar juntos... ¡Las únicas mujeres del ejército de resistencia son campesinas acostumbradas a los bosques y las zarzas! Quizá, todo lo más, algunas enfermeras». Ella no comprendía por qué le cerraba el acceso a aquel jardín: la aventura, para ella, sólo podía ser vivida a dos y con júbilo... ¿Acaso no habían «despistado» el día anterior a dos policías en unos pasillos del metro, con deportiva agilidad y una risa imparable agitándolos luego?...

A fuerza de medirse en aquel desacuerdo, que ella creía sólo de táctica, llegaron a un compromiso: en lugar de una marcha inmediata hacia su país, pasar mejor la frontera cuanto antes, clandestinamente incluso o por separado (únicamente el nombre del joven estaba en la lista de los sospechosos). Se encontrarían en Túnez, entre los refugiados: de allí saldrían, sin duda fácilmente, masas de voluntarios para la guerrilla. Ella seguía creyendo que el enrolamiento estaba abierto a las chicas, ¿no afirmaban de buen grado los responsables nacionalistas la igualdad de todos en la lucha?

Las discusiones, los proyectos a llevar a cabo no agotaban el ritmo de las caminatas. Esbozando aquel porvenir, el novio tomó una decisión sobre su matrimonio: adelantarlo al máximo; marcharse después...

En la primavera pasada, en su país, se habían reunido los representantes de las dos familias, a pesar de la ausencia de los

prometidos. Fue el día de la petición de mano, a continuación les habían escrito: la ceremonia había hecho posible redactar el acta de matrimonio «por adelantado». El tío del novio había firmado por poderes; en cuanto a la novia, habría necesitado, aun estando ella presente, como tutor a su padre. Matrimonio legalizado, a despecho de la distancia: se habían reído de ese formalismo, que parecía recurso de comedia.

—Escribe a tu familia —pidió de pronto el novio, en un arrebato de deseo o de inquietud no confesada—. Diles que nos casamos dentro de un mes, ¡ni un día más ni un día menos! ¡Después de todo, ya lo estamos legalmente!

Aquel piso de librero —de un francés detenido desde hacía meses por haber ayudado a una organización nacionalista— estaba vacío desde que su propietario fue arrestado, y, por eso, la policía no lo vigilaba. Un amigo que había salido de la cárcel se lo indicó.

Optaron por esa instalación provisional. Los días que precedieron a la boda, la futura esposa se abstraía en la lectura de libros raros, lujosamente encuadernados, después de haber intentado encender la vieja estufa de carbón: en aquellas mañanas de invierno, las habitaciones se llenaban de un humo que ni siquiera calentaba.

La madre y la hermana pequeña llegaron, pues, no muy desorientadas. El hermano, un adolescente todavía, al que habían detenido en Lorena por «agitador», iniciaba un período de detención; como era desplazado con demasiada frecuencia de cárcel en cárcel, la madre había aprendido a viajar en tren, avión y barco, igual que una turista occidental, y, cada trimestre, visitaba a su hijo único en todas las ciudades de Francia o de Navarra, donde lo confinaban.

Las mujeres se consagraron al arreglo del piso parisino: encerar el parqué, volver a dar a la cocina un aspecto aseado, preparar para los recién casados una ropa de cama nueva, que fue entregada *in extremis*, pensar, en fin, en el tradicional almuerzo del día siguiente a la boda —la madre consideraba ese rito indispensable e invitó a unos diez amigos y primos, estudiantes y obreros emigrados a París—.

Ante la vivacidad y el deambular de su joven madre, la novia se veía comparsa de un juego con reglas secretas. Evocaba en alto el ceremonial de su ciudad, que, desde aquel lugar de exilio, les parecía de pronto sepultada o destruida. El peligro que estrechaba el cerco en torno al novio, cuyas idas y venidas a reuniones políticas se multiplicaban, hacía planear dudas sobre la ceremonia del día siguiente. ¿Qué ceremonia?

La muchacha se dio cuenta de que sufría por la ausencia del padre —si bien es cierto que, si la boda se hubiera celebrado a la manera habitual, habría reunido una asistencia exclusivamente femenina—.

Pero la tradición exigía que el padre, en el momento en que las mujeres del cortejo nupcial se llevan a la novia, cubra a su hija con su albornoz y la haga traspasar el umbral en sus brazos. La madre, en ese instante de ruptura, llora desconsoladamente, a veces, a gritos; se diría un duelo sin liturgia. En ese desconcierto, subrayado por el clamor de las músicas y de las vecinas, cualquier madre deplora que le roben el apoyo para las fatigas venideras. Pero, también, suspira por los recuerdos resucitados de sus sueños de mujer...

Mi madre se encontraba en un París invernal y no tenía que llorar. Aunque la boda hubiera tenido lugar allá, en la casa con múltiples terrazas de la abuela muerta, y aunque el tenor andaluz hubiera acompañado con su voz enternecida el canto del rabel una noche entera —noche de la desfloración y de su emoción prolongada —, mi padre no habría pedido prestado un albornoz de lana pura, tejido por la mujeres de la tribu, para acompañarme hasta el umbral, protegida por su abrazo. No se hubiera sacrificado al protocolo: se quería «modernista», desdeñaba las modas recientes como las tenazas de una trampa de las costumbres de la ciudad. Ya podrían insistir las viejas, y pretender que debía pensar en la protección divina, él habría... ¿Y qué, por qué buscar, se habría siquiera presentado ante el novio, él que pensaba, durante todos aquellos años de promesas secretas, luego oficiales, que le robaba a su hija mayor?

Lo cierto era que la boda se desarrollaba al margen de la protección del padre, no que él me la negara en la forma deseada por las abuelas. Lo cierto era que aquellos dos hombres no habrían podido enfrentarse en esa ambigüedad, no queriendo ninguno de ellos ceder el paso al otro, y probablemente cada uno odiando al otro, sin saberlo todavía.

En un París en el que la sombra de la insumisión se insinuaba en aquella sede provisional de la boda, el recuerdo del padre me invadía: decidí enviarle el testimonio ceremonioso de mi amor. He olvidado la fórmula exacta del telegrama: «Pienso ante todo en ti en esta fecha tan importante. Te quiero».

¿Tal vez necesitaba proclamarlo: «te quiero en lengua francesa», abierta e innecesariamente, antes de correr el riesgo de gritarlo en la oscuridad, y en qué lengua, en el transcurso de las horas que precederían al paso nupcial?

Aquellos esponsales se iban despojando sin tregua: de la estridencia de las voces femeninas, de la algarabía de la abigarrada concurrencia, del olor de las vituallas en demasía... —tumulto mantenido para que la novia, sola y desnuda en medio del oleaje, pueda llenarse del duelo de la vida que se anuncia—.

El matrimonio significaba, ante todo, para mí, marcharme: fronteras que franquear a toda velocidad, y nuevos conspiradores que

encontrar en otra tierra. La llegada de mi madre y de mi hermana tan joven me ligaba de nuevo a los recuerdos lentos del pasado. Aquellas dos mujeres eran portadoras de algo grave que subyacía: en lo más hondo de cada silencio compartido, nos guardábamos mucho, las tres, de olvidar al adolescente encerrado en sucesivas cárceles, a mi hermano.

Y llego, con cautela, al grito de la desfloración, con los parajes de la infancia evocados en este recorrido de símbolos. Más de veinte años después, el grito parece que brota de la vigilia: signo que no es ni de dolor ni de deslumbramiento... Vuelo de la voz descoyuntada, presencia de ojos de mirar grave que se abren a un vacío que gira y se dan tiempo para comprender.

Un grito sin la *fantasía* que en todas las bodas, incluso en las que están ausentes los caballos enjaezados y los jinetes rutilantes, habría podido echarse a volar. El grito afinado, aligerado como apresurada liberación, y, luego, abruptamente roto. Largo, infinito grito primero del cuerpo vivo.

El joven lo había sabido desde siempre: en el momento que franqueara el umbral de la habitación —concha de amor trascendental — se sentiría preso de una gravedad silenciosa y, antes de volverse hacia la virgen inmóvil, debería entregarse a devociones religiosas.

Cuerpo doblado, plegado, aplastado contra el suelo, corazón lleno de Alá, del Profeta y del santo más familiar a su región o a su tribu, saciándose de la palabra sagrada; el hombre, todo hombre, debía recogerse, como criatura sumisa, y, solamente después, acercarse al lecho que se ensangrentaría.

Sonrisa de los ojos serenos de la doncella. ¿Cómo transformar esa sangre en destello de esperanza, sin que mancille los dos cuerpos? Acercamiento casi místico. En aquella boda parisiense, invadidos por la nostalgia del suelo natal, he aquí que, nada más entrar en el cuarto de la cama nueva y la lámpara rojiza colocada en el suelo, el recién casado se dirige a la que le espera, y he aquí que la mira y que olvida.

Horas más tarde, tumbado junto a la que todavía tiembla, se acuerda del ceremonial descuidado. Él, que no había rezado nunca, había decidido hacerlo al menos aquella vez en el umbral de los esponsales. Un presentimiento lo atormenta.

—Nuestra unión no estará protegida —murmura.

La esposa, divertida por esa tristeza supersticiosa, lo tranquiliza. Pinta el mañana de su amor con confianza; él había prometido que la iniciación duraría tantas noches como fuera necesario. Pues bien, desde el inicio de aquella noche apresurada, penetraba a la doncella.

El grito, dolor puro, está cargado de sorpresa en lo más recóndito. Su curva se desarrolla. Huella de un dardo deshollado, se eleva al

espacio; almacena en su nadir los estratos de un «no» interior.

¿He conseguido un día, en medio del oleaje, alcanzar esa cresta? ¿He reencontrado la vibración de ese rechazo? En esa linde el cuerpo se encabrita, vierte su ardor en el cauce del río que pasa. ¿Qué importa entonces si el alma brota irreprimiblemente?

Hablar también de mi victoria, de su sabor de dulzor desvanecido en las cuchillas del instante. Victoria sobre el pudor, sobre la discreción. Ruborizada, pero firme, conseguí decir delante de mi joven madre, y de mi hermana, con ternura tranquilizadora:

—¡Por favor, dejadme la casa sola para esta noche!... ¡«Él» os llevará a dormir a un hotel!

Formulé ese deseo en un tono convencional. Ya que el destino no me reservaba una boda llena de ruidos, gentío y comida abundante, sino que me ofreció un desierto de lugares donde la noche se instalaría tan vasta, tan vacía, para encontrarme frente a «él» —evoqué de pronto al hombre a la manera tradicional—.

Aquel grito, en la casa de la clandestinidad. Saboreé mi victoria, pues no se llenó de curiosas y de mironas el aposento, pues al alejarse momentáneamente una mujer y una chiquilla, el grito desplegó las volutas del rechazo y alcanzó los dinteles del techo.

No se apaga la lámpara... El recién casado, al que busca la policía, se estanca en su decepción: se había prometido hacer antes la oración.

«¿Antes de qué?», pienso, titubeando por el corredor, gacela herida, y evito los espejos.

Antes del grito, claro. No, me digo, ni Dios ni ninguna fórmula mágica protegerán este amor que el hombre espera «hasta la muerte». Cuando voy en el metro, los días siguientes, miro con insistencia a las mujeres, a todas las mujeres. Una curiosidad primitiva me devora:

«Por qué no hablan, por qué ni una sola lo dirá, por qué todas lo ocultan: el amor es el grito, el dolor que persiste y que se alimenta, mientras que se entrevé el horizonte de la felicidad. Una vez la sangre derramada, se instala una palidez de las cosas, una viscosidad, un silencio.»

No hubo ojos de mironas pensando en la violación renovada. No hubo el baile de la arpía engalanada con la sábana manchada, sus risas, sus gruñidos ni su gesticulación de *Garaguz* de feria... —signos de la muerte helada en el amor, cuerpo clavado allá sobre montones de colchones—. La esposa, por lo común, ni grita ni llora: con los párpados abiertos, yace como una víctima sobre el lecho, tras la marcha del macho que huye del olor del esperma y de los perfumes del ídolo; y los muslos, cerrados de nuevo, oprimen el clamor.

No hubo sangre expuesta los días siguientes.

Sistro

Largo silencio, noches cabalgadas, espirales en la garganta Estertores, arroyos de sonidos precipicios manantiales de ecos entrecruzados, cataratas de murmullos, susurros trenzados como monte bajo, vástagos susurrantes bajo la lengua, sonidos sibilantes, y azoca la voz curva pañol de su memoria, encuentra hálitos mancillados de borrachera antigua.

Estertores de címbalo que rezonga, cardo o tijeras de esa tesitura, añicos de suspiros náufragos, chapoteos que se deslizan contra las cortinas del lecho, risas dispersas estriando la oscuridad claustral, quejas entibiadas y luego difractadas bajo los párpados cerrados cuyo sueño se extravía en algún cipresal, y el navío de los deseos se hunde, antes de que el ave de la voluptuosidad grazne.

Palabras argamasa, tizones disgregados, dioritas expulsadas de labios abiertos, pavesas de caricias cuando se derrumba el plomo de un mutismo brutal, y el cuerpo busca su voz, como una acedía que remonta el estuario.

De nuevo estertores, escaleras de agua hasta la laringe, salpicaduras, aspersión lustral, sorda la queja y, luego, el canto prolongado, el canto lento de la voz hembra lujuriosa envuelve el apareamiento, se suceden el ritmo y las siluetas, se exhala como oxígeno, en la habitación y en la oscuridad, entorchado tumescente de forte *que queda suspendido.*

Fuelle doliente o solemne del tiempo del amor, azufrera de qué espera, fiebre de los staccato.

Silencio muralla de la fortificación del placer, y de su digrafía.

Creación cada noche. Oro briscado de silencio.

TERCERA PARTE

LAS VOCES AMORTAJADAS

Y heme aquí en la memoria,
en sus dominios, en sus amplios almacenes...

San Agustín
Confesiones, X. 8

Quasi una fantasia...

Ludwig van Beethoven
Opus 27 sonatas 1 y 2

PRIMER MOVIMIENTO

Los dos desconocidos

DOS EXTRAÑOS se acercaron tanto a mí que hasta me parecieron, durante algunos segundos, de mi propia sangre; no sucedió en el curso de un intercambio de ideas ni en una conversación respetuosa o amistosa. Dos desconocidos me rozaron, las dos veces en el estallido de un grito, poco importa que fuera el uno o el otro, o que fuera yo quien lo lanzara.

Tengo diecisiete años. Luce el sol esta mañana sobre la ciudad que zumba. Aparezco en una calle que rueda hasta el horizonte; por todas partes, al final de las arterias o al fondo de las callejuelas, el mar, espectador, está a la espera... Me precipito.

Tras una banal pelea de enamorados que transformo en desafío, que lanzo como una rebelión al espacio, un secreto desgarro se estira el primero... Mis ojos buscan a lo lejos, un empuje extraño impulsa mi cuerpo, creo que lo abandono todo, corro, deseo echar a volar. Luce el sol sobre la ciudad que zumba, la ciudad de los otros...

Fiebre, impaciencia, delirio de absoluto; corro cuesta abajo de la calle. Cuando, sin haber formulado nada y sin duda proyectado nada, sino este impulso en su estricta pureza, mi cuerpo se arroja bajo un tranvía que ha desembocado en una brusca curva de la avenida.

¿Estoy en un barrio del puerto? Cuando me vengo abajo en este vuelo hacia el mar, en esta inmersión en el olvido, una última imagen se erige: mástiles entrevistos como en una inmensa acuarela, perforando el azur. Justo antes de la oscuridad, la doble raya de los raíles en el suelo deviene mi lecho.

Cuando, unos minutos más tarde, me levantaron, desde las sombras de la tragedia de donde lentamente renací, escuché, en medio de la algarabía de la multitud de curiosos reunidos, una voz aislada, la del conductor que había podido frenar por los pelos. En el vacío descolorido de aquel nuevo nacimiento, tomó una excepcional importancia un detalle. Me asombró el acento de *petit blanc* del hombre que, trastornado, repetía:

—¡Miren, todavía me tiembla la mano! —y dio un grito.

Volvió a repetir la frase, gritándola casi, y su voz nuevamente vibró. Abrí los ojos con asombro. Tendida todavía en la calzada, vi la masa del hombre, después su rostro inclinado sobre mí: el gentío había debido de dejarle que se acercara para que se tranquilizase. Sin duda miró de hito en hito a la muchacha yacente, pero viva.

Luego, olvidé todo sobre el desconocido, pero el timbre de su voz

en la cresta de aquel oleaje, resuena aún en mí. Emoción presente para siempre.

—¡Miren, todavía me tiembla la mano!

A los testigos arremolinados, debía de enseñarles la mano que, domeñando la velocidad del tranvía, me salvó.

Sacaron a la muchacha de debajo de la máquina; la ambulancia transportó su cuerpo apenas contusionado hasta el hospital más próximo. Más que nada, asombrada, como somnolienta, de haber llegado, lo pensó enfáticamente, «hasta el final» —hasta el final de qué, todo lo más de la adolescencia que traspasa—. Se despertó, pues, con la voz del tranviario, se hundió a continuación en el marasmo de los días inciertos, y retomó, al fin, el curso de su historia de amor. A nadie habló de su caída —ataque de lirismo o de rebeldía sin causa—. ¿Descubrió tan sólo la desesperación?

Únicamente aquel acento de los barrios populares europeos de la ciudad, aquel habla que había hecho más patente la voz del conductor le siguió siendo tan cercano: ornato de la muerte cuya ala se arrastra, un instante, por el suelo.

Larga historia de amor convulsivo; demasiado larga. Transcurren quince años, poco importa la anécdota. Los años de dificultades se atropellan, la felicidad se vive compacta y sin relieve. Larga duración de la plenitud; demasiado larga.

Siguieron dos, tres años; la infelicidad se vive compacta y sin relieve, fisuras del tiempo árido que el silencio claroscurece...

Una mujer sale sola, una noche, en París. Para caminar, para comprender... Buscar las palabras para no soñar más, para no esperar más.

Calle de Richelieu, las diez, las once; la noche de otoño es húmeda. Comprender... ¿Adónde llegar al final del túnel de silencio interior? A fuerza de caminar, de sentir el vigor de las piernas, el balanceo de las caderas y la liviandad del cuerpo en movimiento, la vida se esclarece y los muros, todos los muros, desaparecen...

Alguien, un desconocido, camina detrás de mí desde hace rato. Escucho su paso. ¿Qué importa? Estoy sola. Me encuentro bien sola, me percibo intacta, como si dijéramos «en el principio», pero de qué, de esta peregrinación, al menos. El espacio está desnudo, la calle larga y desierta me pertenece, mi paso libre deja que mi ritmo suba bajo la mirada de las piedras.

Mientras la soledad de los últimos meses se disuelve en el brillo de los tonos fríos del paisaje nocturno, súbitamente estalla la voz. Libera como un flujo todas las escorias del pasado. Qué voz, es mi voz, apenas la reconozco.

Igual que un magma, un orujo sonoro, una carbonilla, me

entorpece primero el paladar, luego se derrama, como un áspero río, fuera de la boca y, por así decirlo, me adelanta.

Un largo, un único e interminable llanto informe, un precipitado aglutinado en el propio cuerpo de mi voz de otro tiempo, de mi órgano helado; colada que se exhala, aljonje anónimo, reguero de escombros no identificados... Percibo, como testigo casi indiferente, ese chal repugnante de sonidos: melaza de estertores muertos, guano de hipos y sofocos, olores de ázoe de qué cadáver asfixiado en mí y que se está descomponiendo. La voz, mi voz (o más bien eso que sale de mi boca abierta, entreabriéndose como para vomitar o cantar alguna ópera fúnebre) no puede interrumpirse. ¿Debiera, tal vez, levantar el brazo, poner la mano delante de la boca e interrumpir así la pérdida de esa sangre invisible?

¡Disminuir al menos su intensidad! Los extraños se recogen detrás de sus paredes, y yo no soy más que una exiliada errante, escapada de otras orillas donde las mujeres, fantasmas blancos, formas amortajadas en posición vertical, se mueven justamente para no hacer lo que yo hago aquí ahora, para no aullar así continuamente: ¡sonido de bárbara, sonido de salvaje, residuo macabro de otro tiempo!... Atenuar un poco este estertor, acompasarlo como melopea inoportuna. Hechizo en el exilio que se alarga.

La calle Richelieu se extiende larga, estrecha y desierta. Llegar hasta el final y detener mis pasos; cortar, al mismo tiempo, esta voz de lo extraño, este lamento que me pertenece a pesar mío.

Detrás sigue estando el desconocido del que me he olvidado, va más despacio cuando voy más despacio, y, cuando mi voz oprimida está a punto de debilitarse, o morir:

—¡Se lo ruego, señora, no grite así! —protesta.

El grito se para en seco. En el halo de reverberación de un farol, me doy la vuelta, con el rostro petrificado: ¿qué se cree este inoportuno, que sufro?

—¡Déjeme sola, por favor!

He hablado con un tono casi dulce, asombrada por la emoción que ha manifestado el desconocido. Ya no recuerdo su rostro, apenas su silueta, pero su voz, con la urgencia del ruego, me llega aún hoy cálida, con una vibración que hace palpitar el tono imperceptiblemente. Su emoción ha dimanado porque «grito», dice. ¿Es eso lo que pone fin al zumbido subterráneo de mi rebelión obstaculizada?... La reacción de ese desconocido la percibo, de pronto, como reveladora, y la recibo como un pretexto tenso. Ninguna escucha puede descarnarme ya.

—¡Por favor! —repito más bajo.

Doy un paso atrás, instintivamente. Un resplandor salpica la larga silueta, la mirada brillante del hombre que me observa. Bajo los ojos.

Se aleja. Dos cuerpos apenas tensos, cercanos un segundo el uno del otro, en la turbación fugaz de una tristeza entrelazada. Sueño de abrazo.

Haber escuchado al hombre suplicar, como un amigo, como un amante, me exhuma poco después del enterramiento. Me liberé del amor voraz y de su necrosis. Reír, bailar, caminar todos los días. Sólo echo en falta el sol.

Dos mensajeros se yerguen a la entrada y a la salida de una historia de amor oscuro. Ningún extraño me habrá tocado, tan de cerca.

Voz

Mi hermano mayor, Abdelkader, se había echado al monte hacía ya algún tiempo. Francia llegó hasta nosotros, que vivíamos en la *zagüía Sidi* M'hamed Aberkan... Francia vino y nos incendió. Nos quedamos tal cual, entre las piedras ennegrecidas...

Mi segundo hermano, Ahmed, se fue también. Yo tenía trece años. Otra vez volvieron los soldados; y otra vez nos incendiaron. Los vecinos nos ayudaron a reconstruir. Pasó el tiempo; un año, quizá.

Luego, los soldados tuvieron una escaramuza con guerrilleros, en la carretera que atravesaba el bosque vecino. Ese mismo día, entraron sin avisar en nuestra casa. Buscaban «la prueba», y la encontraron: en efecto, guardábamos algunas ropas de los Hermanos y hasta algunas balas. Se llevaron a mi madre, y a la mujer de mi hermano. Nos quemaron la casa por tercera vez.

Entonces, los Hermanos volvieron esa misma noche. Nos llevaron más arriba, hacia *Sidi* bu Amran. Llegamos al aduar antes del amanecer. Los guerrilleros buscaban dónde alojarnos y nosotros los seguíamos: las mujeres, mi abuelo y mis hermanos pequeños.

La gente de allá no nos aceptó al principio:

—¡Los soldados van a venir a incendiarnos a nosotros también! ¡Que no se queden éstos aquí! ¡La zagüía ardió; nuestro aduar arderá también!

Estuvieron protestando mucho rato. Pero *Si* Sliman y

Si Hamid (a *Si* Bualem lo habían detenido) se mantuvieron firmes:

—¡Esta gente se quedará con vosotros! ¡Qué le vamos a hacer!... ¿Alguno de vosotros teme las consecuencias? Pues que vaya a entregarse al enemigo, si lo prefiere... ¡Esta gente se queda aquí!

Allí, pues, nos instalamos. Seguimos en contacto con los Hermanos. Y todos seguimos trabajando. De nuevo Francia subió y lo quemó todo. Entonces fue cuando el hijo de Hamud se entregó.

Francia decidió bajar a todo el mundo al llano. Nosotros nos quedamos, con nuestra madre, que la habían puesto en libertad. Mi hermano Ahmed, que Dios lo tenga en su gloria, se fue por la noche para buscarnos otro refugio.

No le dio tiempo a volver y guiamos. Poco después del amanecer, el enemigo nos cercó. Dijeron en voz alta:

—¡Bajaréis a la fuerza, como los demás!

Cuando los hombres se acercaron para obligarme a que me levantara:

—¡No iré! —grité.

Un soldado me cogió por un brazo, y otro por el otro brazo; yo seguía gritando. Así me sacaron de la casa.

Se nos llevaron. En el trayecto había que vadear un *uad*. Pues bien, la víspera había llovido. El agua hacía remolinos en el torrente. Un hombre aupó a mi hermana pequeña para atravesarlo. Ella se revolvía con todas sus fuerzas:

—¡No me cojas!

El hombre era un *gumier*.

—¡Pero qué es esto, os estamos ayudando! —exclamó, pues creía que nos estaba haciendo un favor.

Tercié:

—¡No te ha dicho que no la toques, pues no la toques!

Y aquí nos tienes en el pueblo, en Marceau. Nos colocaron en una especie de reducto: todo de cemento, las paredes tan grises como el suelo... Tuvimos que pasar allí la noche, entre el frío y los orines de los niños.

Por la mañana, una vieja, que debía de vivir muy cerca, vino hasta la puerta para prevenirnos:

—¡Yo voy a trabajar al campo! —cuchicheó—. ¡Pedid que os dejen salir, no os quedéis aquí!

Salimos. Nos agruparon; las mujeres y los niños a un lado, los viejos al otro. Nos llevaron hasta la entrada del pueblo, donde nos montaron unas tiendas. Allí creían que nos vigilarían mejor.

Pasaron algunos días. Espiábamos a la guardia, averiguamos el tiempo entre las rondas. Nos hacía buena falta, para sobrevivir, ir y venir a pequeñas faenas. Algunas mujeres iban a espigar, pero en los ribazos. Los críos se pasaban el día llorando. El escaso ganado y las pocas gallinas fueron rápidamente degollados.

Los de la montaña me hicieron llegar un mensaje: «Tú vuelve con una de tus hermanas; te necesitamos aquí arriba». Casi me puse a bailar de alegría; apreté la boca para retener las albórbolas.

Supe también que mi hermano pequeño estaba escondido no lejos de allí. Conseguí escabullirme; traté de orientarme durante un día entero, pero no encontré la carretera. Tuve que volver por la noche,

agotada, pero decidida a marcharme otra vez y seguir buscando... Dos días después, volví a marcharme: otra vez para nada. Cuando volví, me encontré a mi madre llorando a lágrima viva, se secó la cara en silencio, pero no me preguntó nada.

La tercera vez, por fin, conseguí el contacto. Mi hermana, un año más pequeña que yo, venía conmigo. Pero me eché atrás:

—¡Tú vuélvete! ¡Tienes que volverte!

Me dije, de pronto, que mi madre iba a quedarse sola, con todos los pequeños. ¿Quién iba a ayudarla? No me di cuenta hasta que me marchaba de verdad. Mi hermana me obedeció de mala gana. A lo mejor, luego estuvo resentida conmigo.

Llegué donde los guerrilleros, después de una caminata de varias horas con el guía. Entre ellos estaba mi hermano Ahmed. Me abrazó y me dijo exactamente estas palabras:

—¡Ay hermana mía, te veo a ti y es como si viera a mi madre!

Me puse a llorar, no sé por qué. Lo toqué, contenta de saberlo en buena forma, pero lloraba...

Desde entonces estuvimos juntos, Ahmed y yo. En ese grupo de guerrilleros había otras chicas un poco mayores que yo; dos de Cherchell, Nacera y Malika, y algunas otras de los alrededores.

Algún tiempo después, un guerrillero se entregó. Nos trajo al enemigo. La primera noche no, la segunda. Los soldados nos cercaron al amanecer.

Por desgracia, nuestros centinelas se habían dormido, no sé cómo. Esa misma noche, mi hermano Ahmed y otro habían salido para traer víveres. Al volver, se dieron cuenta de la cercanía del enemigo. Entonces, se echaron a correr gritando:

—¡Salid! ¡Salid rápidamente!

Aún no habíamos dejado nuestros refugios cuando empezaron a disparar. Esa mañana me sentía muy cansada: al principio no podía correr; tenía las piernas como paralizadas, a lo mejor porque era mi primera alerta...

—¡Corre, pero, venga, corre! —gritaba mi hermano, casi empujándome.

—¡No puedo! ¡Adelántate tú! ¡Ve por delante!

—¡Corre, hermana! —suplicaba, mientras se alejaba, y aún tengo el sonido de su voz en mis oídos—. ¡Si te cogen, te torturarán!

Iba corriendo delante de mí cuando cayó: una bala lo alcanzó en la oreja. Cayó delante de mí... Cayó de bruces y, al caer, tiró a un chico que se hirió con una piedra. Pero el chico se levantó.

Él y yo seguimos corriendo; yo iba detrás del niño, no conocía todavía bien la región. Las balas volaban alrededor nuestro, la huida duró mucho tiempo, yo sólo veía al niño que llevaba delante... Luego

me encontré sola, seguí a lo largo de un *uad* hasta un bosque, más allá de las colinas. Noté entonces que alrededor todo estaba en silencio: me paré.

Traté de situarme. Desde donde me encontraba podía ver algunas cabañas. Me dije: «Eso debe de ser Trekech». Yo sabía que en ese aduar los hombres estaban con Francia. Cogí otra dirección y atravesé un campo. Me refugié en un bosquecillo. Oí a lo lejos como el ruido de un avión. Me acurruqué y no me moví de mi escondrijo. Algo más allá se cruzaban dos carreteras. Vi un momento unos uniformes; luego desaparecieron. De repente, me entró tos. Tuve miedo de que me descubrieran. Arranqué unas hojas de roble (dicen que son buenas para la tos), y las masqué en silencio. Seguía sin moverme y debí hasta dormirme.

Se hizo de noche. Despierta y angustiada, *oí* un chacal. El chacal gritaba... Salí y me puse a andar hasta una de las carreteras, con mucho cuidado. A lo lejos se veía el fuego de un incendio, luego, en un prado desierto, dos o tres vacas abandonadas. Me calenté un poco arrimándome a ellas y luego tuve miedo de que alguien viniera a por los animales y me denunciase. Preferí seguir carretera adelante... Más allá, otros animales parecía que huían de otro incendio... ¡Qué frío tenía! Era una noche de invierno: no llovía, pero quedaba nieve en las cunetas, como láminas irregulares sobre las piedras.

¿Qué hacer? ¿Dormir en el suelo a pesar del frío? Pero estaría a merced de los jabalíes y de los chacales. ¿Trepar a un árbol? Tenía miedo de caerme si me dormía... Por fin, encontré un roble grande y con un tronco fuerte. Me coloqué allí y me agarré a una rama. Conseguí estar así medio dormida hasta la mañana siguiente. ¡Me confié a la protección de Dios!

Al día siguiente me escondí hasta al atardecer. Los combates, que habían vuelto a empezar, seguían algo más lejos. ¡Me parecía que me había convertido en un fantasma, oía a la gente moverse como en otro mundo!

Tuve miedo de que llegaran los helicópteros y me descubrieran. Poco a poco, todo cesó, la guerra se alejó como un sueño.

Me debí de dormir de golpe, por el cansancio. Antes de acabar la noche, un poco antes del amanecer, vi unas cabras que salían en fila, con un pastor detrás, tan tranquilo, como si no hubiera pasado nada, como si yo hubiera soñado esa larga persecución. «¿Y mi hermano Ahmed?», me dije con angustia. Salté del árbol El pastor se paró e hizo una seña por detrás.

A lo lejos, aparecieron cuatro hombres, que me parecieron guerrilleros; un quinto, desde más atrás, me hizo señas. Me dije:

«¡Ya he perdido bastante tiempo! ¡Voy a ver dónde cayó mi hermano!».

Los hombres me llamaban, una voz gritó mi nombre. Pero yo corría todo derecho delante de mí, repitiéndome: «¡Voy a ver dónde cayó mi hermano!».

—¡Soy tu hermano, Abdelkader! —gritó alguien en mi dirección.

Me di cuenta de que era mi otro hermano, pero yo quería ver a mi hermano pequeño, el que había caído... Me lancé hacia delante y corrí lo más rápido posible. Dios quiso que me orientara enseguida y que encontrase el sitio a la primera.

Ahmed estaba allí, tumbado: el enemigo le había quitado los papeles y las fotos que llevaba encima. Le habían quitado la ropa mejor. De su uniforme de guerrillero, no le quedaba más que el pantalón. La camisa, de lana vieja, rasgada, estaba toda manchada de sangre...

Vi el *uad* no muy lejos. Intenté llevarlo; sólo pude arrastrarlo, sus pies sin botines iban dejando un surco detrás de él... Quería lavarlo, mojarle la cara, por lo menos. Cogí agua con las manos; empecé rociándolo, como en las abluciones, sin darme cuenta de que, a la vez, lloraba, sollozaba...

Se acercó, por detrás, mi hermano Abdelkader, y, de pronto—dijo a los otros, con voz enojada:

—¿Por qué le habéis enseñado el cuerpo? ¿No veis que es una niña?

—¡Cayó delante de mí! —dije, volviéndome de golpe—. ¡Delante de mí!

Y mi voz tembló.

Clamor

Los largos cabellos trigueños de la niña debieron tornarse de golpe en rojo flamígero, en otro tiempo. Las comadres recelosas habían calificado sus ojos verdes de «ojos de gata vagabunda». Grandes ojos verdes de pupilas tachonadas de oro... ¡Qué orgullosa estaba la madre de la que llegaba después de tres chicos!

Es ella, la pastora de trece años, la primera hija de los Amrun, a la que los primos, los vednos, los parientes políticos y los tíos paternos acusan de creerse el cuarto varón, huyendo del aduar y de los soldados franceses, en lugar de esconderse como las otras hembras. Vagabundeó, pues, y trepó a los árboles durante la interminable persecución.

Ahí está, huérfana del hermano caído, en aquella aurora del verano inmóvil; nueva Antígona para el adolescente tendido en la yerba palpa con sus dedos enrojecidos por la alheña el cadáver semidesnudo.

El uad, *que no está seco del todo, corre entre zarzas y musgos*

perfumados. Más abajo, el manantial deja oír su rumor. Unos pasos más allá, formando un circulo irregular, cuatro hombres circunspectos están vueltos hacia un quinto, más fornido, tieso en el uniforme: es el segundo hermano Amrun. Ladea y esboza un gesto dirigido a la niña.

El cadáver duerme de bruces sobre la tierra... La niña lo arrastró ella misma, poco antes de la llegada de los hombres. Creyendo que lo llevaba hasta el manantial, se detuvo en el primer desnivel. El rostro salpicado de agua no se despertó: lo puso de perfil, apoyado sobre una piedra.

Luego, se dio la vuelta para protestar, o para convencerse.

—¡Pero si cayó delante de mí! ¡Delante de mí!

Ha repetido el lamento, la segunda vez con un tono más agudo. El acento se desgarra, como si tras de ella desplegara la mortaja.

Ha acariciado lentamente la faz muerta; la ha posado sobre la piedra del arroyo. Se ha levantado.

Todo se ha quedado en silencio: la naturaleza, los árboles, los pájaros (escansión de un mirlo que emprende el vuelo). El viento, cuya brisa se adivinaba a ras de suelo, se asfixia; los cinco hombres se ven transformados en inútiles testigos, en la helada de la espera. Ella sola...

Pastora surgida de las orillas del sueño y de su polvareda, se siente habitada por una gravedad de acero, tal una guadaña suspendida en el resplandor de la espera.

Ha entonado un primer grito prolongado, la chiquilla. Su cuerpo se alza, mancha más clara en la ciega claridad; la voz brota, vacilante en las primeras notas, como vela apenas desplegada que se estremeciera al pie de un palo de trinquete. Luego, el vuelo suelta amarras con precaución, y la voz toma cuerpo en el espacio. ¿Qué voz? ¿La de la madre que los soldados torturaron sin que gimiera, la de las hermanas demasiado pequeñas, encerradas, pero portadoras de la angustia de ojos enloquecidos, la voz de las viejas del aduar, bocas abiertas, manos descarnadas y palmas hacia delante, que arrostran el horror del tañido fúnebre que se acerca? ¿Qué murmullo inextinguible, qué vasto clamor punteado de estridencias?... ¿Es acaso la voz de la chiquilla de dedos enrojecidos por la alheña y la sangre fraterna?

La sangre que brota ha hecho retroceder, al mismo tiempo, a los guerrilleros. Saben qué acompañar a partir de entonces: el ulular acompasado de los muertos insepultos que regresan, la llamada de las leonas desaparecidas, que cazador alguno hirió... El treno de la informe revuelta dibuja su arabesco en el azur.

La endecha se hace oleaje: sobresaltos seguidos de un estremecimiento; un arroyo de ausencia surca el aire. Alambres de espino se tienden por encima de invisibles suplicios... El cuerpo de la chiquilla de trece años se mueve entonces por una repentina necesidad, va y viene para acompasar el dolor; la pastora toma noción del círculo ritual. Del primer círculo

alrededor del primer muerto... Por encima del abismo, los hombres parados en seco la miran: hacer frente a la duración del grito que se bambolea, semejante al balanceo de una sábana de sangre escurriéndose al sol. Con él se envuelve el cadáver, parece reencontrar la memoria: miasmas, olores, gorgoteos. Se inunda de tufaradas sonoras. La vibración del chirrido, el ritmo de la declamación fajando sus carnes para engalanar su descomposición. Voz-coraza que envuelve al yacente en tierra, que le devuelve la mirada al borde de la fosa...

Agotado, el grito vuelve como piel que se arruga en el suelo. Abandona a la chiquilla que se yergue, interrogante. No parece postrada; quizá es más fuerte.

Rígido, en su uniforme, el guerrillero se acerca; abraza a su hermana, le roza los cabellos.

Se llama Xerifa. Cuando inicia el relato, veinte años después, no evoca ni la inhumación ni otra sepultura para el hermano yacente en el río.

La afasia amorosa

Todos los veranos de mi infancia los pasé en la vieja ciudad marítima, llena de ruinas romanas que atraían a los turistas. Las muchachas y las mujeres de la familia, de las casas vecinas y de los parientes, visitan con cierta frecuencia algún santuario... Grupos vocingleros se esparcen, entonces, por el campo cercano.

Uno o dos chiquillos hacen de vigías: mientras nosotras, las chiquillas, nos mezclamos con las parientes cubiertas con el velo. De repente, la alarma:

—¡Se acerca un hombre!

Bajo una higuera o un olivo o frente a un bosquecillo de lentiscos, los velos, caídos por encima de los hombros, vuelven a colocarse rápidamente sobre los cabellos. Una se tapa, cuando estaba luciendo las joyas en su pecho descubierto, otra se levanta y quiere ver sin ser vista, y una tercera ahoga la risa, nerviosa, cada vez que se acerca un varón.

El peligro se revela, a veces, sin fundamento:

—Pero bueno... —señala una—, ¡si es un francés!

El pudor habitual ya no es necesario. El que pasa, puesto que es francés, europeo y cristiano, si mira, ¿mira realmente? Ante ellas, que tienen por misión, la vida entera, preservar su imagen, y considerar ese deber como su más sagrado legado, ante todas ellas, mis tías, mis primas, mis semejantes, el extranjero, cuando se detiene y las mira, ¿las ve cuándo cree sorprenderlas? No, se imagina verlas...

«El pobre», comenta una, cuando el desconocido, casi al lado, ha levantado la mirada y ha visto el brillo de azabache de una trenza demasiado larga y el fulgor de unos ojos maquillados y burlones:

—¡Se ha azorado, el pobre!

Pues él no sabe. Su mirada, del otro lado del seto, más allá de lo prohibido, no puede alcanzar. No hay riesgo de que se ejerza la menor estrategia de seducción; a partir de ahí, ¿para qué esconderse estas paseantes de un fugaz entreacto?

Lo mismo me sucedía a mí con las palabras francesas. La lengua extranjera me servía, desde mi infancia, de tronera para el espectáculo del mundo y sus riquezas. Y he aquí que, en ciertas circunstancias, se convertía en un dardo apuntado hacia mi persona. Que un hombre se atreviera a calificar, en voz alta y delante de mí, mis ojos, mi sonrisa o mis manos, que me designara así y que yo lo entendiese, y el riesgo de desarmarme aparecería; tenía prisa, antes que nada, por disimularlo. Hacer que sintiera, por un sobresalto, una tirantez repentina, una cerrazón en la mirada, que había cometido un error, más aún, una intrusión. El juego del cumplido banal o galante no podía darse por falta de presa.

En un segundo movimiento, sufría el equívoco: protegerme de los halagos o hacer que se notara que caían en el vacío, no era señal de virtud ni de reserva pudibunda. Descubría que también yo era una mujer con velo, menos disfrazada que anónima. Mi cuerpo, parecido al de una joven occidental, lo había creído invisible, a pesar de la evidencia; me hacía sufrir que aquella ilusión no se revelara compartida.

El comentario, anodino o respetuoso, vehiculado por la lengua extranjera, atravesaba una zona de silencio que neutraliza... ¿Cómo confesar al extranjero, adoptado a veces como compañero o amigo, que las palabras con esa carga se desactivaban por sí mismas y no me alcanzaban por su propia naturaleza y que no se trataba en ese caso ni de mí ni de él? Verbo sepultado, antes de cualquier destino...

A mi manera me convertía en una vestal extraviada en un afuera despojado de magia. Invisible, del discurso halagador no percibía más que el tono y, a veces, la ofrenda. Mi respuesta se atenuaba de indulgencia hacia lo que yo juzgaba en aquella época, con mi limitada e ingenua experiencia, un defecto propio de la educación europea: la prolijidad verbal, la logorrea tan poco discreta en los preámbulos de la seducción. Segura por mi parte, y completamente *a, priori*, de que la exuberancia del decir amoroso sobreviene como coronación, como fuego de artificio para la fiesta que sella el doble goce y la saciedad.

No me daba cuenta de que mi presunción significaba una recuperación del velo simbólico. Al haber superado la pubertad sin haberme sumergido, a semejanza de mis primas, en el harén,

permaneciendo, durante una adolescencia soñadora, en sus márgenes: ni totalmente fuera ni en el corazón del mismo; hablaba y estudiaba, pues, en francés, y mi cuerpo, durante esta formación, se occidentalizaba a su manera.

En las ceremonias familiares más corrientes, me disgustaba sentarme en el suelo con las piernas cruzadas: la postura ya no significaba mezclarse con las mujeres para compartir su calor; todo lo más, acuclillarse, incómodamente, por otra parte.

Fiestas nocturnas en las terrazas desde donde, encerradas como si fuéramos invisibles, mirábamos la orquesta andaluza con su tenor venerable. Éste reinaba en medio de los hombres, vestidos con sus mejores galas, que se sabían observados por las mujeres sumergidas en la oscuridad. Ellas acompasaban el encuentro con sus clamores en espiral lanzados como haces. Ese grito ancestral de desgarro —que la glotis hace vibrar con espasmos alegres— salía del fondo de mi garganta con poca armonía. En lugar de estallar fuera de mí, me desgarraba. Prefería escuchar la prolongada vociferación de mi madre, mitad arrullo, mitad alarido, que primero se fundía con el coro profuso, y luego lo terminaba como una vocalización triunfal, como un prolongado solo de soprano.

De la aglutinación de aquellas formas amontonadas, mi cuerpo de muchacha, imperceptiblemente, se separa. Participa todavía en la danza de convulsiones colectivas, pero, más adelante, conoce la alegría más pura de lanzarse en medio de un estadio soleado a competiciones de atletismo o de baloncesto. Ese cuerpo, no obstante, todavía no está armado para afrontar las palabras de los otros.

En esa comunicación con el sexo doblemente opuesto, por pertenecer al clan opuesto, ha podido conmoverme, alguna vez, la reserva de un suspirante llegado de lejos. La única elocuencia posible, la única arma que podía herirme: el silencio, no tanto por respeto o timidez del que se arriesgaba, en cada momento, a declararse; el silencio, porque sólo así se declara. Entre el hombre y yo, se coagulaba un rechazo del lenguaje, se convertía en punto de partida y punto de llegada a la vez.

A decir verdad, cuando en el siglo XVII el caballero de Aranda, esclavo de Argel durante dos años—dijo a propósito de las argelinas de entonces: «Las mujeres no son nada escrupulosas delante de los esclavos cristianos, pues dicen que son ciegos», no se me oculta que, de ilusión idéntica, el efecto hubiera podido ser exactamente el inverso; ante la mirada o la palabra del hombre tabú, la mujer sin velo siente sin duda un placer avivado en mostrarse desnuda, vulnerable, conquistada... Eso es, «conquistada». Las mujeres que conoció Aranda aceptaban el amor de un extranjero «ciego», quizá, pero, en todo caso,

esclavo.

Yo vivía en una época en la que, desde hacía más de un siglo, el último de los hombres de la sociedad dominante se creía amo, frente a nosotras. Estaba despojado de cualquier posibilidad de lucir, a nuestros ojos, el hábito de seductor. Después de todo, Lucifer comparte con Eva el mismo reino.

Nunca el harén, es decir, lo prohibido, ya sea habitación o símbolo, puesto que impide el mestizaje de dos mundos opuestos, jugó mejor su papel de parapeto; como si los míos, diezmados y luego desarraigados, como si mis hermanos, y, por tanto, mis carceleros, se hubieran arriesgado a una pérdida de su identidad: extraño desamparo que hizo derivar hasta su figura sexual...

Esa imposibilidad de amor la refuerza la memoria de la conquista. Cuando de niña frecuentaba la escuela, las palabras francesas comenzaban apenas a atacar esa muralla. Heredé esa impermeabilidad; desde mi adolescencia experimenté una especie de afasia amorosa: las palabras escritas, las palabras aprendidas, se replegaban delante de mí, en cuanto trataba de expresar el más mínimo impulso del corazón.

Cuando un hombre de mi lengua materna podía, hablándome en francés, permitirse un acercamiento, las palabras devenían máscara que, en los preliminares del juego esbozado, el interlocutor se resignaba a ponerse. Era él, en suma, el que se cubría con el velo, para osar avanzar hacia mi persona.

Si yo deseaba, de pronto, y por capricho, disminuir la distancia entre el hombre y yo, no hacía falta demostrar mi afabilidad con ningún gesto. Bastaba con franquear el paso a la lengua materna: volver, por un detalle, al sonido de la infancia era pensar que, seguramente, la camaradería cómplice, quizá la amistad y, por qué no, el amor podía surgir, milagrosamente, entre nosotros, como riesgo natural del conocerse.

Si se trata de un amigo o de un enamorado de mi tierra, expulsado de una infancia idéntica, arropado con los mismos ruidos originales, ungido con el mismo calor de las abuelas, desollado con idéntica espina de la frustración de los primos, vecinos y enemigos íntimos, sumergido aún en el mismo jardín de prohibiciones, en la misma sepultura de letargo, sí, si se trata para mí de hermanos o de hermanos-amantes, puedo por fin hablar, compartir las litotes, entrecruzar alusiones de tonos y acentos, dejar que las curvaturas, los sonidos sibilantes de la pronunciación presagien los abrazos... Al fin, la voz refleja la voz y el cuerpo puede acercarse al cuerpo.

Voz

Abdelkader y los guerrilleros se pusieron a regañarme:

—¡Tu hermano Ahmed ha muerto como un mártir! ¡Bienaventurados si acabamos como él!

Se me llevaron. Me reuní con las otras chicas. Me propusieron:

—¡Quédate con nosotras aquí!

—No —respondí—. ¡Yo voy a donde vaya mi hermano!

Nos fuimos de allí. En Bu Harb encontramos a Nurredin. Ese jefe les dijo, señalándome:

—¡Que se ponga una *kachabia*! ¡Que no vaya así con los soldados!

Nos reunimos con Abdelkrim, un comisario político. Nos quedamos con él alrededor de tres meses. Luego, nos fuimos a Bu Atman, donde encontré a dos chicas; la compañía de los Hermanos iba y venía; las tres nos encargamos de la comida. Al final, me enviaron a mí, que era la más joven, al hospital de la guerrilla para servir.

Allí conocí a Ferhat, el médico.

—Vas a aprender a dar los primeros auxilios a un herido —me dijo.

Me quedé con él y sus enfermos; aprendí a poner inyecciones (aunque ahora ya no puedo, por culpa de mi salud: me tiemblan las manos).

Pasé la primera noche en la sala común. Por la mañana, un herido, con mucha fiebre, se despertó y me vio: llevaba entonces el pelo muy largo y me lo había dejado suelto por los hombros para peinarme. Entonces el que deliraba gritó:

—¡Mirad, una ogresa!

Y los otros venga a reírse... Me quedé, pues, con ellos. Varios enfermeros llegaron después. Yo lavaba a los enfermos y sus ropas; empezaba a poner inyecciones. Viví allí un año entero.

Al final, bruscamente, no tuve ganas de seguir. Mi hermano mayor vino solamente una vez a verme. Los demás se pusieron a decirme.

—¿Por qué te vas? ¡Nadie sabe cuidar a los enfermos tan bien como tú!

—¡No me quedo! —respondí— ¡Hace ya un año que no he visto a una mujer ni siquiera a un niño! ¡Sólo guerrilleros heridos! ¡Y mi hermano no me ha visitado más que una vez!

—¿Por eso? —me preguntaron.

—¡La única razón es Dios! ¡Es como si de pronto se me volviera desconocido este lugar!

Sin embargo, quería a los enfermos. Hasta pensaba: «¡Si mi madre me viera, qué orgullosa estaría! ¡Ya ves, soy la que lava a los heridos!». Una parte del hospital estaba construida bajo tierra; allí se ponía a los enfermos completamente inmovilizados; para los demás, se

preparaban lechos bajo el ramaje, en el bosque.

Vinieron de inspección los jefes, Sliman, *Si* Yel-lul de Cherchell, *Si* Mahmud (todos cayeron después como mártires). Me dijeron:

—¡Quédate! Haces bien el trabajo, aquí estás bien.

Y yo me empeñaba y seguía diciendo que no.

—¿Alguien te ha dicho algo? —me preguntaron. Ellos sobreentendían «te ha faltado al respeto».

—¡Nadie me ha dicho nada! —respondí— ¡Pero no me quedo! Mi corazón ya no está aquí.

—¿Adónde quieres ir?

—¡Adónde queráis mandarme, pero aquí no! ¡Ya no me gusta este sitio!

Me cambiaron de destino. ¡El día que me marchaba los enfermos y yo lloramos juntos!

Me llevaron al hospital de Mimun, donde curaba *Si* Ornar. Me costó tiempo acostumbrarme. Pues, bueno, van y me dicen, de pronto:

—¡Te vas a casar!

—¡No, yo no me caso! —replique—. ¡Como si queréis matarme, adelante, pero yo no me caso!

¡Ya pudieron insistir! El médico que me había enseñado todo, nos había defendido a mí y a Ornar:

—¡Son unos niños! ¡Dejadlos tranquilos!

A la postre, según dicen, ese médico abandonó la guerrilla por culpa de aquel incidente. ¡No hizo nada, no traicionó, pero prefirió entregarse prisionero!...

En aquella historia de matrimonio, pensaban darme a un «jefe». ¡A un jefe de Muzaia! Yo continué rechazando.

Entonces me dijeron:

—¡Si no es con ése, cásate con otro, con el que quieras! ¡Elige tú!

—¿Os creéis que he venido aquí para casarme? ¡No me casaré con nadie! ¡Todos estos hombres son mis hermanos!

Por fin me dejaron tranquila. Me quedé en ese hospital. Vino una mujer que había trabajado en la ciudad «en las conspiraciones». Llegó con su marido. Para ir con él, había dicho que sabía coser uniformes, aunque realmente no sabía... Pero nos quedamos juntas. Pasaba la noche con ella. Luego llegó otra, también casada.

Unos meses después, vinieron de Cherchell *Si* Yel-lul y sus lugartenientes. Dijeron de mí:

—¡Esta chica es de nuestra tierra! ¡No la dejaremos aquí!

¡La reintegramos a nuestro sector!

Se habían enterado de mí oposición al proyecto de matrimonio; no me dijeron nada, pero me llevaron hacia Bu Hil-lal, con guerrilleros de mi región. Permanecíamos en el puesto. Por la noche, los hombres se ponían a un lado, las mujeres, incluso las casadas con guerrilleros y

que no llevaban uniforme, al otro... Recuerdo que una de ellas, la mayor, me tomó cariño. Yo la llamaba *Yedda*.

Algunos meses después, un guerrillero nos traicionó. Al alba, los franceses nos rodearon. Yedda y yo nos habíamos levantado las primeras, para hacer las abluciones de la oración. Oí hablar francés muy cerca. Me asombré:

—¿Quién habla francés?

La vieja me dijo:

—¡Un guerrillero, seguro!

—No —respondí—, sabes muy bien que ahora está prohibido hablar francés.

Me di la vuelta para espiar, y entonces vi a los soldados de Francia.

Avisé inmediatamente a todo el mundo:

—¡Los soldados! ¡Los soldados!

Nada más empezar a correr y a gritar, comenzaron los disparos. Un niño (algunas de las esposas tenían niños) acababa de levantarse y de salir el primero, tropezando: una bala lo alcanzó en plena frente y lo tiró al suelo muerto delante de mí. ¡El pobre: del sueño a la muerte, de un paso! Yedda y yo nos pusimos a correr. Las otras mujeres, que no se vestían como soldados, renunciaron a huir.

El enemigo nos perseguía. Logré esconderme. No abandoné el escondite en toda la tarde ni en toda la noche. Pero aquella vez, el enemigo no se movió del sitio, incluso por la noche. Seguíamos estando cercados. ¡Terminaron por encontrarme, acurrucada entre las chumberas!

Cuando me sacaron, uno de Menacer les informó (yo no lo conocía, pero luego los demás me dijeron que tocaba en todas las bodas):

—¡Ésa es la hermana de los Amrun! ¡Un hermano suyo murió en combate y el otro sigue siendo guerrillero!

Me preguntaron si era cierto. Dije que sí.

—¿Dónde está tu hermano?

—¡No lo he visto!

Cómo iba vestida de guerrillera, un oficial les ordenó:

—¡Registradla! ¡Puede esconder un arma!

El francés dijo eso, pero el *gumier* que me vigilaba respondió:

—¡No, si esconde algo, peor para nosotros!... ¡Si quiere matar, que mate!

Otro *gumier* se acercó y me acusó:

—¡Te reconozco! ¡Estaba presente cuando tú, tu hermano y Arbuz matasteis a veintiocho personas! ¡Matáis a vuestros semejantes! ¡Por eso os abandoné y me entregué!

—¡Traidor entre los traidores! —le repliqué—. ¡Te atreves a

hablar así! ¡Eres tú el que traicionas, el que matas y degüellas a los tuyos! ¡Nosotros no nos matamos entre nosotros!... ¡Eres tú el que vendes a los tuyos, tú que te enrolas por el rancho y la sopa!

Furioso, apuntó su fusil hacia mí. Me amenazó:

—¡Te voy a matar!

—¡Mátame si eres hombre! —le dije—. ¡Pero no eres un hombre, eres un *gumier*! ¡Yo soy sólo una chica, venga, mátame! ¡Todavía no soy una mujer hecha y derecha, pero como si lo fuera! ¡Mátame, ya que te gusta matar!

Me hicieron pasar la noche allí mismo. Con anterioridad, los soldados habían decidido:

—Te vamos a atar.

—¡Ni hablar, no me va a tocar ninguno de vosotros! ¡Vigiladme entre varios si queréis! ¡Pero no me va a atar nadie!

Se quedaron varios de guardia. Por la mañana me trajeron café.

—¡Yo no bebo antes de haberme lavado la cara!

Me trajeron agua. Hice mis abluciones. Me volvieron a ofrecer el café.

—¡No bebo! —dije.

Quisieron darme galletas.

—¡Que no cómo!

Cogí las galletas y las puse en el suelo.

—¿Las has dejado ahí para tus hermanos? —bromeó uno de ellos.

—¡Mis hermanos no son como vosotros —repliqué yo—, que sólo os mueve el hambre!

—¿Quién os traía la comida?

—¡Nosotros!

—¿Quién os traía la ropa?

—¡Nosotros!

Luego me enseñaron esqueletos humanos: de algunos que habían «trabajado» para Francia.

—¿Quién los mató?

—¡Yo no he visto nada!

—Indícanos los caminos que tomabais desde aquí.

—¡Yo no sé nada, yo me quedaba aquí!

—¡Dinos cómo son! ¡Descríbenoslos!

—¡Soldados como vosotros! ¡Yo no miro las caras!

—¿Cómo es posible que tú, tan joven, hayas llegado hasta aquí y que hayas abandonado a tu padre y a tu madre?

—¡Los guerrilleros son mis hermanos y, además, hacen de padre y de madre!

Y luego, sin que me preguntaran más, añadí:

—¡No reconozco a Francia! ¡Me he criado según la palabra árabe!

¡Y los «Hermanos», ésos son mis hermanos!

Se me llevaron. Cerca de un *uad* un *gumier*, a escondidas, me dio una cartuchera. Pero apareció el oficial, y el otro recogió inmediatamente los cartuchos... Un poco más lejos, el que me había acusado e insultado se acercó y se puso otra vez a amenazarme: «¡Voy a matarla!». Yo lo provoqué de nuevo y le dije lo que pensaba de él, «que era un vendido por el rancho y la sopa».

Otro *gumier*, llamado Xerif, intervino y dijo al otro:

—¡Venga, déjala! Mira los franceses, casi no se atreven a hablarle, a pesar de su edad, y tú, que es tu compatriota, tratas de ponerla nerviosa.

Un tercero, vuelto hacia mí, propuso:

—¡Toma, coge el fusil y dispara tú también!

Naturalmente, sabía que se burlaba. Pero respondí:

—¿Te crees que no sé tirar? ¡Dame y verás!

La pelea continuó, pero nos llevaron a unos camiones. En Cherchell se pararon en un cuartel. Me metieron en un reducto con el suelo embaldosado. Me tumbé y me dormí. Vino más tarde un vigilante:

—¿Quieres lavarte?

Me llevó a una fuente y me dio jabón y una toalla. Me lavé y volví a la celda. Vinieron después a buscarme para el interrogatorio, que empezó al principio de la tarde. Duró horas y horas... Me contenté con responder a todas las preguntas:

—¡No os reconozco! ¡Yo no reconozco a Francia!

Trataron de sacarme por dónde iban las *katibas*, así como los nombres de los jefes. Yo respondía invariablemente:

—¡No sé nada!

Me llevaron de un despacho a otro. Después me preguntaron:

—¿La *katiba hamdaniya* (llamada así porque el jefe era Hamdan) se ha fraccionado, no?

Yo sabía que era cierto, pero los provocaba:

—¡No, sigue entera! ¡No hay más que verlo: el otro día, cuando nuestra escaramuza y que llenasteis el hospital con los vuestros, era ella! ¡La que va del *yébel* Chenua* a Bu Hilal!

Un oficial se puso nervioso y me dio dos veces en la cara. Luego, trajeron una metralleta.

—¡Confiesa, di lo que sepas o te disparamos!

—¡Disparad! —dije—. ¡Poco me importa! ¡Soy una chica, no soy una mujer hecha y derecha, pero detrás de mí hay hombres!... ¡Cada uno de ellos matará a cien de vosotros! ¡Matadme!

Trajeron una fusta. Me pegaron. Conectaron sus aparatos a la electricidad. Me torturaron.

—¡No os reconozco!

No tenía ningún miedo: ¡Dios convertía a esos franceses en sombras a mis ojos! ¡Y, de verdad, hubiera preferido estar muerta!

De pronto, uno me preguntó:

—¿Eres virgen?... Nos han dicho que fulano... (y dijo el nombre del jefe de Muzaia) te pidió en matrimonio.

Me di cuenta de que sabían la historia por el ex guerrillero convertido en *gumier*.

—¡No estoy casada! —respondí.

Terminaron llevándome otra vez a la celda. Me dieron una cama y una manta. Me trajeron un plato de comida, hasta con carne, pan y una cuchara. Nada más quedarme sola me puse a llorar a lágrima viva. «¿Cómo es posible —me decía con desesperación— que Dios haya querido que caiga en manos de los franceses?»

Un *gumier* entreabrió la puerta.

—¡Vamos, vamos, no llores! —me dijo—. No eres la primera chica que pillan. Al principio, cuando interrogan, es duro, pero luego terminarán poniéndote en libertad.

No quise responderle. Cerró otra vez la puerta. Me acerqué a la comida. Empecé por la carne: dos o tres bocados nada más, tenía tanta hambre, pero no me fiaba. Dejé el resto intacto. Por la mañana me trajeron café. Pedí lavarme primero: me sacaron al patio, hasta la fuente. Me lavé ante sus ojos: me rocié la cara, los brazos hasta los codos, los pies y las piernas hasta las rodillas: como para las abluciones. Me solté el pelo, que ya no tenía tan largo, me peiné y me arreglé el peinado. ¡Y todos ellos ahí, mirándome!

—¿Has terminado?

—¡He terminado!

En la celda tomé un sorbo de café, nada más. Aunque el hambre me atenazaba quería demostrarles, demostrar a Francia que estaba saciada.

—¿Has acabado de beber?

—¡Ya está, gracias a Dios!

Me montaron en un coche. Vino el oficial barrigudo que ayer me había abofeteado. Me habló en árabe:

—¿Sabes adónde vas ahora?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Conoces Guraya?

—¡No lo conozco!

—¡Vosotros, los árabes, sólo sabéis decir «no lo conozco»!

—Cuando uno va por un bosque —dije—, ¿por qué tiene que saber forzosamente el nombre de ese bosque?

Otro francés, oficial igualmente, medió:

—¡Es muy joven! ¡Es normal que no sepa!

Este último subió al coche, *así* como el chófer y un *gumier*.

Un todo terreno iba detrás. Por cada pueblo que pasábamos, el oficial, que creía de veras que yo no conocía los sitios, me precisaba los nombres árabes de los pueblos. En Guraya, Bérardi, el jefe de las SAS*, muy conocido en la región, salió y vino a saludar al oficial. Éste me murmuró:

—Es Bérardi.

Después de Guraya, llegamos al lugar llamado El bosque sagrado*. Yo sabía que allí se encontraba la prisión más grande de la región. Un oficial, un teniente llamado Coste, nos recibió. Me examinó sin hablarme y movió la cabeza:

—¡Metedla en una celda! —dijo—. ¡En una celda a pleno sol!

Cuando se fue, el oficial del coche pidió ocia celda para mí. Un guerrillero prisionero, seguramente pendiente de interrogatorio, consiguió poco después acercarse amé

—¡Hermana mía! ¿Dónde te han cogido?

Lo miré fijamente sin responder nada. Insistió con impaciencia «¿conoces a fulano y a mengano...?*. Dije que sí, pues se me pasó la desconfianza. Me llevaron al interrogatorio. Respondí igual que en Cherchell. Usaron otra vez la electricidad. Una vez, eso duró desde el amanecer hasta las dos de la tarde. Fue especialmente difícil de soportar.

Me confrontaron con el *gumier* que me había reconocido cuando mi arresto y me amenazaron. No me dejé intimidar:

—¡Metedme veinte años de cárcel, si queréis, no soy la perdedora! ¿Qué guerra ha durado veinte años? ¡La nuestra no va a durar tanto!— ¡Haced conmigo lo que queráis!

Al final me dejaron en la celda. La puerta estaba cerrada día y noche. Un día vino el teniente Coste. Me preguntó:

—¿Estás bien?

—¡No, no estoy bien! ¡Estoy que reviento de calor!— ¡Nosotros cuando tenemos a los vuestros prisioneros no los encerramos así, día y noche!... ¡No nos portamos tan injustamente como vosotros!

Entonces me permitieron tener la puerta abierta al patio. Podía salir un rato, si quería. Por la noche, volvían a cerrarme la puerta. Estuve así seis meses, o más.

Más adelante pude ir de allá para acá por los paños del campo. Cuando llegaban pasioneros nuevos, y comenzaba su interrogatorio, iba a reconfortarlos y les daba de beber. Esta situación no duró por culpa de un *gumier* de Constantina. Una noche, no sé cómo, abrió la puerta de mi celda y me llamó dos veces seguidas, muy bajito, desde la oscuridad. Salí y llamé a voces a la guardia.

Desapareció.

Por la mañana vino a pedirme perdón. «No te perdono»» dije, y protesté, le pusieron ocho días de calabozo por haber abierto mi

puerta así.

Al salir, volvió, pero para hacerme reproches. Avanzó por el patio ante mí con un perro. Yo no dije nada, iba a abrir las puertas de los hermanos detenidos, como hacía cuando les repartía agua o comida. El *gumier* me amenazó:

—¿Por qué fuiste a quejarle al teniente Coste? ¿Por quién te tomas?... ¡Y los *fel-lagha*, tus hermanos, qué son, ratas escondidas en agujeros!

Ante aquel insulto no pude contenerme:

—¡Vamos, acércate si quieres! ¡Ya que nos tratas de ratas, vamos a ver si somos ratas o leones!

La pelea se enconó. El teniente Coste llegó, con su asistente, el especialista de la electricidad en los interrogatorios, que hablaba árabe. Tradujo para el teniente. Yo les decía los insultos del *gumier*. El teniente le prohibió dirigirme la palabra.

Alrededor de dos o tres meses después, ese mismo *gumier* volvió a aparecer. Era por la mañana, yo servía el café a los detenidos que estaban siendo interrogados. Lo vi acercarse a mí; se lo hice ver a otro guardia. Este último, para prevenir cualquier incidente, me pidió que entrase en la celda. ¡No era yo la que tenía que ceder!

—¡Yo no entro! —decidí—. ¡Pase lo que pase! ¡Hoy será él o yol

—¡No tienes más que quedarte en tu agujero! —se rió burlón el *gumier*—. ¡Sin ver nada de la clemencia de Dios!

—¡Que no entro! —repetí.

Y me escapé hacia un segundo patio. Se puso a insultarme en voz alta, delante de todos:

—¡Los *fel-lagha* vivís en el bosque como las fieras y queréis comportaros aquí como salvajes!

—¿De dónde salís vosotros, los *gumiers*? —repliqué—. ¡Habéis vendido vuestra fe! ¡En lo que a mí me toca, la bandera en la que creo no ondea aquí» por encima de este lugar! ¡Está allá, en los bosques y en los monte»!

La pelea seguía delante de todos. Esto duró un rato. Al final, me hice con una cafetera bien grande y, cuando se acercó demasiado, le di con todas mis fuerzas en el hombro,

«—¡Maldita sea! “-gritó”. ¡Me ha roto el hombro!

1)e hecho, tenía en el bolsillo un cuchillo; me lo había pasado un prisionero, al principio de la pelea, y acababa de recoger una barra de hierro que estaba tirada cerca de una verja. Había pensado: «¡Si vuelve, le voy a dar con la barra y lo remato con el cuchillo!». ¡Estaba decidida a todo!... ¡Claro, en ese tiempo estaba rebosante de salud! ¡Francia estaba asombrada cuando me detuvo en el monte! Con sólo mirarme las muñecas se veía mi fuerza... ¡Por desgracia, si uno de los Hermanos de aquellos días me encontrara hoy, juraría que no soy la

misma!

Llegaron un sargento primero y otro. Me regañaron por haber pegado al *gumier*. Reconocí los hechos. Quisieron hacerme entrar en la celda.

—¡Que no entro!

—¡Tú entras!

Se pusieron entre los tres; resistí: daba en el suelo con las piernas, los brazos, la cabeza y todo el cuerpo. Pararon y me dejaron allí, tendida, en pleno ataque de nervios... Llegó el asistente del teniente Coste. Me habló con dulzura y me rogó:

—¡Vamos, vuelve a tu celda! ¡Va a venir el teniente Coste y con él vas a ver!

Volví a mi celda. Me condenaron al calabozo: tres días y tres noches, sin comer ni beber.

Después de esos tres días, cuando me trajeron de comer, decidí por mi cuenta no tocar la comida ¡y eso duró veinte días! ¡Como si sólo tuviera que esperar algo de ellos!... Los Hermanos detenidos me pasaban un poco de pan, alguna vez una manzana (que me duraba tres días); por un tragaluz pasaban un cable con trocitos de comida... Un soldado de Oran, que se había adherido a nosotros, abría a veces la puerta para deslizarme un pedazo de pan. ¡Lo esencial para mí, de cara a los franceses, era demostrarles que no tenía necesidad de ellos!

Al final, me dejaron tranquila y no volví a ver al *gumier*.

Mucho tiempo después, un grupo de la Cruz Roja vino al campo. Unos diez hombres, vestidos de paisano, entraron en mi celda y me saludaron respetuosamente. Pero el teniente Coste se metió por medio:

—¡No comprende el francés! —les dijo.

Se fueron. Pasaron dos meses. Vino una vez un oficial importante. Me dijo al entrar:

—¡De Gaulle me envía a cárceles como ésta!

Dos *gumiers* que lo acompañaban traducían:

—¿Qué has hecho para estar aquí? ¿Dónde te arrestaron? Dije que me detuvieron «en el monte».

—¿Qué hacías tú en el monte?

—¡Combatía!

—¿Y por qué?

—¡Por mi fe y mis ideas!

—¿Y ahora, claro, estás prisionera?

—Soy prisionera, ¿y qué?

—¿Qué has ganado?

—¡He ganado el bien de mis compatriotas y el bien para mí misma! ¿Me habéis detenido robando o matando? ¡No robaba! ¡Tengo la conciencia tranquila!

Se fue. Seguí en el campo, pero, gracias a aquel hombre, seguramente, pude ver a mis padres. Vinieron hasta allí desde el pueblo. Al verme, mi anciano padre lloró.

Seis meses antes del alto el fuego, pudieron conseguir que me trasladaran cerca de ellos. Acababan de perder a Abdelkader, mi hermano mayor...

Cuerpos enlazados

La voz de Xerifa enlaza los días de ayer. Traza el miedo, el desafío y la embriaguez en el espacio del olvido. Arranques de prisionera indócil en el campo abierto al sol.

¿La voz narra? Ni siquiera. Hace salir la rebelión antigua. La curva de las colinas quemadas tantas veces se despliega y el relato devana la galopada por las rojizas extensiones de esos montes empobrecidos, por los que hoy yo me desplazo.

Extraña hermana pequeña que a partir de ahora inscribo en lengua extranjera, o que cubro con un velo. La trama de su historia murmurada, mientras su cuerpo y su rostro vuelven a sumergirse en las sombras, se estira como una mariposa clavada, polvo de ala aplastada que mancha el dedo.

La narradora permanece sentada en el centro de una habitación oscura, llena de niños, de ojos brillantes, acuclillados: nos encontramos en el corazón de un naranjal del Tell*... La voz lanza sus redes lejos de tantos años franqueados, y la paz, súbitamente, como plomo. Vacila, prosigue, manantial perdido bajo los setos de cactos.

Las palabras se evaporan... Xerifa está casada ahora con un viejo taciturno, un obrero al que he visto salir un poco antes en un tractor; es el responsable del material en esta cooperativa agrícola. Ella cría a los cinco hijos del hombre.

Habla lentamente. Su voz quita el lastre de la memoria; se escapa en un vuelo el recuerdo hacia la chiquilla de aquel verano de 1956, el verano de la devastación... ¿Lo expulsan acaso sus palabras? Desafía a la suegra recelosa que merodea a nuestro alrededor, que trata de sorprender qué necesidad del relato, qué secreto, qué pecado, o, simplemente, qué huida se revela en la historia que se estremece.

Xerifa, envejecida, con la salud debilitada, está inmovilizada. Al dejar libre su voz para mí, se libera de nuevo; ¿de qué nostalgia se conmoverá su acento en breve?...

No me acerco como narradora ni como amanuense. Con la cadencia de la desposesión, desearía poder cantar.

Cuerpo desnudo —puesto que me despojo de los recuerdos de la niñez—, pretendo ser portadora de ofrendas, con las manos extendidas hacia quién, hacia los Señores de la guerra de ayer, o hacia las chiquillas vagabundas que pueblan el silencio que sucede a las batallas... Y qué ofrezco yo, sino nudos de corteza de memoria arañada, y qué busco, tal vez el foso donde se ahogan las palabras heridas...

¡Xerifa! Desearía recrear tu recorrido: en el campo, aislado, el árbol se yergue trágicamente delante de ti, temerosa de los chacales. Cruzas después los pueblos, entre guardias, camino del campo de prisioneros, que aumenta cada año... Tu voz ha caído en la trampa; mi hablar francés la disfraza sin vestirla. ¡Apenas rozo la sombra de tu paso!

Las palabras que he creído darte se envuelven con la misma sarga de luto que las de Bosquet y Saint-Arnaud. En realidad, se escriben a través de mi mano, puesto que yo consiento esta bastardía, el único mestizaje que la fe ancestral no condena: el de la lengua y no el de la sangre.

Palabras antorcha que iluminan a mis compañeras, a mis cómplices; y de ellas, definitivamente, me separan. Y bajo su peso, me expatrío.

SEGUNDO MOVIMIENTO

Trance

MI ABUELA materna erige en mí su recuerdo de jadeo sombrío, su impotencia de leona.

Cada dos o tres meses, más o menos, mi abuela solía convocar a las músicas de la ciudad: tres o cuatro ancianas venerables, una de las cuales estaba casi ciega. Venían vestidas con sus togas usadas y los encajes bajo el *haik* ajado, con los tambores envueltos en unos pañuelos.

Llevábamos rápidamente los *kanuns* llenos de brasas. Rostros escarlatas de mujeres en medio de los primeros humos... Las criadas y las chicas colocaban los braseros en el cuarto en penumbra de mi abuela; ésta se mantenía invisible desde el alba.

El perfume de incienso iba ascendiendo poco a poco; las músicas calentaban los pellejos de los tambores, mientras que la ciega, en un rincón de la cama alta, entonaba una letanía fúnebre.

Aquella trémula voz de la noche nos hacía acudir a mi primo y a mí, medio desconcertados e igualmente fascinados... Debía de estar en la primera infancia; aquel niño, algo mayor que yo, se revestía entonces de verdadero prestigio a mis ojos; revoltoso y descarado, provocaba a su madre que, presa de verdaderos ataques de nervios, perseguía al crío por las múltiples terrazas. La vuelvo a ver, corriendo como una desesperada para darle una paliza... Al niño, le habían puesto el mote de *mechnun*...

Aquellos extraños días se iniciaban con los cánticos litúrgicos de la pequeña orquesta; la relación entre aquel primo y yo se invertía entonces. Se aterrorizaba, se crispaba; se apretaba contra mí, la más pequeña, a la espera del espectáculo que temía. Yo, por el contrario, gozaba con intensidad de mi papel de testigo. Sentados uno al lado del otro, junto a una ventana, esperábamos.

Los dedos adornados de sortijas de las *xijats* comenzaban a tocar los tambores; la insidiosa letanía del coro ascendía en la habitación envuelta en humo, mientras las mujeres y los niños se apiñaban.

Mi abuela llegaba al fin, como una actriz de arte consumado. Erguida, con la cabeza cubierta por pañuelos multicolores formando un turbante, y el cuerpo aligerado bajo una túnica estrecha, se ponía a bailar lentamente. Todas nosotras, espectadoras, lo presentíamos: a pesar de las apariencias, aquello no era una fiesta que empezaba.

Durante una o dos horas, el huesudo cuerpo de la abuela se bamboleaba, en tanto sus cabellos se soltaban y su voz, por momentos, dejaba oír un ronco jadeo. El canto de la ciega terciaba para

aguijonearla, cuando el coro se interrumpía:

—¡Deja que salga la desgracia! ¡Que los dientes de la envidia y la codicia no te alcancen, mi señora!... ¡Saca a la luz tu fuerza y tus armas, reina mía!

La melopea de las otras reanudaba su antífona, en el cálido letargo. Las mujeres se apresuraban, de la habitación a las cocinas, para mantener el fuego de los *kanuns* y preparar el paroxismo final. Mi primo y yo, tensos por la espera, y por la música que se embalaba, presentíamos que estábamos asistiendo a un preámbulo solemne.

Por fin sobrevenía el ataque: mi abuela, inconsciente, sacudida por las convulsiones de su cuerpo que se balanceaba, entraba en trance. El ritmo se había precipitado hasta el frenesí. La ciega entonaba su canto como un solo continuado y lírico; ella sola mantenía con firmeza las riendas de la emoción colectiva. Las mujeres abandonaban los preparativos culinarios para acudir: una u otra de las tías, o de las primas, ayudaban a la abuela, sosteniendo por ambos lados su busto debilitado. La ciega dulcificaba el treno, lo hacía murmullo, estertor imperceptible, y, acercándose a la danzante, murmuraba, para terminar, fragmentos del Corán,

Un tambor acompasaba el ataque, y sobrevenían los gritos: del fondo del vientre, tal vez desde las piernas, ascendían, desgarraban el pecho hueco, salían al fin en manojos de espinas fuera de la garganta de la vieja. Casi la arrastraban, mientras que, transformando en ritmo sus lamentos casi animales, ya sólo bailaba la cabeza, con la melena suelta y los pañuelos de vivos colores desparramados por los hombros.

Los gritos salían a empujones al principio, se encabalgaban, sofocados a medias, y, luego, se exhalaban hinchados como volutas enmarañadas, como curvas trenzadas, como agujas. Obedeciendo al martilleo del tambor de la ciega, la anciana había dejado de luchar: todas las voces del pasado se precipitaban lejos de ella, expulsadas fuera de la prisión de sus días.

Media hora o una hora después, yacía en el fondo de su cama, como una masa apenas perceptible, mientras, entre olores de incienso, las músicas comían y platicaban. Su magia de sacerdotisas paganas había desaparecido para dar paso, en el día que, a mediodía, parecía apenas iniciarse, a la fealdad de los rostros exageradamente maquillados.

Durante el ataque, mi primo *mechnun* había estado agarrado a mis hombros, como buscando protección, mientras que yo no había quitado los ojos del cuerpo en trance de mi abuela —a la que todos los niños temíamos—. Imaginaba que penetraba, siguiendo a la danzante, en un reino de furias.

Percibía el misterio: la abuela solía ser la única mujer que no se

quejaba nunca; pronunciaba las fórmulas de sumisión con la boca pequeña y un desdén condescendiente; pues bien, por medio de aquella liturgia suntuosa o irrisoria, que desencadenaba regularmente, parecía protestar a su manera... Contra quién, me preguntaba yo, contra los demás o contra el destino. Pero cuando bailaba, volvía a ser la reina de la ciudad, indudablemente. En aquel antro de músicas y salvajismo, extraía, bajo la mirada de todos los reunidos, su fuerza cotidiana.

La voz y el cuerpo de la altiva matrona me hicieron entrever el manantial de todo dolor: semejante a un desgaste de signos que tratamos de descifrar el resto de nuestra vida.

Voz

¡La «revolución» empezó en mi tierra y terminó en mi tierra, como pueden testimoniar los aduares de estas montañas!

Al principio, los guerrilleros se comían mi hacienda. Hasta una pequeña pensión que recibía y que les daba. En cuanto al trigo, antes de que Francia nos quemara, lo entregábamos al molino y, luego, amasábamos la harina. Tenía dos hornos de pan. Aún existen hoy, porque están construidos de cemento. Mi alquería, después de que me la quemaran varias veces, se quedó sin tejado, las paredes todavía siguen en pie... ¡Cuando vivía allí, buena cantidad de ganado que tenía!

Al principio, no venían nada más que para comer... Luego *Si* Alí llegó y me dijo:

—Vamos a instalar el refugio en tu casa, tía (es sobrino de mi madre).

—¡No! —le respondí— ¡Mira el cabileño de la carretera, Mohand Umus, no hace ni quince días que hicisteis el refugio en su casa y le han quemado todo!

Pero añadió:

—¡Tía, no pienses así! No digas «tengo», «esto es mío», di mejor «¡no tengo nada!», confía en Dios y deja que corra el fuego y se lo coma todo si es preciso.

Así fue como instalaron el refugio en mi alquería... A partir de ese momento, ya no era yo la que les aseguraba la comida. La gente empezó a dar. Quizá tuvieran miedo; algunos, por lo menos; poco después, ¡daban tanto que comíamos todos y aún sobraba! Alguna vez llegamos hasta a tirar... Hacia el final, todo volvió a escasear. ¡Otra vez pasamos hambre y miseria!...

En cuanto al número de *muyahidin*, ¿podía contarlos una? No

podía. Hasta cuando entraban de a dos en una casa, ¡parecía que se llenaba el patio!... ¿Y una podía hablar? No podía. Solamente arremangarse, amasar, preparar el puchero, estar al tanto del guiso, y así todo el día; pues venían y se iban, en grupos pequeños... La vigilancia del refugio estaba organizada. Yo trabajaba con los pucheros todo el tiempo, servía la comida y, luego, me sentaba fuera y esperaba, como una voluntaria de la muerte... ¡Sí, a la puerta del huerto! ¡Tema un miedo! Estaba al acecho el tiempo que ellos comían. Supongamos que alguien hubiera subido y los hubiera pillado, ¡nos hubieran dejado a todos en el sitio!

Mi casa sirvió de refugio cinco años. Sí, cinco años, ¡hasta que la «revolución» terminó!...

Una vez me traicionaron; fue por un muchachillo que resultó ser de mi tribu, por parte del padre. ¡Era demasiado joven para saber! Debía de tener quince años. Su madre, una vecina, había ido al *yébel* Chenua, a casa de una hija casada allí. Me encargó:

—¡Cuida de él! Este chico es tan pequeño y tan cándido. Si anda demasiado por ahí lo cogerán en un control.

Bueno, pues se quedó escondido en mi casa, mientras faltó la madre. Un día salió para ir a regar el huerto. Su madre le había repetido: «¡Procura regar por la noche el huerto!» Pues bien, aquella noche no se había despertado; fue allí al levantarse, pero el sol ya estaba muy alto...

Lo detuvieron los soldados franceses. Me lo trajeron: yo no lo había reconocido al principio. Llevaba un pantalón europeo en vez de los bombachos de su padre. Le habían untado la cara con yo qué sé qué polvo. ¡Y llevaba un sombrero en la cabeza!... no pensé en él ni por un momento. Pero en cuanto se puso a hablar, le reconocí la voz. Les dijo:

—Esto es así... así...

Entonces, por primera vez, me quemaron la casa.

Cuando volvió la madre no me dio ningún apuro: le conté todo lo que había hecho su hijo. Me respondió sin sofocarse:

—¿Vamos, que si Francia lo había pillado, qué querías que hiciera? ¿Iba a dejarse matar?...

Mientras mi alquería era pasto de las llamas, un hombre cuya casa no se encontraba muy lejos, en la carretera se puso a gritar:

—¡Dios ha hecho muy bien!... A esa mujer le aconsejé, cuando los guerrilleros hicieron el refugio en su casa: «¡No aceptes!». Y me respondió: «¡Acepto ir hasta la muerte!». ¡No decía que iría hasta la muerte, vamos a verlo!

Ese mismo campesino, cuando alguien pasaba por delante de su

casa, lo acosaba a preguntas:

—¿No están dando de comer a los guerrilleros?

Su hijo vino a ver los destrozos: ¡me habían roto hasta los pucheros!... Los días siguientes me puse cabezota y decidí ir a encender el fuego entre las piedras y ¡vaya que si conseguí dar de comer a los guerrilleros! «¡Hasta el fin —me decía—, iré hasta el fin! ¡Lo demás está en manos de Dios!»

El vecino se pasaba el tiempo espiándome. Empezó a dar información: «¡Tal compañía ha venido a casa de Sahraui Zohra!... Tal *katiba*...»

¡Por desgracia somos analfabetos! ¡No dejamos historias escritas de lo que hemos aguantado y vivido!... Y ves a otros que se pasaron el tiempo escondidos en agujeros y que luego ¡contaron lo que contaron!

No nos dejaron nada: ni el ganado ni las reservas de los silos, nada. ¡Ni una cabra siquiera! Nada de nada...

A la gente que me había alquilado alguna parcela, los soldados iban y les preguntaban:

—¿Estas vacas son de Sahraui Zohra?... Aja, ¿esto es suyo?

Y lo quemaban, ¡hasta que nos quedásemos sin nada! Entonces, decidí: «¡Me bajo al pueblo!». Los Hermanos me dijeron:

—¡No te entregues!

—¡No voy a entregarme! —dije yo—. ¡Nada más me bajo al pueblo, pues aquí no me queda nada!

—¡No, quédate aquí!

Me fui al pueblo. Los guerrilleros bajaron para ponerse en contacto conmigo. Un guardia forestal me traicionó: los vio atravesar el bosque una vez, por allí. «¿Dónde irán?» Luego comprendió que venían a mi casa.

Una mañana, al amanecer, vinieron los guardias a mi casa y me ataron.

—¡Eres tú la que reniega de Francia! ¿Por quién te has tomado?... ¡En el monte, nos las querías hacer pasar negras, y aquí igual!

Me amenazaban, creyendo que me daban miedo. Ese día me dije:

«¡Esta vez, van a matarme!», y estaba tranquila. Gracias a la clemencia divina, entre ellos había uno que se llamaba Alí, un pariente político de mi madre. Exclamó:

—¡Cómo va a ser esta vieja la que ha quemado todas esas montañas! ¿Una vieja como ésta?... ¡O la soltáis o, si no, me vuelvo a echar al monte con los guerrilleros!

Sí, así fue como les habló: porque ese hombre había sido guerrillero y, luego, se había «entregado». La verdad es que, desde que trabajaba con Francia, tenía miedo de él. Cuando me veía por el pueblo, solía venir a mi casa: yo aceptaba lavarle la ropa y prepararle

la comida... ¿Acaso no era un pariente de mi madre?

¡Esa vez, cuando me detuvieron, no estuve mucho tiempo en prisión!

Mi casa se encontraba casi en la linde del bosque... Los Hermanos habían hecho que evacuaran esa cabaña, decidiendo: «¡Esta mujer se queda aquí!». El propietario vive todavía: no le pagamos el alquiler. Eso representaba su forma de participación.

He vivido en tantas viviendas, tantas y tantas. Al final, cuando salí de la prisión, preferí volver a mi alquería. ¡Cómo iba a suponer que, al volver otra vez al pueblo, tendría que estar en una tienda, como una nómada!

Al principio, tenía treinta y una vacas... ¡Al final no me quedaba ni una sola cabeza! ¡Los soldados se lo llevaron todo! Me quemaron la alquería tres veces. ¡Cuando volvían a subir y la encontraban otra vez en buen estado, ya sabían que entretanto los Hermanos me la habían reconstruido! Traían las tejas de los tejados de las alquerías de los colonos. Y otra vez los soldados franceses me la destruían. Y otra vez los Hermanos traían las tejas de los tejados de los franceses y techaban el refugio... Y Francia volvió. Decidimos entonces preparar la comida al aire libre, entre las paredes sin tejado o en el mismo bosque.

La tercera vez nos bajaron al pueblo y nos metieron en unas tiendas. Y el *uad* se desbordó. No nos dieron nada, ni mantas ni comida. Nos dejaron tal cual. Creyeron que nos moriríamos. Pero no nos morimos... Nos dispersamos por ahí, por donde pudimos, unos a casa de un hermano, otros de un primo. Yo me vine a Hayut, a casa de Yennet. Vine a su casa y le hice muchas recomendaciones:

—¡Ten cuidado, Yennet! ¡Si te preguntan si tu tía está en casa, no digas que sí! ¡Di que no está aquí!

Cuando oía un ruido, o cuando alguien le hablaba a la puerta, yo me escondía, me escurría debajo de un colchón como una serpiente... Luego, cuando se habían ido, preguntaba:

—¿Se han ido?

—¡Sí!

¡Tenía un miedo! Sabía que esa gente venía «por Dios y su Profeta», de buena fe, pero, a pesar de todo, si me veían, al irse hablarían. Dirían: «*L-la* Zohra de Bu Semmam está aquí! ¡Ha venido para que Hayut arda también!». ¡Tenía que esconderme!

¡Todo lo que he pasado, Dios mío, todo lo que he pasado!

Murmullos

Yennet está sentada en el umbral, sobre las baldosas o sobre una piel de cordero inmaculada.

Un rayo de sol sesgado ilumina el cuerpo amplio, sumergido bajo la toga de algodón de colores. Su melena negra recogida en una gruesa trenza que aureola su rostro de rasgos finos. Espera: cogieron a su marido en un control militar que detuvo el autocar en la carretera; el hombre desapareció hace un año; ¿dónde estará ahora, en qué cárcel, en qué campo, o en qué precipicio? Yennet piensa en los hijos, en las hijas que no ha tenido durante veinte años de matrimonio estéril...

En el fondo del cuarto, la anciana tía Aixa, que bajó del monte, se hunde en un rincón. Pero exhala su queja locuaz:

—¡Que no vengan, hija de mi hermana! ¡Que los vecinos que cotillean no sospechen esta vez, esos malditos, esos corazones de hielo, esos retoños de hienas despellejadas!

La voz se eleva, ronca o melodiosa, en estrofas regulares de maldiciones, rimadas como unos últimos haces. Tras un silencio, la oración ritual interviene... Yennet, sentada, no reza, aun cuando los lamentos de los almuédanos, como sosegados arabescos, llegan hasta ella.

Sigue estando al acecho por costumbre: un niño puede llamar a la puerta y habrá que detenerlo en el vestíbulo. A cada momento, las curiosas de las terrazas vecinas, mandan para pedir un huevo que les hace falta, una cucharada de pimentón, una taza de garbanzos o de azúcar molido.

Yennet sabe que saben, esas espías, esas celosas, esas chismosas. Seguramente dicen que la vieja ha venido para otra conspiración, como casamentera o hacedora de medicina mágica... Se imaginan que la soledad del lecho vacío taladra a la viuda de ayer, la estéril sin prole, la silenciosa de las ciudades...

Allá arriba, «Francia» alimenta el fuego del incendio todos los días. Dispersa a mujeres y niños por las carreteras y el barro. Las redadas se multiplican en los mercados de pueblo. Yennet piensa que su marido se pudre en una prisión: ¿vendrá algún mensajero, un pariente lejano o un mendigo de Dios trayendo una señal de buen agüero?...

Sentada en el umbral, Yennet espera, mientras en la penumbra, la andana Aixa exagera sus estertores.

Yennet coge la mano del almirez, colocado delante de los pies descalzos, junto a las babuchas abandonadas.

—¡Tener las manos ocupadas, oh Profeta de ojos dulces y tu muy amada L-la *Jadiya! ¡Tener los dedos ocupados para aflojar los dientes de la angustia!...*

Empiezan los ruidos regulares de la mano del almirez, que machaca dientes de ajo y yerbas frescas. A pesar del ritmo pesado, Yennet escucha la voz de la refugiada llena de espanto: «Desde hace tres días, palpita e intenta, la pobre, alejar de ella el aliento de la tormenta que le salpica», se

dice, y pone toda la fuerza de su torso en las muñecas, que hacen resonar el metal...

Se levanta lentamente, va y viene, sus manos, de súbito, demasiado activas; vuelve a sentarse. Vuelve a colocar el almirez entre los pies descalzos con los dedos teñidos de alheña carmesí. La tarde transcurre. La voz de la vieja acostada al fondo, cuerpo aplastado sobre el colchón de crin y bajo una sábana blanca («¡blanca como la mortaja!», ha gemido), la voz de la refugiada, antífona incoherente o monólogo de hechicera, prosigue.

Las luces del crepúsculo se apagan por encima de la terraza en la que hay un delicado jazmín. Yennet prosigue su trabajo de percusión: el ajo está majado, el coriandro m olido y el comino se ha convertido en polvo, pero Yennet, entre los olores de especias y yerbas que embalsaman el cuarto oscurecido, decide no cesar hasta que se interrumpa el delirio de la voz de penumbra...

Las vecinas pueden oír, corren peligro de que las curiosas de las terrazas puedan comprender; al niño mandado que levantará la aldaba de la puerta, le dará tiempo de franquear el vestíbulo, de llegar hasta allí y sorprenderlas; es preciso vigilar, espiar, hora tras hora y todos los días.

Que la fugitiva calme su espanto, recupere sus fuerzas y pueda, cubierta con el velo, protegida, volver a marcharse hacia el trance de la aventura...

El saqueo

En las reuniones de antaño, las matronas forman un círculo según un rito convenido. La edad, en primer lugar, tiene preferencia sobre la fortuna o el prestigio. Cada anciana penetra, la primera, en el vestíbulo que forma un ángulo y desemboca en el patio de azulejos; precede a su nuera, a la que llama «su novia», incluso diez años después de la boda (como si su hijo se hubiera contentado con casarse por poderes), después van las hijas viudas, divorciadas o vírgenes todavía...

Y llega el turno de sentarse; los divanes del centro están reservados para cada una de las señoras que encabezan las procesiones; solamente ellas hablan en alto, preguntan, felicitan, reparten bendiciones, mientras que se quitan el velo de lana inmaculada, y «sus novias», el *haik*, y todas las visitantes se acomodan en la espesura de murmullos.

La recién casada de cada familia debe exponer, durante dos o tres horas, el rostro, las joyas antiguas y las sedas bordadas: la suegra, sin dejar de participar en la conversación, no le quita ojo a su nuera para

constatar que provoca elogios y envidia.

Observo el protocolo desde el pasillo o desde un rincón del patio; nosotras, las niñas, podemos deambular sin, por ello, dejar de estar atentas a los estrépitos, a los silencios excavados por momentos en la algarabía colectiva.

Las mujeres jóvenes, casadas o viudas, se suelen acomodar en sillas, se quedan inmóviles y a disgusto. Me imagino que deben sufrir.

—Oye, ¿por qué no hablan? —pregunto alguna vez.

Apenas murmuran un gracias, un cumplido por el café o los dulces; apenas intercambian, con una voz imperceptible, algún saludo con sus vecinas. Las preguntas se formulan en términos convenidos, acompañados de gracias a Dios y a su Profeta. A veces, se cambia tan poco el orden de los cumplidos que, de un extremo al otro del cuarto, una visitante se contentará con un movimiento de labios dirigido a otra:

—¿Cómo está el señor de la casa? ¿Cómo va la prole? Y el *xeij*, ¡que Dios le conceda la peregrinación!

Y lo mismo en el otro sentido; saludos y bendiciones se entrecruzan en un intercambio casi mímico.

El hablar a voces de las más viejas, un destello alegre, una risa gruesa, a veces, o el esbozo de una obscenidad chungona, resuenan inopinadamente en este lugar abrumado de perfumes, por encima del griterío de los niños, que se impacientan en el umbral o sobre las alfombras. Las matronas, una vez distribuido el café, el té y los dulces, pueden divertirse. Bajo formas alusivas, refranes o parábolas, se entregan al comadreo sobre tal o cual familia ausente.

Luego, vuelta sobre una misma o, todo lo más, sobre el marido, evocado por un «él» demasiado presente —más que quejarse de una desgracia doméstica, de una pena demasiado conocida (una repudiación, una separación momentánea, una disputa por herencia), la que habla, evocando su propia suerte, concluirá resignándose invocando a Alá y los santos de la región—. Algunas veces, las hijas reemprenden, en comentarios murmurados pero prolijos, el tema autobiográfico de la madre. En rápidos trazos e imágenes incisivas, esbozarán la extensión de la desgracia: el hombre que dio una paliza, de vuelta a casa borracho, o, al contrario, víctima «él» de la ruina, de la enfermedad, arrastrando tras de sí el cortejo de llantos, deudas y miseria incontrolable... Así se desenvuelve el teatro de las mujeres de ciudad que, sentadas, hacen de testigos, mal que bien, de su propia vida.

En esas reuniones poco importa el espectáculo de los cuerpos y el folclore de los trajes: el percal y los *saruals* de las ancianas datan de principios de siglo, las rosas de oro temblorosas por encima de la

frente, los tatuajes *harkus* entre las cejas pintadas de las nueras inmóviles no han cambiado desde hace dos o tres generaciones...

Cada reunión acarrea su tejido de rebelión imposible a lo largo de las semanas y de los meses; cada habladora —la que habla demasiado alto o la que cuchichea demasiado deprisa— se libera. Nunca se utilizará el «yo» de la primera persona: la voz deposita, en fórmulas estereotipadas, su carga de rencor y de estertores que descardan la garganta. Cada mujer, desollada en su interior, se sosiega en la escucha colectiva.

Igual sucede con la alegría, con la felicidad que se trata de adivinar; la litote, el refrán, hasta los enigmas o la fábula transmitida, todas las puestas en escena verbales se desarrollan para desgranar su suerte, o conjurarla, pero nunca para ponerla al desnudo.

La Segunda Guerra Mundial terminó con una explosión nacionalista en mi país preservado, pero que había entregado un importante contingente de soldados muertos en el frente. Un encadenamiento de violencias marcó el mismo día del Armisticio.

En mi ciudad natal, se hablaba de una conspiración desbaratada por los pelos: robo de armas en el arsenal y explosión de una bomba en el hospital militar. Los autores de aquellos desórdenes fueron arrestados poco después.

En las vacaciones de verano siguientes, participé en una ceremonia poco habitual, que recordaba a los entierros. El sobrino de mi abuela, detenido entre los conspiradores, había sido condenado a trabajos forzados, como un bandolero.

Aflujo de velos blancos de las visitantes; la liturgia del luto ennoblecía la modesta casa, en la que vivía la hermana menor de mi abuela. ¿Era una muerte sin cadáver? Nosotros, racimos de niños desconcertados, estábamos parados en el vestíbulo: las matronas entraban, se acomodaban en los colchones y bamboleaban la cabeza para compartir el lamento de la madre que, la cabeza ceñida por una cinta blanca, se dejaba llevar, con convulsiones muy agudas, por su dolor.

Los que mirábamos, nos sentíamos fascinados por la extraña falta: la ausencia de cadáver alteraba la ceremonia. Del rito habitual, sólo se conservaban las palabras, la solidaridad y la sumisión femeninas, reafirmadas durante la salmodia de la madre... A la vuelta, oímos hablar fragmentariamente de «trabajos forzados» (condena inesperada de aquel hijo al que no se enterraba, pero que se lloraba), de una bomba y de un robo de armas: toda una novela evocada por las burguesas, a media voz, en un tono de conmiseración o de fatalidad.

Me asombró el veredicto formulado por mi abuela: no por el sobrino, al que se abstuvo de juzgar como héroe o salteador, ni por la

desgracia que caía sobre la familia de la que se tenía por portavoz. Sino que condenó a su hermana, porque en el transcurso de la reunión había mostrado su dolor con un excesivo énfasis. Lo esencial para la abuela era mantenerse a la altura del papel que la suerte o la desgracia impone a uno.

El sobrino fue indultado al año siguiente: no recuerdo que mi abuela se volviera atrás en el juicio con respecto a su hermana menor, que había desnudado con demasiado lirismo su pena.

En los lugares apenas cambiados hoy de la casa familiar, aquel juicio es el que encarna para mí el fantasma de la abuela muerta.

¿Cómo una mujer podría hablar alto, ni siquiera en árabe, sino a las puertas de la vejez? ¿Cómo decir «yo», pues eso sería desdeñar las fórmulas-pretexto que sujetan la trayectoria individual a la resignación colectiva?... ¿Cómo proponerse mirar su infancia, aunque se desenvuelva de forma diferente? La diferencia, a fuerza de callarla, desaparece. Hablar sólo de la conformidad, podría reprenderme mi abuela: la desgracia entra en juego, ingeniosa, con peligrosa volubilidad. Hablar sólo de su banalidad, por prudencia más que por pudor, y para conjurarla... En cuanto a la felicidad, demasiado corta siempre, pero densa y pulposa, concentrar tus fuerzas para, con los ojos cerrados y la voz dentro, gozarla...

Expoliación de mi cultura oral en peligro de naufragio: expulsada a los once o doce años de ese teatro de confesiones femeninas, ¿he sido acaso por ello preservada del silencio de la mortificación? Escribir los recuerdos más anodinos de infancia es remitirte, pues, al cuerpo despojado de voz. Intentar la autobiografía con las palabras francesas solas, es enseñar, bajo el lento escalpelo de la autopsia en vivo, únicamente la piel. Parece que su carne se descama en jirones de lenguaje de infancia que ya no se escribe. Las heridas se abren, las venas lloran, fluye la sangre propia y la de las demás, que nunca se ha secado.

Bajo los proyectores de las palabras voraces o deformantes, se despliega la noche ancestral. Se traga el cuerpo en su gracia efímera. Niega los gestos en su especificidad. No permite sino la subsistencia de los sonidos.

Hablar de sí misma al margen de la lengua de las abuelas, es quitarse el velo, cierto, pero no sólo para salir de la infancia, sino para exiliarse de ella definitivamente. Ese quitarse el velo, tan contingente, es, en verdad, como subraya mi árabe dialectal de lo cotidiano, «ponerse al desnudo».

Ahora bien, ese ponerse al desnudo, puesto de manifiesto en la lengua del antiguo conquistador, el que, durante más de un siglo,

pudo adueñarse de todo, salvo, precisamente, de los cuerpos femeninos, remite extrañamente al saqueo del siglo anterior.

El cuerpo, al margen del embalsamamiento de los lamentos rituales, se encuentra como un adefesio vestido de harapos. Vuelven como un eco los clamores de los antepasados desarzonados en olvidados combates; y los acompañan los himnos de las plañideras y el canto fúnebre de las espectadoras de la muerte.

Voz

Mis hijos subieron a la guerrilla los cuatro. El día que detuvieron a siete guerrilleros de una vez, dos de mis hijos estaban ahí. Los encadenaron juntos. Uno de aquí, un jefe de *gumiers* dijo:

—Toda esta conspiración la ha organizado vuestra madre... ¡Ahmed!

Mi hijo no confesó nada. Los otros hermanos le habían enviado un mensaje desde allá arriba: «¡Si nos enteramos de que sueltas una palabra, vendremos nosotros mismos a matarte!».

Me dejaron a este último; se quedó conmigo... Para poder ver a los otros, ¡no tenía que viajar ni nada! Durante mucho tiempo estuve sin noticias de uno, de Malek. Pensaba: «¡Debe de estar muerto!». Un pariente de la ciudad vino a verme:

—¿Tienes noticias de tus hijos? —me preguntó.

—De todos menos de Malek —suspiré—, ¡seguro que está muerto!

Le pasó como la sombra de una sonrisa por la cara, pero no decía nada.

—¿Sabes algo quizá? —dije—. Como te veo sonreír.

Entonces, se agachó para besarme en la cabeza:

—Está en la ciudad, en casa de Kaddur, pero no digas nada —murmuró cuando se iba.

Malek había pasado mucho tiempo en la guerrilla. Era sastre. Me había cogido la máquina de coser Singer y trabajaba para los Hermanos... Al principio era yo la que cosía los uniformes. ¡Pero como había que ocuparse también de los pucheros, no podía hacerlo todo! Entonces Malek se había llevado la máquina al monte... En aquel tiempo la alquería aún me daba algo. Pude comprar otra. Pero los soldados de Francia me la hicieron pedazos después.

¡Qué orgullosa estaba con los uniformes que cosía! ¡Sin presumir, los míos eran los mejor cortados! Si desdoblabas uno y lo colgabas: ¡te creías que estaba comprado en la tienda!

Todo el mundo habla todavía del avión que derribaron los guerrilleros. Encontraron una pieza del avión en mi casa y la gente supo que esta hazaña era de *El de Kolea*. Es el apodo que le pusieron en la región a mi hijo mayor.

Mucho antes de la guerra, le gustaba la música, la pólvora y las bodas. Cuando la gente iba a la fiesta de *Sidi* Mhamed Ben Yusef, el morabito, le decían:

—¡Vente con nosotros a la fiesta, con pólvora y música, para recibir al prefecto y al subprefecto!

—¡A mí no me gustan esas fiestas! —respondía—. Iré a distraerme a Kolea*, allí no me conocen, ¡me divertiré de otra manera muy diferente!

Por eso le llamaban *El amigo de Kolea*, ¡aunque se llama Sahraui como yo! Ahora vive en Hayut. ¡Tiene el vientre deformado y eso me da mucha pena! En un enfrentamiento, luchó cuerpo a cuerpo, ¡una pelea con arma blanca! ¡Se le salieron los intestinos por el vientre medio abierto! Un campesino le dio el turbante para que se atara el vientre y sujetarlo todo, como pudiera. Dos días después, un médico de la guerrilla lo examinó y le cosió el abdomen. ¡No se murió, es verdad, pero ahí está, inválido!

Sigue siendo tan vanidoso como antes de la guerra.

¡Y tan cabezón! Además, desde niño tiene una mala costumbre: no tiene miedo, no sabe tener miedo. ¡Y ahí está ahora, con su vientre todo deforme, él que era un hombre tan guapo! ¡Hasta cuándo lleva una chaqueta bonita, y yo sé lo coqueto que es, la gente se debe de preguntar qué es lo que lleva en la cadera!...

La segunda vez que me quemaron la vivienda, el fuego crecía, el fuego «comía» y el tejado se hacía pedazos... Yo me metí en el fuego pensando: «¡Aunque sólo salve un colchón para dormir encima, algo es algo!».

Saqué un colchón; el fuego lo mordía por un extremo. Lo sumergí en el agua del *uad*; apagué el fuego. Los soldados me dijeron, para burlarse:

—¿Lo guardas para los *fel-lagha*?

Volvieron otra vez a incendiar. Nos quitaron toda la ropa que llevábamos puesta... Mi hermana, que Dios la tenga en su gloria, más vieja que yo, murió de esa pena. ¡Nos quitaron las ropas y nos dejaron tal cual, como nuestra madre nos trajo al mundo!... Le hice llegar un mensaje a una pariente del pueblo. Nos mandó ropa. Otra vez volvieron y nos dejaron sin nada... ¿Qué sufrimientos contar y cuáles echar al olvido?...

A la niña que había adoptado le repetía:

—¡Cuando te pregunten, ponte a llorar enseguida! Si te dicen: «¿quién viene a casa de tu madre? ¿qué hace?», ponte a llorar enseguida... ¡Si dices una palabra te interrogan más! ¡Llora, no hagas nada más!

Así hacía. Lloraba, se revolcaba en la arena y se escapaba sin parar de llorar. Cuando llegaba a mi casa, me preocupaba:

—¿Te han pegado?

—No —decía—, me han interrogado y he llorado, han querido darme dinero. ¡He dicho que no y me he escapado!

Ellos creían que sabía lo que era el dinero. Dinero en billetes no veía nunca: claro, que era pequeña, pero, sobre todo, porque vivía en el monte. ¿En el monte, quién ve un billete?

Cuando vine al pueblo, la metí en la escuela; pero eso duró tan poco...

En el pueblo, un muchacho nos «vendió». Fue a decirles:

—La madre de los *muyahtdin* se ha ido a Izzar. La tía Zohra de Ben Semmam se ha ido allí.

Estaba durmiendo cuando vinieron a llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—¡El oficial te requiere: quiere decirte dos palabras!

Decidí ir. Mi hijita y mi hermana (esto fue antes de su muerte) se pusieron a seguirme; iban llorando.

—¡No lloréis! —les ordené—. ¡No lloréis por mí! ¡Os prohíbo que lloréis por mí!

El muchacho les había informado de todo. Que me había reunido con los Hermanos, lo que habían comido, cuántos eran. Los Hermanos me habían preguntado: «¿Estás al corriente de los últimos movimientos de los franceses?». Yo les había respondido: «En este momento no sé, pero mandadme a alguien mañana al amanecer. Os daré noticias». ¡Todo eso había ido a decirles el muchacho!...

Al regresar de donde los Hermanos, me había informado en el pueblo; me había enterado de que los franceses iban a subir allí. Había transmitido la información... ¡Y ahora estaba delante del oficial francés!

Allí conocí a una tal Jadiya. Era una mujer rica: mucho antes de la guerra tenía bastante, ¡luego se puso a comprar y a comprar! Dirigía, que Dios nos aleje del mal, una casa, la «mala», una casa de trato... A pesar de eso, había ido en peregrinación a La Meca. Después, había pensado: «Voy a dar algo a los *muyahidin*. ¡A lo mejor así Dios me perdona!». ¡Les había dado trescientas monedas de oro!... Después de eso, alguien la «vendió»: un hombre que, según parece, entregaba medicinas a los Hermanos.

Conocí, pues, a esa mujer en la antesala.

—¿Qué te ha traído aquí, Jadiya?

—¡Lo mismo que a ti! —contestó—. Sobre ti ha obrado la traición, también sobre mí. ¡Dios ha querido que nos conociéramos en este lugar y en estas circunstancias!

Esa vez me interrogaron con la electricidad hasta... ¡hasta creer que me moría! Había dicho: «¡No quiero que nadie llore por mí!». Si hubiera sabido que me iban a interrogar con la electricidad, no habría ido, ¡costara lo que costase! Mejor morir en el sitio.

Volví otra vez al monte con mi hija. Íbamos a llevarles la sémola a los Hermanos. Buscábamos en el bosque dónde almacenarla. Era preciso, también, encontrar en dónde amasarla y prepararla. Una vez, cuando volvíamos, vimos a los soldados de lejos.

Huimos hacia el *uad*. Nos metimos en una *guelta* poco profunda. La casa estaba ardiendo. Desde aquel fogón salían despedidas brasas enormes, así como pedazos de vigas ardiendo... Nos escondíamos, pero esos proyectiles de fuego nos caían encima. Me cayeron en la cabeza.

A la chiquilla, como era menuda, el agua de la *guelta* la cubría entera. A mí, sólo a medias. El fuego me prendió el pelo. Y la pequeña, que lloraba de terror:

—¡Madre, el fuego se te come! ¡El fuego se te come!

Así fue como perdí todo el pelo. Me sumergí en el agua. Pero me seguían cayendo brasas encima. No podíamos abandonar el lugar. Desde entonces tengo estas cicatrices en la frente y el cuello...

Todo un día entero estuvimos escondidas en la charca. ¡Ella y yo solas! Los Hermanos habían huido al bosque. Los soldados empezaron a irse. Escuchaba el martilleo de sus pasos. Llegaron a la «calzada romana» y se montaron en los camiones; caía la tarde... Se hizo el silencio durante un rato.

—Fatiha, eres muy chiquitita —dije—. De lejos te tomarán por un pollito o una cabrita... ¡Trepa hasta la colina y mira!

Es lo que hizo, y volvió para decirme:

—Se han montado en los camiones que se alejan. ¡Sal!

Salí. Éramos libres. Nos pusimos a andar. ¡Adónde ir ahora, si era de noche! Caminamos y caminamos. Encontramos un *uali*. Pasamos allí la noche, afuera, cerca de la tumba del santo. Nos dio vergüenza ir a llamar a casa de la gente. Nos quedamos allí hasta el amanecer. Sólo entonces, llamamos a la puerta de la señora, la hija de *Sid* Ahmed Tahar.

—¿Dónde estabas, madrecita?

—Acabamos de llegar —respondí.

No quise decir que habíamos pasado la noche fuera. Temía que se burlara de nosotras... ¡Porque sí que se ríen! ¡Sí que se ríen los que nunca les pasa nada!

No quise contar lo del incendio. A lo mejor, hasta se alegran los

que no conocen la desgracia. Le volví a decir:

—¡Estábamos perdidas por el bosque!... ¡Acabamos de llegar a tu puerta!

Tengo que reconocer que nos acogió con miramientos. Nos hizo pan. Comimos y bebimos lo necesario. Luego, nos fuimos. No nos quedamos a pasar allí la noche. Ella no nos dijo nada y nosotras no nos quedamos. ¡A la gente no le gusta dar cobijo a los que, como nosotras, traen detrás a Francia!

Nos fuimos. Estuvimos yendo de acá para allá...

Después de todas aquellas desgracias, lo que conseguí fue que me tratasen de «loca». La gente se puso a considerarme así, a decir que estaba «loca». En realidad, tenían miedo.

—¡Ahí viene la loca, cierra la puerta!

Es verdad que después de que se me quemara el pelo debí de estar enferma varios meses... Mis hijos me atendieron. Hicieron gestiones. Me curaron. Iba mejor. Debí tener un trauma en la cabeza; incluso ahora tengo pérdidas de memoria...

Los Hermanos también se preocuparon por mí. Gracias a ellos, estoy curada. Pero la gente continuaba cerrando las puertas a la «loca». Tenían miedo: ésa era la verdad; sobre todo, los del pueblo. Decían:

—¿Qué vienen esos a hacer aquí? ¡Nos traen la desgracia!

Volví a ir a casa de Yennet, a Hayut. No tenía nada que ponerme. Buscaba un pantalón bombacho para soltar la cintura y taparme la cabeza, utilizarlo como velo; pero no encontré. ¿Quién me habría dado un velo?

Decidí, pues, ir a casa de Yennet. Había que coger el autocar. Llevé un serón de verduras y... Cuando Dios quiere ayudarte... Había un hombre que quería comprar cebollas. Fui a su encuentro, le proporcioné lo que quería ¡y así pude coger el autocar! ¡Llegué a casa de Yennet sin velo ni albornoz!...

Cuerpos enlazados

L-la Zohra, de Bu Semmam, tiene más de ochenta años. Franqueo el umbral de su vivienda actual, a la salida del pueblo de Menacer. Emprendo el camino por la senda que atraviesa el huerto, que cuida ella misma, bajo un nogal y un albaricoquero que me hará admirar.

Segunda puerta, ruido leve de la aldaba que hace detenerse la nana de la máquina de coser. Las habitaciones encaladas dan a un modesto patio, desde allí se ven las laderas de las montañas y el pico

Marceau, con sus torreras abandonadas.

Una mujer joven, la costurera, sale la primera; después llega la anciana anfitriona. Nos abrazamos, nos tocamos y nos admiramos. Me siento. Recuerdo la muerte de la abuela, acaecida inmediatamente después de la independencia. Desde entonces no había vuelto a ver a *L-la* Zohra.

—Éramos primas, tu abuela y yo —dice—. Te soy más cercana por parte de tu padre que de tu madre; ¡somos de la misma *fracción*, de la misma tribu!, pero a ella me ligaba otra alianza, ¡la de las mujeres!

Escucho devanarse el ovillo de la genealogía: de tal montaña a tal colina, pasando por la zagüía, por la aldea y, luego, abrazando el corazón de la ciudad. Bebo el café. Termino diciendo:

—¡He venido para quedarme una noche! ¡Tenemos tiempo!...

Su voz excava en las brasas del ayer. Al fondo del patio, mientras las montañas cambian de matices a lo largo de la urde, la máquina de coser reanuda su cantinela. La costurera, hija adoptiva de la narradora, no escucha; no quiere sepultarse. Más tarde, me preguntará qué hay que hacer para trabajar en la ciudad vecina, en correos o en un parvulario...

Acepté, madrecita, llevarte hasta la alquería, en plena montaña. Tras dos horas de marcha por senderos espinosos, encontramos el santuario, que llamas «el refugio» tomando prestada la palabra francesa apenas deformada: unas paredes en pie se yerguen aún entre los escombros. El zócalo ennegrecido está manchado por las señales de fogatas apagadas, las que prenden los vagabundos de hoy en día.

Allí, tu voz prosiguió el relato. El sol estaba alto. Te sentaste con el velo bajado hasta la cintura, entre las aulagas y las yerbas de primavera. Fotografié tu rostro, finamente arrugado pero austero —una ensoñación replegando ligeramente los rasgos—, entre las amapolas... El sol fue bajando poco a poco. Regresamos con el silencio de la noche.

Contar a mi vez. Transmitir lo que se dijo y, luego, se escribió. Palabras de hace más de un siglo, como las que nos decimos hoy, nosotras, mujeres de la misma tribu.

Fragmentos de sonidos que resuenan en este alto para el sosiego...

Laghouat*, verano de 1853. El pintor Eugéne Fromentin* pasó una temporada, el otoño y la primavera anteriores, en un Sahel adormecido, parecido al nuestro de hoy, madrecita.

Empieza el verano. Cediendo a un impulso, se precipita hacia el sur. Seis meses antes, Laghouat vivió un terrible asedio. Oasis tomado, casa por casa, por los franceses. Los montones de cadáveres se

adivinan aun cuando Fromentin escucha (como yo te escucho a ti estos días) a un amigo contar.

«Mire... —me dice el teniente, deteniéndose delante de una casa de apariencia pobre—. Ahí tiene una casucha que me gustaría ver derruida.

Y mientras caminábamos, me contó la siguiente historia, en breves palabras impregnadas de una triste vuelta a los azares crueles de la guerra.

«En esta casa que, tras la toma de la ciudad cambió de dueño, vivían dos *naylettes* muy bonitas...»[15].

Fátima y Meriem, las *naylettes*, viven de bailarinas prostitutas en el oasis. Tienen veinte años, todo lo más. Quince años antes, el Emir Abdelkader atacó El Mahdi'—, cercano a Laghouat, para tratar de someter a los señores del sur y unificar la resistencia contra el cristiano... ¿Perdieron en aquella guerra civil a su padre, a alguno de sus hermanos? Supongámoslo; cuando conocemos a estas dos mujeres en este brusco viraje hacia el pasado, sacan provecho de su belleza en flor...

Si hubieran vivido hasta los cuarenta años, madrecita, quizá se habrían convertido en unas Jadiya, como la que tú acompañaste en la antesala de las torturas: pecadoras con fortuna tratando de ir en peregrinación «¡para conseguir el perdón y dar oro a los guerrilleros!».

Unos meses, o algunas semanas antes del sitio de Laghouat, Fátima y Meriem reciben en secreto a dos oficiales de una columna francesa que patrulla por aquellos parajes: no para traicionar, simplemente para pasar tina noche de amor, «¡que Dios nos aleje del pecado!».

—Después de los combates callejeros de los días 4 y 5 de diciembre, ¡los cadáveres eran tan numerosos que los pozos del oasis se llenaron! —expliqué.

—¿Y Fátima y Meriem? —interrumpe *L-la* Zohra, que se sorprende siguiendo esta historia como una leyenda de aedo.

—¿Dónde has oído contar eso? —insiste con impaciencia.

—¡Lo he leído! —repliqué—. Un testigo se lo cuenta a un amigo, que lo escribió.

El teniente, uno de los que habían recibido las *naylettes*, forma parte de la primera compañía de ataque. Combate durante todo el día. En un momento de calma —«se luchaba hasta en el corazón de la ciudad», precisa—, reconociendo de pronto algunos lugares, se dirige, con su sargento, hacia la morada de las bailarinas.

Un soldado sale de allí: la bayoneta enrojecida por la sangre que escurre por el cañón. Dos cómplices, con las manos llenas de las alhajas de las mujeres, le siguen y salen corriendo.

«¡Demasiado tarde!», pensó el teniente, que entra en la casa en otro tiempo amiga.

Es el crepúsculo.

«Fátima estaba muerta, Meriem expiraba. Una sobre el enlosado del patio; la otra al pie de la escalera por la que había rodado de cabeza»: el testigo habla, el pintor escribe.

Dos cuerpos de bailarinas jóvenes, casi desnudas hasta la cintura, con las caderas visibles a través de la tela desgarrada, sin tocado, ni diadema, ni pendientes, ni ajorcas, ni collar de coral y monedas de oro, ni broches de abalorios... En el patio, el hogar sigue encendido; una fuente de cuzcuz acaba de ser servida. El huso del telar, cargado de lana, está en su sitio, inmutable; únicamente el cofre de madera de olivo, porque lo han vaciado, está volcado de lado, con las bisagras arrancadas.

«Meriem, cuando expiraba en mis brazos, dejó caer de la mano un botón arrancado del uniforme de su asesino», suspira el teniente, que llegó demasiado tarde.

Seis meses después, el oficial entrega aquel trofeo a Fromentin que lo guarda. Fromentin no dibujará nunca el cuadro de la muerte de las bailarinas. ¿Es ese objeto palpado, acaso, el que transforma al pintor de cacerías argelinas en escritor del duelo?... Como si la mano de Fromentin hubiera precedido a su pincel, como si la transmisión se hubiera coagulado en las palabras solas...

La mano de Meriem agonizante tiende aún el botón del uniforme: al amante, al amigo del amante que sólo puede escribir. Y el tiempo se aniquila. Traduzco el relato a la lengua materna y te lo ofrezco, yo, tu sobrina. Así, a tu lado, madrecita, me ensayo como efímera recitadora, sentada delante de tu huerto.

Esas noches de Menacer, dormí en tu cama, como antaño cuando era niña y me acurrucaba contra la madre de mi padre.

TERCER MOVIMIENTO

La endecha de Abraham

CADA reunión, para un entierro, para una boda, está sometida a leyes implacables: respetar rigurosamente la separación por sexos, cuidar de que tal allegado no te vea, que ese otro primo, confundido con la concurrencia masculina agrupada fuera, no corra el peligro de reconocerte cuando, velo entre los velos, sales o entras, perdida en medio del jaleo de invitadas enmascaradas.

La propia iniciación religiosa no puede ser más que sonora, nunca visual: nada de oficios en que la disposición de las personas, el código de los vestidos y de las posturas, y el desarrollo jerárquico del rito hieran la sensibilidad de la niña. La emoción, cuando brota, sólo la provocan la música y la voz corroída de las devotas invocando a la divinidad. En la mezquita, en el rincón reservado a las mujeres, sólo se acuclillan las viejas, que ya no tienen voz.

En la transmisión islámica, una erosión hizo actuar su ácido: entrar por sumisión, y no por amor, parece que decide la Tradición. El amor que podría iluminar la más sencilla puesta en escena se muestra peligroso.

Queda la música. Escucho el canto de las devotas cuando, niños de vacaciones, acompañábamos a nuestros padres, los viernes, a la tumba del santo protector de la ciudad.

En la penumbra de la rústica construcción de paredes de adobe y suelo tapizado de esteras, decenas de desconocidas, llegadas de las aldeas y alquerías cercanas, se lamentan y salmodian en aquel lugar abrumado de olores. Por sus miasmas de transpiración y sudor, la atmósfera me recuerda la antesala de un *hammam* donde el rumor lejano de las fuentes sería reemplazado por el murmullo de las voces lastimeras.

Pero, en ese umbral de emociones estentóreas, no me siento embargada de exaltación mística; de aquellas recriminaciones de las fieles tapadas con el velo (apenas abren una rendija en la sábana que les cubre el rostro tumefacto), yo sería la acritud de las quejas, el aire de víctima de las cantoras... Las compadezco, o las encuentro extrañas o aterradoras. Las burguesas que están a mi alrededor, y que se han arreglado para esa visita, no se dejan llevar de ese modo. Mi madre y las primas de mi madre se acercan; algunas fórmulas coránicas pronunciadas apresuradamente sobre el catafalco del santo, un beso en un gesto esbozado con la mano, y salen: nuestro grupo permanece al margen de la religiosidad popular exacerbada.

Descendemos por un sendero hasta una cala resguardada, en donde las mujeres pueden tomar baños de mar al abrigo de las miradas.

«Ir al morabito» es ir de visita al santo que consuela con su presencia mortuoria. Para mis padres, el muerto parece compasivo e, incluso, benéfico, porque tuvo la delicadeza, hace dos o tres siglos, de venir a morir cerca de la playa. Ahora bien, ese pretexto de peregrinación no podía engañar a mi tío, que veía su autoridad ensancharse en verano a toda la parentela. Quería fingir que ignoraba que nos dedicábamos a los placeres profanos de los baños de mar más que a las devociones proclamadas.

Mi primera emoción religiosa se remonta a mucho antes: en el pueblo, tres o cuatro años seguidos, el día de «la fiesta del carnero» empieza con la «endecha de Abraham».

Amaneceres frioleros de invierno, en los que mi madre, levantada más temprano que de costumbre, enchufaba la radio. El programa árabe incluía, invariablemente, en honor de la fiesta, el mismo disco: un célebre tenor cantaba una melopea en la que en unas cuantas coplas ponía en escena a Abraham y su hijo.

Aquella audición, cuya regularidad anual acompasó mi infancia, modeló en mí, creo, una sensibilidad islámica.

En la penumbra de la aurora, me despierto con la ternura de la voz del cantante, un tenor que Saint-Saéns*, que pasaba sus últimos días en Argel, había alentado cuando daba sus primeros pasos como almuédano. El artista, en el desarrollo de las coplas, interpretaba a todos los personajes: Abraham, que, en un sueño que laceraba sus noches, veía al ángel Gabriel exigiéndole, en nombre de Dios, el sacrificio de su hijo; la esposa de Abraham, que ignoraba que su hijo, vestido con su chilaba de fiesta, era conducido a la muerte; el propio Isaac, que avanza por la montaña con inocencia, pero asombrado de que el cuervo en la rama le hable de la muerte...

Pendiente del drama bíblico que empezaba, no sé por qué ese canto me sumergía en una emoción tan intensa: la progresión de la historia de final milagroso, cada personaje, cuya palabra restituía la presencia inmediata, el peso de la fatalidad y de su horror que pesaba sobre Abraham, forzado a disimular su pena... Tanto como la tristeza del timbre (entre las sábanas, mi cuerpo se acurrucaba aún más) y la textura del canto, me transportaban sus matices: términos extraños, púdicos, palpitantes de imágenes del dialecto árabe. Aquella lengua que el tenor sabía hacer sencilla, se estremecía de primitiva gravedad.

La mujer de Abraham, Sara, intervenía en la copla igual que cuando mi madre nos describía sus alegrías o sus temores y sus presentimientos. Abraham podía haber sido mi padre, él que no

hablaba nunca para revelar sus emociones pero que, me parecía, hubiera podido... La emoción me embargaba también ante la sumisión del hijo: su veneración, su delicadeza bajo el peso de la pena, y aquella misma perfección me sumía en otra edad más ingenua y más grande a la par:

Pues si tenías que matarme, oh padre,
¿por qué no me lo dijiste?
¡hubiera podido abrazar a mi madre hasta saciarme!...
¡Ten cuidado, al inclinarte para sacrificarme, no manches con mi sangre el faldón de tu túnica! ¡Mi madre, cuando regreses, correría el riesgo de comprender demasiado rápido!

Me gustaba la frescura del canto de Isaac, que desplegaba en lentas estrofas la dramaturgia de la historia. Latido de aquella música...

Por la misma época, la narración de una tía que recitaba, con múltiples variantes, una biografía del Profeta, me volvía a aproximar a aquella emoción...

El Profeta, al principio de sus visiones, volvía de la cueva turbado de tal forma que «lloraba por eso», afirmaba, turbada ella también. *Lal-la* Jadiya, su esposa, para consolarlo, lo ponía «sobre sus rodillas», precisaba mi tía, como si hubiera estado presente. Y concluía siempre del mismo modo, afirmando que la primera de las musulmanas y de los musulmanes era una mujer, tal vez antes, incluso, que el propio Profeta, que Alá la tenga en su seno. Una mujer se había adherido históricamente la primera a la fe islámica «por amor conyugal», afirmaba mi pariente.

Con voz triunfante hacía revivir repetidas veces aquella escena: yo tendría diez u once años, quizá. De pronto, reticente, pues sólo había visto la manifestación del amor conyugal en la sociedad europea:

—¿Y eso es un Profeta? —me ofuscaba—. ¿Un hombre al que su mujer sienta en sus rodillas?

Mi tía tenía una sonrisa discretamente enternecida... Años después, era yo la que se enternecía: por otro detalle que ella citaba. Mucho después de la muerte de Jadiya, Mahoma no podía dominar su turbación en una circunstancia particular: cuando la hermana de su mujer muerta se acercaba a la tienda, el Profeta, conmovido, decía que los pasos de la hermana hacían el mismo ruido que los de la difunta. Ante aquel sonido que resucitaba a Jadiya, el Profeta no era capaz de contener las lágrimas...

La evocación de aquel ruido de sandalias me daría a bocanadas un deseo de Islam. Entrar en él como en celo, con un rumor arañando

el corazón: con fervor y todos los riesgos de la blasfemia.

Voz

Estábamos terminando de cenar. Di a mi hijo pequeño una compotera con una cucharilla de plata. Había pertenecido a mi padre.

Casada desde hacía pocos días —no tenía más de quince años— había ido a ver a mi padre, y estaba tomando un café con él. De pronto:

—¡Padre, me gustaría quedarme con esta cucharilla! —le pedí.

—¡Cógela! —respondió—, coge las tazas, mira a tu alrededor y ¡coge lo que quieras de aquí, hija mía!

—¡Padre —le dije—, sólo quiero esta cucharilla, porque tú la usas siempre para el café! ¡Le tengo tanto cariño!

Desde entonces la conservo, y va a hacer de eso lo menos treinta años o, a lo mejor, cuarenta... Pues bien, aquella noche de la que hablaba, los guerrilleros estaban en nuestra casa. Habían comido y bebido. Otros estaban vigilando los alrededores. En el momento del café, tiendo la compotera para que se sirvan y meto dentro, no sé por qué, la cuchara de plata. Casi no había salido del cuarto cuando Francia dio un empujón para adelante a sus tropas y ¡las balas llovían por todas partes!

Y así fue como mi chico se fue con ellos: la compotera por los suelos pero con la cucharilla en la mano... ¡Como si se llevara la bendición de mi padre, que Dios tenga en su seno!

Así se fue mi último hijo con los guerrilleros. ¡Era tan joven: catorce años tan sólo! La verdad es que tenía un genio vivaracho y chispeante de inteligencia Más tarde, otro de mis hijos, mayor que él y casado ya, vino a verme:

—Deberías pedir —dijo— a los guerrilleros que te lo devuelvan, ¡es demasiado joven!

—Escucha —le contesté—, ¿y si vuelve y lo interroga el enemigo, imagínate que flaquea y dice todo lo que sabe?... ¡Nos deshonraría! ¡Déjale, si ha de morir, morirá como un héroe, y si está destinado a vivir, vivirá con la conciencia orgullosa!

Así pues, Kaddur se quedó en la guerrilla. Era joven, claro está, pero era instruido. Era el más dispuesto de todos los hermanos...

Una vez, Mustafá, otro de mis hijos, vino de Marceau:

—Madre —me dijo—, acaban de llevar a padre a donde el oficial francés, que va a interrogarlo sobre Kaddur. Se han dado cuenta de que ya no está aquí.

¡Cuando Dios quiere asegurar la salvación de alguien, lo hace! Antes de marcharse a la guerrilla, Kaddur no ayudaba nada en ninguna faena manual: ¡no llevaría a llenar ni un bidón!... Pero, hubo la huelga de los escolares: de los pequeños y de los mayores. Tenía que quedarse en la alquería sin hacer nada. En la vega, buscaban jornaleros para la vendimia. Una francesa, la hija de Moulios, daba los permisos de trabajo para la vendimia. Kaddur fue a verla:

—¡Deme un permiso —le dijo— para ir a trabajar de jornalero a la vega! Con esta huelga, ya no aguanto más estar sin hacer nada...

Lo quería justo para poder circular. ¡No tenía la menor intención de ir a trabajar para otros: era demasiado orgulloso como para eso y, como ya he dicho, tratándose de trabajo manual, un holgazán!

La hija de Moulios le dio ese permiso. Me lo enseñó:

—¡Bueno, pues vete a trabajar! —le dije.

Tenía tanto miedo de que, cuando iba de acá para allá, los *gumters* lo agarraran y le pegaran, o lo provocaran... Hubo entonces aquella noche de alerta en nuestra casa; y se fue con los *muyahidin*. Varias semanas después los franceses interrogaban a su padre:

—¿Dónde está el pequeño?

—¡Pidió un permiso para irse a trabajar a la vega! —respondió su padre, y citó a la francesa. Cuando la interrogaron, reconoció haber dado esa autorización. Parece que el oficial telefoneó a todas las fincas vecinas, hasta Marengo. ¡En vano! Llegaron a la conclusión de que estaría muerto en alguna parte.

Mucho antes de esos acontecimientos, oigo llamar a la puerta, en plena noche y con insistencia. Estaba sola en la alquería con mis nueras y los niños. No abrí.

Pues bien, no había puesto la cabeza en la almohada cuando caí profundamente dormida. Tuve un sueño que me despertó: dos seres, como dos sombras, pero muy iluminadas, estaban de pie delante y se dirigían a mí de esta manera:

—¡*Lal-la Hacha* (pero no había ido todavía a La Meca), has tenido miedo y te comprendemos:

creías que éramos una banda de *gumiers*
pero somos del Profeta los herederos!...

Hablaban así, en prosa rimada, y repitieron esa última afirmación, que me despertó y me llenó de remordimientos; ¡era verdad, aquella noche, por desconfianza, no había abierto la puerta a los guerrilleros!

Cogieron la costumbre de venir, cenar, pasar la velada y marcharse de noche. Les hacía entrar siempre en la misma

habitación. De día, mantenía ese cuarto vacío. Solía ponerme de pie en el umbral y pensaba: «¡lista habitación donde entran los hijos de la Revolución se pondrá verde, verde, verde, como una sandía cerrada, y las paredes, un día, se empaparán, de rocío!». ¡Y ahí me tienes, a mí también, hablando como las sombras del sueño, en prosa rimada!

Una noche, los *muyahidin* trajeron en los zapatos el barro de los caminos hasta esa habitación.

—¡No, no os molestéis! ¡Mañana lo limpiaremos!

Me sentía sin preocupaciones, quería que se sentasen por todas partes, que estuvieran a gusto. Mandé que les trajeran todos los cojines. Pedí que les ofrecieran jarros de agua y jabón, y los aguamaniles. Al día siguiente... ¡fue preciso quitar el barro del umbral con el pico! Sin embargo, ¡Dios nos ha protegido siempre!

Susurros...

En abril de 1842 prenden fuego a la zagüía de Berkani; mujeres y niños vagan sobre la nieve de las laderas montañosas —aquel año hizo un invierno riguroso—. Los cadáveres servirán de alimento a los chacales.

Los franceses se marchan; su jefe, el comandante Saint— Arnaud, que ha sucedido al sombrío Cavaignac, llega, por Miliana, a su base de Orléansville. Desde la acampada en la zagüía destruida, no ha interrumpido la correspondencia con su hermano.

Al año siguiente vuelven los mismos guerreros, Saint— Arnaud, puesto que la destrucción y la muerte no han conducido a la sumisión definitiva, y puesto que el viejo jalifa Berkani continúa, más al oeste, animando, como lugarteniente del Emir, la resistencia, decide una represión más eficaz: hará rehenes a miembros de la propia familia del jalifa:

«*Ocho jefes de las tres* fracciones *de los* Beni Menacer», *precisa a su hermano.*

Susurros de las abuelas a los niños en la oscuridad, a los hijos de los hijos acuclillados en la estera, a las hijas que serán abuelas, el tiempo de dar a luz hijos transcurrido para ellas entre paréntesis irrisorios (de quince a treinta y cinco o cuarenta años). No queda del cuerpo ni el vientre que pare ni los brazos que abrazan, y que se abren en la ruptura del parto. No queda del cuerpo más que oídos y ojos de infantes atentos, en el corredor, a Ai *narradora llena de arrugas que desgrana la transmisión, que salmodia la gesta de los padres, de los abuelos, de los tíos abuelos. Voz baja que asegura el navegar de las palabras, que rema en las aguas que llevan a los muertos, para siempre prisioneros...*

Susurros de mujeres: en los lechos, una vez apagada la vela, en las noches de alerta, una vez frías las brasas de los braseros... Desde los quince a los treinta y cinco o cuarenta años, el cuerpo se somete, el cuerpo se hincha, el cuerpo revienta, al final atraviesa los años de plomo, triunfa sobre la penumbra de las voces amordazadas, de los rostros ocultos, de los ojos que invariablemente miran al suelo... La voz aguarda en las entrañas del mutismo, los estertores se tragan y las quejas se transmutan.

Tiempo de las asfixiadas del deseo, contracciones violentas de la juventud en las que el coro de espectadoras de la muerte se eleva en espiral con espasmos sobreagudos hasta el cielo ennegrecido... Conservarse como erguida narradora, como mascarón de proa de la memoria. La herencia va a zozobrar... —ola tras ola, noche tras noche, los murmullos se repiten antes incluso de que el niño comprenda, antes incluso de que encuentre esas palabras de luz, antes de hablar cuando le toque y para no hablar solo—.

«*Ocho jefes de las tres* fracciones *más importantes», escribe el comandante francés, que evoca a los rehenes. «Cuarenta y ocho prisioneros para la isla Santa Margarita: hombres, mujeres y niños, entre ellos una mujer encinta», rectifican los susurros que se tejen hoy en el lugar donde la zagüía ardió, en medio de los vergeles ahora más escasos. Hoy crecen más higueras que naranjos y mandarinos ¡como si el agua alimentase primero las memorias y el abarrancamiento se acelerara en las rocas!*

(*duchara de compotera que «la santa» —la llaman así porque ayuna todo el año, por encendida piedad— tendía a su hito pequeño en el momento de la alerta. La compasión, en otro tiempo, del anciano padre por su hija que se iba para casarse, se invierte, treinta años después, en la donación de ésta a su hijo menor, que desaparece una noche de guerra. Volverá, sano y salvo, unos años más tarde. Aquella cucharilla de compotera, objeto de lujo en esos montes empobrecidos, se me aparece como un emblema heráldico a elegir, para qué celada...*

Los vergeles quemados por Saint-Amaud ven al fin apagarse su fuego, porque una anciana de hoy habla y yo me dispongo a transcribir su relato. ¡Hacer el recuento de los objetos sin importancia que pasan así, de una mano febril a una mano con mal de fuga!

Cuando «la santa» era niña, escuchaba a su abuela, que fue nuera del viejo Berkani. Los historiadores lo pierden de vista justo antes de que el Emir se vea obligado a rendirse. Aisa el Berkani se marchó con su deira *a Marruecos. Más allá de Oujda, desaparece su rastro en los archivos —¡como si «archivos» significara marchamo de realidad!—.*

Una de sus nueras, mucho tiempo después de aquel éxodo, se quedó viuda y sin hijos. Pidió permiso al jalifa —así cuenta la tradición— para volver a su familia, a donde los Beni *Menacer ya entonces sometidos.*

Volvió y se casó otra vez con un primo que participó en la segunda sublevación, en 1871...

Mucho después de esta segunda explosión, envejecida, susurra a su vez en medio del corro reconstituido de niños de pupilas brillantes. A su vez, una de las chiquillas recorrerá el trayecto y se verá envuelta en satén y moaré; apodada «la santa», susurra igualmente...

Cadena de recuerdos: ¿no es precisamente una «cadena» que traba en tanto que enraíza? Para los que pasan, la habladora está de pie, disimulada detrás del umbral. No es decente levantar el visillo y exponerse al sol.

Toda palabra, demasiado iluminada, deviene fanfarronada, y la afonía, resistencia que no ha comenzado...

La, escuela coránica

A la edad en la que el cuerpo habría debido cubrirse con el velo, gracias a la escuela francesa puedo moverme más: el autocar del pueblo me lleva todos los lunes por la mañana al internado de la ciudad cercana, y me vuelve a llevar a casa de mis padres los sábados.

En las salidas de fin de semana, una amiga medio italiana, que va a un puerto de pescadores en la costa, y yo, nos sentimos tentadas por toda clase de evasiones... Con el corazón latiéndonos, hacemos una escapada al centro de la ciudad: entrar en una pastelería elegante, observar las inmediaciones del parque, «paseamos el bulevar», bordeado únicamente por vulgares cuarteles, es para nosotras el colmo del atrevimiento después de una semana de internado. Exaltadas por la cercanía de los placeres prohibidos, acabábamos tomando cada una nuestro autocar; el suspense residía en el riesgo de perderlo.

En aquellos comienzos de la adolescencia, saboreo la embriaguez de los entrenamientos deportivos. Vivir los jueves las horas de entrenamiento como chorros salpicados. Una inquietud me acosa: temo que mi padre aparezca de visita. ¿Cómo confesarle que, por fuerza, tengo que ponerme en pantalón corto o, dicho de otra forma, enseñar las piernas? No puedo confiar ese miedo a ninguna compañera: ellas no tienen, como yo, primas que no enseñan ni los tobillos ni los brazos, que no muestran ni siquiera su cara. Así, mi pánico se mezcla con «vergüenza»

de mujer árabe. Los cuerpos de las francesas dan vueltas y revueltas a mi alrededor; ellas no sospechan que el mío se estanca en invisibles lagos.

—¿No se pone el velo todavía tu hija? —pregunta una u otra matrona de ojos sombreados y recelosos que interroga a mi madre,

durante una de las bodas del verano. Debo de tener trece o catorce años, tal vez.

—¡Ella lee! —responde con tirantez mi madre.

En ese molesto silencio que se instala, el mundo entero se precipita. Y mi propio silencio.

«Ella lee»; es decir, en árabe, «ella estudia». Pienso ahora que ese verbo, «leer», no fue por casualidad la orden lanzada por el arcángel Gabriel, en la cueva, para la revelación coránica... «Ella lee», es tanto como decir que la escritura para ser leída, incluida la de los infieles, es siempre fuente de revelación: de la movilidad del cuerpo en mi caso y, por tanto, de mi futura libertad.

Las niñas y las jovencitas de mi época —poco antes de que mi país se sacuda el yugo colonial—, mientras que el hombre sigue teniendo derecho a las cuatro esposas legítimas, disponemos de cuatro lenguajes para expresar nuestro deseo, antes de penar: el francés para la escritura secreta, el árabe para nuestros ahogados suspiros hacia Dios, el líbico-bereber cuando nos imaginamos que nos encontramos con nuestros ídolos madres más antiguos. El cuarto lenguaje, para todas, jóvenes o viejas, enclaustradas o emancipadas a medias, sigue siendo el del cuerpo, al que las miradas de los vecinos y de los primos pretenden volver sordo y ciego, puesto que no pueden encarcelarlo totalmente; el cuerpo que, en el trance, los bailes o las vociferaciones, en un acceso de esperanza o desesperación, se subleva, busca, como un analfabeto, el destino, sobre qué orilla, de su mensaje de amor.

En nuestras ciudades, la primera realidad-mujer es la voz, un dardo que se echa a volar por el espacio, una flecha que languidece antes de la caída; luego, llega la escritura, cuyas letras lianas forman almocábares amorosos, bajo el arañazo del cálamo puntiagudo. Por el contrario, sobre el cuerpo de las mujeres se opera la necesidad de hacerlo desaparecer, hay que arroparlo, envolverlo, fajarlo como a un recién nacido o como a un cadáver. Expuesto, heriría cada mirada, agrediría el más pálido deseo, subrayaría toda separación. La voz penetra en cada uno como un perfume, como un trago de agua en la garganta del sediento; y, cuando se prueba, se hace placer para varios, simultáneamente: secreto goce polígamo...

Cuando la mano escribe, lenta postura del brazo, precavido pliegue del costado hacia delante o sobre un lado, el cuerpo acuclillado se balancea como en un acto de amor. Para leer, la mirada se toma tiempo, le gusta acariciar las curvas, en el momento en que lo escrito eleva en nosotros la cadencia de la escansión: como si la escritura marcase el principio y el fin de una posesión.

Inscrita por todas partes con todo lujo de dorados, hasta borrar de

su entorno cualquier otra imagen animal o vegetal, la escritura, reflejándose en ella misma por sus curvas, se percibe mujer, más aún que la voz. Subraya, con su sola presencia, dónde comenzar y dónde perderse; propone, gracias al canto que se incuba en ella, aire para el baile y sílice para la ascesis, hablo de la escritura árabe de la que me ausento como de un gran amor. Esa escritura que domestiqué solamente para las palabras sagradas, ahí está, desplegándose ante mí como una piel de inocencia, como unas redes murmurantes —por eso, las otras (la francesa, la inglesa o la griega) me parecen charlatanas, jamás cauterizantes, carenas de verdad, es cierto, pero de verdad desportillada—.

Mi cuerpo solo, igual que el corredor del pentatlón antiguo, necesita el *starter* para arrancar, mi cuerpo se encontró en movimiento desde la práctica de la escritura extranjera.

Como si, súbitamente, la lengua francesa tuviera ojos y me los hubiera dado para ver en libertad, como si la lengua francesa cegara a los varones mirones de mi clan y que, a ese precio, pudiera andar, rodar por todas las calles, anexionar el afuera para mis compañeras enclaustradas, para mis antepasadas muertas mucho antes de la tumba. Como si... Irrisión, cada lengua, lo sé, amontona en la oscuridad sus cementerios, sus basuras, sus desagües; ¡pues bien, aquí estoy, delante de la del antiguo conquistador, para iluminar sus crisantemos!

La escritura es quitarse el velo, en público, delante de los mirones que ríen sarcásticamente... Una reina avanza por la calle, blanca, anónima y cubierta, pero cuando el sudario blanco de lana áspera se arranca y cae de golpe a sus pies antes adivinados, se descubre mendiga acuclillada en el polvo, bajo los escupitajos y la rechifla.

En mi primera infancia —de los cinco a los diez años— iba a la escuela francesa del pueblo y, luego, a la salida, a la escuela coránica.

Las clases se daban en la trastienda prestada del tendero de los ultramarinos, uno de los notables del pueblo. Recuerdo el lugar y su penumbra: ¿era porque las horas de clase se habían fijado justo para antes del crepúsculo, o por la mezquina iluminación de aquel cuarto?...

La imagen del maestro ha permanecido en mí con una singular claridad: rostro fino de tez pálida y mejillas demacradas de persona instruida; unas cuarenta familias lo mantenían. Me llamaba la atención la elegancia del porte y del vestido tradicional: una gasa ligera e inmaculada le flotaba por detrás de la nuca y envolvía el tocado, la sarga de la túnica tenía un lustre irreprochable. Sólo vi a este hombre sentado a la turca, aureolado de blancura y con la larga

vara de maestro entre los dedos finos.

En contraste, la masa de chiquillos acuclillados en las esteras —la mayoría hijos de *fel-lahs*— me parecía informe, entregada a un desorden del que me excluía.

No debíamos de ser más de cuatro o cinco chiquillas. Supongo que nuestro sexo, más que mi asombrada condescendencia, nos aislaba. El *taleb*, a pesar de su porte aristocrático, no dudaba en levantar la vara y asestarla sobre los dedos del niño recalcitrante o tardo de entendimiento (me parece oír todavía el cimbrearse de la varilla). Las chicas estábamos a salvo de sus castigos habituales.

Recuerdo las fiestas que mi madre improvisaba en nuestro piso cuando yo traía, como luego haría mi hermano, la tablilla de nogal adornada de arabescos. El maestro nos recompensaba de esta forma cuando habíamos aprendido una larga azora. Mi madre y la tata aldeana, que era para nosotros como una segunda madre, se atrevían a lanzar las albórbolas casi bárbaras. Grito largo, entrecortado por espasmos arrolladores, que, en aquellos pisos para familias de maestros, todas europeas menos la nuestra, debía de parecer incongruente, un verdadero grito de salvaje. El hecho era juzgado por mi madre lo bastante importante (el estudio del Corán iniciado por sus pequeños) como para que el grito ancestral se lanzase modulado así, en el corazón de aquel pueblo en el que se sentía, no obstante, exiliada.

En el reparto de premios de la escuela francesa, cualquier galardón obtenido reforzaba la solidaridad con los míos; ese clamor ostensivo más bien me ennoblecía. La escuela coránica, antro donde reinaba sobre los niños pobres el xez), se convertía, gracias a la alegría materna puesta de manifiesto de aquella manera, en el islote de un edén reencontrado.

De regreso a mi ciudad natal, me enteré de que se abría otra escuela árabe, igualmente mantenida por cuotas privadas. Una de mis primas asistía a ella; me llevó allí. Me decepcioné. Por sus edificios, el horario de clases y el aspecto modernista de los maestros, se parecía a una prosaica escuela francesa...

Comprendí más adelante que había participado, a la postre, de una enseñanza secular y popular. En la ciudad, gracias al movimiento nacionalista de «musulmanes modernistas», se forjaba una juventud nueva, de cultura árabe.

Esas *madrasas* pulularon después. Si yo hubiera asistido a una de ellas (hubiera bastado que mi infancia transcurriera en la ciudad donde nací) habría encontrado natural taparme la cabeza, ocultar mis cabellos y cubrir mis brazos y mis pantorrillas; en resumen, ¡mover mi cuerpo en el exterior como una monja musulmana!

Me privaron de la escuela coránica a los diez u once años, poco antes de la edad núbil. En el mismo momento, a los chicos se les excluye brutalmente del baño moro de las mujeres... —universo lenitivo de desnudeces que sofocan, en una confusión de tórridos vapores—. La misma condena cayó sobre mis compañeras, esas chiquillas del pueblo de las que quiero evocar aquí, por lo menos, a una de ellas.

La hija del panadero cabileño debía asistir como yo a la escuela francesa al mismo tiempo que a las clases coránicas. Pero solamente recuerdo su presencia a mi lado delante del *xeij*: acuclilladas una al lado de la otra, sonreíamos a medias, y ya, a ambas, ¡la postura con las piernas cruzadas en el suelo no nos parecía nada cómoda!... Dada mi estatura, yo debía de tener unas piernas demasiado largas, y no me resultaba nada fácil, estando así, disimularlas bajo la falda.

Por este único detalle, pienso que me habrían privado de todas las maneras de la enseñanza coránica a esa edad: el *sarual*, está claro, admite mejor sentarse a la turca: un cuerpo de niña que comienza a desarrollarse disimula más fácilmente sus formas bajo los pliegues holgados del vestido tradicional. Ahora bien, mi falda, que se justificaba por mi asistencia a la escuela francesa, estaba poco hecha para semejantes posturas.

A los once años me fui interna para los estudios secundarios. ¿Qué ha sido de la hija del panadero? Tapada, seguramente, con el velo, sustraída de un día para otro de los caminos de la escuela: su cuerpo la traicionaba. Sus senos incipientes, sus piernas que se afirmaban; en resumen, la aparición de su personalidad de mujer la transformó en cuerpo encarcelado.

Recuerdo cómo aquel saber coránico, en su adquisición progresiva, se ligaba al cuerpo.

La porción de versículo sagrado escrita sobre las dos caras de la tablilla de nogal, debía borrarse, al menos, una vez a la semana, después del repaso de recitado de cada uno. Lavábamos la tablilla en abundante agua, como otras hacen la colada; el tiempo transcurrido mientras se secaba parecía que garantizaba un respiro a la memoria que acababa de engullirlo todo...

El saber volvía a los dedos, a los brazos, al esfuerzo físico. Borrar la tablilla era como si, una vez hecho, se ingiriera una porción de texto coránico. Lo escrito, copia de un escrito tenido por inmutable, sólo podía seguir devanándose ante nosotros sí se apuntalaba, pausa tras pausa, en esa absorción...

Cuando la mano traza la escritura-liana, la boca se abre para la escansión y la repetición, y para la tensión mnemónica tanto como muscular... Asciende la voz lancinante de los niños que se adormecen

en el seno de la melopea colectiva.

Balbucear balanceándose, poner atención en el acento tónico, en las reglas de las vocales largas y breves, en el ritmo del canto; los músculos de la laringe, al igual que los del torso, se mueven y se someten a la par. La respiración se domina en función de lo oral que fluye, y la inteligencia camina en la postura del equilibrista. El respeto a la gramática, por la vocalización, se inscribe en el canto.

Esa lengua que aprendo necesita un cuerpo en situación y una memoria que se apoye en él. La mano infantil, igual que en un entrenamiento deportivo, se pone a escribir, por una voluntad casi adulta. «¡Lee!» Los dedos, mientras trabajan sobre la tablilla, envían las señales al cuerpo, lector y servidor a la vez. Cuando los labios hayan terminado de mascullar, la mano de nuevo hará su colada y procederá a borrar la tablilla —instante purificador semejante al roce del sudario de la muerte— La escritura sobreviene de nuevo y el círculo se cierra.

Cuando estudio así, el cuerpo se recoge, reencuentra qué secreta arquitectura de la ciudad y hasta su duración. Cuando escribo y leo la lengua extranjera: viaja, va y viene por el espacio subversivo, a pesar de las vecinas y de las matronas recelosas; ¡poco le falta para echarse a volar!

Estos aprendizajes simultáneos, pero tan diferentes, me sitúan, mientras me aproximo a la edad núbil (la elección paterna decidirá por mí: la luz antes que las sombras), en una dicotomía del espacio. No me doy cuenta de que se juega la opción definitiva: el afuera y el riesgo, en lugar de la prisión de mis semejantes. Esa oportunidad me empuja a la frontera de una solapada histeria.

Escribo y hablo francés fuera: mis palabras no se cargan de realidad carnal. Aprendo nombres de pájaros que nunca he visto, nombres de árboles que necesitaré diez años o más para identificarlos después, glosarios de flores y plantas que no oleré nunca antes de viajar al norte del Mediterráneo. En ese sentido, todo vocabulario se me hace ausencia, exotismo sin misterio, acompañado de algo así como una mortificación del ojo que no le conviene confesar... Las escenas de los libros infantiles, las situaciones que presentan, son para mí un puro teatro; en la familia francesa, la madre va a buscar a su hija o a su hijo a la escuela; en las calles francesas, los padres caminan uno al lado del otro con toda naturalidad... Así, el mundo de la escuela se ha expurgado de lo cotidiano, tanto de mi ciudad como de mi familia. A esta última se le niega cualquier papel de referencia.

Y mi atención se acurruca en lo más profundo de la oscuridad, entre las faldas de mi madre, que no sale del piso. Lejos se halla el espacio de la escuela; lejos se afianza mi búsqueda y mi mirada. No

soy consciente, ni nadie a mi alrededor lo es, de que en este desgarro se introduce el principio del vértigo.

Voz de viuda

Mi marido había cogido la costumbre de ir a Cherchell los domingos. Una vez nos trajo a un invitado. Al día siguiente hubo una reunión de unas quince personas: habían venido todos de las montañas vecinas hasta nuestra alquería.

El invitado se quedó la noche siguiente, y al otro día se fue a la ciudad. Era día de Ramadan. Alguien nos traicionó y fue a Guraya a contar lo de la reunión.

La mañana siguiente a la marcha del invitado, llegaron los guardias. Los hombres (mi marido y sus hermanos) estaban cazando. Teníamos dos fusiles y una cartuchera, pero enterradas un poco más lejos.

El caíd, que llegó con los guardias, preguntó a mi suegra:

—¿Por qué va tu hijo todas las semanas al mercado de Cherchell?

—¡Para hacer compras y ver a los parientes! —replicó.

—¡No es verdad! ¡Os conozco bien: tenéis familia en Novi, no en Cherchell!

Preguntó que dónde estaban las escopetas de caza que faltaban. Respondió que su hijo las había vendido, hacía ya mucho, en la fiesta religiosa de *Si* M'hamed ben Yusuf. Se fueron sin haber encontrado nada.

Nuestros hombres estuvieron de vuelta poco después. Pasaron algunos días; pero los guardias volvieron: esta vez se llevaron a todos los hombres a la ciudad de Cherchell.

Después de nueve meses de cárcel, mi marido y un hermano suyo fueron condenados a muerte: se les acusaba de llevar encima una lista de nombres de los que trabajaban con Francia y que la Revolución había condenado.

En aquella prisión eran muchos. Decidieron:

—¡Vamos a hacer algo por vosotros!

Una mañana, tres de ellos consiguieron inmovilizar a un guardián; lo mataron. En otra puerta, hicieron lo mismo con otro. Uno de los prisioneros, herido en la pierna, les dijo:

—¡Salid todos! ¡Yo me quedo! ¡Voy a morir! ¡Tenéis una oportunidad, marchaos! ¡Yo he matado y me matarán!

Se escaparon; de quince a veinte presos se escaparon juntos. Eso sucedió a las nueve de la mañana. Hubo además una francesa muerta, pero no supimos en qué circunstancias.

Dos horas después, aparecieron los soldados frente a nuestra casa. Uno de ellos se dirigió a la vieja:

—¡Tus hijos se han fugado de la cárcel y han matado a unos guardianes! ¡Si los otros guardianes se deciden a venir aquí, a vuestra casa, moriréis todos, grandes y pequeños, hasta los gatos!

Lo registraron todo; volvieron a preguntar dónde estaban las escopetas de caza y terminaron marchándose. Al día siguiente por la mañana, un pariente nuestro, de otra montaña, vino a vemos. Nos informó que los evadidos habían pasado la noche por donde el *uad* Meselmun. Lo acompañó un sobrino; las mujeres decidimos que, en adelante, íbamos a cocinar más cantidad de comida, por si acaso...

Un muchacho vino a pedimos ropa. Nos pusimos de acuerdo para enterrar siempre algo de comida. Al fin, pude ver a mi marido; llegó con otro que llamaban Abdun...

Francia seguía aumentando las guardias. Siempre que los evadidos nos mandaban a uno de los suyos, ¡Dios veló por ellos y por nosotros!

Una noche, se reagruparon todos, y uno se los llevó más lejos, hasta Zacear. ¡A partir de la noche siguiente pudimos descansar un poco!

Unos meses más tarde, nuestros hombres vinieron a visitarnos; esta vez iban vestidos de guerrilleros y llevaban armas. ¡Los besamos felices y orgullosas de ellos!

—¡Alabado sea Dios! ¡Por fin os habéis salvado de la muerte!

La vida continuó, pero distinta. Francia comenzó a subir casi día y noche a donde vivíamos. Después prendió fuego, a las casas primero, y, luego, a las personas. ¡Se llevaba a los animales y mataba a las personas!... ¿Y qué contar cuando llegaban a una casa y encontraban a las mujeres solas?...

Yo preferí huir: me fui a casa de mis padres, que vivían camino de otra montaña. Me quedé allí. Más tarde, según dicen, un soldado preguntó a mi suegra:

—¿Y la mujer del teniente (sabían que mi marido se había hecho teniente en la guerrilla), dónde está?

—¡Desde que os llevasteis a su marido a la cárcel no quiso quedarse! ¡Volvió con su familia!

No pudieron encontrarme durante el resto de la guerra... Desde allí, empecé a ir a la montaña para ayudar a otros; llevábamos provisiones, lavábamos los uniformes, amasábamos pan... ¡Hasta el día en que, así lo quiso Dios, mi marido murió en combate!

Supe su muerte por unos desconocidos. Alguien me dijo, ocho días antes del alto el fuego:

—¡Tu marido ha caído cerca de Miliana, en una refriega!

Cuando la independencia, los Hermanos me enviaron una carta para que supiera que había sido enterrado en *Sidi*

M'hamed de Belcourt, en Argel. Cogí la carta. Me fui a casa de mi cuñada, que vivía en Argel. Su marido me preguntó:

—¿Quién te lo ha dicho?

Le hablé de la carta.

—¡A ver! ¡Dámela!

¡Ay! Usted a lo mejor se reirá de mí, pero no he vuelto a ver nunca esa carta. ¿Cómo me iba a atrever a pedírsela?... Supe que mi marido había sido enterrado en Argel porque una enfermera lo había curado después del combate. La llamaba «la de Cherchell»; en realidad, era el marido el que era de Cherchell. Ella volvió a vivir a Miliana.

Uno o dos años después, traté de verla, simplemente para que me contara. Fui el día de la fiesta religiosa de *Sidi* M'hamed, el santo patrón de Miliana. Llegué a casa de la antigua enfermera y me decidí a hablarle. Estuve sólo un minuto en su casa y me salí.

No pudo contármelo todo porque la encontré en plena faena de la casa. Solamente me confirmó los hechos: que le había curado cuando era enfermera en la guerrilla. Era una mujer ni joven ni vieja.

Cuerpos enlazados

Comienza el verano de 1843 cuando los prisioneros de Saint-Arnaud son encerrados, separados por familias y sexos, en la bodega de un paquebote que se aleja de Bona en dirección a Francia.

Te imagino a ti, la desconocida de la que todavía se habla, de narradora a narradora, en el transcurso del siglo que condujo a mis años de infancia. Cojo sitio a mi vez en el círculo de escucha inmutable, cerca de los montes Me— nacer... Te recreo a ti, la invisible, mientras que te dispones a viajar con los demás, hasta la isla de Santa Margarita, a las celdas que hizo célebres «el hombre de la máscara de hierro». ¡La máscara tuya, oh primera expatriada, abuela de mis abuelas, es más pesada que ese acero novelesco! Te resucito en el curso de esa travesía que ninguna carta de guerrero francés evocará...

En Bona, subes a la pasarela, mezclada con el grupo polvoriento; los hombres van atados con la misma cuerda; las mujeres van detrás, tapadas con velos blancos o gris azulado, a los que se aferran niños llorando y bajo los que gimotean niños de pecho. En aquel comienzo del éxodo te sabes encinta. ¿Parirás un huérfano, porque el padre no ha sido atrapado? Te ves sola, sin padre, sin hermano, sin marido que

te guíe por las riberas de los infieles. ¡Has de irte en medio de la tropa de primos, de allegados y de parientes!

Los exiliados duermen, como tú, en el suelo de tablas de la bodega; nunca habían visto el mar. Se lo imaginaban desierto y llano, y no aquel precipicio movedizo... La primera noche de la travesía, te pones a vomitar; los dolores aumentaron al día siguiente.

La segunda noche, piensas que la muerte, dentro de tu vientre, engulle la esperanza. Te acurrucaste en medio de las primas, viejas, jóvenes o menos jóvenes. Te rodean con sus velos húmedos, como si te ataran con sus oraciones, con sus murmullos... Sin gritar, te desembarazas del feto: la noche de luna llena se prolonga, la mar, rival indiferente, vuelve a ser llana.

El navío avanza, cargado con cuarenta y ocho rehenes. Mientras tus compañeras se adormecen, permaneces inmóvil, con el rostro dirigido a la popa. Una angustia te desgarra:

—¡Cómo enterrar el feto, oh mi Profeta, mi dulce salvador!

Una anciana, a tu costado, lo cogió como a un montón de trapos.

—¡Mi pájaro muerto, oh mi ojo abierto a pesar de la noche!

Sollozas, te dispones a lacerarte las mejillas, mientras que la vieja masculla bendiciones.

—¡Nuestra tierra es suya! ¡Este mar es suyo! ¿En dónde cobijar a mi hijo muerto? ¿Ya no habrá para nosotros nunca, desgraciados, un rincón de Islam?

En el corro de durmientes, una vehemencia fustiga a las mujeres que tu llanto ha despertado: el coro comienza a devanar una azora, murmullo ininterrumpido. Melopea incansable. Acabaste durmiéndote, el feto envuelto en una tela entre tus brazos.

Dormitas, no te abandona la idea de que sostienes, así, tu juventud... El coro de prisioneras se eleva un poco más...

Más tarde, alguien te sacude en la oscuridad. Una voz te llama:

—¡Hija de mi tribu materna, levántate! ¡No puedes guardar así, por más tiempo, al cordero de Dios entre tus brazos!

Miras, sin comprender, el rostro lleno de arrugas de una tía que te habla. Por detrás de ella, un rosa mezclado de gris hace brillar las primeras luces del alba y aureola a la anciana.

—¿Qué hacer? ¿En qué tierra de creyentes enterrarlo?

La desesperación te invade de nuevo.

—¡Subamos al puente! ¡Los hombres duermen! ¡Tú y yo arrojaremos al niño al mar!

—¡Al océano de los cristianos! —protestas tímidamente.

—¡Al océano de Dios! —replica la anciana— ¡Todo es pasto de Dios y de su Profeta!... ¡Y tu hijo palpita, estoy segura, como un angelito en nuestro Paraíso!

Dos formas cubiertas con velos se abren paso entre la masa de

durmientes. Un momento después, tus brazos lanzan, por encima de la batayola, el paquete.

—¡Que sea al menos mirando hacia nuestra patria! —gimes.

—¡Que Dios nos asista en todas partes a donde seamos arrojadas! —prosigue tu compañera, que te guía hasta tu sitio...

¡Ya no lloras, no volverás a llorar nunca! ¿Serás, acaso, una de las supervivientes que, diez años más tarde, reharán el camino a la inversa y se reunirán con su tribu sometida?

CUARTO MOVIMIENTO

El grito en el sueño

UN SUEÑO se me repite, intermitentemente, después de algún día al que, en forma de pretexto banal o excepcional, ha herido el relámpago de un sufrimiento. Sueño con mi abuela paterna; revivo el día de su muerte. Soy, a la vez, la chiquilla de seis años que vivió aquel duelo y la mujer que sueña y sufre, cada vez, ese sueño.

No veo el cadáver de mi abuela ni la liturgia de las exequias. Mi cuerpo corre calle abajo, pues he aparecido en la casa paterna que la muerte ha visitado. Corro, desciendo la calle que cercan paredes hostiles y casas abandonadas. Me precipito cerca de la iglesia y de los barrios bien, en donde se encuentra la casa de mi madre. Durante toda la carrera mi boca se agranda, abierta... Sin embargo, sueño sin voz.

Interminable impulso hacia delante. Un grito enraizado se estira en mis miembros, se hinca en mi pecho, desolla mi laringe, llena mi paladar y se exhala en un silencio sin fisuras; un impulso anima mis piernas. Todo mi ser está habitado por estas palabras: «*¡Mamma* ha muerto, ha muerto, ha muerto!»; arrastro mi dolor, lo adelanto incluso, llamo o huyo, no sé, pero grito, y ese grito no significa ya nada, sino el impulso de un cuerpo de chiquilla hacia delante...

Grito ahora, y el sueño, profuso como la niebla, no parece terminar nunca. Un grito de espesor de océano. A mi abuela la llevo como un fardo sobre los hombros y, sin embargo, veo su rostro expuesto en las lachadas que desfilan. Y la sombra de la muerte se levanta, anclada en mi primera infancia. Desde que abandoné la habitación de mis padres, en el momento en que nació mi hermano —tengo, pues, un año y medio—, comparto el lecho de mi abuela. El recuerdo cobra vida; para dormirme, la anciana señora me sujetaba con cada mano un pie y me lo calentaba mucho rato, en el umbral del sueño.

Murió algunos años después, Aquella mujer dulce, cuyo último hijo se convirtió en su sostén, ha perdido la voz en mi recuerdo. Debería llamarla «mi madre silenciosa», frente a las otras —madre, abuela y tías maternas— que, orgullosas aristócratas, se me aparecen inmersas en música, incienso y algarabía.

Ella sola, la muda, permanece ligada a mí, por ese gesto de sus manos estrechando mis pies... Por eso grito; por eso, en ese sueño que acompaña el paso de mis años, vuelve como tenaz ausencia, y mi carrera de chiquilla trata desesperadamente de devolverle la voz.

Abajo, en la casa rica, con sus terrazas y sus ruidos, reina la madre de mi madre. Allí hay cantos, allí brotan altas las voces, Si se

instalan los murmullos y los susurros es por decencia o conveniencia, cuando, al fin, los hombres vuelven a comer o dormir, con un aire de estar casi a la defensiva.

Mi sueño se prolonga a veces en ese lugar de luz, junto al naranjo amargo de la escalera, bajo los jazmines de la primera terraza. Macetas de cobre, contra la baranda, sostienen los geranios,.. Me vuelvo a ver, sentada, aplastada, en el seno de una muchedumbre de visitantes tapadas con velos, con las caras sonrojadas. Miro. De nuevo, en un cabeceo incesante, me veo corriendo por la callejuela del viejo barrio ondulado, Grito y nadie me oye, extraña condena. Grito, no como si me ahogara, más bien como si respirara muy fuerte, muy deprisa.

Aparición nuevamente de la casa del duelo, desciendo *como* una tromba hacia la cata de las múltiples terrazas. En aquel lugar en el que»se desarrollan tantas fiestas, me digo que la abuela silenciosa debería encontrarse allí, aprisionando mis pies entre sus manos ajadas.

En una penumbra de velatorio, en la planta baja de la casa grande, la abuela paterna, menuda, los rasgos redondeados por la dulzura, me sonríe con el rostro lleno de bondad. Parece decirme:

—Elias creen que me entierran, se imaginan que asisten a mi muerte, sólo *tú*...

Yo sola sé que resucita. No la lloro; de nuevo, grito corriendo fuera, entre las casas blancas, y exhalo mi amor en el viento de la velocidad. La callejuela, delante de mí, se inclina; unos chiquillos montados en tablas rodantes se apartan; abajo del todo, el olor del horno señala la única actividad del crepúsculo: las canastas de pan de anís están preparadas para el reparto durante la celebración mortuoria.

¿Este sueño me permite reunirme con la madre silenciosa? Trato más bien de vengar su silencio de antaño, que su caricia en el lecho de mi niñez dulcificaba.

Tomo conciencia bastante tarde de la pobreza de mi familia paterna. Mi padre, que ingresó en la escuela francesa a una edad avanzada, tuvo una brillante escolaridad, recuperó el retraso y aprobó pronto la oposición en la escuela Normal: aquel oficio de maestro le permitió ofrecer seguridad a mi madre y a sus hermanas, a las que aseguró su boda, antes de casarse él.

De aquel pasado que me describieron, me chocó una escena: mi padre, escolar de nueve o diez años, tenía que hacer los deberes acuclillado frente a una mesa baja y a la luz de una vela... Conocía la casa vetusta, las oscuras habitaciones y su patinillo. La imagen de mi padre, niño estudioso, se incrustó en mí en ese humilde decorado.

Una habitación aislada, en la parte de atrás, fue durante bastante

tiempo de una de mis tías. La vuelvo a ver, pálida sombra, erguida en el umbral; la cortina de su puerta está medio descorrida. Del fondo de la penumbra, una voz agonizante la llama, interrumpida por un ataque de tos... Aquella tía atenderá durante largos años a un marido entrado en años y tuberculoso; cuando él murió, ella, contagiada, no tardó en seguirlo a la tumba.

La segunda hermana de mi padre, la más joven, aparece en mi infancia con más relieve.

Su casa no estaba lejos de la de mi madre. En verano, solía pelearme con un primo o una prima o una tía adolescente, pero, a diferencia de mis compañeros, no sabía lanzarme a un rosario de burlas y fórmulas cargadas de imágenes de nuestro dialecto.

Entre los niños vocingleros de la ciudad debía de sentirme fácilmente desarmada, a causa de mi timidez o de mi orgullo. Me quedaba un refugio: abandonar la casa ruidosa y desdeñar la mediación de mi madre y sus amigas, casi siempre atareadas haciendo bordados. Me refugiaba en casa de mi tía paterna: alta, enjuta, de ojos verdes que iluminaban su fino rostro bereber, a pesar de su abundante prole, me recibía con los brazos abiertos. Me mimaba y me llevaba al cuarto más bonito, donde una cama alta con un dosel de cobre me fascinaba... Me guardaba mermeladas raras, dulces y perfumes que derramaba por mi pelo y en el cuello. «Hija de mi hermano» me llamaba, con una risa de orgullo, y su ternura me reconfortaba.

El parecido físico con mi padre había determinado, sin duda, aquel afecto. Un matrimonio, en nuestra sociedad, alimenta un conflicto latente, paciente, entre dos linajes... La pareja moderna que formaron mis padres perturbó esa relación habitual.

Más tarde, cuando aquella tía, con la misma prodigalidad, me seguía llamando «hija de mi hermano», me devolvía intacto el recuerdo de aquellos veranos en los que su guasa y la seguridad de su silueta me reconfortaban.

¿Existía una jerarquía social importante en aquella ciudad rodeada de montañas que la erosión empobrecía? Eso contaba poco, frente a la discriminación establecida entre la gente de la ciudad y los campesinos de los alrededores; o, sobre todo, de la segregación que estableció la sociedad colonial: reducido en número, pero poderoso, el grupo de los europeos, de origen maltes, español o provenzal, poseía no solamente el poder sino que controlaba la única actividad lucrativa, la pesca y la propiedad de los bous del viejo puerto.

Las mujeres árabes circulaban por la ciudad como fantasmas blancos, a las que los visitantes de las ruinas romanas imaginaban todas iguales. Entre las familias de notables se alimentaba una sutil

diferencia: tanto por la importancia del rango social que el hombre conservaba día a día, como por la evocación oral de los antepasados paternos y maternos.

Para mí, la distinción entre los linajes paterno y materno radicó en un único punto, pero esencial: la madre de mi madre me hablaba mucho de los muertos; en realidad, del padre y del abuelo materno. De mi abuela paterna no supe más que esto: al quedarse viuda muy joven, con dos hijos, tuvo que casarse con un jubilado muy mayor, que murió, dejándole una casa y dos hijos más, uno de ellos mi padre.

La abuela materna me imponía por su cuerpo que danzaba en las sesiones habituales de trance; además, en las veladas, su voz, autoritaria y transmisora a la vez, me arropaba.

La madre de mi padre, gracias a las caricias de sus manos, permanece igual de presente o más... Únicamente su silencio de ayer sigue hiriéndome la piel hoy...

Voz de viuda

Me h an matado a cuatro hombres en esta guerra. Mi marido y mis tres hijos. Habían cogido las armas casi al mismo tiempo. A uno de mis pequeños le quedaban seis meses para el final de los combates; murió. Otro desapareció al principio: no he sabido nada de él hasta hoy.

Mi hermano fue el quinto... A él lo traje yo desde el río. Busqué por todas partes su cuerpo; y lo encontré. ¡Está enterrado en el cementerio!

Cuando estaba vivo, hablando un día conmigo, como lo estamos haciendo. Me dijo de pronto:

—Mira, el atentado del *uad* Ezzar, fui yo. El de *Sidi* M'hamed Uali, fui yo. En Belazmi, también fui yo... (se paró, y luego añadió): ¡Hija de mi madre, cuida de no dejarme para los chacales el día que me muera!... ¡Que las alimañas no se coman mi cadáver!...

¡Que Dios lo tenga en su gloria, nunca me pidió lo más mínimo, salvo eso!... Así habló, y así pasó todo después... Terminaron por sorprenderlo. Una mañana, el avión nos bombardeó. Por la tarde mataron a mi hermano. Huimos al caer la noche.

Mi hermano tenía una yegua. Iba y venía para crear las organizaciones de apoyo entre los vecinos. A todas partes a donde iba, se llevaba la yegua. Cuando dormía fuera, se la ataba al pie.

Cuando huimos, llegamos a un *uad*. Alguien me dijo que había visto, no muy lejos, la yegua de mi **hermano**: estaba echada y no quería moverse, Era de noche,

Al amanecer, me pune **a** buscar el animal. Había **perdido la** esperanza **de** encontrar a mí hermano. Vi la yegua **que se levantó**. Debía de haberme olido,. Alguien (un campesino, que mataron poco después) me dijo: «¡Oye, **creo** que tu hermano yace **no** lejos de aquí, cerca del arroyo!»

Un avión volvió a bombardearnos. Corrí y me escondí en el agua. Cuando se alejó el avión, salí; fui río arriba despacito, despacito, hasta que encontré el cuerpo de mi hermano. Corrí entonces para avisar a la gente. Lo enterramos en el cementerio, en la misma tumba que mi madre... ¡Mis hijos no habían muerto todavía!

De todos los hombres de la familia, sólo pudimos enterrar a mi hermano y a un sobrino mío. Eso fue todo.

Solía ir al monte a ver a mis hijos. El último, sobre todo, mandaba a buscarme. V yo iba enseguida, de aduar en aduar... «Estoy en tal aduar —mandaba que me dijeran—, ¡ven!»... «¡Te espero en tal aduar!... Estoy desnudo... No tengo un céntimo!... Estoy así... Estoy asá»

Una vez, de todo el ganado sólo me quedó un cordero. Lo maté (los incendios se multiplicaban y lo hubiera perdido). ¡Se lo envié entero, para que se lo comiera con sus compañeros!... ¡A ése era al que le quedaban seis meses para el fin de los combates, cuando murió!... ¿Nos quedan lágrimas todavía? No, tenemos los ojos secos...

Y de ese hijo mío que ya no vi nunca, desde que se echó al monte... Uno de sus compañeros me trajo de su parte el siguiente mensaje:

«¡Madre, ten cuidado, si alguien trata de decirte, en nombre de tu hijo, que le envíes jabón o ropa o un poco de dinero!... ¡No te preocupes, de ahora en adelante, nada más que de tus otros hijos que están vivos!... ¡No pienses más en éste!»...

Era tan joven; sin embargo, decidía siempre: «¡Esto es así!... ¡Esto es asá!». Parece que lo estoy oyendo.

Cuando la independencia, la gente de la ciudad no me dio nada. Había un responsable, llamado Al-lal: ¡el día que huyó para unirse a la guerrilla, lo escondí en mi casa!

Ése fue el hombre que, inmediatamente después de la guerra, repartía casas vacías. Yo, como nuestro aduar estaba destruido, bajé a la ciudad con otros. Pero se me hacía cuesta arriba vagabundear. Un viejo, *Si* el *Hach*, me incitó para que fuera a casa de ese responsable para recordarle mi caso. Hasta vino conmigo y llamó a la puerta. Al-lal nos abrió: en su patio había gente que no conocía de nada.

Entré.

—¿Al-lal, dónde están mis derechos? ¡Mis hijos han combatido desde aquí hasta la frontera tunecina, mientras que tú estabas

escondido en las cuevas o en los agujeros!

Porque era verdad. ¡Fíjate que, delante de toda esa gente de la ciudad, se pone a hablarme en bereber! ¡Para dejar bien claro que yo era una campesina! Yo repetí, en árabe y con este acento que tú sabes:

—¡Dame lo que se me debe!

No me dieron nada... Mira dónde vivo ahora, he tenido que dar dinero para ocupar esta chabola. «¡Paga o, si no, no entras!», me dijeron.

¡Los hombres que me podrían servir de apoyo, todos se han ido!

Conciliábulos

Conciliábulos de aquí y de allá, al azar de las ondulaciones repobladas que ciñen las aldeas reconstruidas; una vez más, se levantan muros de adobe y empalizadas de caña entre las chabolas invadidas por el griterío de los niños. Empujo la puerta de entrada y me siento en la estera; más allá del patinillo, la mirada se encuentra con el mismo monte y sus torretas abandonadas.

Conversaciones desperdigadas en las que mi filiación materna crea el lazo: una u otra de las interlocutoras me asegura que a las tumbas de dos santos de mi ascendencia (el «viejo» y el «joven», el de «la lengua negra» y el otro, el silencioso, probablemente su hijo) las campesinas —las repudiadas, las estériles, las huérfanas del porvenir— de nuevo han reanudado las peregrinaciones, confesiones y sesiones de trance para asegurarse la bendición de los dos intercesores, padre e hijo... Se disponen a hablarme de la misma manera ruda; ¿no soy yo, por mi madre y el padre de mi madre, una descendiente de esos dos muertos que escuchan y cuyo sueño petrificado consuela?... Sí, me hablan, voz en la oscuridad, y yo me callo, ingiero cada tonalidad; podría sentirme, ya que no santa o maldita, en todo caso, momificada.

En qué momento de las preguntas convencionales:

—¿Qué edad tenías?... ¿Dónde vivías?... ¿Casada o soltera?... etc.

¿En qué momento, la única pregunta vital se detiene en mi garganta y no puede echar a volar?... La retengo, no puedo formularla, si no es con una palabra del pasado, una palabra dulce, neutra, rutilante...

Ante este auditorio, cuatro, cinco campesinas que siguen viviendo como viudas de guerra.. ¿Es necesaria una entrevista personal? Una de ellas tiene un bocio enorme sobre un largo cuello flexible: retenerla con palabras secretas, hacer creer que se trata de una conversación de terapeutas, intercambiar consejos para tal cirujano o tal hospital... Hablar a cada una de ellas como a una semejante que ha sido condenada: ni culpable ni víctima. Acercarse a la tristeza serena, atenuar los tonos de la voz, lejos de la sumisión o del lamento.

«Mi» pregunta se estremece, obstinada. Sería necesario, para hacerla explícita, preparar mi cuerpo tal como se presenta, sentado a la turca sobre almohadones o directamente sobre las baldosas: las manos abiertas para suavizar la humildad, los hombros encorvados para prevenir el desfallecimiento, las caderas preparadas para recibir la emoción que quiebra, y las piernas encogidas bajo las faldas para impedirme huir gritando mientras corro bajo los árboles.

Decir la palabra secreta y árabe de «daño», o, todo lo más, «herida»:

—¿Hermana, tuviste alguna vez «daño»?

Palabra para sugerir la violación, o para solaparla: después del paso de los soldados cerca del río, a los que la joven, escondida durante horas, no pudo evitar. Los encontró, los sufrió. «Yo sufrí a Francia», habría dicho la pastora de trece años, Xerifa, ella que precisamente no sufrió nada, sino hoy el presente estacionario.

Cuando los soldados se van, una vez que se ha lavado, que ha arreglado su desorden y que ha vuelto a anudar la trenza con la cinta escarlata, todos sus gestos reflejados en el agua salitrosa del uad, *la mujer, cada mujer, vuelve una o dos horas después, camina para afrontar el mundo, para evitar que el chancro no se abra más aún en el círculo tribal —anciano ciego, guardianas atentas, niños silenciosos con moscas en los ojos, chiquillos recelosos ya:*

—¿Hija mía, ha habido «daño»?

Una u otra de las abuelas hará la pregunta, para apropiarse del silencio y construir un dique a la desgracia. La joven, con los cabellos peinados, los ojos en los ojos sin brillo de la anciana, esparce arena ardiente sobre cada palabra: la violación, no dicha, no será violada. Tragada. Hasta la próxima alerta.

¿Puedo yo pretender, veinte años después, animar esas voces de asfixia? ¿No voy a encontrar, todo lo más, agua evaporada? Qué fantasma despertar cuando en el desierto de la expresión de amor (amor recibido, «amor» impuesto) se reflejan mi propia aridez y mi afasia.

Las mironas

Sí, hay una diferencia establecida entre las mujeres con velo, que el ojo extranjero no puede ver y que cree semejantes -fantasmas que, fuera, miran de hito en hito, escrutan, vigilan-, una estría de desigualdad las separa: ¿cuál de ellas habla alto, libera su voz, a pesar del espacio cerrado del patio; cuál de ellas, por el contrario, se calla o suspira, se deja cortar la palabra hasta el ahogo irremediable?

En el lenguaje cotidiano, me acuerdo de una condena cuya

gravedad la hacía definitiva: más que la mujer pobre (la riqueza y el lujo se vivían como algo relativo, en ese espacio social restringido), más que la mujer repudiada o viuda, destino que sólo Dios reserva, la única realmente culpable, la única a la que se podía menospreciar a la ligera, a propósito de la cual se manifestaba una ostensible condescendencia, era «la mujer que grita».

Tal o cual vecina, o pariente política, podía perder la paciencia en los cuidados que necesitaban los hijos demasiado numerosos; tal burguesa podía exhibir sus llamativas alhajas o convertirse en madrastra, en suegra injusta -se las podía excusar, porque raras eran las que, por suerte, habían tenido un esposo «musulmán de verdad» y un hijo trabajador o dócil-. La única que se marginaba de entrada era la que «gritaba». Aquella cuya voz regañaba a la prole, se la escuchaba fuera del vestíbulo y hasta en la calle, aquella cuyas quejas contra el destino no se sumergían en la oración ni en el murmullo de las decidoras, sino que se elevaban desnudas, improvisadas, como una protesta que franqueaba las paredes.

En suma, los cuerpos, tapados con el velo, tenían derecho a circular por la ciudad. Pero, aquellas mujeres cuyos gritos de rebeldía llegaban a traspasar el azur, ¿qué hacían, sino atizar el riesgo supremo? Negarse a cubrir con el velo la voz y ponerse a «gritar», en eso residía la indecencia y la disidencia. Pues el silencio de todas las demás perdía su encanto para revelar su verdad: la de ser una prisión irremediable.

Escribir en una lengua extranjera, al margen de la oralidad de las dos lenguas de la región donde nací -el bereber de las montañas del Dahra y el árabe de mi ciudad-, me ha llevado a los gritos de las mujeres sordamente rebeldes de mi infancia, a mi único origen.

Escribir no mata la voz, sino que la despierta, sobre todo, para resucitar a tantas hermanas desaparecidas.

En las fiestas de mi niñez, las burguesas se sientan, abrumadas de alhajas, envueltas en terciopelo bordado y el rostro adornado con lentejuelas o tatuajes. Las músicas propagan la letanía, circulan los dulces y los niños estorban el paso de las visitantes engalanadas. Las bailarinas, cuerpo grueso y silueta tranquila, se levantan... Sólo tengo ojos para mi madre, y, sin duda, para mi sueño en el que me veo adulta y bailando también en aquel calor. Las calles de la ciudad están lejos; los hombres ya no existen. El edén se despliega inmutable: bailes lentos, rostros melancólicos que se dejan mecer...

Un detalle del espectáculo, sin embargo, lo hace chirriar: en un momento de la ceremonia, cuando el café y los dulces han circulado, la dueña de la casa manda abrir las puertas de par en par. Entra

entonces el tropel de «mironas», así se las llama a las que se mantienen enmascaradas, incluso entre las mujeres; no están invitadas, pero tienen derecho a mirar, de pie, paradas en el vestíbulo. Porque están excluidas siguen con el velo; y, lo que es más, en esta ciudad donde las mujeres circulan con el velo, pero con los ojos descubiertos por encima del volito bordado, las «mironas», para permanecer anónimas dentro de la boda, disimulan la faz por completo, salvo un ojo; los dedos bajo el velo mantienen un pequeño triángulo abierto extrañamente.

¡Esas no-invitadas se introducen, pues, en el seno de la fiesta como espías! El ojo minúsculo y libre de las desconocidas de blanco gira de derecha a izquierda, escudriña las alhajas de las señoras, el baile de tal joven, los adornos de la novia, allí expuesta, los luises de oro y las perlas ofrecidas como regalo de boda... ¡Ahí están las amortajadas en el corazón de la ceremonia, cuya muda presencia se tolera; las que gozan del triste privilegio de permanecer con el velo en el corazón mismo del harén! Comprendo, al fin, su condena y su suerte: ¡esas mujeres que «gritan» en la vida cotidiana, a las que las matronas dan de lado y menosprecian, personifican, sin duda, la necesidad de una mirada, de un público!

La anfitriona les ha abierto las puertas por jactancia, con el aire de decir: «¡Venga, mirad, no temo a las comadres! ¡La boda se desarrolla según las normas! ¡Que lo vean hasta las que no me he dignado invitar, y alimenten los comadreos!... El apogeo de la ceremonia reside ahí, en ese nudo turbio. Como si las invitadas ya no sufrieran su propia exclusión afuera... Como si, a fuerza de ser relegadas por los hombres, encontraran una manera de olvidar su encierro: los varones —padre, hijo, esposo— se hacían ausentes irremediablemente, puesto que ellas, en su propio reino, imponían a su vez el velo.

Voz de viuda

Vivíamos en un lugar llamado «kilómetro 40»: esos aduares no estaban muy lejos de la carretera general. Los soldados franceses habían sufrido allí un importante ataque. De lejos, habíamos visto el fuego, el humo... Desde entonces empezaron a venir constantemente.

Otra vez, no lejos del puesto francés, estropearon la carretera para impedir que Francia cambiase la guardia. En una noche, habían quitado las alambradas de alrededor del puesto. Nuestros hombres habían obedecido a los guerrilleros que vinieron a decirles que lo hicieran.

Por la mañana, llegaron los soldados del puesto:

—¡Vosotros sois los *fel-lagha*! ¡Vosotros habéis quitado las alambradas y estropeado la carretera!

Durante todo el día, nuestros hombres tuvieron que volver a poner en su sitio las alambradas y dejar la carretera libre. A la noche siguiente, otra vez el mismo tejemaneje con los guerrilleros. Pero, esta vez, nuestros hombres se pusieron a salvo: ¡no quisieron esperar la respuesta enemiga! ¡no quedamos más que nosotras, las mujeres, para aguantarla!

Los franceses sólo encontraron a las mujeres.

—¡Sacad lo que podáis sacar! —nos dijeron.

Los *gumiers* prendieron fuego a las casas. Nos convirtieron en vagabundas. ¡Si tienes un hermano, vete a casa de tu hermano; si tienes un primo hermano, vete a casa de tu primo!... Nos fuimos, dejando nuestras casas en ruinas... Un poco más allá, volvimos a construir chozas de ramas. Los guerrilleros volvieron: nos seguían allá a dónde íbamos. Nuestros hombres les escondían las provisiones y trabajaban para ellos, por la noche. ¡También los franceses volvieron a aparecer!

Las mujeres jóvenes, en cuanto veíamos llegar a los franceses, no nos quedábamos nunca dentro. Las viejas seguían en las casas con los niños; y nosotras íbamos a escondernos en la espesura o cerca del *uad*. Si el enemigo nos sorprendía, no decíamos nada...

Una noche, llegaron los guerrilleros. Tomaron café y se fueron. Hacía muy poco que se habían ido, cuando apareció Francia: los soldados habían visto las luces desde la carretera.

—¡Los *fel-lagha* estaban aquí! (pues llamaban «*fel-lagha*» a los que nosotros llamábamos «hermanos»).

Quisieron llevarse a mi marido. Sabíamos que un hombre arrestado en plena noche no regresa jamás. Así que me puse a llorar, a soltarme el pelo y a arañarme las mejillas. Todas las mujeres de la casa hicieron lo mismo, cada vez más fuerte: ¡para dejarlos sordos a todos!

Fuera, un oficial oyó a las plañideras. Entró y les dijo:

—¡Dejad a ese hombre!

Cogieron únicamente sus papeles y le convocaron al puesto al día siguiente.

Vivíamos entonces cerca del campo Uled Larbi. No teníamos nada: mi marido era jornalero. Y, a pesar de todo, acabaron matándolo.

Vinieron a buscarlo al campo. Era un viernes. No volvió. Me

dijeron, después, que un tal Menaia lo había traicionado.

Los franceses lo torturaron del viernes al domingo. Ese último día, vino uno a decirme que a mi marido lo habían puesto «en la picota», en la plaza del pueblo. Lo mataron así, públicamente, delante de todo el mundo.

Me dejó con los niños muy pequeños. Al último lo llevaba en mi vientre: estaba encinta de un mes y medio; ¡Ese hijo tiene ahora veinte años! ¡Le llevo a su novia, si Dios quiere, la semana próxima! Pues como estoy floja de salud, he pensado: «¡Si me muero, sabiéndolo en su hogar, me iré tranquila!»... Para la elección de la novia, me dijo:

—¡Ve a hacer la petición a este lugar!

¡Sólo tendrá que trabajar para ella, pues yo no tengo necesidad de él! Todas mis hijas viven en sus casas; cuando se case la última, ¡me bastará con mi pensión de viuda de guerra!

Cuerpos enlazados

Cuando, en 1956, la sección de paracaidistas y de legionarios franceses llega, en pleno día, a El Arub, los mil habitantes de aquel pueblo de montaña han desaparecido. Un loco solo vaga cerca de una hilera de olivos; una anciana senil permanece acuclillada junto a la fuente.

Hasta la víspera, cuarenta y cinco guerrilleros estaban instalados allí, abiertamente, desde hacía más de un mes: en la mezquita repintada, ondeaba la bandera verde y blanca de la independencia. Los viejos del pueblo se lamentaban de no ver en ella a los «Hermanos» hacer, con regularidad, sus oraciones. Pero, antes del alba, se advierte la llegada de considerables efectivos franceses: los hombres de catorce a sesenta años deciden irse con los guerrilleros. Las mujeres, niños y ancianos, huyen entre la maleza y las rocas de los alrededores, con la esperanza de que el enemigo sólo esté de paso.

Pues bien, los soldados se instalan. En el llano, permanecen estacionados el cuerpo de ingenieros, la infantería y las compañías. Empujada por el hambre, tras tres largos días de espera, la población civil acaba saliendo; regresa, banderas blancas al frente, lamentable procesión de mujeres con las mamas vacías y con los niños de pecho gimoteando.

La decepción y el aburrimiento empujaron a la soldadesca al pillaje sistemático. Los vecinos encuentran su pueblo patas arriba, «como un campo»: las reservas de provisiones secas han desaparecido o las han aplastado; los arcones están reventados y los tejados de las casas derrumbados, se han buscado tanto las armas como las monedas

de plata escondidas... Para burlarse, tras arrastrarlos por el barro, han colgado los vestidos de novia de los árboles y de los marcos arrancados de las puertas, simulando un grotesco carnaval.

En medio de aquel pillaje, las madres buscan algo para dar a sus hijos hambrientos. Algunas, desesperadas, lloran en silencio en los umbrales.

En aquel triste retorno son capturados dos hombres con uniforme de guerrilleros: el ejército lanza sus primeros hurras de victoria.

El jefe de los paracaidistas, un teniente aristócrata, pide a un soldado raso, un alsaciano, que trate de obtener de los prisioneros información sobre el escondite de las armas. El interrogatorio se inicia al aire libre, al pie de un olivo; se hará interminable. El alsaciano está empeñado en demostrar que conoce bien su oficio de torturador. El oficial, que no se mancha las manos, ostenta una impasibilidad no desprovista de desprecio.

Los cautivos devienen pronto irreconocibles. Los harapos, colgados de las ramas, parecen, de repente, los únicos espectadores del suplicio que se dilata bajo el sol...

Al final, uno de los torturados cede. Señala el escondite. Todos se abalanzan. Pero, a un gesto del teniente, que permanece atrás, los dos prisioneros son abatidos de dos ráfagas.

Entre los legionarios, uno escribe los días de El Arub y los revive. A veces, incluso, llora «pero sin lágrimas, pues ya no me quedan desde hace mucho tiempo»[6].

Yo también lo leo, lectora casual, como si estuviera tapada con el velo ancestral; únicamente el ojo libre va y viene por las páginas, en las que no se inscribe sólo lo que el testigo ve y lo que escucha.

El día que sigue al del interrogatorio, una campesina reconocerá a su marido entre los dos muertos insepultos.

«Se precipitó intrépidamente hasta el centro de nuestra acampada, llorando, gritando, insultándonos con una voz espantosa. Nos amenazó un buen rato con su flaco puño descarnado.»[7]

Los soldados, de nuevo ociosos, miran el mar a lo lejos. La playa es tentadora en esa canícula, pero un espeso bosque la bordea a lo largo de kilómetros y kilómetros. Los guerrilleros de ojos de lince seguro que se ocultan allí, y aprovecharían la ocasión para atacar...

La orden de retirada tarda. La agitación en el pueblo, el desorden y el llanto de las mujeres disminuyen. Llega la orden de abandonar el lugar al día siguiente. Los soldados marcharán un día entero hasta alcanzar el mar. Sus camiones, precedidos de ametralladoras y seguidos por carros de combate, los conducirán hasta Constantina. «Sucios como perros abandonados», duermen antes en la playa; al amanecer se despiertan bajo la lluvia...

¿Es acaso en el curso de esa bajada al mar, o al día siguiente, en los camiones del convoy, bajo la lluvia, cuando un tal Bernard se confía al que hará el relato de El Arub, y evoca lo que ya nunca podrá olvidar?...

De nuevo, un hombre habla y otro escucha y, luego, escribe. Yo tropiezo contra sus palabras que se propagan; y hablo a continuación, os hablo a vosotras, las viudas de este otro pueblo de montaña, ¡tan lejano y tan próximo de El Arub!

La víspera de la marcha, en medio de la noche, Bernard repta, desarmado, sobre las rodillas y los codos, pasa entre los centinelas en la oscuridad, avanza y busca a tientas en el pueblo hasta que encuentra una alquería con el tejado medio hundido y la puerta casi arrancada por completo.

—¡Allí —confiesa—, de día, me había sonreído una bonita Fátima!

Entra sin llamar. Debe de ser la una y media de la madrugada. Vacila en la oscuridad, luego prende una cerilla: delante de él, un grupo de mujeres, acurrucadas formando un círculo, lo miran; casi todas son viejas q lo parecen. Están juntas unas contra otras; sus ojos brillan de temor y sorpresa...

El francés saca de los bolsillos un montón de víveres que distribuye con mucha prisa. Va y viene, vuelve a prender una cerilla; los ojos, que siguen buscando, encuentran, al fin, a «la bonita Fátima» que había sonreído. La coge de inmediato de la mano y la levanta.

Se hace de nuevo la oscuridad. La pareja se dirige al fondo del inmenso cuarto, allí donde está oscuro como el carbón. El corro de viejas no se ha movido, compañeras acuclilladas, hermanas del silencio, pupilas oscurecidas que inmovilizan el presente preservado: ¿existirá acaso el lago de la felicidad?...

El francés se desnudó. «Como si estuviera en mi casa», confesará. Aprieta contra él a la joven que se estremece, que lo abraza, que comienza a acariciarlo.

«¿Y si una de las viejas se levantara y viniera a hincarme un cuchillo en la espalda?», piensa.

De pronto, dos brazos delicados le rodean el cuello, y una voz empieza a hablar con palabras jadeantes, palabras encabalgadas, palabras desconocidas pero tiernas, pero cálidas, pero susurradas. Se derraman directamente en el fondo del oído aquellas palabras árabes o bereberes, de la apasionada desconocida.

«Me besaba en la boca, como una moza. ¡Imagínate! ¡No había visto nunca nada igual!... ¡Hasta ese punto me besaba! ¿Te das cuenta?... ¡Besarme! ¡Fue ese pequeño gesto insensato, sobre todo, lo que no podré olvidar!»

Bernard está de vuelta en el campamento hacia las tres de la

madrugada. Apenas se ha dormido cuando lo despiertan con sobresalto: hay que abandonar el pueblo para siempre.

Veinte años después, os refiero la escena a vosotras las viudas, para que miréis a vuestra vez, para que a vuestra vez os calléis. Y las viejas paralizadas escuchan a la campesina desconocida que se entrega.

Silencio que cabalga las noches de pasión y las palabras enfriadas, silencio de veedoras que acompaña, en el corazón de una aldea en ruinas, el temblor de unos besos.

QUINTO MOVIMIENTO

La túnica de Nesus

MI PADRE, silueta erguida y fez en la cabeza, camina por la calle del pueblo, su mano tira de mí, y yo, que desde hacía tiempo me sentía tan orgullosa —yo, la primera de la familia a la que compraban muñecas francesas, yo que, frente al velo-sudario, no tenía necesidad de patalear o doblar la cerviz como tal o cual prima, yo que, suprema coquetería, poniéndome el velo durante una boda en verano, imaginaba que me disfrazaba, ya que, definitivamente, había escapado al encierro—, yo, una niña, camino, afuera, de la mano de mi padre. Súbitamente, me traspasa una reticencia, un escrúpulo: ¿no es mi «deber» quedarme «a la zaga», en el gineceo, con mis semejantes? Adolescente luego, casi embriagada de sentir la luz sobre mi piel, sobre mi cuerpo móvil, me nace una duda: «¿Por qué yo? ¿Por qué para mí sola, de mi tribu, esta suerte?».

Convivo con la lengua francesa: mis peleas, impulsos y repentinos o violentos mutismos son los incidentes de una común vida de pareja. Si provoco, a sabiendas, escándalos, es menos para romper la monotonía que se me hace insoportable que por una conciencia vaga de haber hecho demasiado pronto un matrimonio forzado, un poco como las chiquillas de mi ciudad, «prometidas» desde la infancia.

Así, mi padre, maestro al que la enseñanza del francés sacó de la escasez familiar, me habría «entregado» antes de la edad núbil —¿no había algunos padres que abandonaban a su hija a un pretendiente desconocido o, como en este caso, al bando enemigo?—. La inconsciencia que revelaba este ejemplo tradicional tomaba para mí una significación contraria: al lado de mis primas, a los diez u once años, gozaba del privilegio de ser «la preferida» de mi padre, puesto que, sin vacilar, me había preservado del enclaustramiento.

Pero las princesas reales casaderas también cruzan al otro lado de la frontera, a menudo a pesar suyo, como consecuencia de ¡os tratados que ponen fin a las guerras.

El francés es lengua madrastra para mí. ¿Cuál es mi lengua madre desaparecida, que me abandonó en la acera?... ¡Lengua-madre idealizada o malquerida, entregada a los heraldos de feria o a los únicos carceleros!... Bajo el peso de los tabúes que llevo en mí como herencia, me encuentro desierta de los cantos del amor árabe. ¿Es, quizá, porque fui expulsada de ese discurso amoroso por lo que encuentro árido el francés que empleo?

El poeta árabe describe el cuerpo de su amada; el refinado andaluz multiplica tratados y manuales para detallar tantas y tantas posturas eróticas; el místico musulmán, vestido de harapos de lana y saciado con unos dátiles, se atraganta de epítetos suntuosos con que expresar su hambre de Dios y su espera en el más allá... La exuberancia de esta lengua me parece de una copiosidad casi sospechosa, una consolación verbal, en suma... ¡Riqueza perdida al borde de una reciente decadencia!

Las palabras de amor se elevan en un desierto. El cuerpo de mis hermanas empieza, desde hace cincuenta años, a surgir en manchas aisladas, fuera de varios siglos de limitaciones; va a tientas, se ciega con la luz antes de atreverse a avanzar. Un silencio se instala en torno a las primeras palabras escritas. Y una» risas dispersas se conservan más allá de los gemidos.

«El amor y sus gritos» (se «escribe»)[8]: mi mano que escribe establece el juego de palabras francesas sobre los amores que se exhalan; mi cuerpo, que simplemente se adelanta, pero desnudo, cuando se encuentra con el ululato de las antepasadas en los campos de batalla de antaño, deviene envite: se trata de escribir para sobrevivir.

Mucho antes del desembarco francés de 1830, durante siglos, alrededor de los presidios españoles (Bugía, Oran, y Tánger o Ceuta, en Marruecos), la guerra entre resistentes indígenas y ocupantes, a menudo bloqueados, se hacía según la táctica del rebato[9]: punto aislado desde donde se atacaba, o a donde se replegaban antes de que, en las treguas intermedias, el lugar se convirtiera en área de cultivo o de avituallamiento.

Ese tipo de guerra, hostilidad ofensiva y rápida alternando con su contrario, permitía a cada una de las partes medirse con el otro indefinidamente.

Después de más de un siglo de ocupación francesa —que terminó, hace poco, con una desolladura—, subsiste un territorio de lengua entre dos pueblos y dos memorias; la lengua francesa, cuerpo y voz, se instala en mí como un orgulloso presidio, mientras que la lengua materna, toda oralidad, en andrajos, resiste y ataca, entre dos jadeos. El ritmo del a rebato espoleándose en mí; soy a la vez el asediado extranjero y el autóctono que marcha a la muerte por desafío, ilusoria efervescencia del decir y de lo escrito.

Escribir en la lengua enemiga, ya no es inscribir bajo la propia nariz ese murmullo sordo que monologa; escribir con este alfabeto viene a ser poner el codo muy lejos, por delante de uno mismo y detrás del terraplén —pues, en esta inversión, la escritura hace resaca

—.

Lengua instalada en la opacidad del ayer, despojo arrebatado a aquél con el que no se intercambiaba ninguna palabra de amor... La lengua francesa, que ayer era clamada, lo era, demasiado a menudo, en la sala de audiencias, por los jueces y los condenados. Palabras de reivindicación, de enjuiciamiento, de violencia, he ahí la fuente oral del francés de los colonizados.

En las playas desiertas del presente, guiada por los alto el fuego inevitables, mi escritura busca todavía su lugar de intercambio y sus fuentes, su comercio.

Esta lengua, antaño sarcófago de los míos, la traigo hoy, como un mensajero transporta el sobre cerrado que ordena su condena al silencio o al calabozo.

Desnudarme en esta lengua hace que me mantenga en peligro constante de deflagración. Del ejercicio de autobiografía en la lengua del adversario de ayer...

Tras cinco siglos de ocupación romana, un argelino, un tal Agustín, inicia su biografía en latín. Habla de su infancia, de su amor por su madre y por su concubina, se lamenta de sus aventuras juveniles y se abisma, por fin, en su pasión por un Dios cristiano. Y su escritura se despliega, con toda inocencia, en la misma lengua de César, o de Sila, escritores y generales de una «guerra de África» pasada.

La misma lengua pasó de los conquistadores a los asimilados; se tornó más flexible después de que las palabras disimularan los cadáveres del pasado... El impulso de la búsqueda de Dios arrebata el estilo de san Agustín. Sin esa pasión, se hallaría desnudo: «Me he convertido para mí mismo en la mansión de la indigencia». ¡Si ese amor no lo mantuviera en estado de trance jubiloso, escribiría como quien se hiere!

Desde el obispo de Hipona*, han transcurrido mil años en el Maghreb. Cortejos de invasiones, de ocupaciones... Poco después del viraje fatal que representa la agotadora sangría de la devastación *hilaliana*, Ibn Jaldún*, de la misma estatura que Agustín, termina una vida de aventuras y meditación con la redacción de su autobiografía. La titula *Taarif*, es decir, «Identidad».

¡Lo mismo que a Agustín, poco le importa, al autor innovador de *La historia de los bereberes*, escribir en una lengua establecida en la tierra ancestral en medio de la efusión de sangre! Lengua impuesta por la violación tanto como por el amor...

Ibn Jaldún tiene entonces cerca de setenta años. Tras un cara a cara con el Tamerlan, su última aventura, se dispone a morir en el exilio egipcio. Obedece, súbitamente, al deseo de encontrarse consigo

mismo: y ahí lo tenemos, sujeto y objeto de una fría autopsia.

Por mi parte, cuando trazo la frase más banal, inmediatamente, la guerra antigua entre dos pueblos entrecruza sus signos en lo más profundo de mi escritura. Ésta, como un oscilógrafo, va de las imágenes de la guerra —conquista o liberación, pero siempre de ayer — a la formulación de un amor contradictorio, equívoco.

Mi memoria se hunde en un mantillo negro; el rumor que la lleva perfora más allá de mi pluma. «Escribo —dice Micheaux— para recorrerme». Recorrerme con el deseo del enemigo de ayer, cuya lengua he robado...

La autobiografía llevada a cabo en la lengua enemiga se teje como una ficción, al menos hasta que el olvido de los muertos acarreados por la escritura no produzca su anestesia. Al creer que «me recorro», no hago sino elegir otro velo. ¡Al querer alcanzar, a cada paso, la transparencia, me sepulto más en el anonimato de mis antepasadas!

Se impone una extraña constatación: he nacido en *mil ochocientos cuarenta y dos,* cuando el comandante Saint-Arnaud acaba de destruir la zagüía de los Beni Menacer, mi tribu originaria, y se extasía ante los vergeles y olivares desaparecidos, «los más hermosos de la tierra de África*, precisa en una carta a su hermano.

Es en los resplandores de aquel incendio cuando consigo, un siglo más tarde, salir del harén, y, porque aún me iluminan, encuentro la fuerza para hablar. Antes de oír mi propia voz, escucho los estertores, los gemidos de los emparedados de Dahra, de los prisioneros de Santa Margarita; ellos aseguran la orquestación necesaria. Me interpelan y me sostienen para que, a una señal convenida, mi canto solitario se inicie.

La lengua coagulada de los Otros me envolvió desde la infancia, como túnica de Nesus, don de amor de mi padre que, todas las mañanas, me llevaba de la mano camino de la escuela. Chiquilla árabe en un pueblo del Sahel argelino...

Soliloquio

Al andar desde mi infancia fuera del harén, no atravieso sino un desierto de lugares. Los cafés, de París o de cualquier otro lugar, zumban y me rodean los desconocidos: me olvido de mí horas y horas percibiendo voces sin rostro, fragmentos de conversaciones, quebraduras de relatos, todo un balbuceo, una espesura de ruidos desprendidos del magma de rostros y

liberados de la inquisición de las miradas.

La reja de mi memoria abre surcos, a mis espaldas. en la oscuridad, mientras que palpito a pleno sol, entre mujeres impunemente mezcladas con los hombres... Me llaman exiliada. La diferencia es más abrumadora: he sido expulsada de allí para escuchar y llevar a mis padres las huellas de la libertad.. Creo hacer de lazo y no hago más que chapotear en una ciénaga que apenas se ilumina.

Mi noche remueve palabras francesas, a pesar de los muertos despiertos... Creí poder agarrar palabras como palomas a pesar de los cuervos de los osarios, a pesar de la furia de los chacales que despedazan. Palabras tórtolas, petirrojos como los que aguardan en las jaulas de los fumaderos de opio... Un treno difuso se esboza a través de los encañizadas del olvido, amor de aurora. Y las auroras vuelven a cobrar vida porque yo escribo.

Mi ficción es esta autobiografía que se bosqueja cargada con la herencia que pesa sobre mí ¿Sucumbir¿?... Pero la leyenda tribal zigzaguea por las aberturas, y es en este silencio de palabras de amor, jamás proferidas, de la lengua materna no escrita, transportada como charlatanería de un mimo desconocido y azorado, es en esta noche en la que la imaginación, mendiga callejera, se acuclilla...

El murmullo de las compañeras enclaustradas vuelve a ser mi follaje. ¿Cómo encontrar la fuerza para arrancarme el velo, si no fuera porque necesito cubrir con él la llaga incurable, exudando las palabras a su lado?

TZARL-RIT *(final) tzarl-rit*»

—Dar gritos de alegría golpeándose los labios con las manos (mujeres)

Diccionario árabe-francés
Beaussier

—Gritar, vociferar
(las mujeres cuando les sucede alguna desgracia)

Diccionario árabe-francés
Kazimirski

Pauline...

París, principios de junio de 1852. Diez mujeres, de las cuales una llamada Pauline, se despiertan sobresaltadas, poco antes del alba, en la cárcel de Saint-Lazare:

—¡La salida, es la salida para Argelia!

Las religiosas las zarandean para que apresuren los preparativos. El día ni siquiera se filtra aún; los hombres de armas hacen resonar ruidos de acero en los altos corredores grises.

—¡Es la salida para Argelia! —repite una voz temerosa.

Así, el nombre de mi país resuena como un tañido fúnebre para aquellas prisioneras. Hay que atar los petates a toda prisa, firmar en el registro, y es la marcha, fuera, sin carreta... Tan sólo una, demasiado enferma, consigue que la lleven.

Mientras el grupo de detenidas y soldados atraviesa París, al alba, las risas de los juerguistas rezagados mancillan a las que toman por prostitutas. Llegan al embarcadero del Sena. Unas horas más tarde es la salida para El Havre; desde allí, el viaje en barco continúa hasta la tierra salvaje. Es allí, efectivamente, a donde los tribunales parisienses envían, tras el golpe de Estado del 2 de diciembre, a los irreductibles de la revolución del 48... Centenares de hombres y mujeres serán deportados de esta forma...

Entre aquel «pueblo» —como dirían las decidoras de mi tierra— se encuentra Pauline Rolland. Una maestra de cuarenta y cuatro años que «lucha por su fe y sus ideas», por repetir las palabras de la pastora de mis montañas. Pobre como ella; y, como ella, humilde y demasiado orgullosa...

Pauline Rolland desembarca el 23 de junio de 1852 cerca de Oran. Cuatro meses más tarde, el 25 de octubre, embarcará enferma en Bona, para volver a Francia y morir inmediatamente después. De oeste a este, todo aquel verano del ayer, andará de ciudad en ciudad, vigilada, perseguida, expulsada...

Cuerpo trasladado de Mers el Kebir* a Orán, de Orán a Argel, de Argel a Bugía —no ve nada de estas ciudades, salvo a los soldados y a sus carceleros—; desde allí, por caminos que se extienden a lo largo de una Cabilia insumisa, Pauline llega a lomos de un jumento a Setif *, en donde subsiste trabajando de costurera. Dos meses después la confinan en una fortaleza de Constantina; finalmente, la conducen a Bona donde consigue el permiso para volver a Francia —presunta solicitud: ¿acaso no es madre de tres hijos, aunque considerada igualmente una «peligrosa agitadora»?—.

Se embarcará muy enferma. En el barco que toma, permanecerá acostada en el puente, batido, a menudo, por las olas de una mar encrespada. Cuando desembarca en Marsella, Pauline ya no puede levantarse. En Lyon, en casa de unos amigos, agoniza, y cuando el hijo mayor, un joven cargado de laureles escolares, acude, está inconsciente. De hecho, no ha abandonado Argelia sino para delirar... Nuestro país se convierte en su fosa: ¡sus verdaderas herederas — Xerifa del árbol, *L-la* Zohra errante por los incendios del campo, el

coro de viudas anónimas de hoy— podrían lanzar en su honor el grito de triunfo ancestral, ese aullido de la convulsiva solidaridad entre hermanas!

A lo largo de los cuatro meses de aquel viaje argelino, Pauline no cesó de escribir múltiples cartas a sus amigas de lucha, a su familia, a sus allegados...

He conocido a esta mujer en el terreno de su escritura: en la arcilla del glosario francés, henos aquí, a ella y a mí, enlazadas hoy. Releo aquellas cartas enviadas desde Argelia: una frase me llega, caligrafía de amor, que envuelve la vida de Pauline:

«En Cabilia, escribe Pauline, en julio de 1852, he visto a la mujer bestia de carga y a la odalisca del harén. He dormido junto a las primeras en el suelo desnudo y, junto a las segundas, entre oros y sedas...».

Palabras de ternura de una mujer, como parto del porvenir: irradian aquí bajo mis ojos y, al fin, me liberan.

La fantasía

En aquel mismo mes de octubre de 1852, mientras Pauline Rolland abandona Bona para morir, Eugéne Fromentin inicia su estancia en aquel país al que veintidós años de guerra han conseguido someter. Llega allí, turista elegante, pacífico aristócrata, y con una afición demostrada por la caza y los decorados del campo otoñal.

Una generación de enfrentamientos sangrientos, de persecución y de toques de acoso llega a su fin. La Cabilia y el sur permanecen inconquistados: Fromentin se contentará con bordearlos. Al norte, la naturaleza que se dedica a pintar, por donde pasea, con la mirada y el oído igualmente al acecho, se presenta como una reserva abundante de caza que demasiadas y prolongadas batidas habrían vaciado. Los seres, llenos de gracia y aparente fragilidad, avanzan, fantasmas de qué perdido ceremonial... La vida, a pesar de la derrota, trata de rehacerse allí, y aquellos medio muertos de un país que se somete, en donde las rebeliones se circunscriben a unas áreas precisas, recuerdan la lucha, pero fingen que duermen, que sueñan al sol, que fuman hachís.

Se produce una tregua, en la que la vegetación no es todavía aquella de la que se apropiarán los colonos, cuando sus temporeros se estanquen en el polvo. A despecho de los combates pasados, los paisajes se ofrecen con la pureza del descubrimiento, en el norte con fugaces matices, y con altivos contrastes en el sur.

Sobre todo, Fromentin»e enamora de la luz. Nuestros antepasados, nimbados por ella, devienen, bajo la mirada de aquel enamorado del gris, de aquel dibujante destacado de escenas de caza, cómplices entristecidos de su melancolía.

Cuando describe una de sus estancias en Argelia, Engine Fromentin titula su relato «Crónica del Ausente». Pues encuentra en el Sahel de mi infancia, un jardín donde todo, precisamente, habla de ausencia.

—¡Oh amigo mío, me muero!

Así suspira por última vez Haua, una joven que llegó con su amiga, bailarina de Blida, para presenciar la fantasía de los Hayuts, un día de otoño; un jinete, enamorado rechazado, la tira al suelo a la vuelta de una galopada. Recibe en el rostro una coz mortal y, mientras el jinete asesino desaparece en el horizonte, más allá de los montes de la Muzaia, ella agoniza durante toda la noche. Fromentin hace de narrador de aquella fiesta fúnebre.

¿Es que, inevitablemente, toda historia de amor no puede ser evocada en estos lugares de otra manera que por su trágico desenlace? Amor enfurecido de aquel guerrero *Hayut*, al que Haua abandonó, y que la mata. Amor, también, aunque adivinado apenas, de un amigo del pintor francés por la mora misteriosa, que se expresaba en los colores de sus vestidos, en el murmullo imperceptible de su voz de pájaro... Primera argelina de una ficción en lengua francesa, que va y viene, ociosamente, primera en respirar al margen y en simular que ignora la transgresión...

Haua debió de nacer justo antes o justo después del año de la toma de la Ciudad. Su infancia y adolescencia se nutrieron del rumor de los combates, de las celadas y emboscadas que les inflige a los franceses aquella terrible tribu de los Hayuts; ésta, cinco años después de la sumisión de Abdelkader, se halla diezmada y vive, día tras día, su lenta agonía. Y eso es lo verdaderamente trágico de aquella fantasía que Fromentin resucita: gesticulación de la victoria desvanecida, asunción de los cuerpos al sol en la velocidad de las yeguas...

La primavera anterior, Haua recibió, a la vista de la ciudad vecina, a un francés. Este hombre, que vagabundea por el polvo y el silencio de los caminos, es un enamorado de los crepúsculos. El campo, alrededor, con sus cielos moribundos, sus razas de pájaros a punto de morir, sus camellos caducos, se vacía irremediablemente... Los Hayuts, compañeros del Emir, los «bandoleros» que hostigaron a los invasores de la Ciudad, ven desaparecer su tribu, como desaparecerá, veinte años más tarde, el magnífico lago Hallula y su colonia de innumerables aves.

—¡Amigo mío, me muero! —suspira la joven en la tienda.

Y así suspira toda la llanura del Sahel, hombres y animales, una vez terminados los combates.

Aire de Nay

Entonces, la memoria nómada y la palabra cortada, intervengo. He vagado incansablemente por todos los rincones de la región donde nací —entre la Ciudad conquistada y las ruinas de Cesárea, llanura lánguida pero con las heridas todavía abiertas, al pie del monte Chenua, a la sombra del pico de la Muzaia—. Intervengo para saludar al pintor que, a lo largo de mi vagabundeo, me ha acompañado como una segunda figura paterna. Eugéne Fromentin me tiende una mano inesperada, la de una desconocida que no pudo nunca dibujar.

En junio de 1853, cuando deja el Sahel para descender hasta las puertas del desierto, visita Laghouat, ocupada tras un terrible asedio. Evoca entonces un siniestro detalle: al salir del oasis, que la matanza, seis meses después, infestó, Fromentin recoge, en el polvo, una mano cortada de una argelina anónima. La arroja luego al camino.

Más tarde, me apropio de aquella mano viva, mano de la mutilación y del recuerdo, y trato de que sostenga el *qalam.*

Han pasado veinte años desde el último desgarro. En el silencio que, por lo general, pone fin a las óperas fúnebres, voy y vengo por mi tierra, entro en las casas del pueblo donde las decidoras recuerdan la cabalgada de ayer y, con el cuerpo arropado, hacen de nuevo como que duermen: parir detrás de las persianas bajadas, en pleno mediodía.

¿Qué ribera se presagia para mí, soñadora que me adelanto, al encontrar la mano de la mutilación que arrojó el pintor?... ¿Qué alborozo se prepara, atormentado por el canto de las tribus desaparecidas? Agilidad de los dedos enrojecidos por la alheña que se apresuran, perfume acre de asados que se evapora y los tambores se calientan sobre braseros ennegrecidos por el humo...

¡En el manojo de rumores que se dispersan, espero, presiento el instante indefectible en que la coz en el rostro tirará al suelo a toda mujer que se yerga libre, a toda vida que salga a la luz para bailar! Sí, a pesar del tumulto de los míos en derredor, escucho ya, antes incluso de que se eleve y traspase el cielo duro, escucho el grito de la muerte en la *fantasía.*

París-Venecia-Argel
julio 82-octubre 84

GLOSARIOS

Glosario

AÇABA: Pañuelo con abalorios que rodea la cabeza de la novia. *Alim*: (pl. *ulema*) Doctor en las disciplinas religiosas y jurídicas musulmanas. La casta de los *ulema* gozaba de un gran prestigio en cuanto depositaría de las ciencias sagradas de la exégesis coránica, de la teología y del derecho.

Bab: Puerta, entrada.

Ben: Voz árabe, pronunciación dialectal de *ibn*, hijo, que entra en numerosos antropónimos.

Beylik: Dominio del bey.

Borch: Bastión, fortaleza.

Chaux: Sargento.

Chott: Extensión de tierra salada que rodea una *sebja* (depresión que se inunda en época de lluvia); por extensión, se utiliza para denominar el lago salado.

Deira: La corte.

Etlag el gum: ¡Adelante!

Fantasía: Fiesta ecuestre en la que jinetes árabes ejecutan al galope evoluciones variadas mientras disparan sus armas.

Fatiha: (literalmente «la que abre») Primera azora del Corán. Su recitación se convierte en ritual que consagra oralmente el matrimonio.

Fel-lagha: Bandido, palabra árabe con la que los franceses designaban a los guerrilleros y, en general, a los simpatizantes del FLN (Frente de Liberación Nacional), organización nacionalista que, a partir de 1954, momento de su creación, dirige la lucha por la independencia de Argelia.

Fcl-lah: Campesino.

Fracción'. Unidad social, más restringida que la tribu, que agrupa, en general, a todos los descendientes varones con un antepasado común.

Gada: Aduar de la provincia de Orán, situado sobre la meseta que domina la orilla izquierda del *uad* Sig. Su nombre proviene de *gaada*, que significa silla de dromedario y, por extensión, meseta.

GaragMz: (turco *karagóz*) Teatro popular de sombras y, por extensión, personaje principal del mismo. En 1843, fue prohibido en Argelia por el carácter antifrancés que iban cobrando sus representaciones.

Guella: Charca.

Guerba: Odre pequeño de piel de cabra o becerro embreada que se

emplea para transportar líquidos.

Gum: Contingente militar proporcionado por una tribu al ejército colonial francés.

Gumier: Soldado, árabe o bereber, de un *gum*.

Hack (a): Peregrinóla), título que se antepone o sustituye en la conversación al nombre de aquel(la) que ha realizado la peregrinación a La Meca.

Hadri: Habitante de la ciudad.

Haik: (mujeres) Tela fina que cubre la cabeza y desciende hasta más abajo de la cintura.

Hammam: Baño moro.

Hanefí: Perteneciente a uno de los cuatro ritos o escuelas *jurídico*-religiosas de los sunnís.

Harkut: Tatuajes que adornan el rostro de las mujeres.

Hilaliana: Relativa a la gesta de los *Banu Hilal* o *Hilalies*, tribu árabe nómada de la península arábiga que vivía del pillaje en las rutas de La Meca a Medina. Emigraron en el siglo X a Egipto, y de allí entraron —extraños conquistadores que marchaban con mujeres, niños, ancianos y rebaños— en Ifrikiya. Muchas tribus árabes norteafricanas descienden de estos invasores, cuyas luchas fueron materia de una epopeya muy popular en África del Norte.

Jal) al: Ajorca, alhaja que adorna el tobillo.

jocha—. Secretario de la administración civil o militar.

Kachabia: Chilaba de tela gruesa.

Kanun: Brasero de barro cocido alimentado por leña o carbón de leña.

Katiba: Compañía del ELN (Ejército de Liberación Nacional, brazo armado del FLN) formada por unos 100 hombres.

Kulugh: (turco *kuloglu*, hijo de esclavo) En Argelia, descendientes de turcos jenízaros y mujeres argelinas.

Lal-la, L-la: Tratamiento de respeto, señora.

Madrasa: Escuela.

Majzén: Durante la dominación turca, tribus autóctonas privilegiadas, exentas de impuestos. Durante la colonización francesa, cuerpo de tropas indígenas alistadas temporalmente en las tropas regulares o en la gendarmería.

Mechnun: Diablo.

Meddah: Rapsoda árabe.

Moal-lakat: Poemas árabes ante-islámicos, escritos para ser expuestos en la Kaaba de La Meca, durante las ferias anuales. Se la conoce, por ello, como poesía «colgada».

Muyahid: (pl. *muyahidin*) Combatiente.

Nay: Flauta.

Naylettes: Diminutivo de *Uled Nail (vid*. infra).

Petit blanc. Irónico, en lugar de *petit negre* (francés incorrecto y sumario hablado por los indígenas de las colonias).

Qalam: Cálamo, pluma de escribir.

Sarual: Pantalón bombacho muy amplio, ajustado a los tobillos.

Setla: Vasija de metal para agua que suele formar parte del ajuar de la novia.

Sí: Tratamiento de cortesía que se antepone al nombre propio de un hombre.

Sidi, Sid: Señor.

Siyed: Santuario.

Smala: Grupo.

Taleb: Letrado musulmán que enseña el Corán.

Tekbir. Alá es grande.

Tiradores'. Soldados pertenecientes al arma de infantería del ejército colonial francés. Los regimientos de tiradores solían estar formados en su mayor parte por indígenas, si bien los mandos eran franceses.

Uad'. Río y, en general, curso de agua intermitente de las regiones áridas.

Uali'. Santo.

Uled Nail'. Tribu bereber a cuyas mujeres les estaba permitido el ejercicio de la prostitución hasta que reuniesen la dote necesaria para el matrimonio.

Xaux\ (turco *qavus*) Sargento.

Xeij'. Jefe de una cofradía religiosa, profesor, director espiritual; también, tratamiento de cortesía al dirigirse a un anciano.

Xengals'. Arracadas, pendientes grandes con adornos colgantes.

Xexia'. Casquete militar de lana roja.

Xijat'. Bailarina, música.

Yébel—. Montaña, monte.

Yemaa'. Asamblea. El término designa también el lugar donde tiene lugar habitualmente la reunión.

Yihad'. Guerra santa contra los infieles.

Yinrr. (pl. *yunnun*) Genio, diablo.

Glosario de nombres propios

Abdelkader: (1808-1883) Joven morabito de origen xerifiano, fue reconocido, a los 24 años, «sultán de los árabes» en la región de Mascara, en donde se inicia la edificación de un estado árabe. Francia, por el tratado de Tafna, le reconoce dueño de los dos tercios de Argelia. En 1837, tras la invasión de la Mitidja por Abdelkader, como respuesta a la toma de Constantina por los franceses, el gobierno francés inicia la conquista total del territorio argelino. El Emir se rinde

en 1847.

Ahmed, Bey de Constantina: Tras la caída de la ciudad en manos del ocupante francés, se refugió en el Aurés, donde mantuvo la resistencia, sometiéndose en 1848.

Ain Madhi[10]: Sede de la *zagüía-madre* de la cofradía *Tiyania*. En 1836, el Emir Abdelkader intentó ponerla a su servicio, pero, a pesar del asedio a que fue sometida durante seis meses, no lo consiguió —la doctrina de la orden imponía la sumisión al poder establecido—. El jefe de la cofradía huyó a Laghouat y ofreció su ayuda contra

Abdelkader al mariscal Valée. Este hecho permite comprender el descrédito actual de dicha *zagüía.*

Arzew: Antiguo puerto pesquero, situado a poca distancia de Orán.

Aurés: Macizo montañoso, situado al S.E. de Batna, en el que se encuentran las cumbres más elevadas del norte argelino. Habitado por los Xauia, grupo bereber seminómada que ha podido conservar casi intactos los caracteres originales de su etnia, debido a que estos montes han sido siempre un refugio inaccesible a los conquistadores.

Babors (Pequeña Cabilla): Región litoral de relieve atormentado entre Bujía y Jijel, en el noreste argelino.

Barbarroja: Nombre con que se conoce a Jair al Din, corsario turco que, llamado por los musulmanes para combatir contra los españoles, tomó la ciudad de Argel, en 1516, y la puso bajo la autoridad del sultán de Constantinopla, convirtiéndose en el primer *bajá* de Argel.

Blida: Situada al pie del Atlas que lleva su nombre y a orillas del *uad* el Kebir, fue fundada en la primera mitad del siglo XVI por Ahmed el Kebir, con la ayuda de los emigrantes andaluces que llevaron a aquella región el arte del regadío, el cultivo de los cítricos y la industria del repujado del cuero. En tiempo de los turcos, fue lugar de «solaz» de los jenízaros de Argel, de ahí el sobrenombre de «*Qahba*», «la prostituta».

Bona (actual Aunaba, «los azufaifos»): Situada en los confines con Tunicia, es la puerta de salida al mar del este argelino. Durante los años 1535 a 1540 estuvo ocupada por los españoles. Tras un intento fallido de conquista, cae en manos de los franceses en 1832.

«*Bosque sagrado*»: Situado en las inmediaciones de Bugía, en el emplazamiento de un antiguo cementerio hammadí de Naciria, en el que se iba a orar durante el Ramadan.

Bourmont: (1773-1846) En 1830, tras ser nombrado ministro de la Guerra, dirigió la expedición que ocupó Argel, el 5 de julio de 1830. Recibió el grado de mariscal.

Bouzareah: Verdadero mirador sobre Argel, a más de 400 m sobre el nivel del mar, próximo a El Biar (hoy, barrio del Gran Argel).

Bugeaud: En 1836 fue enviado a Argelia, donde llevó a cabo una campaña contra el Emir Abdelkader, con quien firmó el tratado de Taina (1837). En 1840, fue nombrado Gobernador general de Argelia, y organizó la conquista sistemática del país. En 1847, a causa de su desacuerdo con la Cámara, dimitió de su cargo.

Bugía—. Construida en forma de anfiteatro sobre la vertiente este del *yébel* Guraya, en el extremo oriental de la Cabilia. En 1509, Pedro Navarro instaló una guarnición en este punto de la costa, importante núcleo de piratas. La presencia española, que contó con la visita de Carlos V, terminó en 15 5 5 a manos de los turcos. En 1830, los habitantes de la ciudad expulsaron a éstos y lograron detener el primer ataque de los franceses, que se apoderaron de ella en 1833.

Cabilia'. (Gran Cabilia o Cabilia del Djurjura) Cadena montañosa comparable al plegamiento alpino del otro lado del Mediterráneo, se extiende en el noreste, entrecortada por abruptas y espectaculares gargantas. Su difícil acceso ha permitido que su población bereber conserve sus peculiares características. Agrupada en minúsculas comunidades autónomas, en «estado de guerra» casi permanente entre ellas, se unieron en contra del invasor francés, organizando movimientos de resistencia pasiva y activa, que consiguieron impedir que la conquista fuera total.

Cavaignac. (1802-1857) General y político francés. Durante su juventud estuvo relacionado con los grupos republicanos y carbonarios. Participó en la conquista de Argelia y, en 1848, fue nombrado ministro de la Guerra.

Chelif'. Uno de los ríos más importantes de Argelia, recorre una extensa depresión entre la cornisa del Dahra, al norte, y el macizo del Ouarnesis, al sur.

Chenua: Macizo montañoso en el límite oeste de las colinas del Sahel de Argel. El pico más elevado está coronado por la *kuba* de *Lal-la* Tafurech.

Cherchelh Ciudad del Sahel de Argel, situada al pie del contrafuerte de los *Beni Menacer*. La antigua *Cesárea* romana sirvió en el siglo XV de refugio a los andaluces. En 1518 fue ocupada por Jair al Din. Los franceses se apoderaron de ella en 1840.

Chiffa (gargantas de la): Situadas en el Atlas de Blida, cadena montañosa que se eleva al sur de la Mitidja.

Congreve (sir William): General británico que, en 1804, inventó el cohete de guerra que lleva su nombre, utilizado por vez primera por los británicos contra las tropas de Napoleón, en Boulogne.

Constantina: Construida como un nido de águilas entre dos vertiginosos escarpes y hendida en su centro por la brecha que forman las gargantas del Rhumel, fue la capital de un extenso *beylik*, que comprendía prácticamente todo el este hasta el Sahara. Su conquista

por las tropas francesas se produjo en 1837, tras una encarnizada resistencia.

Dahra'. Cornisa costera que semeja una muralla uniforme, se prolonga desde Argel hasta Orán.

Eghris (Ghris): Extensa y fértil llanura en cuyo centro se halla Mascara.

El Harrach: Localidad próxima a Argel (hoy forma parte del Gran Argel), contaba con un fuerte turco, conocido como *borch El Kantara* (fuerte del Puente) o *borch el Agá*.

El Mahdi'. actual Ain Mahdi, pequeña fortaleza, sede de la zagüía madre de la cofradía de los Tiyanía, donde nació Abu Abbas Tiyani, su fundador. El emir Abdelkader, al no conseguir ponerlo a su servicio, sitió El Mahdi durante ocho meses, sin por ello conseguir su objetivo: Abu Abbas Tiyani huyó a Lagonat y ofreció su ayuda al mariscal Valée contra Abdelkáder.

Fromentin, Eugéne: (1820-1876) Pintor, crítico de arte y escritor. Su estancia en el sur de Argelia le proporcionó unas experiencias pictóricas únicas en su obra, a la par que el ambiente del oasis de Laghouat, en donde todavía subsistían las huellas de la terrible violencia sufrida, le llevó a refugiarse en la escritura. *Un été dans le Sahara, Une année dans le Sahel* y, su obra de ficción, *Dominique* se nutren de esta experiencia argelina.

Hayut. Pueblo situado en el extremo occidental de la Mitidja, en las proximidades de Cherchell.

Hipona: Antigua ciudad bizantina a 2 km de Bona el Hadida (Annaba).

Hoggar: Región sahariana del sur argelino, cuya parte más occidental está ocupada por un inmenso macizo granítico de origen volcánico. En ella se hallan multitud de pinturas y grabados rupestres que —junto con las pinturas y grabados del Tassili de los Ajjers— permiten reconstruir la evolución climática del Sahara, a lo largo de 6.000 años.

Ibn Jaldún: Historiador árabe, miembro de una familia noble sevillana que, huyendo del avance de los cristianos, emigró al norte de África. Estudió en Túnez y Fez. Desde joven, se vio mezclado en intrigas políticas. Tuvo que huir a Granada. Fue embajador ante Pedro I el Cruel. En Argelia escribió su Historia universal, precedida de un voluminoso prólogo, en el que explicó sus ideas sobre la mecánica de la historia.

Kolea—. Pueblecillo escalonado sobre la vertiente sur de las colinas del Sahel. Su población inicial fueron árabes procedentes de España.

Laghouat—. (ár. al Aguat, los huertos): Oasis sahariano en el confín de las Tierras Altas y en las proximidades de los Ouled Nail.

Mascara: Centro de la fértil llanura del Ghris, capital del *beylik* del oeste, antes de Mazuna. Fue residencia de los bey hasta 1791, en que se trasladaron a Orán, reemplazando a los españoles. En 1832 se convirtió en la capital del Emir Abdelkader (*vid.* supra Abdelkader).

Medea: Situada al sur del Atlas de Blida en la frontera con las Tierras Altas, fue la antigua capital del *beylik* del Titteri. En junio de 1830, el bey Mustafá Bumerzrag expulsó a las tropas de Danrémont y Berthezéne hasta el Sahel de Argel, pero, en noviembre de ese mismo año, los franceses nombraron a un bey para gobernar el Titteri, que no pudo mantenerse. En 1838, nombraron a otro que fue secuestrado por un lugarteniente de Abdelkader, quien nombra, a su vez, a Mohammed Ben Aisa El Berkani jalifa de Medea. A pesar de que en 1840 fue sometida por los franceses, siguió siendo una ciudad sagrada para los musulmanes argelinos.

Mers el Kebir. Próxima a Orán, fue construida por los sultanes de Tremecén. Tras la caída del reino de Granada, se convirtió en un nido de piratas. En 1505, fue ocupada por los españoles y, a partir de ese momento, su historia se confunde con la de Orán. Fue conquistada por los franceses en 1830.

Miliana'. Situada en el valle del Chelif. En 1834, Abdelkader instaló en ella un jalifa. Fue tomada por los franceses en 1840.

Misserghin: Población estratégicamente creada, en 1837, entre Orán y Mascara, en el lugar de una antigua finca de recreo del bey de Orán.

Mitidja: Extensa llanura situada entre el Sahel y el Atlas. Es la región de Argelia colonizada desde más antiguo, dada la calidad de sus tierras profundas que permiten todo tipo de cultivos;

MNA: Movimiento nacional argelino, fundado en diciembre de 1954 por el antiguo dirigente nacionalista Messali Hadj, en respuesta a la creación del FLN, y con el propósito evidente de competir con él en la dirección de la lucha por la independencia. Sin embargo, el MNA pierde progresivamente fuerza en la emigración, y no llega a consolidar sus unidades de combate en el interior, muy desprestigiadas a raíz de algunos episodios de colaboración con el ejército francés.

Mostaganem: Ciudad próxima a Orán. En ijn, los españoles trataron de imponer a sus habitantes un tratado. Tras varios años de resistencia, éstos llamaron en su ayuda a Jair al Din, venciendo a las tropas del gobernador de Orán frente a Mazagrán. Desde entonces pasaron al dominio turco. En 1840 cayó en manos de los franceses.

Orán: Importante puerto mediterráneo, fue conquistada por los españoles en 1509, que permanecieron en ella hasta 1792, en que, tras los enfrentamientos con los bey turcos y el terremoto que la destruyó en 1790, la abandonaron. Fue residencia de los bey del oeste hasta

1830. Los franceses la ocuparon en 1831.

Orléansville (actual El Asnam): Situada a orillas del Chelif, a medio camino entre Argel y Orán, fue fundada en 1843 por el mariscal Bugeaud en el emplazamiento de la ciudad romana *Castellum Tingitanum*, cuyas ruinas llamadas El Asnam (los ídolos) han dado nombre a la ciudad actual.

Ouarsenis'. Macizo montañoso, prolongación occidental del Atlas teliano, situado al sur del Chelif.

Sahel: Estrecha franja de colinas, comprendida entre el litoral mediterráneo y la llanura de la Mitidja, se prolonga desde Argel hasta Cherchell.

Saint-Saéns: (1835-1921) Compositor francés de abundante pero irregular producción. En 1891, compuso su concierto *África*. Murió en Argel.

SAS: (Sections Administratives Spécialisées) Creadas por una O. M. de 26 de septiembre de 195 5, con la misión de establecer el censo de población, ejercer la vigilancia y el control de la población a su cargo, administrar justicia en primera instancia, conceder pensiones y jubilaciones, proporcionar trabajo, distribuir víveres y ofrecer asistencia médica. Estaba al mando de un oficial del ejército, generalmente un capitán o un teniente.

Setif: Situada en el centro de una extensa meseta, al sur del macizo de los Babors, la antigua capital de la provincia romana *Mauritania sitifense* se convirtió, en 1838, en una activa ciudad de guarnición francesa.

Sidi Ahmed Ben Yusef: (s. XV) Patrón de Miliana, famoso por sus proverbios satíricos sobre Argelia.

Sidi Ferruch (actual Sidi Fredj): Situada en el Sahel, fue el punto de desembarco de las tropas francesas en junio de 1830.

Si Hamdan: Responsable político-militar del sector de Médéa, muerto el 7 de mayo de i960 en el curso de una gran ofensiva antiguerrillera del ejército francés.

Staoueli: En las proximidades de Sidi Ferruch, en la ruta de Argel.

Tell. Conjunto regional que debe su nombre a sus suelos margosos, grises o negruzcos, de buena calidad, que pueden proporcionar cosechas abundantes.

Tenes'. Situada en la costa, sobre un promontorio rocoso, al oeste de Cherchell. Ciudad fenicia, antes de serlo romana, pasó a pagar tributo, en el siglo XVI, al español Pedro Navarro, y fue conquistada por Jair al Din en 1517, fecha en que comienza a declinar su importancia. El Emir Abdelkader incorporó la ciudad a sus posesiones.

Titteri'. Macizo montañoso, prolongación oriental del Atlas teliano que, como un arco continuo, se extiende por toda la Argelia septentrional.

Treme cérr. Situada en el extremo occidental de Argelia, fue la capital del Maghreb central. Acogió a los andaluces exiliados, que construyeron en esta ciudad de Argelia los únicos edificios de la época hispano-magrebí comparables, por su interés artístico, con los de Marruecos y España. En 15 11 se sometió a los españoles establecidos en Orán, y, en 1555, los turcos la anexionaron al *beylik* del oeste. En el momento de la conquista francesa, estaba dividida en dos grupos antagonistas: los turcos y *kuloglu*—, que se alinearon con los invasores; y los moros o *hadars*, que se declararon a favor de Abdelkader. En 1842 fue conquistada por los franceses.

Volée (conde de): (1773-1846): Tras la conquista de Constantina, fue Gobernador general de Argelia (1837-1840).

notes

Notas a pie de página

[1] Los nombres propios de personas y lugares señalados con un asterisco remiten a un glosario, al final de la obra. Las palabras en *cursiva,* de difícil comprensión para lectoras y lectores no especializados, remiten, asimismo, a un glosario en las últimas páginas. Agradezco a Carmen Ruiz Bravo y a Kamal Berraghda sus opiniones y consejos, que me han sido, una vez más, de gran utilidad en la transliteración y correcta interpretación de algunas expresiones. (*N. de la T.*)

[2] En español en el original. (N. de la T.)

[3] En español en el original. (*N. de la T*)

[4] Se trata del Movimiento Nacional Argelino (*vid*. MNA en *Glosario de nombres propios*). (*N. de la T.*)

[5] Eugéne Fromendn, *Un ¿té au Sabara*. (*N. de la A.*)

[6] LEULLIETTE, Pierre: Saint Michel et le Dragon, Éditions de Minuit, 1961. (N. déla A.)

[7] LEULLIETTE, Pierre: Saint Michel et le Dragon, op. cit.

[8] Juego de palabras -Vamour et ses cris (s'écris)- intraducibie. (N. de la T.)

[9] En español en el original. (*N. de la T.*)

[10] En los nombres geográficos sin traducción en español, se utiliza la transliteración francesa por ser la más común en la cartografía sobre Argelia.